
SÉRIE
CORAZONES
DE GUARDIA
LIBRO 1
Grupo Editorial Portal
Segredo
Receta
para el
DESASTRE
EL BEBÉ DEL MÉDICO VIUDO
Best-seller internacional
JÉSSICA MACEDO

Receta para el DESASTRE

EL BEBÉ DEL MÉDICO VIUDO



SERIE CORAZONES DE GUARDIA • TOMO 1

Bestseller internacional

JÉSSICA MACEDO

Grupo Editorial Portal Segredo

BELO HORIZONTE | 2026

Copyright ©2026 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Queda prohibido el almacenamiento o la reproducción de cualquier parte de esta obra —ya sea en formato físico o electrónico— sin la autorización previa de la autora. La vulneración de los derechos de autor constituye un delito tipificado en la Ley n.º 9.610/98 y en el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico y portada: Jéssica Macedo

Revisión: Grupo Editorial Portal

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que han existido realmente en algún momento de la historia para ambientar la trama. Cualquier parecido con la realidad será mera coincidencia.

Índice

Índice
Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora
Lee también

Sinopsis

Leonardo Vasconcelos siempre supo controlar un quirófano, un equipo médico y cada detalle de su propia vida. Hasta que perdió a su esposa durante el parto y regresó al Hospital São Gabriel con una hija recién nacida en brazos y un dolor que no sabe cómo afrontar.

Lo que no esperaba era reencontrarse con Beatriz Müller, la brillante pediatra a la que un día amó y abandonó cuando ella aún era residente. Cinco años después, Beatriz ya no es la joven dispuesta a conformarse con migajas ni a aceptar las decisiones que él tome por ella. Se ha labrado su propia carrera, ha aprendido a vivir sin Leonardo y no tiene intención de permitir que el duelo de Leonardo convierta su corazón en un refugio temporal.

Pero cuando la pequeña Helena empieza, poco a poco, a acercarlos, los antiguos sentimientos vuelven a aflorar. Entre guardias, urgencias, noches sin dormir y un deseo que nunca desapareció del todo, Leonardo tendrá que aprender que amar no significa proteger a alguien de sus decisiones, sino permitir que forme parte de ellas.

Beatriz tendrá que decidir si es capaz de volver a confiar en el hombre que le rompió el corazón, sobre todo cuando se da cuenta de que enamorarse de su hija puede ser tan peligroso como volver a amarlo a él.



Capítulo 1

El olor a café recién hecho se desvanecía bajo el intenso olor a alcohol, antiséptico y medicación que dominaba los pasillos del Hospital São Gabriel. Para la mayoría de la gente, esa mezcla probablemente resultaría desagradable. Para mí, significaba hogar.

Entré en la unidad de pediatría poco antes de las siete de la mañana, recogiéndome el pelo rubio en un moño mientras intentaba equilibrar el termo, la tableta y el bolso que llevaba al hombro. Las puertas automáticas se cerraron a mis espaldas, aislándome del ruido de la avenida y sumergiéndome en el universo que había elegido años atrás.

Los monitores pitaban dentro de las habitaciones, las ruedas de los carros de medicación se deslizaban por el suelo brillante y las voces apagadas se mezclaban con los pasos apresurados del personal que terminaba el turno de noche. El São Gabriel nunca

dormía. Solo cambiaba a las personas encargadas de mantenerlo con vida.

—Buenos días, doctora Beatriz. —Rosana apareció empujando un carro de medicación, con el pelo negro recogido bajo la cofia y las ojeras delatando una noche difícil.

—Buenos días, Rosana. —Me ajusté la tableta contra el pecho y caminé a su lado—. ¿Cómo ha pasado la noche, Jorge?

—La fiebre bajó hacia las cuatro. Durmió casi dos horas seguidas y se despertó preguntando por usted.

Una sonrisa se me escapó de los labios antes de que pudiera evitarlo.

—Entonces tengo que ir a verlo antes de que se le ocurra escaparse por la ventana.

—Tal y como está mejorando, no lo dudo. —Rosana pulsó el botón del ascensor de servicio y entró con el carrito—. La madre también parece más tranquila.

—¿Algún problema con la respiración?

—Ninguno. La saturación se ha mantenido estable.

Asentí mientras me dirigía a la habitación y echaba un vistazo a las actualizaciones de la historia clínica. Jorge tenía siete años, una neumonía que no respondía al tratamiento y energía suficiente para convertir cualquier ingreso hospitalario en una aventura particular. Había llegado abatido, febril y asustado, pero empezaba a recuperar el brillo travieso de sus ojos.

Me detuve ante la puerta abierta y llamé dos veces a la puerta.

—¿Puedo pasar o está usted demasiado ocupado planeando la fuga?

—¡Dra. Bia! —Jorge se incorporó en la cama tan rápido que su madre tuvo que sujetar el soporte del suero.

—Tranquilo, campeón. —Entré, dejando el vaso sobre la encimera antes de acercarme—. Quiero darte el alta antes de que cumplas los cincuenta.

—Ya estoy bien.

—¿De verdad? —Arqueé una ceja y me coloqué el estetoscopio alrededor del cuello—. ¿O estás intentando engañarme para irte y volver a jugar a los videojuegos?

—No juego tanto.

Su madre soltó una risa cansada.

—Juega todo el día.

—¡Mamá! —Jorge hizo una mueca, indignado por la traición.

—Ya lo sabía. —Acerqué el estetoscopio a su pecho y auscultó sus pulmones, mientras el chico intentaba respirar hondo sin reírse. —Inspira. Ahora exhala despacio.

El silbido había disminuido considerablemente. La respiración era más limpia, la piel ya no parecía tan pálida y la temperatura se mantenía normal. Sentí cómo el alivio me calentaba el pecho, aunque sabía que aún necesitábamos unas horas de observación.

—¿Y bien? —Jorge me miró expectante—. ¿Puedo irme?

—Quizá mañana.

—¿Mañana? —Se dejó caer sobre la almohada como si le hubiera anunciado una tragedia nacional.

—No te lo tomes tan a pecho. —Me quité el estetoscopio y le toqué la punta de la nariz—. Quiero asegurarme de que estás lo suficientemente fuerte como para afrontar esa competición de fuerza que tienes pendiente.

Se le iluminaron los ojos.

—Ya puedo ganar.

—Lo dudo.

Le tendí la mano y Jorge la agarró con todas las fuerzas que pudo reunir. Hice una mueca exagerada, inclinando el cuerpo como si me estuviera aplastando los dedos.

—¡Ay! ¡Socorro! ¡Llamad a Traumatología!

—¡He ganado! —Empezó a reírse, y su madre se rió con él.

—Eso ha sido hacer trampa. —Agité la mano fingiendo dolor antes de mirarla—. La mejoría ha sido estupenda. Mantendré la medicación y volveré a evaluarlo al final del día. Si sigue así, mañana hablaremos del alta.

—Gracias, doctora. —La madre me cogió la mano y me la apretó con una emoción que me humedeció los ojos. —No sé qué habría hecho sin usted.

—Usted ha hecho la parte más difícil. —Le apreté los dedos a mi vez—. Se ha quedado aquí todas las noches, aunque estuviera agotada, y no ha dejado que él se asustara.

—Ella ronca —nos interrumpió Jorge, provocando otra carcajada de la madre.

—Pues ya se explica por qué no duermes. —Me alejé de la cama y cogí la tableta—. Vuelvo más tarde.

Salí de la habitación con esa sensación familiar de que, a pesar del cansancio, había elegido la profesión adecuada. No todos los días acababan bien ni todos los niños volvían a casa. Aun así, cada sonrisa recuperada compensaba las noches en vela, los días festivos perdidos y las comidas olvidadas sobre alguna mesa de la sala de médicos.

—Has nacido para esto.

Reconocí la voz incluso antes de darme la vuelta.

Thiago Fontes estaba apoyado contra la pared, con dos tazas de café en la mano y esbozando esa sonrisa de quien se cree un regalo para la humanidad. Su pelo pelirrojo estaba más revuelto de

lo habitual, y la corbata verde con pequeños dinosaurios era tan llamativa como él.

—¿Nací para que me espiaran en el pasillo? —Me acerqué y cogí una de las tazas que me ofrecía.

—Naciste para hacer sonreír a los niños, mientras yo me encargo de la parte realmente difícil de la pediatría. —Se subió las gafas por la nariz y caminó a mi lado—. Además, he traído café. Eso debería garantizarme respeto.

—Gratitud, quizá. El respeto es pedir demasiado.

—Estás de mal humor porque no has dormido.

—He dormido cuatro horas.

—Exactamente lo que he dicho.

Me llevé la taza a los labios, sintiendo el sabor fuerte y ligeramente dulce.

—¿Le has echado azúcar?

—Un poco.

—Ya sabes que yo lo tomo sin azúcar.

—También dices que no necesitas vacaciones, terapia ni vida social. No todo lo que dices merece ser tomado en serio.

Puse los ojos en blanco, pero seguí bebiendo.

Thiago era mi mejor amigo desde el segundo año de la residencia. Tenía la irritante capacidad de percibir mis emociones antes de que yo misma las admitiera y utilizaba el humor como arma contra prácticamente cualquier situación. En oncología pediátrica, eso no era solo una característica. Era una cuestión de supervivencia.

—Hoy tengo dos altas. —Abrió una historia clínica en la tableta mientras entrábamos en la sala de médicos—. La pequeña

Lorena ha terminado el ciclo y los resultados han sido mejores de lo esperado.

—Eso es maravilloso. —Dejé el café sobre la mesa y le toqué el brazo. —¿Cómo han reaccionado los padres?

—La madre lloró, el padre lloró, yo lloré con dignidad y el nuevo residente lloró de una forma tan fea que asustó a la niña.

—Tú no sabes llorar con dignidad.

—Sí que sé. Inclino la cara para mostrar mi mejor perfil.

Me eché a reír y me acerqué al armario para coger mi bata.

—Vamos a celebrarlo durante el almuerzo.

—Genial. Tú invitas.

—¿Por qué iba a pagar yo?

—Porque fui yo quien trajo las buenas noticias.

—Esa lógica no tiene ningún sentido.

—Para mí sí, y eso es lo que importa.

Me estaba poniendo la bata cuando una alarma grave resonó por los altavoces, interrumpiendo nuestras bromas. El sonido fue seguido por una voz firme que alteró inmediatamente el ritmo de toda la planta.

—Atención, equipo de urgencias. Accidente de autobús en la Avenida Cristiano Machado. Varias víctimas de camino. Se activa el protocolo rojo.

Thiago me miró fijamente y la sonrisa desapareció de su rostro.

—¡Vamos!

Salimos corriendo de la sala al mismo tiempo.

Los pasillos, que segundos antes mantenían la rutina previsible de la mañana, se llenaron de personal apresurado. Los

enfermeros empujaban camillas, los residentes recibían instrucciones por la radio y las puertas de los ascensores se abrían sin cesar. Bajé las escaleras junto a Thiago, agarrándome a la barandilla, mientras mis pasos resonaban en los peldaños.

Cuando entramos en urgencias, Gustavo Albuquerque ya se encontraba en medio del caos.

Calvo, alto y con un físico aún moldeado por sus años en el ejército, no parecía el mismo hombre que acumulaba amonestaciones por liarse con las empleadas y convertir cualquier reunión social del hospital en motivo de chisme. Ante una emergencia, desaparecían la sonrisa burlona y las provocaciones. Solo quedaba un médico preciso, rápido y aterradoramente competente.

—¡Joana, necesito dos equipos en triaje! —Gustavo señaló las salas mientras se ponía los guantes—. Diego, prepara la sala tres. ¿Han llamado a Samuel?

—¡Ya está bajando del quirófano! —respondió Joana, repartiendo tareas sin siquiera levantar la vista de la pizarra.

—¡Beatriz! —Gustavo me encontró en medio del ajetreo y señaló una camilla que atravesaba las puertas automáticas—. Un niño, de unos ocho años, traumatismo abdominal y posible lesión interna.

Corrí antes de que terminara la frase.

Un niño yacía inmóvil sobre la camilla, con la cara cubierta de pequeños cortes y la camiseta manchada de sangre. La paramédica le aplicaba presión en el abdomen mientras transmitía la información.

—Lo han encontrado en el pasillo del autobús. Perdió el conocimiento durante unos minutos. La presión arterial ha bajado durante el traslado.

—¿Cómo se llama?

—Todavía no lo sabemos. No se ha localizado a ningún responsable.

Me acerqué y le acaricié la cara con cuidado.

—Oye, cariño, ¿me oyes? —Me incliné sobre él, mientras Joana conectaba los monitores—. Soy la doctora Beatriz. Estás en el hospital.

Sus párpados se movieron, pero no se abrieron.

—Saturación del noventa por ciento. —Joana le ajustó la mascarilla de oxígeno—. Tensión de ochenta sobre cincuenta.

—Necesitamos dos vías periféricas de gran calibre y una ecografía ahora mismo. —Le presioné el abdomen con cuidado, notando la rigidez que confirmó mi temor—. Puede que haya una hemorragia interna.

El niño gimió y una punzada me atravesó el pecho. No importaba cuántos años llevara en la profesión. Nunca me acostumbraría a ver a un niño herido.

—Doctora, la ecografía. —Diego acercó el aparato.

Pasé el transductor por el abdomen mientras los números del monitor seguían siendo inestables. La imagen apareció en la pantalla, revelando líquido donde no debería haberlo.

—Hemorragia. —Aparté el aparato y miré a Joana. —Llama a Cirugía General. Necesita entrar en quirófano inmediatamente.

—Eduardo está de camino.

—Yo lo subo. —Samuel Martins apareció junto a la camilla, ya vestido para entrar en quirófano.

El cirujano cardíaco era un hombre negro, alto, de postura impecable y expresión siempre seria. Nunca le había visto correr ni levantar la voz. Aun así, todos obedecían cuando hablaba. Quizá porque transmitía la seguridad de quien parecía saber exactamente qué hacer, incluso cuando el resto del mundo se desmoronaba.

—Posible lesión esplénica, presión inestable y pérdida de conciencia. —Le entregué el informe mientras acompañaba la camilla.

Samuel analizó la pantalla durante dos segundos.

—Avisa a Eduardo de que entraremos en cuanto la sala esté lista.

—Doctor Samuel, tenemos otra víctima con traumatismo torácico. —Un residente se acercó, casi sin aliento.

—Llama a Camila y mantén al paciente estabilizado. —Samuel siguió empujando la camilla sin cambiar el tono de voz—. Me haré cargo cuando este niño esté en la sala.

Las puertas del ascensor se cerraron ante él, y apenas tuve tiempo de respirar antes de oír nuevas sirenas desde fuera.

Durante las dos horas siguientes, perdí toda noción del tiempo.

Atendí a una niña con el brazo fracturado, a un adolescente con traumatismo craneal leve y a un bebé que había salido disparado de los brazos de su madre durante el impacto. Thiago se hizo cargo de dos niños derivados a observación, Joana dirigía el equipo de enfermería como una general y Gustavo circulaba entre las salas, tomando decisiones con una agilidad que hacía parecer sencillo lo que distaba mucho de serlo.

—¡Necesito más gasas! —pedí, presionando un corte profundo en la frente de una niña.

Diego me puso el material en la mano.

—Han localizado a su madre. La están examinando en la sala cinco.

—¿Está consciente?

—Sí. Ha pedido ver a su hija.

—Dile que la niña está a salvo y que, en cuanto terminemos, la llevaremos hasta allí.

La niña me miraba con los ojos muy abiertos y el rostro bañado por las lágrimas.

—¿Mi madre va a morir?

La pregunta salió tan baja que casi se perdió entre las alarmas y las voces que nos rodeaban.

—No. —Le cogí la mano, manteniendo la gasa bien sujeta sobre la herida. —Tu madre está en manos de unos médicos muy buenos.

—¿Lo prometes?

Se me encogió el corazón.

Los médicos no deberían prometer lo que no pueden controlar. Eso lo aprendíamos pronto, de la forma más dolorosa posible.

—Te prometo que nadie va a rendirse con ella. —Apreté sus pequeños dedos entre los míos—. Y yo tampoco voy a rendirme contigo.

Ella asintió lentamente, permitiéndome continuar con el procedimiento.

Cuando la situación por fin empezó a estabilizarse, me quité los guantes y los tiré a la basura; el sudor me pegaba algunos mechones de pelo a la frente. Me dolían los hombros, el café se había enfriado en algún rincón de pediatría y no recordaba cuándo había respirado hondo por última vez.

—El niño ha entrado en quirófano. —Joana se detuvo a mi lado y me entregó una botella de agua. —Samuel y Eduardo están operando.

—¿Alguna noticia de la familia?

—La policía ha encontrado a la madre. Estaba en otra ambulancia, sin heridas graves.

Cerré los ojos un instante, dejando que el alivio aliviara la opresión en mi pecho.

—Gracias.

—Bebe. —Joana señaló la botella. —Estás pálida.

—Soy pálida de naturaleza.

—Estás más pálida de lo habitual. —Cruzó los brazos—. Bebe antes de que ordene que te pongan una vía.

Abrí la botella, sabiendo que no servía de nada discutir.

Fue entonces cuando me di cuenta de un movimiento extraño cerca de la entrada de urgencias.

Una residente aminoró el paso. Diego levantó la cabeza. Dos enfermeras intercambiaron una mirada rápida antes de fingir que estaban demasiado ocupadas para prestar atención. Incluso Joana desvió la mirada por encima de mi hombro.

La curiosidad me hizo girarme.

Al principio, solo vi al hombre que entraba por las puertas automáticas. Alto, de hombros anchos, pelo oscuro y un abrigo negro sobre el traje. Arrastraba una maleta pequeña con una mano y llevaba un portabebés en la otra. La bata blanca la llevaba doblada sobre el brazo, y la placa identificativa sujeta al bolsillo se balanceaba con cada paso.

Mi cuerpo lo reconoció antes de que mi mente pudiera asimilarlo. Se me cortó la respiración.

Leonardo Vasconcelos...

El nombre atravesó mis pensamientos como una espada antigua que encontraba exactamente la cicatriz que había dejado.

Habían pasado cinco años desde la última vez que lo había visto de cerca. Media década desde la residencia… las noches compartidas en habitaciones vacías, los besos a escondidas, las promesas susurradas entre un turno y otro. Cinco años después del día en que me miró a los ojos y decidió que yo no encajaba en el futuro que había planeado.

Pocos meses después, se casó con otra mujer. Me enteré por las redes sociales. No hubo explicación, despedida ni petición de perdón. Solo una foto de él con un anillo de boda y sonriendo junto a una mujer a la que nunca había visto.

Pasé años fingiendo que no me importaba. Me decía a mí misma que éramos jóvenes, que las relaciones terminaban, que la residencia confundía los sentimientos y que Leonardo tenía derecho a elegir otra vida. Repetí tantas veces que lo había superado que empecé a creerlo.

Hasta ese momento…

Estaba más delgado. Su rostro parecía más duro, como si el tiempo hubiera esculpido ángulos que antes no existían. Tenía profundas ojeras, una rigidez en los hombros y un cansancio silencioso que no encajaba con el hombre arrogante y seguro de sí mismo que yo había conocido.

Entonces miré hacia el portabebés.

Una niña dormía en su interior, envuelta en una manta rosa, con solo una manita cerrada asomando cerca de la cara.

Se me hizo un nudo en el estómago.

Sabía que Leonardo se había construido otra vida. Algunas noticias llegaban incluso cuando no las buscaba, traídas por colegas comunes o comentarios descuidados en los pasillos. También sabía que ella había fallecido. La noticia había circulado por el hospital semanas antes. Complicaciones en el parto. Hemorragia grave. Ninguna intervención quirúrgica pudo salvarla.

Leonardo levantó la cara. Sus ojos se encontraron con los míos a través del ajetreado servicio de urgencias.

Por un segundo, no oí los monitores, las ruedas de las camillas ni las voces del personal. Todo desapareció bajo el peso de esa mirada.

Él no sonrió.

Yo tampoco.

Quise apartar la mirada y fingir que él no era más que otro médico que regresaba al hospital, otro rostro conocido entre tantos otros. Quise recuperar el control que me había llevado años construir.

Pero me quedé inmóvil, agarrando la botella con tanta fuerza que el plástico se hundió bajo mis dedos.

Leonardo me miró como si a él también le hubiera invadido un recuerdo que prefería mantener enterrado.

Entonces, sus ojos bajaron por un instante, recorriendo mi bata, mi placa identificativa y la mano aún manchada por una pequeña marca de sangre cerca del puño. Cuando volvió a mirarme, había algo diferente en su expresión.

Dolor… No era ese dolor arrogante de quien lamenta una mala elección. Era un dolor profundo, silencioso y agotado, que parecía haber consumido todo lo que había en su interior.

Sentí un nudo en el pecho antes de poder evitarlo. Odié esa reacción, el hecho de que alguna parte de mí aún fuera capaz de sentir algo por aquel hombre.

Leonardo empezó a caminar hacia mí, tirando de la maleta y llevando a su hija en brazos como si ambos fueran lo único que aún lo mantuviera en pie.

Cada paso suyo hacía que mi corazón latiera más rápido.

Ya no era la residente enamorada que esperaba mensajes escondida en la sala de descanso de los médicos. Ni la mujer que lloró sola al descubrir que la habían sustituido. Me había labrado una carrera, me había ganado el respeto y había aprendido a vivir sin respuestas.

No permitiría que él volviera a destruir todo eso.

—Beatriz. —Leonardo se detuvo ante mí, y oír mi nombre en su boca después de tantos años hizo que todos los recuerdos que había guardado bajo llave volvieran de golpe.

Mantuve la barbilla alta.

—Doctor Leonardo.

La formalidad provocó un atisbo de reacción en su rostro, pero desapareció rápidamente.

—No sabía que todavía trabajabas aquí. —Ajustó el portabebés que llevaba en la mano, evitando mirar directamente al niño.

—Me enteré de que se había ido a São Paulo. No imaginaba que iba a volver.

Se instaló el silencio entre nosotros, demasiado denso para un pasillo tan concurrido.

Leonardo abrió la boca, tal vez para decir algo, pero el llanto ahogado de la niña interrumpió cualquier intento. Desvió inmediatamente la atención hacia el bebé, inclinándose con expresión perdida mientras intentaba mecer el portabebés.

Aquella imagen me impactó de una forma que no esperaba.

El hombre que un día había parecido tenerlo todo bajo control, en ese momento, no sabía cómo calmar a su propia hija.

Por un instante, solo vi a un padre viudo, agotado y solo.

Entonces recordé lo que me había hecho.

—Tengo que volver con mis pacientes. —Pasé junto a él antes de que la compasión se convirtiera en debilidad.

—Beatriz.

Me detuve, pero no me di la vuelta.

—Lo siento.

Cerré los ojos un segundo.

No sabía si se refería al pasado, al reencuentro o simplemente a haber aparecido allí cargando con una vida que había construido con otra mujer.

Quizá ni siquiera él lo supiera.

—Yo también. —Seguí caminando sin mirar atrás, aunque cada paso parecía alejarme de una versión de mí misma que me había llevado años enterrar.

El Hospital São Gabriel seguía funcionando a mi alrededor. La gente gritaba órdenes, llegaban pacientes, sonaban los teléfonos y había vidas que dependían de decisiones tomadas en cuestión de segundos.

Pero algo dentro de mí se había detenido.

Y yo ya sabía que la presencia de Leonardo Vasconcelos en aquel hospital no sería solo un reencuentro.

Sería una herida abierta.

Otra vez.



Capítulo 2

No debería haber vuelto aquel día y lo supe desde el instante en que me desperté, poco después de las cinco de la mañana, con el llanto de Helena atravesando la oscuridad de la habitación. Mi hija se agitaba en la cuna junto a la cama, con los puñitos cerrados, las piernas moviéndose bajo la manta y el rostro enrojecido por una angustia que no lograba identificar. Me levanté todavía aturdido por el escaso sueño, me golpeé la rodilla con la esquina del mueble y la cogí con cuidado, sujetándole la cabeza, mientras intentaba organizar mentalmente todo lo que las enfermeras me habían enseñado en la maternidad. Hambre, pañal, cólicos, frío, calor, necesidad de eructar. Había tantas posibilidades que ninguna parecía acertada cuando aquel cuerpecito lloraba contra mí como si yo fuera la única persona capaz de hacerla callar.

—No pasa nada, pequeña. —Caminé despacio por la habitación, meciéndola junto a mi pecho, mientras la inquietud

crecía con cada segundo que pasaba sin que el llanto amainara. —Estoy aquí.

Las palabras sonaron vacías incluso para mí.

Yo estaba allí, pero no era a quien ella buscaba. No tenía el olor, el calor ni la voz que Helena había reconocido durante los meses en que se había formado dentro de Laura. Solo era el hombre que la sostenía, con miedo de apretarla demasiado y con culpa por no haber podido salvar a la mujer que debería estar despierta a mi lado.

Preparé otro biberón, comprobé la temperatura de la leche en mi muñeca y me acomodé en el sillón que Laura había elegido para la habitación de la bebé. Había pasado semanas buscando el modelo perfecto, insistiendo en que tenía que ser cómodo para las madrugadas, aunque yo le había sugerido contratar a una enfermera nocturna. Laura se rió de mi preocupación, acariciándose la barriga ya grande, y me aseguró que no permitiría que otra persona viviera los primeros meses de nuestra hija en su lugar.

El recuerdo fue tan nítido que tuve que cerrar los ojos.

Helena aceptó la tetina del biberón durante unos segundos, succionó un poco y volvió a quejarse, frunciendo el ceño y apartando la cabeza. La mantuve en mis brazos, sin saber si debía insistir o intentar otra cosa, mientras mi atención se centraba en la manta doblada sobre el brazo del sillón. Laura la había comprado para cubrirlas a las dos durante la lactancia. No me atreví a quitarla de allí.

Tampoco toqué su ropa, los perfumes que había sobre la encimera del baño, los libros esparcidos por la mesita de noche ni las zapatillas abandonadas junto a la cama la mañana en que nos fuimos a la maternidad. Todo el piso permanecía suspendido en ese último día, como si cualquier cambio pudiera confirmar definitivamente que ella no volvería.

En la cocina, una taza blanca con la frase «la mejor madre del mundo» seguía sobre la mesa. Laura la había comprado la semana anterior al parto y había prometido empezar a usarla cuando volviéramos a casa con Helena.

Ella nunca tuvo esa oportunidad y yo tampoco pude quedarme con la taza.

Cuando mi hija por fin se durmió, seguí abrazándola durante varios minutos, atento a su respiración entrecortada y al calor que atravesaba la tela de mi camiseta. Podría haber pasado el resto del día en esa postura, vigilando cada movimiento, pero la idea de quedarme en el piso me provocaba una angustia aún mayor.

El silencio siempre volvía cuando Helena dormía y me traía a Laura a la mente… la sala de partos, el ajetreo de los médicos, la presión arterial cayendo en picado en el monitor y la sangre extendiéndose bajo la sábana, mientras yo permanecía inmóvil, conociendo el significado de cada cifra e incapaz de hacer nada. Yo era neurocirujano. Pasé años aprendiendo a actuar bajo presión, a controlar mis propias emociones y a tomar decisiones cuando todos a mi alrededor dudaban.

En aquella sala, no fui médico. Tampoco conseguí ser solo un marido…

Aparté los recuerdos y respiré hondo. Preparé la bolsa de Helena con más pañales de los que necesitaríamos, dos mudas de ropa, biberones, leche de fórmula, pomada, mantas y prácticamente todo lo que encontré a mi alcance. Durante el embarazo de Laura, los dos habíamos empezado a planear el regreso a Belo Horizonte. Tras años viviendo entre compromisos, viajes y una rutina que parecía exigir prisa constante, ella quería criar a nuestra hija en una ciudad que consideraba más tranquila, cerca de la familia y lejos de la sensación permanente de que teníamos que correr para seguir el ritmo de nuestra propia vida. Estuve de acuerdo con más facilidad de lo que imaginaba. El Hospital São Gabriel ya formaba parte de

ese plan, y yo había iniciado conversaciones sobre mi regreso incluso antes de los últimos meses de gestación.

La idea era sencilla: volver a Belo Horizonte, reorganizar mi agenda, reducir los viajes y crear una rutina en la que pudiera seguir el crecimiento de Helena sin convertir la paternidad en otro compromiso más encajado entre operaciones. Laura hablaba de buscar una casa con jardín, decía que quería pasear con el cochecito al atardecer y se reía cuando yo empezaba a hablar de la distancia hasta el hospital, el tráfico y el tiempo de desplazamiento, como si estuviéramos planificando una intervención.

Nada salió como habíamos imaginado.

Revisé la sillita tres veces, bajé al garaje y me quedé sentado al volante unos minutos, contemplando el edificio del Hospital São Gabriel a través del parabrisas, que aún conservaba las huellas de la lluvia de la madrugada. Aquel lugar formaba parte de un futuro que Laura había ayudado a elegir, pero yo volvía para cumplir solo una parte de él.

No volvía porque estuviera preparado. Volvía porque trabajar me parecía menos doloroso que quedarme en casa, rodeado de todos los planes que ahora existían sin ella.

En el hospital, todo obedecía a cierta lógica. Los pacientes presentaban síntomas, las pruebas revelaban alteraciones y los procedimientos permitían actuar. Incluso cuando perdíamos a alguien, existía una secuencia de intentos que se podía analizar después. El duelo no ofrecía nada de eso. No había ningún protocolo para una ausencia, ni medicación capaz de impedir que el cerebro repitiera la misma escena todas las noches.

Miré por el retrovisor y vi a Helena durmiendo en el asiento trasero, con una de las manos cerca de la cara. Me incliné para comprobar de nuevo el cinturón, aunque ya lo había revisado antes de salir. Esperé el discreto movimiento de su pecho, contando cada respiración como si cualquier intervalo más largo pudiera significar una tragedia.

Era irracional. Lo sabía. Aun así, saberlo nunca había sido suficiente para controlar el miedo.

Atravesé el vestíbulo del São Gabriel llevando la sillita de bebé en una mano, una maleta pequeña en la otra y el bolso colgado del hombro. Las puertas automáticas se cerraron a mis espaldas, dejando que el olor familiar a café, alcohol y desinfectante inundara mis sentidos. Por un breve instante, tuve la impresión de que nada había cambiado. Las recepcionistas seguían atendiendo los teléfonos, los enfermeros empujaban carritos por los pasillos y los médicos avanzaban con la mirada fija en las historias clínicas, como si el mundo pudiera derrumbarse sin interrumpir la rutina del hospital.

Entonces comenzaron las miradas.

Algunos empleados me reconocieron de inmediato y bajaron la voz cuando pasé. Otros desviaron la mirada hacia Helena antes de mirarme a mí, intentando disimular la curiosidad y la incomodidad. La noticia de la muerte de Laura seguramente se había extendido por todo el hospital incluso antes de que yo saliera de la maternidad. Los hospitales eran entornos extraños: protegían la información clínica con rigor, pero las tragedias personales parecían escaparse por todas las puertas.

—¿Doctor Leonardo? —La recepcionista se levantó de detrás del mostrador, vacilando antes de acercarse—. La doctora Hannah le ha pedido que vaya directamente a su despacho.

—Gracias. —Me ajusté la correa del bolso, que empezaba a presionarme el hombro.

—¿Puedo pedir que alguien le ayude? —Extendió la mano con cautela, manteniendo el cuerpo ligeramente alejado, como si no supiera si la oferta sería bien recibida.

—No hace falta. —La respuesta sonó más seca de lo que pretendía, y su inmediato retroceso hizo que la culpa se sumara al

cansancio. Me pasé la mano por la nuca, intentando suavizar el tono. —Lo siento. No he dormido mucho.

—No pasa nada, doctor.

Nada estaba bien.

Seguí por el pasillo principal, recibiendo saludos discretos, condolencias murmuradas y expresiones demasiado cautelosas. La gente no sabía cómo comportarse ante mí y no podía culparlos. Yo tampoco sabría qué decirle a un hombre que hubiera entrado en la maternidad con su mujer y hubiera salido llevando solo a su hija.

El servicio de urgencias estaba más concurrido de lo habitual. Las camillas atravesaban el pasillo, los enfermeros corrían de una sala a otra y las voces firmes se mezclaban con las alarmas de los monitores. El protocolo para víctimas múltiples debía de haberse activado poco antes de mi llegada y mi instinto profesional me hizo reducir el paso, evaluando la gravedad de la situación por el número de equipos movilizados.

Fue entonces cuando la vi.

Beatriz estaba cerca del control de enfermería, con una botella de agua en la mano, mientras hablaba con Joana. La bata tenía una pequeña mancha de sangre cerca del puño, su cabello rubio estaba recogido en un moño deshecho y algunos mechones permanecían pegados a la frente por el sudor. Parecía cansada, pero había una firmeza en su postura que siempre me había llamado la atención, incluso cuando aún era residente e intentaba ocultar lo mucho que le afectaban los casos más difíciles.

Mi cuerpo se detuvo antes de que pudiera evitarlo.

Durante cinco años, me convencí a mí mismo de que el tiempo había suavizado todo lo que había existido entre nosotros. Me repetí que la relación había sido intensa porque compartíamos guardias agotadoras, presión y ambición. Me dije que romper había sido la decisión correcta, aunque la forma en que lo hice hubiera sido imperdonable. Evité las noticias, no pregunté por ella a mis

antiguos compañeros y dejé de buscar su nombre después de casarme, fingiendo que esa distancia era respeto.

En realidad, era miedo a descubrir que Beatriz había seguido adelante, a verla junto a otro hombre y a darme cuenta de que yo seguía pensando en ella incluso después de haber construido una vida con Laura.

Levantó la cara y me vio entre el ajetreo de urgencias. La botella quedó suspendida entre sus dedos y, por un segundo, vi sorpresa en su expresión. Después, sus rasgos se cerraron, sustituidos por una cortesía fría que estableció una distancia mayor que el pasillo que nos separaba.

Cinco años se desvanecieron en esa mirada.

Vi a la joven residente que me robaba el café, que dormía con la cabeza apoyada en mi hombro durante los descansos y que se enfadaba cuando yo ignoraba mis propias limitaciones. Recordé nuestro primer beso en la escalera de emergencia, sus manos temblando sobre mi pecho y la forma en que sonrió antes de decirme que había tardado demasiado.

También recordé el día en que lo dejé todo.

Utilicé la carrera, la diferencia entre nuestros momentos profesionales y el futuro como excusas, aunque la verdad era mucho más sencilla.

Tenía miedo de necesitarla. Por eso la alejé...

Caminé hacia ella, porque fingir que no la veía habría sido otra cobardía, y ya cargaba con suficientes cobardías cuando se trataba de Beatriz. Cada paso me exigió un esfuerzo absurdo, no solo por el cansancio o por el peso del portabebés, sino por todo lo que aquella niña representaba ante la mujer que un día creyó que formaríamos una familia juntos.

Me detuve ante ella y me di cuenta de que estaba aún más guapa de lo que recordaba. Sus rasgos habían madurado, sus ojos

estaban más firmes y había una elegante seguridad en la forma en que mantenía la barbilla erguida. Beatriz ya no era la residente enamorada que esperaba mis mensajes escondida en la sala de médicos.

Quizá nunca más lo fuera.

—Beatriz. —El nombre se me atascó en la garganta antes de salir finalmente.

—Doctor Leonardo. —Apretó la botella entre los dedos sin abandonar la expresión cuidadosamente neutra.

La formalidad dio en el blanco. No había intimidad, ni recuerdo, ni ningún atisbo de apertura. Para ella, yo no era más que un compañero que regresaba al hospital tras una tragedia.

—No sabía que todavía trabajabas aquí. —Me arrepentí en cuanto pronuncié esas palabras. La frase sonó casi ofensiva, como si su presencia fuera inoportuna, cuando lo único que me pasaba era que no conseguía ordenar mis pensamientos ante su mirada.

—No sabía que ibas a volver. —Su mirada se desvió por un instante hacia el portabebés antes de volver a posarse en mi rostro.

Quería preguntarle cómo estaba, si era feliz, si estaba casada o si alguien la cuidaba en los días difíciles. Quería explicarle que preferiría afrontar cualquier guardia antes que quedarme solo en el piso.

No pude decir nada.

Helena empezó a llorar.

Al principio fue solo un murmullo bajo, pero rápidamente se convirtió en un llanto lo suficientemente fuerte como para llamar la atención de algunos. Me arrodillé junto a la hamaca para bebés e intenté mecerla con cuidado.

—No pasa nada, pequeña. —Le acaricié la mejilla con el pulgar mientras su carita se contraía aún más. —Estoy aquí.

El llanto se intensificó.

Mis manos parecían demasiado grandes y torpes para sacarla de allí sin tirar el bolso, la maleta o el propio asiento. He dirigido operaciones de más de doce horas, he tomado decisiones bajo presión y he mantenido la calma ante hemorragias cerebrales graves, pero el llanto de mi hija era capaz de hacerme perder el control en cuestión de segundos.

Beatriz observó a Helena, y algo cambió en su rostro por un breve instante. Vi ternura, dolor y una emoción que ocultó demasiado rápido como para que pudiera comprenderla. Quizá solo estuviera mirando a una recién nacida que había perdido a su madre o viera a la hija que tuve con otra mujer.

—Tengo que volver con mis pacientes. —Pasó junto a mí antes de que pudiera formularle ninguna petición.

—Beatriz.

Se detuvo, sin dejar de darme la espalda.

No sabía qué quería decir. *Perdona por terminar como si todo lo que vivimos fuera algo desechable. Perdona por casarme pocos meses después. Perdona por volver cargado con la prueba de una vida construida lejos de ti y por seguir recordando la forma en que me sonreías.*

Ninguna frase sería suficiente.

—Lo siento mucho.

Sus hombros se tensaron bajo la bata.

—Yo también.

Beatriz reanudó su camino sin mirar atrás, desapareciendo entre médicos, enfermeros y pacientes.

Me quedé inmóvil durante unos segundos, tratando de comprender el peso de esas dos palabras. Quizá sentía pena por la muerte de Laura, lamentaba el pasado o simplemente odiaba el

hecho de que yo hubiera vuelto e invadido la vida que había logrado reconstruir.

Cualquiera de las opciones sería comprensible.

Pulsé el botón del ascensor y, en cuanto se abrieron las puertas, me incliné para sacar a Helena de la sillita. Lloraba con tanta fuerza que ya tenía la cara roja, y sentí cómo la desesperación se convertía en culpa.

—Vamos, pequeña. —La acurruqué contra mi pecho, sujetándole la cabeza con una mano. —Ayuda a tu padre.

Helena se arqueó bajo la mantita y siguió quejándose.

—Lo sé. —Cerré los ojos un instante, meciéndola sin ningún resultado—. Yo también querría que tu madre estuviera aquí.

La frase se me escapó antes de que pudiera contenerla, y el nudo en la garganta casi se volvió doloroso.

—Doctor Leonardo.

Levanté la vista y me encontré con Joana Ferreira dentro del ascensor. Llevaba un pijama quirúrgico azul, sostenía una pizarra contra el pecho y mantenía la misma postura firme que recordaba de la época de la residencia. Joana poseía la rara capacidad de hacer que los médicos obedecieran sin necesidad de levantar la voz.

—Joana…

—He oído que habías vuelto. —Sus ojos se detuvieron en Helena antes de examinar mi rostro. —¿Esa es tu hija?

—Helena.

—¿Cuántos días tiene?

—Veintitrés.

Joana pulsó el botón para mantener las puertas cerradas y se acercó.

—¿Cuánto tiempo lleva llorando así?

—Desde la madrugada, con algunos descansos.

—¿Ha tomado el biberón?

—Poco.

—¿El pañal?

—Se la he cambiado tres veces.

—¿Tiene fiebre?

—No.

—¿Ha eructado después de la última toma?

Dudé lo suficiente como para que ella arquease una ceja.

—La puse sobre mi hombro y le di unas palmaditas en la espalda.

—¿Cuánto tiempo?

—Dos minutos, quizá...

—El señor se pasa horas esperando una respuesta tras una operación cerebral, ¿pero se rindió a la hora de hacer eructar a su propia hija en dos minutos? —Extendió los brazos, dejando que la pregunta flotara entre nosotros.

—Me pareció suficiente.

La justificación me sonó ridícula incluso a mí mismo.

—Para usted, quizá. ¿Puedo cogerla?

Mi primer impulso fue negarme.

Desde la muerte de Laura, dejar a Helena al cuidado de alguien me provocaba una sensación irracional de peligro, como si alejarla de mi cuerpo pudiera hacer que yo también la perdiera. Incluso cuando la niñera estaba en casa, entraba en la habitación varias veces para comprobar su respiración, su temperatura y la postura en la que dormía.

Sabía que era excesivo, pero, aun así, no podía evitarlo.

—Adelante. —Le entregué a mi hija con cuidado, observando cada movimiento.

Joana la acunó contra su hombro con la seguridad de quien ya lo había hecho cientos de veces. Le sujetó la cabeza, le dio unas ligeras palmaditas en la espalda y empezó a mecerla lentamente hasta que Helena, por fin, eructó.

—Ha perdido a su madre, ¿verdad?

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Sí.

—Y usted ha perdido a su mujer.

—Sí.

—Entonces los dos están asustados.

La sencillez de esa observación me impactó más que cualquier palabra de condolencia. Me había pasado toda la vida creyendo que el miedo debía controlarse, analizarse y convertirse en acción, pero no había ningún procedimiento para esa sensación. Estaba asustado todo el tiempo. Tenía miedo de dormir y no oír el llanto, de coger a Helena mal, de no darme cuenta de un síntoma, de amar a esa niña y perderla como había perdido a su madre.

—El problema de los médicos es creer que tienen que saberlo todo. —Joana acarició lentamente la espalda de la bebé con la mano —. Una niña no necesita un especialista a cada segundo. Necesita a alguien dispuesto a quedarse hasta descubrir qué está pasando.

—Lo estoy intentando. —La observación me pareció una acusación, aunque su tono no conllevara ningún juicio.

—No he dicho que no lo estés haciendo. —Su mirada firme me impidió apartar la vista—. He dicho que tienes que aceptar que no siempre vas a acertar.

Helena soltó un eructo sonoro, casi desproporcionado para el tamaño de su cuerpo, y el llanto amainó de inmediato. Joana arqueó una ceja, y yo no supe decidir si sentía más alivio o humillación.

—¿Lo ves?

—Gracias. —Recibí a mi hija de nuevo, acunándola contra mi pecho mientras su pequeño cuerpo se relajaba.

—No me des las gracias todavía. Esto va a pasar muchas más veces. —Recogió la pizarra y salió del ascensor cuando se abrieron las puertas. Antes de alejarse, se volvió hacia mí—. Y no dejes a esta niña con cualquiera solo porque lleve bata.

—Yo no haría eso.

—Conozco a algunos médicos que no deberían cuidar ni siquiera de una planta. —Una discreta sonrisa se dibujó en sus labios —. Especialmente Gustavo.

Las puertas se cerraron antes de que pudiera responder.

Cuando llegué a la dirección, Hannah Nakamura estaba frente a la ventana, observando el ajetreo de la avenida. A sus cincuenta y ocho años, conservaba la misma elegancia serena que la había convertido en una de las cardiólogas más respetadas del país antes de asumir el mando del São Gabriel.

—Llegas tarde. —Se giró hacia mí, pero su expresión severa se suavizó al ver a la bebé en mis brazos—. Dadas las circunstancias, voy a hacer como si no me hubiera dado cuenta.

—Han sido quince minutos. —Dejé la maleta junto al sofá.

—Solías llegar media hora antes.

—Solía quedarme dormido.

Señaló el sofá con la firmeza de quien no estaba haciendo una sugerencia.

—Siéntate antes de que te caigas.

—Estoy bien.

Las piernas me pesaban y un dolor persistente me latía detrás de los ojos, pero admitir el cansancio me parecía equivalente a perder el poco control que aún me quedaba.

—Leonardo, no me obligues a hacer uso de mi autoridad como directora.

—¿Eso es una amenaza?

—Una promesa.

Me senté porque discutir me exigiría una energía de la que no disponía. Helena seguía acurrucada contra mi pecho, y la directora se acercó lentamente, observando su rostro dormido.

—Es preciosa. —Tocó suavemente el borde de la manta.

—Todo el mundo dice eso.

—Porque es verdad. ¿Cómo te ha ido?

La pregunta parecía sencilla, pero la respuesta me obligaría a admitir cosas que aún no lograba ordenar en mi mente.

—Difícil.

—¿Tu suegra sigue contigo?

—Ayer se fue al campo. Su marido está enfermo.

—¿Y tu madre?

—En Portugal, cuidando de mi abuela. Se ofreció a volver, pero no quiero que lo deje todo.

Hannah se sentó en el sillón frente a mí y cruzó las piernas.

—Entonces estás solo.

Desvié la atención hacia mi hija. «Solo» era una palabra demasiado pequeña para describir el piso una vez que Helena se dormía, el lado vacío de la cama o el impulso de llamar a Laura cuando la pequeña empezaba a llorar. «Solo» significaba cuidar de

una niña que dependía de mí, mientras yo seguía intentando entender cómo seguir respirando.

—Tengo una niñera.

—En horario laboral.

—Puedo contratar a alguien para la noche.

—Puedes. —Se inclinó ligeramente hacia delante—. Pero eso no cambia el hecho de que estás solo.

—No quiero hablar de eso.

—Por supuesto. Por eso he concertado una cita con Miguel para que le haga una evaluación.

Levanté la vista de inmediato.

—No necesito un psiquiatra.

—Cualquier hombre que diga eso probablemente lo necesite.

—Estoy de luto, no enfermo.

—El duelo también enferma.

—Hannah...

—Esta semana no volverás a operar. —La firmeza de su tono puso fin a la discusión antes de que yo pudiera siquiera iniciarla. —Te encargarás de revisar historias clínicas, asistir a consultas y realizar evaluaciones que no impliquen procedimientos invasivos.

—Tengo pacientes esperando al neurocirujano responsable.

—Y se merecen un médico capaz de mantenerse despierto durante una craneotomía.

La frase me impactó más de lo que debería, y la irritación me subió por el pecho.

—Puedo operar.

—No estoy cuestionando tu técnica. Estoy cuestionando tu físico.

—Estoy cansado, no incapacitado.

—¿Cuántas horas has dormido esta noche?

Me quedé en silencio.

—Leonardo.

—Dos.

—¿Y la noche anterior?

—Quizá tres.

Hannah asintió lentamente, como si yo acabara de confirmar exactamente lo que ella ya sabía.

—Entonces está decidido.

La puerta se abrió antes de que pudiera responder, y Marcos Diniz entró con un maletín en la mano. El director administrativo se detuvo al verme y perdió parte de su postura profesional, mostrando el mismo incomodidad disimulada que había percibido en todos aquella mañana.

—Leonardo. —Se acercó lentamente—. Siento lo de Laura.

—Gracias.

Era la única respuesta que podía dar sin convertir cualquier condolencia en algo aún más difícil.

Su mirada se posó en la bebé.

—¿Es tu hija?

—Helena. Lleva el nombre de su abuela materna. —Le ajusté la mantita sobre su pequeño cuerpo.

—Es una monada. —Hannah le quitó la carpeta de las manos.

Marcos obedeció, pero se quedó quieto.

—Gustavo está pidiendo un neurólogo en urgencias. Una de las víctimas del accidente ha llegado con sospecha de traumatismo craneoencefálico grave.

Mi cuerpo reaccionó antes de que la directora pudiera decir nada.

—Voy yo. —Me levanté mientras la familiar urgencia del trabajo sustituía al cansancio por unos instantes.

—Leonardo... —Entrecerró los ojos.

—Una evaluación no es una operación. —Volví a sentar a mi hija en la sillita de bebé—. Está dentro de las normas que acabas de establecer.

—¿Y la niña?

—La niñera llegará en veinte minutos.

—No vas a llevarte a una recién nacida a urgencias.

—Puedo dejarla aquí.

—¿Con quién?

No respondí.

Hannah suspiró, cogió el teléfono y le pidió a la asistente que preparara una cuna portátil.

—Hasta que llegue la niñera, se queda conmigo.

—Tienes una reunión —le recordó Marcos

—Puedes dirigirla tú —dije, volviéndome hacia él.

El director administrativo abrió la boca para protestar, pero la mirada de ella bastó para que desistiera.

Observé a Helena en la sillita, sintiendo un nudo en el pecho ante la idea de dejarla, aunque fuera solo unos minutos. Sabía que estaba a salvo, pero mi cuerpo no aceptaba esa certeza con la misma facilidad.

—Vuelvo enseguida. —Le acaricié la manita antes de alejarme.

—Leonardo. —La directora me sujetó del brazo, obligándome a mirarla a los ojos. —Tu hija está a salvo.

Asentí, aunque no lograba sentir la tranquilidad que ella intentaba transmitirme.

Bajé a urgencias con la bata puesta mientras el cansancio se desvanecía ante la familiaridad del trabajo. Cuanto más me acercaba a las salas de traumatología, más recuperaba mi mente un ritmo conocido. Allí, sabía qué hacer. Los pacientes tenían pruebas, síntomas y diagnósticos. Las hemorragias podían localizarse, la presión reducirse y las lesiones corregirse.

El dolor humano parecía menos amenazador cuando se podía transformar en imágenes y cifras.

Me encontré con Gustavo frente a una sala de traumatología, discutiendo con Camila Siqueira mientras analizaba una tomografía.

—Por fin. —Me puso la tableta en la mano—. Hombre, cuarenta y dos años, colisión lateral, pérdida de conciencia y pupilas asimétricas.

Amplié la zona afectada y recorrí las imágenes rápidamente.

—Hematoma subdural.

—Eso es lo que pensaba.

—Necesita cirugía inmediata. —Le devolví el dispositivo y me preparé para entrar.

Gustavo me miró a la cara con una atención que me irritó.

—Acabas de volver.

—¿Y?

—Y parece que te ha atropellado el mismo autobús.

—Estoy en condiciones.

—¿Lo ha autorizado Hannah?

—Ha autorizado las evaluaciones.

—Eso no es una evaluación, Leonardo.

—Llama a Caio y prepara el quirófano.

Intenté pasar, pero él me sujetó del brazo.

—No pretendo ofenderte. —La voz había perdido el tono burlón que solía caracterizarla.

—Entonces, suéltame.

—Tu mujer murió hace menos de un mes.

—El paciente puede morir en menos de una hora.

Me miró fijamente durante unos segundos antes de aflojar los dedos.

—Voy a llamar a Vanessa.

—No la necesito.

—Quizá el paciente sí la necesite.

Me alejé antes de que pudiera impedírmelo.

El hombre permanecía inconsciente en la camilla, conectado a los monitores, mientras los residentes intentaban estabilizarle la presión. Lo familiar de la escena me aisló del resto del mundo. Le examiné las pupilas, comprobé los reflejos y analicé los signos vitales.

—La presión intracraneal está aumentando. —Toqué el hombro del residente que vigilaba el monitor. —Avisad al quirófano. ¡Ahora mismo!

—Leonardo.

La voz femenina surgió a mis espaldas, y todo mi cuerpo se tensó antes de que me diera la vuelta.

Beatriz estaba de pie en la entrada de la sala, con la misma bata y el pelo recogido en un moño deshecho. Analizó rápidamente al paciente antes de centrar toda su atención en mí.

—Hannah te ha pedido que no operes. —Entró en la sala sin mostrar ningún temor ante la irritación que yo ya no podía ocultar.

—¿Desde cuándo recibes órdenes sobre neurocirugía?

Sus ojos azules se entrecerraron.

—Desde que la directora me pidió que viniera a verte antes de que hicieras alguna tontería.

—No estoy haciendo nada.

—Apenas te mantienes en pie. —Bajó la voz para que el equipo no oyera la discusión.

—Soy perfectamente capaz de operar.

—No lo parece.

—Tu opinión no cambia el diagnóstico.

Beatriz se acercó, con los brazos pegados al cuerpo y la postura firme.

—El paciente necesita un neurocirujano descansado, no a un hombre que intenta demostrar que todavía es capaz de controlar algo.

Aquella frase dio de lleno justo en el punto que yo me esforzaba por proteger.

—No sabes lo que estoy intentando demostrar.

—Sé que perdió a su mujer hace veintitrés días y que ha vuelto al hospital con una recién nacida porque no es capaz de quedarse en casa.

Mi mandíbula se tensó y la sangre me palpitaba en las sienes.

—Cuidado, Beatriz.

—¿Me estás amenazando? —Dio un paso más, sin apartar la mirada.

—Te estoy diciendo que no hables de lo que no entiendes.

Una emoción herida le atravesó el rostro antes de quedar oculta por la ira.

—Siempre haces lo mismo.

—¿Hacer qué?

—Decides que nadie te entiende. —Se cruzó de brazos. —Luego haces daño a todos los que te rodean y lo llamas necesidad.

Durante unos segundos, no estábamos en una sala de urgencias.

Volvimos a la escalera de emergencia, cinco años antes, cuando le dije que no podíamos seguir juntos. Utilicé la carrera profesional, la diferencia entre nuestras vidas laborales y el futuro como argumentos, aunque la verdad era mucho más sencilla.

La quería lo suficiente como para tener miedo y fui lo bastante cobarde como para huir.

—Ahora no es el momento. —Desvié la atención hacia el paciente, intentando zanjar una conversación que amenazaba con atravesar todas las defensas que había construido.

—Estoy de acuerdo. —Señaló la camilla con un breve gesto—. Por eso, vas a dejar a alguien en condiciones de tomar el relevo.

Vanessa, una cirujana general, apareció detrás de ella, ya vestida con la ropa quirúrgica y manteniendo la serenidad que rara vez la abandonaba.

—Caio está de camino. —Examinó los resultados que tenía en las manos—. Puedo encargarme de la estabilización hasta que llegue.

—No necesito supervisión.

—No es supervisión. —Su calma hacía que la respuesta fuera aún más difícil de rebatir—. Es trabajo en equipo.

La rabia que sentí en ese instante no iba dirigida realmente a ninguno de ellos. Odiaba mi cuerpo cansado, la debilidad que todos parecían ver y, sobre todo, la posibilidad de que tuvieran razón.

El monitor pitó y la presión del paciente bajó.

—¡Maldita sea! —Me acerqué a la camilla. —Vamos a intubarlo.

Beatriz cogió el material antes de que se lo pidiera y se colocó a mi lado con una naturalidad que despertó recuerdos que prefería mantener enterrados. Durante los minutos siguientes, trabajamos juntos como si los cinco años de separación nunca hubieran existido. Ella se anticipaba a mis movimientos, me pasaba los instrumentos correctos y respondía a los cambios del paciente al mismo ritmo que había conocido durante la residencia.

Aquello me perturbó más de lo que debería.

Aún sabíamos trabajar juntos y conocíamos el ritmo del otro.

Cuando el hombre por fin se estabilizó, Caio entró casi corriendo, con la respiración entrecortada y la bata abierta.

—Perdona el retraso.

—Llévalo al quirófano —le dije al residente, entregándole la tableta—. Hematoma subdural agudo. Revisa las imágenes antes de entrar y manténme informado.

Caio asintió y acompañó al equipo.

Me quedé observando cómo se cerraban las puertas, sintiendo las manos vacías y una frustración que se extendía bajo la piel.

—Tomaste la decisión correcta. —Vanessa me puso la mano en el hombro.

—No he tomado ninguna decisión.

—No operar también es una decisión.

Se alejó antes de que pudiera discutir con ella.

Beatriz se quedó junto a la encimera, quitándose los guantes con movimientos lentos.

—¿Estás contenta?

—No. —Dejó a un lado el material sin apartar la mirada de mí.

—Pensaba que querías demostrar que soy incapaz.

—Quería impedir que mataras a alguien que intentaba huir de sí mismo.

La ira me subió por el pecho.

—No utilices a mi mujer para atacarme.

Su expresión cambió de inmediato.

—Yo no haría eso.

—Acabas de hacerlo.

—No. —Se acercó lo suficiente como para que su suave perfume se impusiera al olor a desinfectante de la sala—. Me refiero a ti. A tu necesidad de convertir el dolor en trabajo hasta que no quede nada más.

—Ya no me conoces.

Beatriz sostuvo mi mirada durante unos segundos, y lo que encontré en sus ojos me dolió más que cualquier acusación.

—Quizá nunca te haya conocido.

Pasó junto a mí, pero se detuvo junto al marco de la puerta antes de salir.

—Tu hija está llorando en la dirección. Hannah me pidió que te lo dijera.

Todo lo demás perdió importancia.

Salí de la sala de inmediato, subiendo a la tercera planta con pasos demasiado rápidos para mi cuerpo cansado. Oí el llanto incluso antes de abrir la puerta y me encontré a la directora frente a la ventana, sosteniendo a mi hija con una rigidez que delataba su escasa familiaridad con los recién nacidos.

—Gracias a Dios. —Se acercó a mí y me entregó a Helena en brazos—. Hice todo lo que recordaba.

—¿Qué le pasa? —Examiné su carita enrojecida, el movimiento de sus manitas y la forma en que buscaba algo con la boca.

—Creo que tiene hambre.

Cogí el biberón que me había preparado la asistente y me senté en el sofá. Mi hija aceptó la tetina con avidez, y el llanto se acalló casi de inmediato. Observé el movimiento de su boca, con los ojos cerrados y la mano apoyada contra mi pecho, mientras la culpa surgía como una pesada presión.

Había dejado a Helena para correr a una intervención quirúrgica, porque trabajar era más fácil que quedarme a su lado.

Quizá Beatriz tuviera razón.

Esa constatación me irritó aún más.

—¿El paciente? —La directora se colocó a mi lado.

—Caio está operando.

—¿Y tú?

—Estoy aquí.

—Es donde deberías estar ahora.

—No puedo abandonar mi carrera.

—Nadie te está pidiendo eso.

—Parece que todos han decidido que ya no soy capaz.

—No. —Observó a la bebé mientras mamaba antes de volver a mirarme a los ojos—. Todos se han dado cuenta de que estás intentando actuar como si nada hubiera pasado.

—Ha pasado algo. —Se me hizo un nudo en la garganta—. Laura ha muerto.

Decir esas palabras en voz alta me dejó sin aliento. La directora se quedó en silencio, y yo seguí mirando a mi hija, porque no era capaz de mirar a nadie más a los ojos.

—Murió, y yo estaba allí. Vi cómo bajaba la presión, a los médicos intentando controlar la hemorragia y sabía exactamente qué significaba cada cifra. Aun así, no pude hacer nada.

—Tú eras su marido, no su médico. —Hannah me tocó el brazo con delicadeza.

—Soy médico en cualquier sitio.

—No en ese momento.

—Ella dijo que le dolía, y pensé que era normal. —Los recuerdos invadieron la habitación con una claridad cruel—. Quizá si hubiera insistido en hacer más pruebas...

—Para, Leonardo.

—Debería haberme dado cuenta.

—Tú no causaste su muerte.

Cerré los ojos. Racionalmente, sabía que tenía razón, pero me resultaba imposible concentrarme en eso en plena madrugada, cuando la sala de partos se repetía en todos sus detalles. La lógica no atenuaba el sonido del monitor ni borraba el momento en que un obstetra puso a Helena en mis brazos, mientras otro médico cubría el rostro de Laura.

—No sé cómo cuidar de ella. —La confesión salió más baja de lo que pretendía—. No sé lo que estoy haciendo.

—Ningún padre lo sabe.

—Laura sí sabría.

—Quizá —Mis dedos rozaron la mantita de mi hija—. O quizá estuviera tan asustada como tú.

Helena terminó el biberón y se relajó en mis brazos.

—Beatriz me impidió operar.

La directora arqueó una ceja.

—Entonces tengo que darle las gracias.

—Sigue siendo la misma.

—No. —Una discreta sonrisa se dibujó en su rostro—. Ninguno de vosotros sigue siendo el mismo.

Desvié la mirada, molesto por la facilidad con la que ella parecía ver cosas que yo prefería mantener ocultas.

—Ella me odia.

—¿Tiene motivos?

—Sí.

—Pues no te quejes.

Solté un suspiro amargo.

—Tu capacidad para consolar a la gente sigue siendo impresionante.

—No soy tu terapeuta. Miguel lo hará mejor.

—No voy a hablar con Miguel.

—Sí que vas.

—No puedes obligarme.

—Puedo suspender tus operaciones por tiempo indefinido.

La miré fijamente.

Hannah me devolvió la mirada sin mostrar ninguna vacilación.

—Eso es chantaje.

—Es gestión hospitalaria.

Mi hija se movió y la levanté contra mi hombro, recordando las instrucciones de Joana. Le di unas ligeras palmaditas en la espalda y esperé, resistiendo el impulso de rendirme al cabo de unos segundos.

—Una consulta —murmuré, encogiéndome de hombros.

—Dos a la semana —exigió Hannah.

—Una.

—Dos.

—Negocias peor que Marcos —resoplé.

—Gracias.

Helena soltó un pequeño eructo y una gota de leche cayó sobre mi hombro. La directora señaló la mancha, divirtiéndose con mi incomodidad.

—Parece que hoy habéis ganado las dos.

Observé a mi hija y sentí algo diferente que se abría paso entre el cansancio, la rabia y la culpa. Era ternura, aún frágil y dolorosa, pero lo suficientemente real como para asustarme.

Se abrió la puerta y la asistente avisó de que había llegado la niñera. Cuando le entregué a Helena a la mujer, tuve que controlar el impulso de pedirle que no se alejara de mi vista. Le expliqué a qué hora debía darle la próxima toma, le mostré los pañales y la ropa, y le repetí tres veces que debía llamarme por teléfono si la niña lloraba más de cinco minutos.

—Doctor, llevo quince años cuidando de recién nacidos —dijo la mujer con una sonrisa paciente.

—Solo tiene veintitrés días.

—Lo sé.

—Y ha perdido a su madre.

La expresión de la niñera se volvió cautelosa.

—La cuidaré muy bien.

Asentí y la acompañé con la mirada hasta que se marchó. La habitación pareció vaciarse de inmediato, como si la presencia de mi hija se hubiera convertido en lo único capaz de llenar cualquier espacio.

—Vuelve a casa después de las evaluaciones. —Hannah se acercó a la mesa y abrió la carpeta que había dejado Marcos—. No quiero encontrarlo aquí esta noche. Llévate las historias clínicas de los pacientes para estudiarlos.

—No me gusta trabajar en casa.

—Tendrás que aprender muchas cosas que no te gustan.

Me fui sin discutir.

En el pasillo, me encontré con Beatriz frente al ascensor, sujetando dos historias clínicas contra el pecho. Parecía tan sorprendida como yo por el nuevo encuentro, pero ninguno de los dos se apartó.

—¿Está bien tu hija? —La preocupación en sus ojos parecía sincera.

—Tenía hambre.

—A los recién nacidos les suele pasar. —Pulsó el botón del ascensor, sin apartar la mirada del panel.

—Lo sé.

Levantó una ceja discretamente.

—Claro.

Las puertas se abrieron y entramos juntos. Beatriz eligió la planta de pediatría, mientras yo pulsaba el botón de neurología. El espacio era amplio, pero su presencia lo hacía parecer demasiado pequeño. El perfume, la cercanía y el silencio traían recuerdos que ninguno de los dos parecía dispuesto a nombrar.

—Gracias por avisarme de lo de Helena. —Mantuve la mirada fija en los números que se iluminaban sobre la puerta.

—La directora me lo pidió.

—Aun así.

Ella asintió, apretando las historias clínicas contra su cuerpo.

—Y sobre el paciente...

—No hace falta que me des las gracias.

—No iba a dar las gracias.

Un breve suspiro se le escapó de los labios, casi como una risa, y por un instante reconocí a la mujer que había conocido años atrás.

—Sigue siendo insoportable. —Sacudió la cabeza, sin poder ocultar del todo ese atisbo de humor.

—Y tú sigues dando por hecho que sabes lo que voy a decir.

—Normalmente, lo sé.

La miré, y la pregunta se me escapó antes de que pudiera sopesar las consecuencias.

—¿Sabías que me iba a casar?

Su rostro perdió todo rastro de alegría.

—No.

—Beatriz...

—No hagas eso. —Apretó los dedos contra los bordes de las historias clínicas—. No conviertas un ascensor en una conversación

que debería haber tenido lugar hace cinco años.

El panel indicó la planta de pediatría y las puertas se abrieron. Ella dio un paso hacia fuera, pero sujetó la puerta antes de que se cerrara.

—Siento mucho lo de tu mujer, Leonardo. —Me miró a los ojos sin ningún atisbo de ironía—. De verdad.

Solo había tristeza, contenida y sincera.

—Gracias.

—Pero eso no borra lo que pasó entre nosotros.

—Lo sé.

Beatriz se quedó inmóvil por un instante, como si no esperara esa respuesta. Luego soltó la puerta y dio un paso atrás.

—Genial.

Las puertas se cerraron, dejándome solo dentro del ascensor.

Apoyé la cabeza contra la pared metálica y cerré los ojos, dejando que el cansancio me invadiera de golpe. Sabía que la muerte de Laura no borraba el pasado. El duelo no me convertía en un hombre mejor, no me devolvía la confianza de Beatriz ni me absolvía de la forma en que la había herido.

Sin embargo, volver a encontrarla había despertado una verdad que llevaba años intentando evitar.

Nunca olvidé la mirada que me dirigía Beatriz antes de que la destruyera.

En aquel momento, tras perder a una mujer durante el parto y volver al mismo hospital con nuestra hija en brazos, por fin comprendí que ciertas decisiones no desaparecen con el tiempo. Permanecen ocultas, esperando el instante en que nos veamos obligados a afrontar todo aquello que dejamos atrás.

Beatriz Müller era la consecuencia a la que nunca había tenido el valor de enfrentarme.



Capítulo 3

El cansancio aún pesaba detrás de mis ojos cuando volví a pediatría; sin embargo, no había espacio para pensar en Leonardo, en su hija o en la forma en que dos palabras mal formuladas habían logrado abrir una herida que llevaba cinco años intentando mantener cerrada. El Hospital São Gabriel no permitía que nadie sufriera en silencio durante mucho tiempo. Siempre había un monitor pitando, una familia esperando noticias o un niño llorando por alguien que no podía permitirse el lujo de derrumbarse.

Entré en la sala de médicos, dejé las historias clínicas sobre la mesa y me encontré a Thiago frente a la cafetera, mirando fijamente el líquido oscuro que caía en la taza como si esperara alguna respuesta existencial.

—Si sigues mirándolo así, el café no se va a convertir en vino. —Me quité la bata; la tela se me pegaba ligeramente a los brazos por el sudor y la sangre seca cerca del puño.

—Estoy intentando averiguar si hay suficiente cafeína para hacerme olvidar que prometí asistir a una reunión administrativa a las diez. —Cogió otro vaso y lo colocó debajo de la máquina—. Debería haber elegido una especialidad en la que nadie me invitara a reuniones.

—Elegiste oncología pediátrica. La mitad de tu vida son reuniones con la familia, el equipo y la dirección.

—Exacto. Un error cometido en mi juventud. —Me entregó el café y apoyó la cadera contra la encimera, observándome la cara con demasiada atención. —Tienes esa expresión.

—¿Qué expresión?

—La que pones cuando quieres fingir que no ha pasado nada.

Me llevé la taza a los labios, aunque sabía que estaba demasiado caliente. El sabor amargo me ayudó a centrar la atención en cualquier cosa que no fuera el nombre de Leonardo.

—Ha habido un accidente con varias víctimas. Han pasado muchas cosas.

—No me refiero al autobús.

—Pues deberías. —Me alejé de la encimera y abrí una de las historias clínicas, fingiendo interés por los resultados de Miguel—. Tenemos pacientes a los que atender.

Thiago permaneció en silencio unos segundos, y yo sabía que esa pausa no significaba que se hubiera rendido. Conocía mis evasivas, mis silencios y la forma en que intentaba convertir cualquier emoción en una tarea. Quizá por eso nuestra amistad había sobrevivido tantos años. Thiago no tenía miedo de insistir, pero también sabía cuándo dejarme respirar.

—Leonardo volvió con una hija recién nacida en brazos y con el aspecto de un hombre arrollado por su propia vida. —El tono jocoso desapareció, dejando solo la preocupación que solía ocultar tras las bromas. —Puedo fingir que no te he visto detenerte en

medio de Urgencias, pero no voy a ignorar lo mucho que te afecta esto.

Cerré la historia clínica con más fuerza de la que debería.

—No hay nada entre nosotros que pueda verse afectado.

—Hubo lo suficiente como para que pasaras meses durmiendo en mi sofá después de que él se marchara.

El recuerdo vino acompañado de una punzada tan antigua como familiar. Aún podía recordar la primera noche en casa de Thiago, sentada en el suelo del salón con una botella de vino entre las rodillas, intentando entender cómo un hombre podía decirme que me quería una semana y expulsarme de su vida a la siguiente. Meses después, la foto de la boda apareció en una red social y me arrebató lo poco que me quedaba de esperanza de que Leonardo volviera para darme una explicación.

—Fue hace cinco años. —Mantuve los dedos aferrados al borde de la historia clínica, impidiendo que temblaran—. Ya no soy aquella residente.

—Sé que no lo eres. —Thiago se acercó y apoyó una de sus manos sobre mi hombro, sin mostrar ni una pizca de lástima—. Pero él sigue siendo el hombre que hizo aquello.

—Su mujer murió.

—Y eso es terrible.

—Tiene una hija de veintitrés días.

—Eso también es cierto.

—Entonces no voy a convertir su regreso en un drama sobre mí.

—No hace falta que lo conviertas en eso. —Thiago inclinó la cabeza, obligándome a mirarlo a los ojos—. Pero no utilices su tragedia para restar importancia a lo que tú has sentido.

Se me hizo un nudo en la garganta y desvié la mirada hacia la ventana de la sala de médicos. El pasillo estaba lleno de enfermeros, familiares y residentes que intentaban reorganizar la rutina tras el accidente. El mundo seguía funcionando con una indiferencia brutal, incluso cuando una persona sentía que todo se había detenido.

—Solo quiero terminar mi turno.

—No hay forma de prepararse para esto, ¿verdad? —Se dio cuenta de la respuesta antes de que yo la diera.

—Solo hay un turno que terminar. —Recogí las historias clínicas y me ajusté la bata sobre el brazo, intentando recuperar el control—. Después, otro… y otro más.

Thiago no insistió.

La puerta se abrió antes de que pudiera salir, y la enfermera Lívia Barros entró casi corriendo, con el rostro pálido y el pelo saliéndose de la coleta.

—Doctora Beatriz, la niña sin identificar se ha despertado.

La tensión desapareció de mi cuerpo, sustituida inmediatamente por la atención profesional.

—¿Cuál de ellas?

—La víctima del autobús que llegó sin documentos. Tiene unos nueve años. Está desorientada, se queja de dolor de cabeza y no consigue mover bien el brazo izquierdo.

—La tomografía inicial era normal.

—Lo sé, pero ha vomitado dos veces y ha empezado a llamar a su madre. No consigue decir su propio nombre.

Le entregué las historias clínicas a Thiago y salí de la sala.

—Avisa a Neurología y pide una nueva evaluación por imagen.

—Ya han llamado al doctor Leonardo —me avisó Lívia, siguiéndome los pasos.

Mi cuerpo reaccionó al oír ese nombre antes de que pudiera evitarlo, pero no bajé el ritmo.

—Entonces asegurémonos de que reciba toda la información antes de llegar.

La niña estaba en la sala de observación número cuatro, tumbada bajo una manta fina y rodeada de equipos que parecían demasiado grandes para su cuerpo. Llevaba el pelo castaño recogido en dos trenzas parcialmente deshechas, una escoriación en la frente y una pulsera blanca en la que solo se leía «paciente no identificada». Tenía los ojos abiertos, pero miraba a su alrededor sin reconocer nada.

Me acerqué despacio, manteniendo las manos a la vista para no asustarla.

—Hola, querida. Soy la doctora Beatriz. —Me senté al borde de la cama, dejando espacio suficiente para que no se sintiera acorralada—. ¿Me oyes?

Asintió, pero el movimiento pareció causarle dolor. Apretó la mano derecha contra la sábana, mientras que la izquierda permaneció casi inmóvil junto al cuerpo.

—¿Está aquí mi madre? —La pregunta salió arrastrada, cargada de un miedo que me oprimió el pecho.

—Todavía estamos buscando a tu familia. —Evité hacer cualquier promesa que no pudiera cumplir y le toqué suavemente los dedos de la mano derecha. —Necesito que me ayudes con algunas preguntas. ¿Sabes cómo te llamas?

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No.

—No pasa nada. —Mantuve un tono sereno, aunque la respuesta aumentara mi preocupación—. No tienes que esforzarte ahora. Lo descubriremos juntos.

La luz que había sobre la cama pareció molestarle, y la niña cerró los ojos durante unos segundos.

—Me duele la cabeza.

—¿Dónde?

Intentó levantar la mano izquierda, pero el brazo apenas se movió. Utilizó la derecha para tocarse la zona detrás de la oreja.

—Aquí.

Acercé la linterna y examiné sus pupilas. La izquierda reaccionó un poco más lentamente, aunque la diferencia era sutil. Comprobé su fuerza, sensibilidad y coordinación, intentando no mostrar la inquietud que crecía en mi interior.

—Aprieta mis dedos. —Le puse una mano en cada una de las suyas.

La derecha respondió con una fuerza razonable.

La izquierda apenas se movió.

—¿Doctora? —Lívia esperaba junto al monitor, sujetándose la tableta contra el pecho.

—Avisa a radiología de que necesitamos la imagen inmediatamente. —Me levanté, pero la niña me agarró el puño derecho.

—No te vayas.

La fragilidad de su voz me hizo inclinarme de nuevo hacia ella.

—Me quedaré cerca. —Le acaricié con los dedos el pelo suelto que le rodeaba la cara, intentando transmitirle algo de seguridad—. Solo tengo que llamar a más gente para que te ayude.

—Quiero a mi madre.

—Lo sé.

La puerta se abrió y Leonardo entró junto a Caio Nogueira. Llevaba la bata abrochada, el pelo oscuro demasiado peinado para alguien que solo había dormido dos horas y su expresión había adquirido esa fría concentración que yo conocía tan bien. Por un instante, vi al hombre de la residencia, aquel que se sumergía en un caso complejo y parecía controlar cada movimiento a su alrededor.

Entonces me fijé en las ojeras, en el cansancio que se le notaba en los hombros y en la forma en que parpadeó lentamente antes de acercarse a la cama.

—¿Qué tenemos? —Su atención se centró en la niña, no en mí.

Le entregué la tableta con los datos de la evaluación inicial.

—Víctima de un accidente, sin identificar. La tomografía inicial no muestra alteraciones significativas, pero se despertó desorientada, ha tenido dos episodios de vómitos, amnesia, cefalea intensa y debilidad en el lado izquierdo.

Leonardo repasó los resultados.

—¿Perdió el conocimiento en el lugar del accidente?

—Según los paramédicos, durante unos minutos. No sabemos cuánto tiempo exactamente.

Se acercó a la niña y se agachó para ponerse a su altura.

—Hola. Me llamo Leonardo. Yo también soy médico. —Bajó la voz, sin la rigidez con la que se dirigía al equipo. —Voy a hacerte unas pruebas, pero no te voy a hacer daño.

La niña me buscó con la mirada y mantuve la mano cerca de la suya.

—Él te va a ayudar —le aseguré, sintiendo una extraña resistencia al pronunciar cualquier frase que transmitiera confianza en aquel hombre.

Leonardo repitió parte del examen neurológico, evaluó las pupilas y le pidió que siguiera el movimiento de su dedo. A continuación, le palpó los pies, comprobó los reflejos y le hizo preguntas sencillas sobre colores, objetos y ubicación.

—¿Sabes dónde estás?

—En un hospital.

—Muy bien. ¿Sabe en qué ciudad?

Ella cerró los ojos y frunció el ceño.

—No.

—¿Me puedes decir cuántos años tienes?

El silencio se prolongó.

—Creo que nueve.

Leonardo levantó la vista hacia mí.

—Puede que la tomografía se haya hecho demasiado pronto. Quiero repetirla con contraste y solicitar una resonancia magnética en cuanto se estabilice.

—También debemos tener en cuenta que la alteración no sea solo traumática —añadí, pasando los dedos por las notas—. Tiene una cicatriz antigua detrás de la oreja derecha y signos de pinchazos repetidos en el brazo. Puede que haya antecedentes médicos que aún desconocemos.

Se inclinó para examinar la zona que le señalaba. La fina cicatriz casi se perdía entre el pelo.

—Una intervención quirúrgica anterior.

—Quizá.

—Podría ser un implante coclear.

—Responde con normalidad a los sonidos.

Leonardo volvió a examinar la zona.

—Derivación ventricular.

Esa posibilidad me hizo sentir un nudo en el estómago.

—¿Hidrocefalia?

—O alguna otra afección que haya requerido un drenaje. Si el impacto desplazó la válvula u obstruyó el sistema, eso explicaría el dolor de cabeza, el vómito y parte de los signos neurológicos.

Caio se acercó desde el otro lado de la cama.

—¿No se vería en la tomografía inicial?

—No siempre, sobre todo sin compararla con pruebas anteriores. —Leonardo palpó con cuidado la zona del cuello de la niña, buscando el recorrido del catéter—. Aquí.

Me acerqué y nuestros hombros casi se tocaron. Sentí su calor atravesar la tela de la bata, una sensación ridículamente íntima en una situación que no permitía ninguna distracción. Me concentré en el pequeño relieve bajo la piel, siguiendo el recorrido que descendía hacia el tórax.

—Es una derivación.

—Tenemos que averiguar de qué tipo es y cuándo se implantó. —Leonardo se apartó, dejando espacio libre alrededor de la cama—. Si está obstruida, no nos queda mucho tiempo.

La niña volvió a llorar.

—¿Me voy a morir?

La pregunta dejó paralizados a Lívia y a Caio durante un segundo. Leonardo abrió la boca, pero yo me adelanté.

—No estamos pensando en eso. —Le cogí la mano derecha y me senté junto a la cama. —Estamos intentando averiguar por qué te duele la cabeza para poder hacer que se te pase.

—¿Lo sabe mi madre?

—Todavía la estamos buscando, pero la policía nos está ayudando.

—Se va a enfadar.

—¿Por qué?

—Porque me quité el cinturón.

El miedo reflejado en su rostro lo dejó todo más claro. Recordaba el accidente, pero no se recordaba a sí misma.

—Tu madre no se enfadará. —Le apreté los dedos con cuidado—. Se alegrará de que te estén cuidando.

Lívia salió para presionar a la policía y a los servicios sociales, mientras que Caio acompañó a Leonardo hasta el monitor. Me quedé junto a la niña, respondiendo a sus preguntas repetidas e intentando evitar que el pánico agravara el dolor.

Pocos minutos después, Angélica Menezes entró con una tableta en la mano, con el pelo castaño recogido en un moño perfecto y el rostro serio.

—Las primeras imágenes se tomaron con mucho movimiento —dijo la radióloga, pasando el examen a Leonardo—. Hay una discreta asimetría ventricular, pero no puedo afirmarlo sin repetir la prueba. También veo la derivación, aunque el catéter está parcialmente fuera del campo.

—¿Puedes hacer la resonancia ahora?

—La sala ya está libre. Diez minutos.

—Puede que necesite sedación —observé, al ver cómo la niña se ponía nerviosa cada vez que sonaba la alarma de otro equipo.

—Ravi está de camino —informó Laura—. Y la policía ha encontrado una posible identificación. La madre llegó inconsciente a otro hospital y un tío está de camino hacia aquí.

El alivio fue inmediato, aunque eso aún no resolvía el problema principal.

—¿Nombre? —pregunté.

—Cecilia Duarte, nueve años. Antecedentes de tumor cerebral operado a los tres años, hidrocefalia secundaria y derivación ventriculoperitoneal.

Leonardo y yo intercambiamos una mirada.

—Necesitamos la historia clínica anterior —pedí.

—Ya lo han solicitado.

Cecília me apretó la mano.

—¿Ese es mi nombre?

—Sí. —Me incliné hacia ella, dejando que una sonrisa se dibujara en mis labios—. Cecília.

Ella lo repitió en voz baja, como si estuviera probando la palabra.

—Cecilia.

—Un nombre bonito.

—Lo eligió mi madre.

El recuerdo pareció tranquilizarla, y yo me aferré a ese pequeño cambio.

Ravi Patel llegó poco después, aportando esa serenidad que parecía acompañar cada uno de sus pasos. Evaluó a Cecília, le explicó con paciencia cómo funcionaría la sedación ligera y consiguió hacerla sonreír al decirle que la máquina de la resonancia hacía ruido porque era «dramática y necesitaba atención».

Mientras el equipo preparaba el traslado, Leonardo se acercó a mí.

—Te diste cuenta de la cicatriz antes que nadie.

—Forma parte del examen físico.

—Aun así.

La forma directa en que reconoció mi trabajo me causó una incomodidad inesperada. Durante la residencia, rara vez me elogiaba delante del equipo. Decía que no necesitaba reconocimiento y que cualquier muestra de ello podría levantar sospechas sobre nuestra relación.

En aquel momento, lo acepté.

Hoy me daba cuenta de lo invisible que me había hecho sentir aquello.

—No tienes que darme las gracias por hacer mi trabajo.

—No te estoy dando las gracias. —Mantuvo la tableta pegada al cuerpo, sin intentar acortar la distancia—. Estoy reconociendo que tu evaluación ha cambiado el rumbo del caso.

—Eso debería ser lo normal.

—Debería.

La respuesta iba más allá del caso de Cecília, y no quería abrir esa puerta en medio de la observación.

—Tenemos que llevarla.

Acompañé la camilla hasta radiología junto a Ravi y Lívia, mientras Leonardo iba por el otro lado con Caio. El pasillo parecía más estrecho con todos a nuestro alrededor, y la urgencia nos mantenía unidos por una tregua silenciosa.

En la sala de resonancia, Cecília empezó a ponerse nerviosa al ver el equipo.

—No quiero entrar.

—Será rápido. —Ravi ajustó el acceso, pero la niña volvió la cara hacia mí.

—¿Te quedas?

Miré a Leonardo, que esperaba junto a la puerta de control. Había un delantal disponible, y yo podría quedarme durante la

preparación.

—Me quedaré hasta que te duermas.

—¿Y cuando me despierte?

—También estaré aquí.

Ella se relajó un poco.

Le cogí la mano mientras Ravi le administraba la medicación. Cecilia luchó contra el sueño durante unos segundos, sin apartar la mirada de la mía.

—¿Vendrá mi madre?

—Tu tío está de camino y, en cuanto tu madre pueda, también vendrá.

—¿Me prometes que no dejarás que nadie se olvide de mi nombre?

La pregunta me atravesó el pecho.

—Nadie lo olvidará.

Sus ojos se cerraron lentamente y mantuve su mano unos segundos más antes de salir de la habitación.

Leonardo estaba frente a las pantallas junto a Angélica Menezes. La primera secuencia de imágenes comenzó a aparecer, revelando el sistema ventricular y el recorrido del catéter.

—Hay dilatación —concluyó Laura, ampliando la imagen—. Mayor de lo esperado para una derivación que funciona.

—El catéter está desplazado —señaló Leonardo hacia la zona cercana al ventrículo—. Probablemente se rompió con el impacto.

—¿Cirugía? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Inmediata.

Esa palabra conllevaba un peso que ninguno de nosotros necesitaba explicar.

Leonardo avisó al bloque quirúrgico, pidió el material necesario y empezó a repartir funciones con una precisión que me recordó por qué se le consideraba uno de los mejores neurocirujanos del hospital. No había vacilación en su técnica, pero percibí el esfuerzo que le suponía mantener los ojos abiertos más tiempo del que debería.

—Tú no vas a operar —murmuré, acercándome lo suficiente para que solo él me oyera.

Su rostro se ensombreció.

—No tenemos ningún otro neurocirujano disponible en este momento.

—Caio puede empezar con Samuel como asistente hasta que llegue el especialista de guardia.

—Caio nunca ha revisado una derivación por su cuenta.

—Entonces, supervisa sin encargarte del procedimiento.

—No voy a poner en peligro a una niña solo porque todos hayan decidido que estoy cansado.

—Estará en peligro si entras en esa sala sin estar en condiciones.

Leonardo se volvió completamente hacia mí y, por un instante, reconocí esa arrogancia defensiva que tanto me había herido en el pasado.

—No puedes aprovechar cada caso como una oportunidad para castigarme.

La acusación me dolió más de lo que debería.

—No confundas los límites con la venganza. —Mantuve la voz baja, aunque todo mi cuerpo estaba tenso—. Si quisiera castigarte, me quedaría callada y dejaría que entraras en esa sala hasta que tus manos fallaran.

Su mandíbula se tensó.

—Mis manos no van a fallar.

—Tu cuerpo ya está fallando. Estás parpadeando para intentar mantener la concentración, has perdido dos veces la secuencia de las imágenes y casi has llamado a Cecilia «Helena».

Su expresión cambió.

No se había dado cuenta.

—Eso no ha pasado.

—Sí que ha pasado.

Angélica Menezes desvió la atención hacia otra pantalla, fingiendo no oír nada, pero su silencio confirmó mis palabras.

Leonardo se pasó la mano por la cara, dejando entrever por primera vez el cansancio que intentaba ocultar.

—El especialista de guardia tardará veinte minutos.

—Entonces, prepáralo todo. Da instrucciones a Caio. Quédate en la sala de control. Haz cualquier cosa que no implique coger un bisturí.

—Siempre crees que sabes lo que es mejor para mí.

Aquella frase despertó en mí una ira antigua, pesada e inmediata.

—No. —Di un paso más hacia él, con el pulso martilleándome las sienes—. Tú eres quien siempre ha creído tener ese derecho. Yo estoy pensando en lo que es mejor para Cecília.

Durante unos segundos, no respondió. La tensión quedó suspendida entre nosotros, rodeada por el ruido sordo de los equipos y por las imágenes de una niña que no podía esperar a que resolviéramos el pasado.

Leonardo apartó la mirada primero.

—Llama al especialista.

No hubo agradecimiento, ni disculpa, ni reconocimiento de que yo tenía razón. Aun así, aquella decisión significaba más que cualquier palabra.

Caio se encargó de la preparación, llamaron a Samuel para que supervisara la anestesia y el neurocirujano de guardia llegó dieciocho minutos después. Leonardo permaneció en la sala de control, orientando al residente, revisando imágenes y respondiendo a las dudas sin tocar los instrumentos.

Me quedé fuera con el tío de Cecília, que llegó desorientado, con una camisa manchada y sujetando el móvil con ambas manos. Le expliqué el cuadro clínico, el procedimiento y las posibilidades de recuperación. Cuando preguntó por su hermana, tuve que informarle de que la madre de la niña seguía inconsciente en otro hospital, pero que se encontraba estable.

—¿Se acordará de nosotros? —El hombre se pasó la mano por la frente, intentando contener el llanto.

—La amnesia puede ser temporal. El trauma y la presión arterial elevada pueden afectar a la memoria, pero aún es pronto para afirmar nada.

—Cecilia ya ha pasado por tantas cosas.

—Lo sé.

No lo sabía todo, pero conocía el peso de mirar a una niña y desear que su sufrimiento pudiera transferirse a alguien más fuerte.

La operación duró poco más de dos horas. Thiago apareció en el pasillo con dos bocadillos envueltos en servilletas y una expresión que mezclaba curiosidad y preocupación.

—Aún no has almorzado.

—No tengo hambre.

—No te lo he preguntado. —Me puso el bocadillo en la mano y se sentó a mi lado—. ¿Cómo está ella?

—La derivación se ha roto con el impacto. La están sustituyendo.

—¿La ha operado Leonardo?

—No.

Thiago me miró en silencio.

—Tú se lo impediste.

—Estaba agotado.

—¿Y él lo aceptó?

—Después de discutir.

—Entonces sigue siendo él.

—Hay cosas que no cambian tan rápido.

La frase se me escapó antes de que pudiera evitarlo, y Thiago arqueó una ceja.

—¿Estás esperando a que cambien?

Abrí el envoltorio del bocadillo solo para evitar su mirada.

—Estoy esperando a que termine la operación.

—Claro.

—Thiago.

—No voy a insistir. —Levantó las manos en señal de rendición, aunque su discreta sonrisa delataba que no me creía. —Solo quiero que recuerdes una cosa.

—¿Qué?

—No estás obligada a odiarlo para protegerte a ti misma. Pero tampoco tienes por qué perdonarlo solo porque esté sufriendo.

La verdad permaneció entre nosotros, mientras yo masticaba sin sentir el sabor.

La puerta del quirófano se abrió unos minutos después y el especialista salió quitándose la cofia. La sustitución de la derivación se había completado sin complicaciones y a Cecilia la trasladarían a la UCI pediátrica.

El tío empezó a llorar de alivio, y yo lo acompañé hasta la sala de recuperación para que pudiera verla en cuanto se lo permitieran.

Cuando volví al pasillo, Leonardo estaba solo frente a una ventana, con las manos apoyadas en el alféizar y los hombros encorvados. Sin la bata abrochada y sin esa postura rígida, parecía más cansado que antes.

Pensé en pasar de largo sin decir nada, pero no pude.

—La operación ha salido bien.

—Lo sé. —Siguió mirando hacia el aparcamiento—. Lo he seguido todo.

—Caio lo ha hecho bien.

—Sí.

El silencio que siguió no era agradable, pero tampoco tenía la misma hostilidad que antes.

—Tenías razón. —Las palabras salieron en voz baja, como si le costaran más que cualquier admisión profesional—. Me perdí parte de la secuencia de imágenes.

No esperaba que lo reconociera.

—Estaba cansado.

—Y sigo estándolo.

—Pues vete a casa.

Una sonrisa sin humor se dibujó en sus labios.

—Hannah diría lo mismo.

—Probablemente.

Esa ligereza inesperada casi me hizo sonreír, pero contuve la reacción antes de que se volviera peligrosa.

—Cecilia preguntó si nos olvidaríamos de su nombre.

Leonardo por fin se giró.

—Se acordará.

—No puedes asegurarlo.

—No. —Se pasó la mano por el pelo, desordenando un poco su impecable peinado—. Pero la presión ha bajado rápidamente. Hay muchas posibilidades.

—Espero que sí.

Me observó durante unos segundos y sentí la antigua incomodidad de que me mirara alguien que había conocido versiones mías que ya no existían.

—Te portaste de maravilla con ella.

Aquella frase tocó una herida que no sabía que seguía abierta.

—Siempre he sido buena con mis pacientes.

—Lo sé.

—No, Leonardo. —Crucé los brazos, impidiendo que la emoción se notara en mi voz—. En aquella época, decías que no necesitaba oír eso. Que elogiar mi trabajo podría levantar sospechas. Pasé meses creyendo que ser invisible era el precio que tenía que pagar por estar contigo.

Su rostro perdió todo rastro de serenidad.

—Intentaba proteger tu carrera.

—Estabas protegiendo tu reputación.

No intentó negarlo.

—Sí.

Su sinceridad me dejó sin palabras por un instante.

—No hagas eso.

—¿Qué?

—No estés de acuerdo conmigo solo porque ahora te sientas culpable.

—No estoy de acuerdo por culpa. —Se alejó de la ventana, pero mantuvo una distancia respetuosa—. Estoy reconociendo que utilicé tu carrera como excusa para actuar como un cobarde.

La palabra quedó suspendida entre nosotros.

Me había imaginado ese momento muchas veces. En algunas versiones, gritaba todo lo que me había guardado; en otras, Leonardo suplicaba perdón y yo me marchaba sin mirar atrás. Ninguna fantasía incluía un pasillo de hospital, un niño recién operado y al hombre que tenía delante pareciendo más destrozado que victorioso.

—Eso no cambia lo que pasó.

—Lo sé.

—Ni significa que quiera hablar de nosotros.

—Eso también lo sé.

—Pues deja de mirarme como si esperaras algo.

Leonardo apartó la mirada, y ese gesto reveló un cansancio que su arrogancia no lograba ocultar.

—No espero nada de ti, Beatriz.

La respuesta debería haberme aliviado. En cambio, dejó un vacío inquietante.

—Genial. —Me ajusté la carpeta contra el pecho y me dispuse a salir—. Ve a descansar antes de que la directora te suspenda de verdad.

—Beatriz.

Me detuve, pero mantuve la espalda de espaldas a él.

—Gracias por no quedarte callada.

Cerré los ojos por un instante.

Cinco años antes, me había quedado callada muchas veces. Acepté el secreto, las ausencias, las decisiones tomadas sin mí y la despedida disfrazada de protección. Quizá aquella fuera la primera vez que Leonardo comprendía de verdad que mi silencio nunca había significado que estuviera de acuerdo.

—No lo hice por ti. —Retomé el camino sin darme la vuelta—. Lo hice por Cecília.

La respuesta era cierta, pero no del todo. También lo hice por él, y esa fue la parte que más me asustó.



Capítulo 4

El piso parecía aún más grande en plena madrugada.

No había reparado en lo amplias que eran las habitaciones cuando Laura estaba viva, porque siempre había algún indicio de su presencia ocupando los espacios vacíos. La televisión encendida a bajo volumen mientras ella leía en el sofá, los pasos descalzos atravesando el pasillo, una canción antigua sonando en la cocina o su voz llamándome desde el dormitorio solo para quejarse de que había vuelto a dejar el cargador del móvil en el despacho. Tras su muerte, cada estancia se había convertido en una extensión del silencio, e incluso el llanto de Helena, que durante el día me dejaba desconcertado, parecía demasiado insignificante ante la ausencia que se extendía por las paredes.

Aquella noche, mi hija no lloró. Quizá por eso estaba aún más asustado.

Me quedé de pie junto a la cuna el tiempo suficiente para sentir cómo la rigidez empezaba a formarse en mi espalda, observando el discreto movimiento del pequeño pecho bajo el pijama. Helena dormía de lado, a pesar de que la había acostado correctamente boca arriba unos minutos antes, y tenía una de las manos cerrada junto a la cara. La luz amarillenta de la lámpara dibujaba suaves sombras sobre sus mejillas, pero yo no lograba ver la tranquilidad que cualquier otra persona habría percibido en aquella imagen. Mi mirada buscaba cambios, señales, cualquier detalle que pudiera indicar que algo iba mal.

Me incliné y le toqué el cuello con dos dedos, sintiendo el pulso rápido y regular bajo su delicada piel. Después, le acerqué el dorso de la mano a la frente, aunque ya le había tomado la temperatura tres veces durante la última hora. El termómetro seguía sobre la cómoda, junto a pañales, pomadas y un biberón vacío, como prueba de esa vigilancia que yo intentaba llamar «cuidado».

Treinta y siete grados y medio. No era fiebre. Lo sabía. Aun así, la temperatura era más alta que a primera hora de la noche, y Helena había tomado menos leche en la última toma. También había estornudado dos veces, lo que podía no significar absolutamente nada, pero mi cerebro había empezado a barajar posibilidades antes de que pudiera frenarlo. Infección respiratoria, reacción tardía, deshidratación, intolerancia a la leche de fórmula. Incluso se me pasó por la cabeza la sepsis neonatal, a pesar de que no había ningún signo clínico que respaldara ese temor.

—Estás bien. —Le acaricié el perfil de la cara con el pulgar, sintiendo su piel suave bajo mi tacto—. Solo necesitas dormir.

La frase iba dirigida a mi hija, pero también a mí.

Volví a la cama e intenté quedarme tumbado, pero el monitor del vigilabebés que había sobre la mesita de noche parecía acaparar toda mi atención. El sonido de la respiración de Helena llenaba la habitación, amplificado por el aparato, y cada pequeña pausa hacía

que mi cuerpo se tensara. Al cabo de menos de cinco minutos, me levanté de nuevo.

Entré en la habitación y lo encontré todo exactamente como lo había dejado.

Mi hija dormía. El mundo no se había acabado; aun así, le volví a tocar la frente.

—Leonardo, esto no es normal.

La voz de Laura surgió en mi memoria con una claridad cruel. Lo había dicho meses antes, cuando me pasé casi una hora investigando los efectos de un medicamento que le había recetado el obstetra. Estaba sentada en el mismo sillón que en ese momento permanecía vacío junto a la ventana, con una mano apoyada sobre el vientre y una expresión que mezclaba cariño e impaciencia.

—Eres neurocirujano, no obstetra —continuó, quitándome el móvil de las manos cuando intenté consultar otro artículo—. En algún momento, tendrás que confiar en otros médicos.

En aquella época, me reí. Ahora, confiaba cada vez menos en nadie. Quizá porque los médicos no hubieran conseguido salvarla o porque yo supiera que, aunque todos hicieran todo lo posible, eso no siempre bastaba.

Helena se movió en la cuna, emitiendo un sonido suave, y abrí inmediatamente la mantita para comprobar si algo le molestaba. El pañal estaba seco, su cuerpo no parecía caliente y su respiración se mantenía estable. Aun así, saqué el termómetro de la cómoda y volví a tomarle la temperatura.

Treinta y siete grados y seis.

La cifra solo había subido una décima, pero se me hizo un nudo en el estómago.

Cogí el teléfono sin pensar en la hora que era. La niñera no contestaba de madrugada y mi madre estaba en Portugal. Probablemente mi suegra se despertaría si la llamaba, pero no

quería asustarla sin necesidad. Teresa llevaba su propio duelo y se pasaba los días intentando seguir desde la distancia cada detalle de su nieta, como si Helena fuera la única parte de Laura que aún pudiera proteger.

Abrí la lista de contactos del hospital y me quedé unos segundos mirando fijamente el nombre de Beatriz.

No debería llamar.

No después de lo que había pasado con Cecilia, de la discusión en radiología o de la forma en que Beatriz había dejado claro que no deseaba asumir ninguna responsabilidad en mi vida. Era pediatra, pero también era la mujer a la que había herido, y pedirle ayuda en plena madrugada podría parecer exactamente lo que ella me había acusado de hacer: convertirla en la solución a todo lo que yo no era capaz de gestionar.

Cerré el contacto.

Helena empezó a lloriquear.

La saqué de la cuna y la acurruqué contra mi pecho, notando que su cuerpo estaba más caliente que antes, aunque ya no sabía si podía fiarme de mi propia percepción. Ella buscó una postura cómoda, apoyó la cara sobre mi camiseta y dejó escapar un débil gemido que hizo que todos los escenarios posibles volvieran con más fuerza.

—¿Te duele algo? —Le sostuve la cabeza con una mano, mientras con la otra le acariciaba la espaldita, buscando algo que ni yo misma sabría identificar—. Necesito que me ayudes, Helena.

La pregunta absurda quedó sin respuesta.

Preparé el biberón, pero lo rechazó tras unos pocos sorbos. La leche se le escurrió por la comisura de los labios y la niña apartó la cara, molesta. Volví a comprobar la temperatura.

Treinta y siete grados y ocho.

No era una emergencia.

Me repetía eso mentalmente mientras vestía a mi hija, metía los pañales en el bolso y abrochaba la silla de bebé. No era una emergencia, pero tampoco podría esperar hasta el amanecer, encerrado en aquel piso e imaginándome que la fiebre seguía subiendo.

Cuando las puertas automáticas del Hospital São Gabriel se abrieron ante mí, poco después de las tres de la madrugada, el vestíbulo estaba casi vacío. La tenue iluminación hacía que el lugar pareciera diferente de cómo lo conocía durante el día, como si todo el edificio respirara más despacio entre un caso y otro. Una recepcionista levantó la vista, me reconoció y dirigió su atención hacia el portabebés.

—Doctor Leonardo, ¿ha pasado algo? —Se levantó de inmediato, buscando ya el teléfono sobre el mostrador.

—Mi hija tiene fiebre y ha rechazado parte de la última toma. —Dejé la hamaca sobre una silla y me agaché para volver a mirarle la carita a Helena—. Necesito que avisen a pediatría.

—Voy a llamar a la médica de guardia.

—¿Quién está de guardia?

La recepcionista consultó el turno en el ordenador antes de responder.

—La doctora Beatriz.

Mi cuerpo se tensó.

Claro que sería Beatriz.

—¿Hay algún otro pediatra disponible?

La pregunta hizo que la mujer dudara.

—La residente está en la planta, pero la encargada del turno es la doctora Beatriz. Puedo llamar a urgencias, si lo prefiere.

Podría haber aceptado. Gustavo seguramente examinaría a Helena, le pediría pruebas solo para tranquilizarme y haría alguna broma sobre mi estado. También podría llamar a Thiago, aunque la oncología pediátrica no fuera la especialidad adecuada para ese caso.

Pero no quería improvisar por orgullo.

—Llama a Beatriz.

La recepcionista asintió y hizo la llamada, mientras yo sacaba a Helena de la sillita. Mi hija estaba despierta, pero parecía más tranquila de lo habitual, con los ojos siguiendo las luces del techo con movimientos lentos. Aquella imagen avivó el miedo que intentaba controlar.

—Se va a poner bien. —La mujer que estaba detrás del mostrador esbozó una sonrisa cautelosa—. La doctora Beatriz es excelente.

—Lo sé.

La respuesta salió más baja de lo que pretendía.

Lo sabía desde la residencia, aunque rara vez lo hubiera dicho.

Unos minutos después, Beatriz apareció en el pasillo de pediatría con un pijama quirúrgico azul bajo la bata abierta. Llevaba el pelo recogido en una coleta baja y su rostro, sin maquillaje, delataba el cansancio de quien probablemente no había dormido desde el comienzo del turno. Caminaba junto a Lívia Barros, que llevaba una tableta e intentaba seguir el ritmo de sus pasos.

Cuando se dio cuenta de que yo sostenía a Helena, la expresión de Beatriz cambió.

La sorpresa fue breve, pronto sustituida por la concentración profesional.

—¿Qué ha pasado? —Se acercó sin perder tiempo en saludos, tocando primero la frente de mi hija y luego el cuello.

—La temperatura empezó a subir hace unas horas. Ha tomado menos leche y está más tranquila de lo habitual.

—¿Cuánto marcaba?

—Treinta y siete grados y ocho en la última toma.

Beatriz levantó la vista.

—Eso no es fiebre.

—Lo sé.

—¿Cuántas veces le has tomado la temperatura?

Dudé.

El discreto movimiento de una ceja indicó que ya había comprendido la respuesta.

—Seis —admití, apretando a Helena contra mi cuerpo.

Lívia apartó la mirada, quizá para ocultar alguna reacción, pero Beatriz se mantuvo seria.

—¿En cuánto tiempo?

—Dos horas.

—¿Es fiable el termómetro?

—Es digital, lo compré hace tres semanas y lo probé en el hospital.

—Claro que lo han comprobado. —Un atisbo de ironía se reflejó en sus ojos antes de desaparecer—. ¿Ha tenido tos, dificultad para respirar, vómitos o alteraciones en las heces?

—Estornudó dos veces.

—Los bebés estornudan.

—También rechazó parte del biberón.

—¿Cuánto suele tomar?

—Noventa mililitros.

—¿Y cuánto ha tomado?

—Aproximadamente setenta.

Beatriz se quedó en silencio un instante, y la ausencia de preocupación inmediata debería haberme tranquilizado. En cambio, sentí cómo crecía la irritación, alimentada por el cansancio y la sensación de que nadie parecía comprender lo que estaba en juego.

—Hay algo diferente —insistí, manteniendo la voz baja para no despertar del todo a Helena—. No se queda tan quieta.

—Vamos a examinarla —dijo Beatriz, señalando el pasillo con un movimiento de cabeza—. Lívia, prepara la sala dos y trae el material de evaluación neonatal.

Nos dirigimos a pediatría, atravesando el pasillo silencioso. Conocía aquellas salas, los equipos y los protocolos, pero entrar allí como padre lo cambiaba todo. No era yo quien controlaba la atención médica. No eran mis conocimientos los que definirían el procedimiento. Tendría que quedarme quieto, mientras otra persona evaluaba lo único en el mundo que aún no podría soportar perder.

Beatriz cerró la puerta de la sala y me pidió que colocara a Helena sobre la camilla calefactada. Mis dedos tardaron en soltar aquel cuerpecito, y ella se dio cuenta.

—Leonardo, tengo que examinarla.

—Lo sé. —Me aparté lo justo para que pudiera quitarle el pijama a la niña—. Ten cuidado con la cabeza.

Beatriz detuvo el movimiento y me miró fijamente.

—Soy pediatra.

Aquella sencilla respuesta encierraba un límite que reconocí de inmediato.

—Lo siento.

Volvió a centrar su atención en Helena, pasando el estetoscopio por el tórax, evaluando la respiración y contando los latidos. Lívia anotaba los datos en la tableta, mientras yo seguía cada gesto, intentando anticipar cualquier alteración a partir de la expresión de ambas.

—Frecuencia cardíaca adecuada —informó Beatriz, desplazando el estetoscopio hacia la espalda de la bebé—. Pulmones limpios, sin esfuerzo respiratorio.

—¿Y la temperatura?

—Treinta y siete grados y cuatro ahora mismo.

—¿Ha bajado?

—Puede que haya influido la ropa, el ambiente o su propio cuerpo al cogerla. —Le examinó los ojos, la boca y los oídos, con movimientos lentos para no molestar a Helena—. Las mucosas están húmedas. No veo signos de deshidratación.

Mi hija se quejó cuando Beatriz le tocó el abdomen, y yo me acerqué inmediatamente.

—Le ha dolido.

—Le molesta que la examinen. —Beatriz repitió la palpación en diferentes puntos, observando la reacción. —El abdomen está blando, sin distensión ni defensa.

—¿Podría ser un cólico?

—Puede que solo sea una recién nacida despierta a las tres de la madrugada, a la que una médica que no conoce le está quitando la ropa.

Helena soltó un sonido más fuerte y Beatriz se inclinó sobre ella.

—Lo sé, pequeña. Tu padre te ha traído a la consulta porque has estornudado dos veces y has dejado veinte mililitros de leche en

el biberón. —Su voz adquirió una suavidad que no solía mostrarme a mí, mientras sus dedos ajustaban el pequeño pañal—. Vamos a terminar pronto para que puedas volver a dormir.

Mi hija la miró fijamente, con los ojos aún incapaces de enfocar del todo, pero pareció tranquilizarse con ese tono.

Aquella escena me provocó una sensación incómoda. Durante años, me había imaginado a Beatriz cuidando de niños, ejerciendo la profesión que había elegido con una dedicación casi obstinada. También la imaginé sosteniendo a un hijo nuestro, aunque nunca tuve el valor de admitirlo ni siquiera ante mí mismo. En ese momento, verla frente a Helena hacía que esos recuerdos se mezclaran con una realidad que no pertenecía a ninguna de las antiguas fantasías.

Mi hija era de Laura. Beatriz no le debía nada a ella… ni a mí.

—Voy a pedir un hemograma y un análisis de orina solo por su edad —explicó, cubriendo a Helena con una manta limpia—. No es que haya encontrado signos de infección, pero los recién nacidos exigen precaución.

—También quiero que le hagan la proteína C reactiva y la procalcitonina.

Beatriz levantó la cara lentamente.

—Soy la médica encargada de la evaluación.

—Son marcadores importantes.

—Cuando hay indicación.

—Tiene veintitrés días, fiebre y ha reducido la ingesta de alimentos.

—No ha tenido fiebre, no está letárgica y ha ingerido más del setenta por ciento de su volumen habitual. —La firmeza de su tono llamó la atención de Lívia, que dejó de tomar notas. —Podemos hacerle unas pruebas básicas y mantenerla en observación, pero no

voy a someter a su hija a un estudio innecesario solo porque usted esté asustado.

Esa última palabra me golpeó como una acusación.

—No estoy asustado.

Beatriz me miró fijamente durante unos segundos antes de quitarse los guantes.

—Está en un hospital a las tres de la madrugada por una temperatura que nunca llegó a ser fiebre.

—Su madre murió durante el parto.

El silencio que se instaló en la sala pareció alterar hasta el sonido de los aparatos.

Lívia bajó la mirada hacia la tableta, visiblemente incómoda. Beatriz permaneció inmóvil, y percibí cómo surgía la culpa antes de que pudiera controlar mi propia respiración.

Utilicé a Laura como un arma.

Quizá no contra Beatriz, pero sí como justificación para impedir que ella cuestionara el miedo que yo no quería admitir.

—Lívia, pide las pruebas básicas y prepara la sala para la observación —ordenó Beatriz, sin apartar la mirada de mí.

La residente asintió y salió, cerrando la puerta con cuidado.

Durante unos segundos, solo el murmullo bajo de Helena rompió el silencio.

—Sé que Laura ha muerto —comenzó Beatriz, manteniendo la voz controlada, aunque algo en su postura delataba el esfuerzo que le suponía—. Sé que fue durante el parto, que tú estabas allí y que ahora tienes que criar a una hija sin la mujer con la que imaginabas compartirlo. No voy a fingir que comprendo la magnitud de esa pérdida.

—Entonces no reduzcas mi preocupación a un miedo irracional.

—No la estoy reduciendo. —Beatriz apoyó las manos en los laterales de la camilla, manteniendo una distancia prudente—. Estoy intentando evitar que tu miedo se convierta en la vida de Helena. No puede crecer creyendo que cada estornudo significa peligro y que cualquier alejamiento es una amenaza de muerte.

—Tiene veintitrés días.

—Y tú no duermes.

La precisión de la observación hizo que se me tensara la mandíbula.

—Eso no es relevante para el diagnóstico.

—Sí que es relevante para la forma en que interpretas cada uno de sus comportamientos. —Sus ojos azules recorrieron mi rostro, deteniéndose en las ojeras que no lograba ocultar—. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste más de tres horas seguidas?

No respondí.

—Leonardo, no estás evaluando a Helena solo como médico. La estás mirando como un hombre que ha visto morir a alguien y cree que puede evitar otra pérdida si controla todos los detalles.

—Debería haberme dado cuenta de que Laura estaba empeorando.

La confesión se me escapó antes de que pudiera contenerla.

Beatriz no se movió.

—Se quejaba de dolor —continué, desviando la atención hacia mi hija—. Dijo que algo parecía ir mal, y yo me creí lo que me explicaron de que era normal. Debería haber insistido.

—Tú eras su marido.

—También eras médico.

—No eras el obstetra.

—Eso no cambia lo que pasó.

—No —su voz perdió parte de su dureza—. Pero tampoco significa que vayas a poder evitar cualquier tragedia simplemente por quedarte despierto.

Esas palabras tocaron una parte de mí que había estado evitando desde la maternidad. Permanecer despierto significaba vigilar y actuar antes de que pasara algo. Mientras la observara, Helena estaría a salvo. Sabía que eso no era cierto, pero necesitaba creerlo.

—Las pruebas demostrarán que está bien —afirmó Beatriz, volviendo a tapar los pies de la bebé—. Y, cuando lo demuestren, te la llevarás a casa y dormirás.

—No puedo.

La respuesta salió tan baja que casi se perdió.

Beatriz levantó la vista.

—¿Qué es lo que no puedes?

—Dormir. —Me pasé la mano por la nuca, sintiendo la tensión acumulada en los músculos—. Cada vez que cierro los ojos, vuelvo a la sala de partos. Cuando por fin me duermo, me despierto creyendo que no he oído llorar a Helena.

Su expresión se suavizó, pero no había compasión.

—Hannah ha concertado una cita con Miguel.

—No necesito que todo el mundo en el hospital se entrometa en mi vida.

—La directora me ha explicado por qué intentaste operar estando agotado. No porque esté difundiendo detalles de tu duelo por los pasillos.

—Miguel es psiquiatra.

—Y tú eres neurocirujano. Ninguna de esas especialidades impide que seáis seres humanos.

La respuesta casi me hizo sonreír, aunque la tensión seguía siendo demasiado fuerte como para permitirme cualquier atisbo de ligereza.

—Siempre tienes una respuesta preparada.

—No. —Beatriz cogió la historia clínica y revisó los datos introducidos por Lívia. —Solo que me he pasado años imaginando qué diría si volviera a discutir contigo.

Su sinceridad me dejó sin palabras. Pareció darse cuenta de lo que acababa de revelar y desvió inmediatamente la atención hacia Helena.

—Voy a llamar a enfermería para que recojan las pruebas.

—Beatriz.

Su mano se quedó sobre el pomo de la puerta.

—No quería utilizar a Laura para zanjar la conversación.

—Pero lo has hecho.

—Lo sé.

Se giró lentamente, permitiéndome ver la tristeza que se ocultaba tras su actitud profesional.

—Tu mujer merece que se la recuerde sin que se convierta en una justificación para todo lo que haces, Leonardo. Y yo merezco poder discrepar sin que me recuerden que mi dolor es menor que el tuyo.

La vergüenza me invadió de forma intensa e inmediata.

—Lo siento.

Beatriz asintió, pero no dijo nada que mitigara mi error.

—Voy a llamar a la enfermera.

Cuando salió, me acerqué a la camilla y le toqué la mano a Helena. Mi hija cerró los dedos alrededor de mi dedo índice, manteniendo los ojos abiertos mientras yo intentaba comprender cómo alguien tan pequeña conseguía despertar todos los miedos que había pasado toda la vida ocultando.

—Tu padre lo está haciendo todo mal —murmuré, inclinándome hasta posar los labios en su frente—. Pero lo estoy intentando.

La extracción fue rápida, aunque Helena lloraba durante la punción y tuve que contenerme para no interrumpir el procedimiento. Joana apareció en pediatría poco después, todavía con el uniforme de urgencias, y evaluó la situación con la misma eficiencia que había demostrado en el ascensor.

—¿Qué le pasa? —preguntó, acercándose a la camilla.

—Nada, al parecer —respondió Beatriz, revisando el catéter que la enfermera acababa de retirar—. Esperaremos los resultados de las pruebas por precaución.

Joana me miró.

—¿Y el padre?

—También necesita observación —añadió Beatriz, sin apartar la vista de la historia clínica.

—No hace falta que hables de mí como si no estuviera aquí.

—Genial. —Joana cruzó los brazos sobre el pecho—. Entonces puedo decirte directamente que pareces un cadáver elegante.

—Gracias.

—No era un cumplido.

Beatriz intentó ocultar una sonrisa, pero me di cuenta del discreto movimiento de sus labios.

—Puede mamar mientras esperamos —me indicó, entregándome el biberón que había traído—. Si lo acepta bien y los

análisis salen normales, le darán el alta.

Me senté en el sillón junto a la camilla y acuné a Helena en mis brazos. Mi hija aceptó la tetina casi de inmediato, chupando con un entusiasmo que no había mostrado en casa.

Beatriz arqueó una ceja.

—Parece que la huelga de hambre ha terminado.

—Quizá la leche de fórmula estaba demasiado fría.

—O quizá no le apetecía mamar en ese momento.

—Los bebés no deberían cambiar tanto de comportamiento sin motivo.

Joana soltó una risita ahogada.

—Ya verá usted que la gente suele hacer eso, doctor. Incluso los que aún no han aprendido a hablar.

La puerta se abrió antes de que pudiera responder, y Gustavo entró con un pijama quirúrgico arrugado. Le acompañaba el olor a café, así como la expresión de quien encontraba diversión incluso después de una noche caótica.

—Me han dicho que había una urgencia pediátrica relacionada con el gran Leonardo Vasconcelos. —Se acercó, observando a Helena mientras mamaba tranquilamente—. Parece grave.

—Vete a trabajar, Gustavo.

—Ya estoy trabajando. He venido a evaluar al paciente más irritable de la planta. —Me examinó el rostro con falsa seriedad.

—Pupilas reactivas, hostilidad intacta y ausencia total de sentido del humor.

—¡Fuera!

—No sin antes de conocer a la niña que ha conseguido traerte al hospital por un estornudo.

—Fueron dos —corrigió Joana, divirtiéndose con mi incomodidad.

Beatriz finalmente sonrió, y esa imagen me impactó de una forma inesperada. Durante unos segundos, el cansancio desapareció de su rostro, devolviendo algo de aquella joven que se reía conmigo en los pasillos durante la residencia. La sensación de reconocimiento fue tan intensa que tuve que apartar la mirada hacia mi hija.

—¿No tenéis pacientes? —Le ajusté el biberón, aunque Helena ya estaba terminando.

—Tengo varios —dijo Gustavo mientras se dirigía hacia la puerta—. Pero ninguno tan dramático como tú.

—Gustavo. —Joana pronunció su nombre con un tono de advertencia clara.

—Ya me voy, jefa. —Levantó las manos y salió, sin dejar de sonreír.

—No soy tu jefa —refunfuñó Joana, acompañándolo por el pasillo—. Por desgracia, porque ya te habría despedido.

El silencio que se hizo tras la salida de ambos era menos opresivo que antes. Beatriz se sentó en la silla frente a mí y actualizó la historia clínica, mientras Helena terminaba el biberón.

—No hace falta que te quedes —le dije, observando cómo se movían sus dedos sobre la tableta—. Lívia puede hacer un seguimiento de los resultados.

—Soy la responsable de la guardia.

—Pensaba que no querías ninguna responsabilidad relacionada con mi hija.

El movimiento de sus dedos se detuvo.

—Te dije que no me convertiría en la solución para tu vida. No que dejaría de atender a una niña por ser tu hija.

—Lo sé.

—Parece que no.

—Estoy intentando entender cuáles son los límites.

Beatriz levantó la vista de la tableta.

—Empieza por tratarme como tratarías a cualquier otra médica del hospital.

—No puedo.

La respuesta se me escapó antes de que pudiera replanteármela y su expresión se volvió severa.

—Ese es precisamente el problema.

—No quería decirlo así.

—Entonces, ¿cómo quería decirlo?

Me pasé la mano por la cara, intentando encontrar una explicación que no empeorara lo que ya era confuso.

—No puedo mirarte y fingir que solo eres una compañera de trabajo.

El silencio se prolongó.

Beatriz apoyó la tableta sobre su regazo, pero no se levantó.

—Eso no te da derecho a exigirme más.

—No te estoy exigiendo nada.

—¿Llamarías a otro pediatra si estuviera disponible?

La pregunta me obligó a plantearme la verdad.

—Quizás.

—¿Por qué no confías en mi trabajo?

—Porque no quería ponerte en esa situación.

—¿Qué situación?

—Cuidar de la hija que tuve con otra mujer.

El dolor se reflejó en su rostro antes de que pudiera ocultarlo. Beatriz desvió la mirada hacia Helena, que dormía recostada contra mi brazo, ajena a la tensión que se respiraba entre nosotros.

—No es culpa de ella —afirmó tras unos segundos.

—Lo sé.

—Y tampoco es culpa de Laura.

—Nunca he dicho que lo fuera.

—No hace falta que lo digas. —La voz se mantuvo baja, pero cada palabra estaba cargada de precisión—. Hay una parte de ti que espera que vea a Helena como la prueba de que has elegido otra vida. Quizá porque así es como tú la ves cuando me encuentras cerca de ella.

La acusación me hizo respirar hondo.

—No veo a mi hija como prueba de nada.

—Pues deja de decidir lo que ella representa para mí.

Beatriz se levantó y recogió la tableta.

—Los resultados de las pruebas deberían salir en unos minutos.

Esta vez, no la llamé para que volviera.

Me quedé observando a Helena dormir, mientras las palabras de Beatriz se repetían en mi mente. Llevaba años tomando decisiones por ella, justificando cada elección como una forma de protegerla. Terminé la relación sin dejar que ella dijera nada, oculté lo que sentía y me construí una vida lejos de allí. En ese momento, incluso después de todo, seguía intentando decidir lo que ella podría soportar. Quizá no había cambiado tanto como creía.

Los resultados salieron poco antes de las cinco de la mañana. Beatriz regresó acompañada de Lívia; ambas lucían expresiones tranquilas que me permitieron respirar aliviado incluso antes de escuchar ninguna explicación.

—Hemograma normal, análisis de orina sin signos de infección y marcadores inflamatorios dentro de los valores esperados —informó Beatriz, entregándome una copia de los análisis—. Helena está sana.

—Entonces, ¿por qué le subió la temperatura?

—Probablemente por exceso de ropa, contacto prolongado con tu cuerpo o una variación normal. Además, ha tomado casi toda la cantidad habitual durante la observación.

—¿Tiene que quedarse más tiempo?

—No —Beatriz le arregló la mantita a la bebé, dejándole solo la cara al descubierto. —Puedes llevártela a casa.

—¿Y si le sube la temperatura?

—Si alcanza los treinta y ocho grados o más, si rechaza dos tomas completas, presenta dificultad para respirar, vómitos repetidos, una reducción importante de la orina o alteración del nivel de conciencia, vuelve inmediatamente.

—¿Puedes apuntarlo?

Lívia levantó la tableta, pero Beatriz le tocó el brazo.

—Lo haré yo misma.

Anotó las instrucciones en el documento de alta y añadió los horarios en los que se podía contactar con el servicio de pediatría. Cuando terminó, me entregó el papel.

—No hace falta que le tomes la temperatura cada quince minutos.

—Se la he tomado cada veinte.

—Eso no mejora la situación.

—¿Y si no me doy cuenta de un cambio?

Beatriz respiró hondo y eligió bien las palabras antes de responder.

—Cuidar no significa vigilar hasta enfermarte con ella. Helena necesita un padre lo suficientemente descansado como para darse cuenta de cuándo algo va realmente mal.

—No puedo simplemente dormirme porque los análisis salgan bien.

—Entonces habla con Miguel.

La resistencia surgió de inmediato.

—No necesito un psiquiatra para aprender a cuidar de mi hija.

—No. —Se apretó la historia clínica contra el pecho—. Necesitas a un profesional para afrontar el hecho de que no pudiste salvar a Laura.

Lívia apartó la mirada, incómoda por lo íntimo de la conversación, y Beatriz se dio cuenta.

—Puedes dejar libre la sala e informar a enfermería —le pidió a la residente, manteniendo un tono amable.

En cuanto nos quedamos a solas, me acerqué al portabebés y abroché el cinturón de Helena con movimientos cuidadosos.

—Hannah ha concertado una cita para hoy.

—Ve.

—¿De verdad crees que eso va a cambiar algo?

—Creo que seguir así lo va a destrozar.

La respuesta no contenía ninguna amenaza ni crueldad, solo una constatación que me inquietaba porque parecía cierta.

—¿Por qué te importa?

Beatriz se quedó inmóvil.

Quizá no debería haber preguntado. El cansancio, la madrugada y la proximidad de una historia que nunca habíamos zanjado habían mermado mi capacidad para mantener la distancia.

—Porque eres el padre de una paciente mía —respondió, sosteniendo mi mirada.

La formalidad debería haber bastado para zanjar el asunto, pero percibí la pausa antes de la frase, la tensión en sus manos y la forma en que evitó acercarse más.

—¿Solo por eso?

—No compliques las cosas más de lo que ya están.

—No fui yo quien volvió a trabajar en este hospital.

—Tampoco fui yo quien volvió con una hija a cuestas y esperando que el pasado permaneciera enterrado.

—No espero eso.

—Entonces, ¿qué esperas de mí?

La pregunta quedó flotando entre nosotros, sencilla e imposible.

Podría haber dicho que no esperaba nada, como había hecho el día anterior. Podría haber afirmado que solo deseaba una relación profesional o que respetaría cualquier distancia. Sin embargo, estaba cansado de mentirle a ella y a mí mismo.

—No lo sé.

Beatriz apretó los labios, como si esa fuera la única respuesta que pudiera aceptar.

—Averígualo antes de que me meta en nada.

Abrió la puerta, dando a entender que la consulta había terminado.

Cogí la silla de bebé y el bolso, pero me detuve a su lado.

—Gracias por atender a Helena.

—Es mi trabajo.

—No solo por eso.

—Leonardo…

—Y perdona por lo que dije sobre Laura. —Mantuve la voz baja, sin intentar tocarla ni acortar la distancia—. Tenías derecho a discrepar sin que yo utilizara su muerte para zanjar la conversación.

Beatriz me miró durante unos segundos. Su expresión seguía siendo reservada, pero algo en sus ojos perdió la rigidez.

—Vete a casa.

—¿Eso es un perdón?

—Es una recomendación médica. —Abrió un poco más la puerta, y un atisbo de humor suavizó la frase—. No confundas las cosas.

Salí de pediatría con mi hija en brazos y las instrucciones del alta, sintiendo un cansancio que parecía haberse instalado en lo más profundo de mis huesos. Cuando llegué al ascensor, me encontré a Hannah Nakamura esperando frente a las puertas, vestida con un conjunto oscuro y con un bolso de cuero en la mano. La directora siempre llegaba temprano, pero su presencia a esa hora me hizo sospechar que había recibido alguna información.

—He oído que han atendido a Helena esta madrugada. —Sus ojos se posaron en el portabebés antes de volver a mi rostro—. ¿Cómo está?

—Sanita.

—¿Y tú?

—Yo también.

Hannah arqueó una ceja.

—¿Beatriz estaría de acuerdo?

—No se lo he preguntado.

—No hacía falta. —Entró en el ascensor cuando se abrieron las puertas y esperó a que la acompañara. —Tu cita es a las diez.

—Dile a Miguel que me voy a casa.

—Genial. Duerme unas horas y vuelve.

—¿De verdad vas a obligar a un hombre que no duerme a conducir dos veces en el mismo día?

—Puedo pedirle a Miguel que haga la consulta por videollamada, pero dudo que consigas escapar de él tan fácilmente a través de una pantalla.

—No quiero hablar del parto.

—Pues habla de cualquier otra cosa.

—No funciona así.

—Pareces saber bastante de terapia para alguien que insiste en que no la necesita.

Se abrieron las puertas del aparcamiento.

—¿Beatriz y tú habéis acordado las respuestas?

—No. —Hannah caminó a mi lado mientras yo me dirigía al coche. —Solo somos dos mujeres inteligentes observando a un hombre que cree que puede ocultar un colapso tras una bata cara.

—No me estoy derrumbando.

—Claro que no. —Se detuvo junto a la puerta del conductor, manteniendo una expresión serena—. Solo estás llevando a una recién nacida sana al hospital en plena madrugada, intentando operar sin dormir y considerando una amenaza a cualquiera que no esté de acuerdo contigo.

Pulsé el mando y desbloqueé el coche.

—Nos vemos luego.

—A las diez, Leonardo.

No respondí.

Dos horas más tarde, estaba sentado frente a la pantalla del ordenador en el despacho de casa, con Helena durmiendo en la cuna portátil junto a la mesa. Miguel Rocha apareció en la videollamada con una camisa azul oscuro, sin bata ni ningún elemento que hiciera que la conversación pareciera una consulta médica. El psiquiatra tenía cuarenta y dos años, una mirada atenta y una forma de permanecer en silencio que obligaba a la gente a llenar el vacío.

—Hannah me ha dicho que prefieres empezar por una videollamada —comenzó, acomodándose en la silla.

—Hannah decidió que empezaría por videollamada.

—¿Hay alguna diferencia?

—Yo no lo habría concertado.

Miguel asintió, sin mostrar sorpresa.

—Entonces podemos aprovechar los próximos cincuenta minutos para que me expliques por qué no deberías estar aquí.

—No tengo cincuenta minutos.

—Tu hija está durmiendo.

Miré hacia la cuna portátil.

—Puede despertarse en cualquier momento.

—Pues lo interrumpiremos cuando eso ocurra.

—Tengo historias clínicas que revisar.

—También pueden esperar.

Su calma empezó a irritarme.

—¿Siempre estás de acuerdo con todo hasta que la persona se cansa?

—No siempre. A veces hago preguntas.

—¿Y cuál sería la primera?

Miguel ladeó ligeramente la cabeza.

—¿Por qué llevaste a Helena al hospital esta noche?

—Fiebre y pérdida de apetito.

—¿A qué conclusión llegó Beatriz?

Ese nombre me puso tenso.

—Que está sana.

—¿Y tú te lo crees?

—Los análisis están normales.

—No es eso lo que te he preguntado.

Desvié la mirada hacia la ventana. El cielo empezaba a clarear sobre los edificios de Belo Horizonte, pero la luz de la mañana no lograba disipar la sensación de que aún estaba atrapado en la madrugada.

—Creo en los resultados de las pruebas.

—Pero no cree que su hija esté a salvo.

—La seguridad no es algo permanente.

—Para nadie.

—Y menos aún para un recién nacido.

Miguel se quedó en silencio unos segundos, y me di cuenta de que esperaba que yo continuara. No dije nada.

—¿Qué pensaste que pasaría si no la llevabas al hospital?

La pregunta me evocó una imagen tan fugaz como brutal: Helena inmóvil en la cuna, con la piel pálida, mi cuerpo inclinado sobre ella sin poder respirar. Apreté la mano sobre el brazo de la silla.

—No lo sé.

—Sí que lo sabes.

—No quiero hablar de eso.

—Entonces, simplemente reconoce lo que te imaginaste, sin describirlo.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Que ella moriría.

La frase salió en voz baja, casi inaudible. Miguel no intentó tranquilizarme.

—¿Cómo está Laura?

Cerré los ojos...

La sala de partos volvió a mi mente de inmediato. La sangre, las voces, las alarmas y la mano de Laura buscando la mía, mientras alguien me pedía que me apartara.

—No.

—Leonardo...

—Ya te he dicho que no quiero hablar de eso.

—Y te he oído. —Su voz se mantuvo tranquila, pero no cedió —. También me he dado cuenta de que todo lo que has estado haciendo desde el parto parece girar en torno a esa sala.

Me levanté, apartando la silla con más fuerza de la que pretendía.

—Esta consulta ha terminado.

—Puedes colgar.

La respuesta me hizo detenerme. Miguel seguía en la pantalla, sin mostrar ninguna expresión de desafío.

—¿No vas a intentar impedirlo?

—Eres adulto. Puedes colgar cuando quieras.

—Hannah va a suspender mis operaciones.

—Esa decisión le corresponde a ella.

—Entonces esta conversación es una mera formalidad.

—Para ti, quizá. —Miguel apoyó los brazos sobre la mesa—. Para mí, es la primera vez que dices en voz alta que crees que tu hija morirá si no la vigilas.

La mano que tenía apoyada en la silla se tensó.

—Racionalmente, no lo creo.

—El cuerpo no reacciona solo ante lo que consideramos racional.

Miré a Helena. Mi hija se movió en la cuna, pero no se despertó.

—¿Qué esperas que haga?

—¿Hoy? Duerme.

—No puedo.

—Entonces quédate tumbado, con alguien que se encargue de Helena, y deja que tu cuerpo descanse aunque tu mente siga despierta.

—Me parece inútil.

—Es un comienzo.

Volví a sentarme lentamente.

Miguel no sonrió ni mostró ningún gesto de victoria.

—También quiero que dejes de tomarle la temperatura sin que te lo indiquen.

—¿Te lo ha contado Beatriz?

—No he hablado con Beatriz.

—Entonces, Hannah.

—Tampoco. Has mencionado que los análisis estaban normales, pero sigues pareciendo preocupado. Ha sido una deducción.

—Todos en este hospital han decidido analizar mi comportamiento.

—Quizá porque les estoy dando mucho que analizar.

Solté un suspiro que, en otro contexto, podría haber sido una risa.

—¿Eso ha sido una broma?

—Puedo ser gracioso cuando hace falta.

—Thiago se sentiría ofendido.

—Thiago se ofende cuando otra persona recibe atención.

El recuerdo del oncólogo pelirrojo alivió la tensión durante unos segundos, y Miguel aprovechó el cambio de ambiente.

—Vamos a quedar en dos citas a la semana.

—Una.

—Hannah mencionó que estarías dispuesto a negociar.

—¿Y dijo que aceptarías dos?

—Dijo que intentarías convertirlo todo en una lucha por el control.

—Habla demasiado.

—Quizá tú escuchas muy poco.

Esta vez, la irritación no fue tan intensa. Estaba demasiado cansado para seguir convirtiendo cada frase en un enfrentamiento.

—Una en persona y otra por videollamada.

—De acuerdo.

—Y no voy a hablar de Laura hasta que esté preparado.

—También lo acepto.

—Entonces, ¿de qué vamos a hablar?

Miguel se recostó en la silla.

—De aquello que estés utilizando para evitar hablar de ella.

Lo primero en lo que pensé fue en Beatriz. Esa sensación me incomodó lo suficiente como para apartar la mirada, y Miguel se dio cuenta.

—¿Hay alguien más de por medio? —preguntó, sin mostrar curiosidad, solo atención.

—No.

—Piensa antes de responder.

—No hay nadie más.

—Pero hay alguien en quien has pensado.

Me quedé en silencio y él no insistió.

—Podemos dejarlo para la próxima sesión.

—No habrá próxima cita si sigues intentando adivinar mi vida.

—No estoy adivinando. Estoy observando.

Helena empezó a llorar antes de que yo respondiera. Me levanté de inmediato, la saqué de la cuna y la acuné contra mi pecho. Mi hija se tranquilizó tras unos cuantos movimientos, permaneciendo despierta, con la carita vuelta hacia mí.

—Está bien —comentó Miguel al otro lado de la pantalla.

—Lo sé.

Esta vez, mientras observaba cómo respiraba Helena, conseguí creerlo durante unos segundos.

—Nos vemos dentro de tres días —concluyó el psiquiatra—. Intenta dormir antes de eso.

La llamada terminó, dejando la oficina en silencio.

Me acerqué a la ventana con mi hija en brazos y observé la ciudad: los coches llenaban las calles, las luces se encendían en los edificios y la gente se dirigía al trabajo sin saber que, unas horas antes, yo había estado convencido de que lo perdería todo otra vez.

Helena pasó la mano por mi camisa, clavando los dedos en la tela.

—Estás bien —murmuré, acariciándole la espalda—. Y yo tengo que aprender a creerlo.

Beatriz tenía razón. Hannah también… incluso Miguel, aunque yo no estuviera preparado para admitirlo.

No podía convertir a mi hija en una paciente permanente ni crear a su alrededor una vida basada en el miedo. Tampoco podía seguir utilizando el trabajo, el control o la muerte de Laura como barreras contra cualquiera que intentara acercarse a ella.

El problema era que reconocerlo no significaba saber cómo cambiar y, cada vez que pensaba en el cambio, el rostro de Beatriz surgía antes de que pudiera evitarlo.

Ella no era mi solución. Mucho menos una segunda oportunidad ofrecida por el destino, ni la mujer destinada a ocupar el lugar que había dejado Laura. Beatriz era la persona a la que había herido antes de cualquier tragedia, alguien que tenía derecho a mantenerse alejada de mí.

Aun así, cuando cerraba los ojos, todavía podía sentir su presencia en la sala de consultas, la firmeza con la que había afrontado mi ira y el cuidado que le había brindado a Helena sin permitir que yo confundiera la profesionalidad con el perdón.

Quizá eso fuera lo primero que tenía que aprender.

Respetar la línea divisoria entre desear que alguien volviera y creer que tenía derecho a pedírselo.



Capítulo 5

Debería haber aprendido, tras tantos años trabajando en el Hospital São Gabriel, que cualquier intento de organizar el día no era más que una forma optimista de provocar el caos. Entré en pediatría poco antes de las siete de la mañana con una lista mental de todo lo que tenía que resolver: supervisar la recuperación de Cecília en la UCI, revisar las pruebas de Jorge, hablar con los padres de un niño al que acababan de diagnosticar diabetes y encontrar tiempo para terminar el informe sobre la ampliación del ala infantil antes de que Hannah Nakamura apareciera con su impecable elegancia para recordarme que los plazos administrativos no tenían en cuenta las guardias agotadoras.

También tenía la intención de pasar todo el día sin pensar en Leonardo.

De todas las tareas, esa parecía la más difícil.

La madrugada anterior permanecía grabada en mi memoria con una nitidez inquietante. Todavía veía su rostro agotado en la sala de consultas, los brazos rodeando a Helena como si cualquier distancia fuera peligrosa y la resistencia agresiva con la que había intentado transformar el miedo en autoridad médica. También recordaba el momento en que admitió que no podía dormir, la forma en que su voz había perdido firmeza al confesar que volvía a la sala de partos cada vez que cerraba los ojos y la disculpa que me ofreció sin esperar que yo le restara culpa.

El hombre que me había rechazado era mucho más fácil de odiar cuando se limitaba a los recuerdos de la residencia. Podía recordar la frialdad con la que lo había terminado todo, la fotografía de la boda que apareció meses después y las noches en las que busqué una explicación que nunca llegó. Ese Leonardo encajaba perfectamente en la rabia que me había ayudado a sobrevivir.

El padre que llevaba a una recién nacida por los pasillos, sin saber cómo protegerla de su propio miedo, despertaba sentimientos mucho menos convenientes.

—Llevas casi cinco minutos mirando la misma historia clínica. —Thiago acercó la silla que había frente a mi mesa y se sentó sin pedir permiso, equilibrando una bandeja con dos cafés y un pan de queso que parecía haber sido olvidado en algún horno desde el turno anterior. La corbata amarilla, salpicada de pequeños cohetes azules, desentonaba por completo con la bata blanca, pero combinaba con la sonrisa que esbozaba siempre que quería provocarme. —O esta niña ha desarrollado una enfermedad tan rara que ha alterado tu percepción del tiempo, o no has leído ni una sola palabra.

—Estoy revisando los análisis. —Deslicé el dedo por la pantalla de la tableta, aunque no sabría decir qué información acababa de pasar ante mis ojos.

—Por supuesto. —Thiago empujó una de las tazas hacia mí y apoyó los antebrazos sobre la mesa, inclinando el cuerpo hasta

poder observar mejor mi rostro—. Y elegí una corbata discreta porque no me gusta llamar la atención.

—Para tus estándares, quizá sea discreta. —Cogí el café y me lo llevé a los labios, aprovechando el calor para ocultar mi incomodidad.

—Fue un regalo de Davi. Cualquier crítica se considerará un ataque a un niño en tratamiento oncológico. —El oncólogo se pasó los dedos por la corbata, ajustándose el nudo con un cuidado que revelaba el valor sentimental del objeto.

El nombre del paciente disipó parte de mis preocupaciones.

—¿Cómo ha pasado la noche?

La sonrisa de Thiago no desapareció por completo, pero perdió su brillo, convirtiéndose simplemente en la coraza habitual de quien había aprendido a recurrir al humor ante las cosas que no podía controlar.

—Ha vuelto a tener fiebre, los leucocitos siguen bajos y los cultivos aún no han dado ningún resultado. Voy a repetir las pruebas y observaré la evolución a lo largo de la mañana. —Hizo girar el vaso entre las manos, sin apartar la mirada de la tapa—. La madre está intentando mantenerse firme, pero el padre ha empezado a cuestionar cada decisión, como si encontrar un error en el protocolo pudiera devolverle algo de control.

—Es habitual cuando los padres están asustados.

—Sí. —Thiago levantó la vista, y la discreta ironía que se reflejó en sus ojos me puso inmediatamente en alerta—. El problema es que ayer me preguntó si realmente era yo la persona más cualificada para cuidar de su hijo.

—¿Por el empeoramiento de los resultados de las pruebas?

—Esa fue la excusa que puso.

Esa formulación tan cuidadosa decía mucho más de lo que pretendía revelar.

—¿Y cuál fue el motivo real?

Thiago respiró hondo y se recostó en la silla, cruzando una pierna sobre la otra mientras intentaba mantener la serenidad.

—Creo que mi vida personal se ha convertido en un asunto clínico desde que él vio a Daniel esperándome en el aparcamiento.

Conocía a Thiago desde hacía tiempo suficiente como para darme cuenta de cuándo la ironía ocultaba una herida. Hablaba de su propia sexualidad con naturalidad, coqueteaba sin reparos y rara vez dejaba sin respuesta los comentarios prejuiciosos, pero eso no significaba que no se cansara de tener que defenderse en entornos donde su competencia debería ser lo único que se discutiera.

—¿Qué dijo exactamente? —Dejé el café sobre la mesa, incapaz de tomármelo como un comentario sin importancia.

—Me preguntó si era capaz de separar mis decisiones personales del tratamiento de su hijo. —Thiago se subió las gafas por la nariz e intentó sonreír, aunque la tensión en su boca desmentía ese gesto—. Le expliqué que mi orientación sexual no altera el recuento de células de Davi, pero que su falta de confianza puede perjudicar la comunicación entre la familia y el equipo.

—Hannah tiene que saberlo.

—Lo sabrá si esto vuelve a interferir en la atención médica. —Thiago extendió la mano y me tocó los dedos, impidiéndome que convirtiera la indignación en una decisión que él no había pedido—. No quiero convertir al padre de un niño enfermo en un villano porque está asustado y atrapado en sus propias limitaciones. Quiero que entienda que Davi nos necesita trabajando juntos.

—No deberías aguantar los prejuicios para proteger al paciente.

—No lo estoy aguantando en silencio. —La firmeza se asomó bajo la suavidad, recordándome que Thiago no necesitaba que lo defendieran como si fuera incapaz de elegir sus propias batallas—. Solo estoy decidiendo cuál es la mejor manera de enfrentarlo sin convertir el tratamiento del niño en un campo de batalla.

La puerta de la consulta se abrió antes de que pudiera responder, e Isabela Moretti entró con un conjunto beige que parecía sacado de un escaparate, no de un vestuario de hospital. La bata le quedaba perfectamente ajustada sobre los hombros, el pelo castaño recogido en un elegante moño y su expresión transmitía la convicción de que cualquier problema que se le presentara podría resolverse con inteligencia, precisión y una dosis razonable de juicio silencioso.

—Estáis escondidos aquí, mientras que el pasillo parece una estación de metro en hora punta. —Cerró la puerta con la cadera y lanzó una mirada prolongada a Thiago—. ¿Es eso un cohete o una señal de socorro visual?

—Lo eligió un niño. —Thiago se llevó la mano al pecho, fingiendo indignación, mientras se protegía la corbata—. Ten respeto por el arte pediátrico.

—Los niños también dibujan personas con los brazos saliendo de la cabeza. No todo tiene que incorporarse a la vestimenta profesional. —Isabela se acercó a la cafetera, se sirvió sin pedir permiso y me analizó por encima del borde de la taza—. Tienes muy mal aspecto.

—Buenos días a ti también. —Mantuve un tono seco, aunque sabía que cualquier intento de impedir su análisis sería inútil.

—No he dicho que estés fea. He dicho que estás fatal. Hay una diferencia considerable. —Dio un sorbo y señaló mi bata—. Tienes los ojos hinchados, tu cara parece cansada y te has abrochado los botones desordenados.

Bajé la mirada y vi que la tela estaba desalineada.

Thiago esbozó una sonrisa de satisfacción.

—Estaba esperando a ver cuánto tardarías en darte cuenta.

—¿No tenéis pacientes? —Me desabroché la bata, con el rostro encendido por la vergüenza.

—Tengo a una adolescente con dermatitis atópica que confía más en una influencer que en quince años de medicina. Puede esperar dos minutos, mientras te arreglas la ropa. —Isabela apoyó la cadera contra la encimera y siguió observándome—. ¿Has tenido una mala noche?

—Ha sido larga.

—Según la mitad del hospital, el doctor Vasconcelos apareció de madrugada con su hija porque la pequeña estornudó. —La neutralidad de su voz no ocultaba la curiosidad de sus ojos—. Según Gustavo, fueron dos estornudos y veinte mililitros de leche que quedaron en el biberón, lo que al parecer constituye una emergencia cuando se es neurocirujano y padre paranoico.

—Gustavo debería dedicar menos tiempo a difundir información y más a evitar a las empleadas.

—Eso requeriría autocontrol, una habilidad que no adquirió ni siquiera durante sus años en el ejército —añadió Thiago, llevándose el vaso a la boca.

Isabela observó cómo me ajustaba los botones.

—Entonces es verdad.

—Estaba de guardia. —Cerré el último botón y guardé la tableta, intentando zanjar el tema antes de que encontraran más cosas que analizar.

—¿Y cómo fue? —Thiago dejó de lado el tono bromista e inclinó el cuerpo hacia delante.

—Fue una consulta pediátrica. Helena estaba sana, Leonardo estaba asustado y yo hice mi trabajo.

—¿Dormiste después? —Isabela me miró fijamente.

Me quedé en silencio.

—Esa respuesta ha sido bastante clara —concluyó ella, volviendo a beber su café.

—Sé que la situación es complicada, pero no pretendo involucrarme. Leonardo tiene que aprender a cuidar de su hija sin convertir cada cambio en un síntoma, y le he dejado claro que no voy a ser la solución para su vida. —Ordené las historias clínicas sobre la mesa con más fuerza de la necesaria, intentando convencerme a mí misma antes que a ellos dos.

—Nadie pretende involucrarse —dijo Isabela, mirándose las uñas, como si el comentario no tuviera importancia—. Por lo general, la gente se da cuenta de que se ha involucrado después de cometer varios errores.

—Tu capacidad para ofrecer consuelo es impresionante.

—No soy oncóloga pediátrica. Puedo ser sincera sin tener que usar florituras para suavizar la realidad.

Thiago abrió la boca para protestar, pero la alarma interna de pediatría interrumpió la discusión. El sonido breve y repetido fue seguido por la voz de Lívia en el pasillo, lo suficientemente alta como para atravesar la puerta.

—¡Dra. Beatriz, la necesitamos en la sala seis!

Me levanté antes de que la residente terminara de hablar. Thiago e Isabela dejaron los cafés sobre la encimera y me acompañaron hasta la salida, aunque cada uno tomó una dirección diferente al salir al pasillo.

La habitación seis estaba ocupada por Marina, una niña de cuatro años ingresada desde el día anterior por un grave ataque de asma. Permanecía sentada en la cama, inclinada hacia delante y apoyada en sus propios brazos, mientras intentaba respirar. El pecho le subía y bajaba rápidamente, los músculos del cuello se contraían

con cada inspiración y la mascarilla de oxígeno parecía demasiado pequeña ante el esfuerzo que tenía que realizar su cuerpo infantil. La madre se aferraba a la barandilla de la cama con tanta fuerza que los dedos se le habían puesto blancos.

—La saturación ha bajado a ochenta y siete. —Lívia ajustó la mascarilla, intentando mantener la voz firme a pesar de la urgencia —. Estaba bien hace menos de quince minutos.

—Aumenta el flujo y prepara la nebulización continua. — Acerqué el estetoscopio al tórax de la niña y sentí cómo crecía el miedo al no oír casi nada al inspirar. La desaparición de las sibilancias no significaba una mejoría; indicaba que los pulmones ya no conseguían mover aire suficiente para producir el sonido. —Activa la emergencia y avisa a Ravi. Puede que tengamos que intubarla.

—¿Se va a morir? —La madre me agarró del brazo, clavándome las uñas a través de la bata, mientras las lágrimas le resbalaban por la cara—. Por favor, doctora, haga algo.

—Estamos haciendo todo lo que necesita en este momento. —Le cogí la mano a la mujer y la aparté con delicadeza, manteniendo mi postura entre ella y los equipos—. Quiero que se quede cerca de la pared y siga hablando con Marina. Ella necesita oír su voz, pero el equipo también necesita espacio para trabajar.

—No voy a dejarla sola. —La madre negó con la cabeza, incapaz de apartar la mirada de su hija.

Gustavo entró unos segundos después, acompañado por Diego y una auxiliar de enfermería. El pijama quirúrgico estaba arrugado y tenía una mancha de café en el cuello, pero toda esa informalidad desapareció en cuanto examinó a la niña. Se acercó con el estetoscopio, observó los movimientos respiratorios y tomó el control de la sala con la precisión de quien se vuelve más tranquilo cuanto más grave es la situación.

—¿Desde cuándo ha empeorado? —preguntó, sin apartar la mirada de Marina mientras Diego preparaba el material.

—Menos de quince minutos. La saturación sigue bajando a pesar del oxígeno, y la entrada de aire es mínima. —Me aparté lo justo para permitirle colocarse mejor.

—Prepara adrenalina y material de intubación. ¿Viene Ravi? —Gustavo se agachó hasta quedar a la altura de la niña, sujetándole la mascarilla con firmeza mientras ella intentaba girar la cara.

—Ya está en el ascensor —confirmó Diego.

—Marina, me llamo Gustavo y voy a ayudarte a respirar. —Mantuvo la voz firme, aunque baja, para evitar que la urgencia se convirtiera en pánico para la niña—. Sé que esta mascarilla te molesta, pero necesito que la mantengas puesta unos minutos más.

—No quiero —lloró Marina, apartando la cabeza e intentando apartar su mano.

—Yo tampoco quiero seguir sujetándola, pero los dos vamos a tener que hacer cosas desagradables hasta que tu pulmón decida colaborar —Gustavo ajustó la mascarilla y, a pesar de la tensión, esbozó una breve sonrisa—. Después podrás quejarte de mí todo lo que quieras.

La madre intentó acercarse de nuevo, pero Joana apareció en la puerta y la sujetó por los hombros, manteniéndola lo suficientemente cerca como para acompañar a su hija sin entorpecer los procedimientos.

—Respira conmigo. —La enfermera hizo una inspiración lenta y exagerada, obligando a la mujer a seguir el movimiento. —Si se desmaya, tendremos dos pacientes, y el doctor Gustavo ya tiene bastante con una sola.

—Ya lo he oído —se quejó él, sin apartar la atención de Marina.

—Se suponía que debías escucharlo.

Ravi llegó cargando el maletín de anestesia y la sala se quedó aún más abarrotada. Mi teléfono vibró dentro del bolsillo de la bata,

pero lo ignoré. Volvió a vibrar unos segundos después, aunque no había espacio para ninguna distracción, mientras Marina seguía luchando por respirar.

La saturación bajó a ochenta y tres.

—Vamos a intubarla —dijo Ravi mientras preparaba la medicación y Gustavo se colocaba a la cabecera.

—Beatriz, ocúpate de la madre. Diego, monitorización completa. Joana, vía. —Gustavo repartió las tareas sin levantar la voz, lo que hizo que todos se pusieran en marcha de inmediato.

Me acerqué a la mujer y le cogí las manos antes de que comenzara el procedimiento.

—Tendremos que colocarle un tubo para ayudar a Marina a respirar. El doctor Ravi lo hará rápidamente y permanecerá con ella durante todo el proceso. —Me interpuse entre la madre y la cabecera de la cama, intentando protegerla sin ocultar por completo lo que estaba sucediendo.

—¿Se va a poner bien? —La pregunta salió entre sollozos.

—Hacemos esto para darle a su cuerpo el tiempo necesario para reaccionar. —Apreté los dedos de la mujer y mantuve su mirada, evitando hacer una promesa que nadie podía garantizar.

Cuando terminó la intubación y la saturación empezó a subir lentamente, parte de la tensión se me quitó de los hombros. Marina sería trasladada a la UCI pediátrica, acompañada por Gustavo y Ravi, mientras que Joana permanecería con su madre durante todo el trayecto.

Solo cuando la camilla salió de la sala, saqué el móvil del bolsillo.

Tenía tres llamadas de Leonardo. Lo primero en lo que pensé fue en Helena. Le devolví la llamada de inmediato, dirigiéndome a un tramo menos transitado del pasillo. Contestó antes de que terminara el segundo tono.

—¿Qué ha pasado? —pregunté; el miedo se filtró en mi voz.

—Necesito ayuda. —El sonido de los monitores y las órdenes médicas rodeaba su voz—. Ha habido una complicación en neurología. Un paciente ha sufrido una hemorragia durante la exploración, y el neurocirujano de guardia aún no ha llegado.

—No puedes operar. —Apreté el teléfono contra la oreja, preparándome para una nueva discusión.

—Lo sé.

La falta de resistencia me hizo bajar el ritmo.

—Entonces, ¿por qué has llamado?

—La niñera no puede llegar porque hay un atasco en la avenida, Hannah está en una reunión con el consejo y me he traído a Helena porque no tenía con quién dejarla. Estoy con ella en la sala de médicos, pero tengo que acompañar al paciente hasta el quirófano y dar instrucciones a Caio hasta que el especialista se haga cargo.

Mi cuerpo se tensó.

—Hay otras personas en el hospital.

—Joana está con Marina, Thiago ha entrado en una intervención y la enfermera de neurología tiene que quedarse en el servicio. —Leonardo hizo una breve pausa, y la incomodidad se palpaba a través de la línea antes de que formulara la petición. —¿Puedes quedarte con Helena unos minutos?

Debería haberme negado. No era niñera, no tenía ninguna responsabilidad sobre su hija y ya le había dejado claro que Leonardo tenía que crear una red de apoyo que no dependiera de mí. Tenía todos los argumentos preparados, organizados y perfectamente razonables.

Entonces imaginé a una recién nacida esperando en una consulta médica, mientras su padre intentaba evitar que un paciente

muriera.

—¿Dónde estás? —pregunté, cerrando los ojos por un instante.

—En la cuarta planta.

—Ya voy.

Corté la llamada antes de que me diera las gracias.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor en neurología, me encontré con Caio corriendo hacia el bloque quirúrgico con los resultados de las pruebas apretados contra el pecho. Dos enfermeras preparaban una camilla, los residentes cruzaban el pasillo y Leonardo permanecía cerca de la entrada de la sala de médicos, sujetando el portabebés, mientras daba instrucciones a uno de los médicos más jóvenes.

Todavía parecía cansado, pero había algo diferente en su forma de gestionar la situación. No intentaba hacerse cargo del procedimiento, no ocultaba sus propias limitaciones ni trataba a Caio como a alguien incapaz de seguir sus instrucciones. Revisaba la tomografía, explicaba los riesgos y preparaba al residente para que acompañara al especialista.

Al verme, la tensión de su rostro se suavizó.

—Gracias por venir. —Leonardo dejó el portabebés sobre una silla y me entregó la bolsa, tomándose la molestia de explicarme cada detalle antes de alejarse—. Ha tomado el biberón hace una hora, le han cambiado el pañal y probablemente dormirá un rato más.

—¿Solo vas a asistir a la operación? —Agarré el asa del bolso mientras observaba el cansancio en sus ojos.

—Me quedaré en la sala de control hasta que el especialista se haga cargo. Caio necesita las instrucciones iniciales.

—¿Cuánto tiempo?

—Veinte o treinta minutos.

—Pues vete.

Leonardo mantuvo los dedos agarrados al asa del portabebés durante unos segundos.

—Si llora…

—Soy pediatra. —Arqueé una ceja, repitiendo la respuesta que le había dado aquella madrugada.

—Lo sé. —Su boca esbozó un atisbo de sonrisa, aunque el miedo seguía siendo evidente.

—Pues confía en mí.

Sus ojos oscuros se encontraron con los míos, y me di cuenta del esfuerzo que le costaba aceptar dejar a su hija y alejarse.

—Confío en ti.

Leonardo soltó el asa, siguió al equipo por el pasillo y desapareció tras las puertas de acceso al bloque quirúrgico antes de que yo pudiera asimilar el peso de aquellas palabras.

Entré en la sala de médicos y dejé el portabebés sobre una mesa baja, comprobando que Helena siguiera bien colocada. Dormía profundamente, con los labios ligeramente entreabiertos y las manos cerradas junto a la cara. La mantita rosa le cubría el cuerpo, mientras que un gorrito blanco ocultaba su cabello oscuro y fino.

Me quedé de pie frente a ella durante demasiado tiempo. No era más que un bebé. Una niña que había perdido a su madre antes de conocerla, incapaz de comprender las decisiones de su padre o el pasado que existía entre nosotros. Lo sabía, pero verla tan cerca despertaba en mí emociones que me avergonzaban.

Helena era la prueba de que Leonardo había construido una vida con otra mujer. Y también de que esa vida se había hecho añicos. La contradicción hacía que cualquier resentimiento resultara demasiado cruel como para quedarse en algo sencillo.

Me senté en la silla de al lado e intenté consultar una historia clínica en la tableta, pero mi atención volvía continuamente hacia la sillita. Helena se movió unos minutos después, primero con pequeños ruidos y luego con una expresión que anunciaba el llanto incluso antes de que surgiera el sonido.

—No hagas eso. —Me incliné sobre ella, meciéndola con cuidado—. Tu padre me aseguró que dormirías.

El llanto empezó suave, pero se intensificó rápidamente.

—No pasa nada, pequeña. Volverá enseguida. —Pasé los dedos por la mantita e intenté averiguar el motivo de su inquietud.

Revisé el pañal, la temperatura y la forma en que estaba colocada. No había ningún indicio de malestar físico, pero su carita se ponía cada vez más roja, mientras sus pequeños brazos se movían con desesperación.

Podría haber llamado a una enfermera. En lugar de eso, me desabroché el cinturón y la cogí en brazos. El cuerpo de Helena era aún más pequeño de lo que recordaba de aquella madrugada. Su cabeza se acomodó en el pliegue de mi brazo y ella giró la cara hacia mi pecho, buscando un olor o una voz que yo nunca podría ofrecerle. La acurruqué contra la bata y empecé a mecerla suavemente. Aquel peso casi inexistente se volvió inmenso en mis brazos.

—No soy a quien estás buscando. —Le acaricié la espalda con la mano, siguiendo el ritmo entrecortado de su respiración—. Pero puedo quedarme hasta que vuelva tu padre.

El llanto fue amainando poco a poco. Helena soltó un suspiro entrecortado y cerró una de sus manos sobre la tela de mi bata. Los dedos eran minúsculos, el movimiento probablemente involuntario; sin embargo, la sensación de que me agarrara atravesó una parte de mí que llevaba años protegiendo.

Muchas veces me había imaginado a un niño en mis brazos. No a ese niño, y mucho menos de esa forma.

Durante la residencia, antes de que todo se desmoronara, Leonardo y yo hablamos de tener hijos una sola vez. Estábamos tumbados en la habitación vacía después de un turno de guardia, a escondidas porque nadie podía saber que un neurocirujano contratado tenía una relación con una residente de pediatría. Él admitió que no sabía si sería un buen padre, y yo me reí mientras le acariciaba la cara, diciéndole que los hombres controladores eran excelentes para organizar los horarios de las tomas.

Aquella noche, parecía una broma sobre un futuro posible. Meses después, rompió conmigo. Poco después, se casó con Laura.

En ese momento, yo sostenía en brazos a la hija de ambos.

El recuerdo me quemaba detrás de los ojos, y tuve que parpadear varias veces para evitar que se me formara alguna lágrima. Helena no tenía la culpa de mi dolor. Ningún niño debería convertirse en símbolo de las decisiones de los adultos.

—Eres muy guapa. —Le acaricié el perfil de la cara con la yema del dedo, observando cómo sus rasgos se relajaban contra mí —. Y completamente inocente en todo este lío.

—Parece que ella lo sabe y utiliza su propia inocencia como estrategia.

La voz de Isabela resonó en la puerta, haciéndome levantar la cara. La dermatóloga permanecía apoyada en el marco, sujetando un maletín contra el cuerpo y observando la escena con una atención a la que no deseaba enfrentarme.

—¿Qué haces aquí? —Apreté a Helena contra mi brazo, como si ese gesto pudiera ocultar la vulnerabilidad de aquella imagen.

—Me llamaron para evaluar una reacción cutánea en esta planta. Pasé por el pasillo, oí el llanto y te encontré como si fueras un cuadro renacentista sobre la maternidad, la culpa y el sufrimiento. —Isabela entró y cerró la puerta tras de sí, acercándose con pasos silenciosos.

—Leonardo tuvo que atender una urgencia.

—Y dejó a su hija contigo.

—Solo unos minutos.

Isabela observó a Helena, y la ironía de su expresión dio paso a una delicadeza inesperada.

—Es preciosa.

—Todo el mundo lo dice.

—Porque es verdad. —Tocó ligeramente la manta que había junto a los pies de la niña antes de volver a mirarme. —Estás temblando.

—Estoy cansada.

—No es cansancio.

Desvié la mirada hacia el rostro de la bebé, incapaz de sostener la mirada perspicaz de Isabela.

—No quiero hablar de eso.

—Me lo imaginaba. —Mantuvo la voz baja para no despertar a Helena—. Aun así, tener a su hija en brazos no te obliga a perdonar al padre.

Aquella frase dio en el clavo, justo en el conflicto que yo intentaba ocultar.

—No he pensado en el perdón.

—Claro que no. Tampoco has pensado en Leonardo en toda la madrugada, no te has dado cuenta de que la bata está torcida y estás sosteniendo a esta niña como si tuvieras miedo de que te gustara.

—Isabela.

—No te estoy juzgando. —La acidez desapareció, dejando al descubierto una sinceridad que rara vez mostraba—. Solo te

recuerdo que pueden coexistir sentimientos diferentes. Puedes sentir rabia hacia Leonardo, ternura por Helena y lamentar una vida que nunca llegó a ser, sin que una cosa anule a la otra.

Apreté los labios, intentando evitar que la emoción se notara en mi voz.

—Laura murió. Leonardo intenta criar a una hija él solo, y yo estoy aquí imaginándome una versión de la vida en la que esa niña podría haber sido mía. Eso no me parece justo.

—Los pensamientos no son delitos. —Isabela pasó los dedos por el borde de la carpeta, manteniendo una expresión firme—. Estaría mal tratar mal a Helena por culpa de ellos. Estás acunando a una niña que necesitaba un abrazo, no intentando borrar a su madre.

Helena se movió y dejó escapar un pequeño ruido antes de acomodarse de nuevo.

—No quiero que Leonardo se confunda con esto.

—Pues déjalo claro.

—Ya lo he dejado claro.

—¿Y él ha respetado tus límites? —Isabela ladeó la cabeza, esperando una respuesta sincera.

Miré hacia la puerta por la que había salido Leonardo. Había pedido ayuda, había explicado la situación, había aceptado mi respuesta y se había dirigido a la sala de control sin intentar hacerse cargo de la operación.

—Hasta ahora.

—El cambio no es una frase bonita. Es un comportamiento repetido. —Isabela recuperó parte de su elegante frialdad, como si necesitara equilibrar la sinceridad con cierta protección—. Observa lo que hace. No confíes antes de tiempo, pero tampoco le busques fallos cuando haga algo bien.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan sensata?

—Siempre lo he sido. La belleza solo distrae a la gente.

Se me escapó una risa ahogada y Helena se movió al oírla. Inmediatamente reduje el movimiento y volví a mecerla.

Isabela siguió mi reacción con una sonrisa discreta.

—Peligroso.

—¿Qué?

—Ya reconoces sus sonidos.

—Soy pediatra.

—Naturalmente.

La puerta se abrió y entró Leonardo. Llevaba el pelo algo revuelto, la bata abierta y la tensión en los hombros delataba que la situación en el quirófano no había sido nada fácil. Se detuvo en cuanto me vio con Helena en brazos.

Su mirada recorrió a mi hija, que dormía pegada a mi cuerpo, la manita cerrada sobre mi bata y, por último, mi rostro.

—¿Cómo está el paciente? —pregunté, intentando evitar que aquel momento adquiriera un significado mayor del que podía soportar.

—Estabilizado. El especialista se ha hecho cargo y Caio está supervisando. —Leonardo se acercó despacio, pero no extendió los brazos de inmediato—. ¿Ha llorado?

—Un poco.

—¿Ha tomado el biberón?

—No. El pañal está seco, la temperatura es normal y probablemente te ha echado de menos. —La intimidad involuntaria de la última frase me hizo apretar los dedos contra la manta.

Leonardo se detuvo frente a mí.

—¿Puedo cogerla?

La pregunta me sorprendió. Era su hija, pero aun así había esperado mi permiso antes de invadir el espacio que se había creado entre nosotros.

—Claro.

Le pasé a Helena con cuidado, manteniendo una de mis manos bajo su cabeza hasta que Leonardo la acunó contra su pecho. La niña reconoció a su padre de alguna forma que no sabría explicar y se acurrucó contra su cuerpo, sin despertarse del todo.

La expresión de Leonardo cambió. El cansancio seguía siendo evidente, pero una ternura silenciosa suavizó sus rasgos y reveló una faceta de él que yo nunca había conocido.

—Gracias. —Le acarició la espalda a Helena, sin apartar la mirada de su hija—. La verdad es que no sabía a quién acudir.

—Has encontrado a alguien.

Isabela recogió el maletín y se dirigió a la puerta.

—Tengo que evitar que una adolescente se trate la dermatitis con una receta que ha encontrado en las redes sociales. —Antes de salir, lanzó una mirada firme a Leonardo—. No malgaste la confianza de la gente, doctor. A algunos les lleva años ofrecerle tan solo unos minutos.

Leonardo no reaccionó ante la provocación.

—Lo sé.

Isabela me lanzó una mirada elocuente y desapareció por el pasillo, dejándonos solos.

El silencio que se hizo no era hostil, pero encierraba demasiadas cosas. Arreglé la mantita dentro del portabebés solo para mantener las manos ocupadas.

—No deberías traerla al hospital cada vez que la niñera tenga un imprevisto. —Mantuve la mirada fija en el asiento vacío, evitando

mirarlo a él.

—Lo sé. Ya me he puesto en contacto con una agencia para tener a otra profesional disponible, y mi madre debería volver de Portugal dentro de dos semanas. Teresa también se quedará con nosotros cuando su marido se recupere. —Leonardo ajustó a Helena contra su hombro, demostrando que había pensado en el problema antes de que yo lo señalara.

—Eso es un comienzo.

—También estoy intentando que tú no te conviertas en una parte obligatoria de esta red.

Levanté la vista.

—Hoy ha sido una excepción.

—Lo sé.

—Eso no significa que puedas llamarme cada vez que necesites que te acompañe a una operación.

—No significa eso. —No mostró irritación ni intentó discutir. —Te lo pedí porque no encontré a nadie más y confío en ti, pero no voy a dar por sentado que volverás a estar disponible.

Sentí un nudo en el pecho, una reacción que preferí ignorar.

—Genial.

Leonardo miró a su hija antes de volver a mirarme.

—Se ha portado muy bien contigo.

—Los bebés suelen estar bien con cualquier persona tranquila.

—Tú no estabas tranquila.

Esa precisión me molestó.

—Lo estaba lo suficiente para ella.

—Beatriz, no pretendo convertir esto en algo que no fue.

—Pues no lo conviertas.

—Pero tampoco voy a fingir que no significó nada para mí. —La voz se mantuvo baja, sin la insistencia que solía emplear cuando quería convencer a alguien.

La tensión volvió a mis hombros.

—Ese es el problema. Cualquier gesto cerca de ti parece adquirir un peso que yo no he pedido.

—Lo sé. —Leonardo respiró hondo, manteniendo la distancia. —Por eso te digo que el significado me pertenece a mí. No te exige nada a ti.

La diferencia parecía pequeña, pero no lo era. En el pasado, él convertía los sentimientos en decisiones y esperaba que yo aceptara las consecuencias. En ese momento, al menos reconocía que lo que sentía no le otorgaba ningún derecho sobre mí.

—Tengo que volver a pediatría. —Cogí la tableta que había sobre la mesa y me dirigí a la puerta.

—Beatriz.

Me detuve con la mano sobre el pomo.

—Se ha calmado porque te has quedado. —Leonardo bajó la mirada hacia su hija y una sonrisa cansada se dibujó en su rostro—. No lo estoy llamando una promesa. Solo te agradezco que te quedaras cuando ella lo necesitaba.

La frase atravesó mis defensas con una facilidad irritante.

—No confundas el cuidado con el compromiso.

—No lo haré.

Me fui antes de que la conversación se complicara más.

En el pasillo, me encontré con Thiago apoyado junto al control de enfermería, con el móvil en la mano y observando cómo me acercaba con una expresión demasiado neutra para ser real.

—¿Qué haces en neurología?

—He venido a recoger los resultados de Davi.

—¿El laboratorio se ha trasladado a la cuarta planta sin avisar?

—El São Gabriel está lleno de caminos misteriosos. —Se guardó el móvil en el bolsillo y se acercó, dejando de lado cualquier intento de fingir naturalidad—. Isabela me ha enviado un mensaje diciendo que estabas con Helena y que necesitabas apoyo emocional.

—La voy a matar.

—Ponte a la cola. Ella ha insultado mi corbata.

Seguí caminando, pero Thiago me siguió los pasos.

—¿Qué tal ha ido? —La ligereza desapareció de su voz.

—Helena lloró, la cogí en brazos, Leonardo volvió y se llevó a su hija. No pasó nada extraordinario.

—¿Y tú cómo te quedaste?

—Eso no importa.

—Para mí sí importa.

Me detuve ante la ventana que daba al jardín interior del hospital. La luz de la mañana atravesaba el cristal e iluminaba las hojas cuidadosamente dispuestas, pero aún podía sentir el peso de la mano de Helena cerrada sobre mi bata.

—Me agarró la bata. —Pasé los dedos por la tela, buscando el punto donde se había aferrado aquella manita—. Sé que fue involuntario, pero durante unos segundos pensé en todo lo que podría haber pasado si Leonardo no hubiera roto conmigo.

Thiago no intentó hacer ninguna broma.

—¿Qué sentiste?

—Ira, en primer lugar. Después, culpa por sentir algo negativo cerca de una niña. También sentí ternura, porque es pequeña, ha perdido a su madre y no tiene la culpa de nada. —Apreté la tableta contra mi pecho, intentando contener la emoción—. Y una tristeza absurda por una vida que nunca existió.

—No me parece absurda. Me parece humana. —Thiago se colocó frente a mí, tapándome la vista del jardín hasta que lo miré a los ojos.

—Parece egoísta.

—No lo es. No deseaste que Laura muriera ni que ocuparas su lugar. Solo recordaste una versión de ti misma que creía en un futuro con Leonardo.

—No quiero volver a ser esa mujer.

—Pues no vuelvas a serlo. —Thiago me tocó el brazo con delicadeza, ofreciéndome apoyo sin intentar dirigirme—. Puedes ser una mujer diferente y seguir sintiendo algo.

—Él está cambiando.

La frase se me escapó antes de que pudiera evitarlo.

Thiago permaneció en silencio durante unos segundos.

—Quizá sí.

—¿Te lo crees?

—Creo en las actitudes repetidas. Una decisión acertada no borra cinco años de silencio, pero tampoco hay que ignorarla solo porque venga de él.

—Isabela dijo lo mismo.

—Esa comparación me ofende profundamente. —Thiago se llevó la mano al pecho, fingiendo un dolor que consiguió arrancarme una breve sonrisa.

—Hoy ha respetado mis límites. Ha pedido ayuda, no ha intentado intervenir, ha preguntado antes de llevarse a su propia hija y no ha aprovechado el momento para exigir nada.

—Eso debería ser lo mínimo.

—Lo sé.

—Pero, teniendo en cuenta los antecedentes de Leonardo, lo mínimo puede parecer una revolución.

Volví a observar el pasillo: médicos, enfermeros y familiares atravesaban el hospital sin darse cuenta del conflicto que se desarrollaba en mi interior. Quería odiar a Leonardo con la misma sencillez de antes. Deseaba fijarme en cada gesto y encontrar manipulación, egoísmo o arrogancia.

El problema era que empezaba a hacer cosas que no encajaban con la imagen del hombre que me había conservado para poder seguir adelante.

—Me da miedo creer que ha cambiado.

—Pues no te lo creas todavía. Observa.

—¿Y si me involucro antes de descubrir que estaba equivocada?

Thiago exhaló lentamente y mantuvo la mano sobre mi brazo.

—No puedes controlar todos los sentimientos solo porque él controlara todas las decisiones en el pasado. Puedes decidir qué hacer con cada uno de ellos, pero no puedes impedir que existan.

Esas palabras me acompañaron durante el resto de la mañana. Visité a Cecilia en la UCI, hablé con la familia de Miguel y participé en una reunión con Hannah sobre el proyecto de pediatría. En todo momento, intenté recuperar la rutina que tenía antes de que Leonardo volviera.

Al final del turno, encontré un mensaje en el móvil.

Leonardo:

Helena está en casa con la niñera. Se ha dormido durante todo el trayecto.

Gracias de nuevo.

No había ninguna foto de la niña, ni una petición para alargar la conversación, ni ningún intento de aprovechar el momento para despertar ninguna emoción. Solo una información y un agradecimiento.

Me quedé unos minutos mirando la pantalla antes de responder.

Beatriz:

Me alegro de que esté bien.

Escribí una segunda frase.

Es una niña adorable.

La borré.

He escrito otra.

Hiciste bien en pedir ayuda.

También la borré.

Solo envié el primer mensaje y guardé el móvil en el bolso, enfadada por el cuidado que había que poner para redactar algo tan sencillo.

Cuando salí del hospital, el cielo de Belo Horizonte empezaba a teñirse de tonos anaranjados, y el ajetreo de la avenida hacía que

el aire se volviera denso con los cláxones, los motores y las prisas. Caminé hasta el coche intentando convencerme a mí misma de que aquello no había sido más que otra guardia, una urgencia y una niña que necesitaba que la abrazaran. Pero sabía que no era cierto.

Helena no tenía la culpa del pasado y quizá ese fuera el mayor peligro. Sería mucho más fácil mantenerme al margen si pudiera verla solo como la hija de la mujer que Leonardo había elegido. En cambio, me encontré con una bebé indefensa, capaz de calmarse contra mi pecho y agarrarse con los dedos a mi bata como si confiara en mí.

Leonardo había dicho que no confundiría el cuidado con una promesa. Tenía que asegurarme de que yo haría lo mismo.

Sostener a Helena durante unos minutos no significaba desear formar una familia con él. Ni perdón, ni compromiso, ni un nuevo comienzo. Aun así, durante todo el camino a casa, seguí sintiendo en mis brazos el delicado peso de aquella niña y cómo su respiración se había calmado junto a la mía.

Por primera vez desde que Leonardo había vuelto, el miedo no provenía solo de la posibilidad de que me hiciera daño de nuevo. Provenía de la certeza de que podría empezar a amar a alguien a quien nunca había tenido la intención de mantener a distancia.



Capítulo 6

El mensaje de Beatriz permaneció abierto en la pantalla del móvil más tiempo del que debería.

No había ningún intento de prolongar la conversación, ninguna pregunta sobre Helena y mucho menos alguna apertura que me permitiera convertir el agradecimiento en intimidad. Aun así, releí la frase varias veces, buscando significados que probablemente no existían. Beatriz había respondido porque yo le había enviado información sobre la niña a la que había cuidado durante unos minutos, y cualquier interpretación más allá de eso sería exactamente el tipo de intromisión que había prometido evitar.

Apagué el móvil y lo dejé sobre la encimera de la cocina, obligándome a centrar mi atención en el biberón que se calentaba dentro de una taza con agua. Helena seguía en la sillita junto a la mesa, siguiendo con la mirada las luces del techo, con los ojos aún incapaces de enfocar del todo. La niñera se había marchado hacía

menos de una hora, tras entregarme una lista de instrucciones que ya conocía y repetirme tres veces que podía llamarla por teléfono si surgía alguna emergencia.

No iba a llamar.

Tampoco llevaría a mi hija al hospital por un estornudo, un biberón a medio terminar o cualquier cambio mínimo que mi cerebro decidiera convertir en una amenaza. Al menos eso era lo que me repetía, mientras observaba cómo se calentaba la leche e intentaba ignorar la ansiedad que me invadía ante la perspectiva de pasar toda una noche a solas con Helena.

Después de aquella madrugada en el São Gabriel, les prometí a Beatriz, a Hannah y a mí mismo que no convertiría a mi hija en una paciente permanente. La promesa parecía razonable durante el día, con profesionales a mi alrededor y pruebas que confirmaban que estaba sana. En el silencioso piso, sin embargo, cada certeza perdía parte de su fuerza.

Saqué el biberón del agua, comprobé la temperatura en mi muñeca y me acerqué a la cuna.

—Vamos a cenar sin convertir esto en una emergencia médica. —Le desabroché el cinturón y la cogí con cuidado, sujetándole la cabeza mientras intentaba parecer más seguro de lo que me sentía. —Vas a tomar el biberón, eructar y dormir. Yo también tengo intención de dormir, aunque reconozco que esa parte depende más de ti que de mí.

Helena abrió la boca e hizo un gesto que interpreté como hambre. La acuné en mi brazo izquierdo y le ofrecí el biberón, sintiendo un pequeño alivio cuando aceptó la tetina sin protestar.

—Muy bien. —Seguí el ritmo con el que succionaba, controlando el impulso de comprobar la cantidad cada pocos segundos. —Podemos hacer esto de forma civilizada.

La tranquilidad duró poco más de cinco minutos. Helena apartó la cara, soltó un gemido y empezó a inquietarse. Le quité el

biberón, la acurruqué contra mi hombro y le acaricié la espalda, recordando las indicaciones de Joana. Tenía que esperar. Dos minutos no eran suficientes, y la urgencia que sentía no significaba que algo fuera mal.

—Esta vez no voy a rendirme tan pronto. —Mantuve su pequeño cuerpo apoyado contra mí, dándole suaves palmaditas mientras caminaba por el salón—. La enfermera Joana dejó muy claro que mi paciencia quirúrgica no se aplica a mi propia hija.

Helena se quejó durante unos segundos más antes de soltar un eructo sonoro. Un poco de leche se derramó sobre mi camisa, formando una mancha cerca del hombro.

—Gracias. —La aparté lo justo para observarle la cara y me encontré con una expresión tranquila que parecía casi satisfecha con el desastre. —Evidentemente, la humillación de su padre forma parte del proceso.

Volví a ofrecerle el biberón, y Helena se terminó casi toda la leche antes de quedarse dormida. Me quedé sentado en el sillón del salón, con su cuerpo acurrucado en mis brazos y la televisión apagada frente a mí. Durante unos minutos, pude disfrutar del silencio sin sentir que ocultara ninguna amenaza. La respiración de mi hija era regular, su rostro permanecía relajado y su manita descansaba abierta sobre mi camisa.

La imagen de Beatriz sosteniéndola volvió a mi mente antes de que pudiera evitarlo.

La vi con Helena en brazos solo durante unos segundos, pero el recuerdo seguía siendo demasiado detallado: el cuidado con el que le sostenía la cabeza, la tensión oculta en su postura y la ternura que había surgido cuando creía que nadie la observaba. Había algo doloroso en aquella escena, no solo porque Beatriz un día hubiera imaginado una familia conmigo, sino porque yo también lo había imaginado.

Nunca lo admití.

Durante la residencia, cuando hablábamos del futuro en momentos robados, yo me tomaba cualquier mención al matrimonio o a los hijos como una broma. Me convencí a mí mismo de que lo hacía para protegerla de promesas que quizá no pudiera cumplir. La verdad era menos generosa. Tenía miedo de reconocer lo mucho que deseaba una vida que no podría controlar por completo.

Con Laura, todo parecía diferente. Ella era segura de sí misma, directa y no me exigía que mostrara partes de mí que prefería mantener ocultas. Nuestra relación comenzó después de que yo ya hubiera terminado todo con Beatriz, y Laura nunca supo la magnitud de lo que había existido antes. La amé. Esa verdad no tenía por qué minimizarse para justificar cualquier sentimiento que aún me quedara por otra mujer. Pero el amor que sentí por Laura no convertía lo que hice con Beatriz en algo correcto.

Las dos verdades coexistían, aunque yo aún no sabía cómo llevarlas a cuestas sin sentirme culpable.

Me levanté despacio y llevé a Helena al dormitorio. La acosté en la cuna, le arreglé el pijama y comprobé que seguía boca arriba. Después, observé durante unos segundos el discreto movimiento de su respiración, resistiendo el impulso de contar cada inspiración antes de alejarme.

Volví al salón, recogí el biberón y limpié la encimera. Mi teléfono estaba donde lo había dejado y, durante unos segundos, pensé en escribirle a Beatriz. Podría darle las gracias de nuevo, decirle que Helena había tomado bien el pecho o preguntarle si Marina seguía estable en la UCI.

Ninguno de esos mensajes era necesario. El impulso no provenía de una preocupación médica. Quería un motivo para hablar con ella.

Cogí el móvil, abrí el chat y empecé a escribir.

Helena había tomado el biberón sin problemas.

Lo borré antes de enviarlo.

Escribí otra frase, explicando que sabía que cuidar de Helena no era responsabilidad suya, pero también la borré. El último mensaje ya contenía un agradecimiento, e insistir sería convertir el respeto en una estrategia.

Dejé el teléfono con la pantalla hacia abajo.

La primera hora transcurrió sin ningún incidente. Revisé algunas historias clínicas, organicé los horarios de la semana y respondí a los mensajes de Caio sobre el paciente de neurología. El especialista había concluido la cirugía sin complicaciones, y el residente había podido seguir parte del procedimiento. Caio había enviado un análisis detallado del caso, probablemente esperando que yo corrigiera cada decisión.

En el pasado, habría señalado todos los errores antes de reconocer cualquier acierto.

Esta vez, volví a leer el mensaje e intenté evaluar no solo lo que faltaba, sino también lo que había hecho bien.

Leonardo:

El diagnóstico inicial fue correcto e identificaste el empeoramiento rápidamente. Revisa la elección del acceso y el orden de las pruebas, pero la gestión fue adecuada.

Mañana lo hablamos con calma.

Tardé unos segundos en enviarlo. Elogiar a un residente no mermaba mi autoridad. Reconocer el trabajo de otra persona no me hacía menos competente.

Me llevó demasiado tiempo comprender algo tan sencillo.

Poco después de las diez, Helena empezó a llorar. El sonido atravesó el pasillo e hizo que mi cuerpo reaccionara antes de que pudiera pensar. Me levanté, a punto de tirarme el portátil, y entré en

la habitación con el corazón acelerado. Mi hija se agitaba en la cuna, con el rostro contraído y los brazos moviéndose bajo el pijama.

Le toqué la frente y comprobé que la temperatura seguía siendo normal. A continuación, observé durante unos segundos el movimiento regular de su respiración, intentando controlar el impulso de buscar un problema donde no lo había, antes de abrirle el pijama y descubrir que el motivo del llanto no era más que el pañal mojado.

Respiré hondo mientras la llevaba al cambiador, repitiéndome a mí mismo que los niños lloraban cuando se sentían incómodos y que aquello no significaba una infección, un trastorno neurológico ni el comienzo de una tragedia.

Helena no pareció impresionada con mi explicación.

La cambié sobre el cambiador, manteniendo una de las manos apoyada en su cuerpo, mientras buscaba la pomada. El llanto se intensificó cuando le quité el pijama, y una presión familiar comenzó a crecer bajo mis costillas. Mi primer impulso fue coger el termómetro, pero mantuve la mano alejada.

—No tienes fiebre. —Le cerré el pañal limpio, le volví a poner el pijama y la acuné contra mi pecho—. Tampoco te voy a tomar la temperatura solo porque hayas decidido gritar.

Caminé por la habitación mientras la mecía. Al cabo de unos minutos, el llanto amainó, pero Helena seguía despierta. Sus ojos vagaban por la habitación y sus dedos se aferraron al cuello de mi camiseta.

—Tu madre te cantaría. —La afirmación se me escapó antes de que decidiera pronunciarla, y un dolor lento se extendió por mi pecho—. Yo no sé cantar.

Laura cantaba durante el embarazo, sobre todo cuando creía que yo estaba demasiado concentrado en el trabajo como para escucharla. Elegía canciones antiguas, algunas desafinadas, y se reía

cuando me quejaba de que nuestra hija reconocería la nota equivocada incluso antes de nacer.

Se me hizo un nudo en la garganta al recordarlo.

—Puedo intentar algo. —Me senté en el sillón y mantuve a Helena pegada a mi cuerpo—. Pero no podrás usar eso en mi contra cuando crezcas.

Empecé una canción que recordaba vagamente de mi infancia, equivocándome en parte de la letra y perdiendo el ritmo en la segunda estrofa. Mi hija siguió mirándome fijamente, quizá sorprendida por la torpeza de su padre, pero no lloró.

La voz de Laura surgió en mi memoria, acompañada de la risa que siempre se le escapaba cuando me negaba a cantar delante de ella. Durante unos segundos, el dolor fue tan intenso que tuve que interrumpirme.

Helena se inquietó de inmediato.

—Está bien. —Me tragué el nudo en la garganta y retomé la canción, manteniendo la voz baja a pesar de la incomodidad—. Tu madre lo haría mucho mejor.

Esta vez, no intenté alejar el recuerdo. Permití que Laura estuviera presente en aquella habitación, no como una muerte que tuviera que vigilar, sino como la mujer que había elegido la canción, comprado el sillón e imaginado que abrazaba a su hija en aquel mismo lugar.

Helena fue cerrando los ojos poco a poco, y seguí cantando hasta que su respiración se volvió más profunda.

Después de acostarla en la cuna, volví a la habitación y me tumbé. Dejé el vigilabebés sobre la mesita de noche, con el volumen lo suficientemente bajo como para oír a mi hija si lloraba, pero no tan alto como para que cada respiración se convirtiera en una alarma.

Cerré los ojos y la sala de partos apareció de inmediato en mi memoria. Laura gritaba, el sonido del monitor cambiaba y el equipo me pedía que me apartara, mientras la sangre se extendía bajo la sábana. Abrí los ojos y me senté con el corazón golpeándome el pecho.

El piso permanecía en silencio y Helena seguía durmiendo en la habitación de al lado.

Puse los pies en el suelo, dispuesto a cruzar el pasillo y echar un vistazo a la cuna, pero me detuve antes de levantarme. Miguel había dicho que mi cuerpo reaccionaba ante el recuerdo como si el peligro siguiera presente. Tenía que dejar que la sensación pasara sin obedecerla de inmediato.

Respiré hondo y conté lentamente hasta diez. La imagen de Laura no desapareció, pero perdió parte de su nitidez, lo que me permitió volver a acostarme.

No me dormí de inmediato, pero me quedé en la cama. En algún momento, el cansancio pudo más que mi vigilia, y cuando volví a abrir los ojos, la tenue luz del amanecer se colaba a través de las cortinas.

Durante unos segundos, no entendí lo que había pasado. Después, miré el reloj y me di cuenta de que había dormido cuatro horas seguidas.

Me levanté con el miedo de siempre, tratando de recuperar espacio, crucé el pasillo y encontré a Helena durmiendo plácidamente en la cuna. Me acerqué sin tocarla, observando el movimiento regular de su respiración hasta que la tensión disminuyó.

—Lo hemos conseguido. —Apoyé una de las manos en el borde de la cuna, dejando que un discreto alivio recorriera mi cuerpo. —No ha sido elegante, pero hemos sobrevivido.

Helena abrió los ojos, como si hubiera estado esperando precisamente ese momento, y empezó a llorar.

—Claro. —Me incliné para cogerla, sintiendo surgir la primera sonrisa sincera desde que había vuelto a casa. —Podrías haberme dejado celebrarlo unos minutos más.

La mañana transcurrió de forma menos caótica de lo que esperaba. Le di el biberón, le cambié el pañal y conseguí que eructara sin tener que consultar ningún vídeo. Cuando llegó la niñera, se encontró a Helena despierta en la sillita, mientras yo preparaba café.

—¿Qué tal ha ido la noche? —La mujer se acercó a la niña antes de guardar el bolso.

—Helena ha dormido cuatro horas seguidas. —Le entregué las notas con los horarios, dándome cuenta de que había anotado menos detalles que los días anteriores. No le había tomado la temperatura varias veces, no había contado cada respiración ni había anotado la duración exacta de cada llanto. —Yo también he podido dormir.

La niñera levantó la vista, quizá sorprendida por el orgullo involuntario que se percibía en mi voz.

—Entonces, los dos han pasado una buena noche.

—Hemos pasado una noche aceptable. —Cogí la bata y me detuve antes de salir—. Llama solo si ocurre algo realmente diferente.

—De acuerdo.

—Y no hace falta que me envíes fotos cada hora.

La mujer intentó disimular una sonrisa.

—Ayer me pidió que se las enviara cada treinta minutos.

—Lo sé. —Me pasé la mano por la nuca, reconociendo lo absurdo de la situación con cierta vergüenza. —Puedes enviarlas cuando se despierte y después del biberón.

—De acuerdo, doctor.

El trayecto hasta el hospital me pareció menos pesado aquella mañana. Aun así, miré el móvil un par de veces mientras iba en coche, pero resistí la tentación de llamar a casa. Al llegar al São Gabriel, me encontré con Samuel frente al ascensor, con una taza de café en la mano y revisando una historia clínica.

—Pareces menos muerto. —El cirujano cardíaco levantó la vista y analizó mi rostro con su habitual serenidad.

—¿Así es como los cardiólogos elogian a alguien?

—Así es como te felicito yo a ti. —Samuel entró en el ascensor y me sujetó la puerta para que lo acompañara—. ¿Has podido dormir?

—Cuatro horas seguidas.

Asintió, mostrando una discreta satisfacción.

—Entonces estás mejor que ayer.

—Helena también ha dormido.

—¿Y conseguiste cuidar de ella sin llamar a medio hospital? —Samuel dio un sorbo al café, dejando que un atisbo de humor rompiera su habitual seriedad.

La noticia sobre la madrugada anterior, evidentemente, ya se había extendido por todos los departamentos.

—No tuve que llamar a nadie.

—Estupendo. Joana se pondrá de muy buen humor cuando se entere.

—No quiero que mi paternidad se convierta en un tema institucional.

—Llegaste al hospital con una recién nacida por culpa de dos estornudos. Has perdido el derecho a la privacidad durante al menos una semana.

—Gustavo se lo ha contado a todo el mundo.

—Gustavo cuenta cualquier cosa que le haga parecer menos problemático.

Las puertas se abrieron en la planta de cardiología, pero Samuel no salió de inmediato.

—¿Vas a operar hoy? —preguntó, con una mano apoyada en la puerta.

—Hannah aún no me ha dado el visto bueno.

—¿Y piensas respetar su decisión?

—Pienso hacerlo.

Samuel me miró a la cara como si esperara encontrar algún atisbo de ironía.

—Eso también es un avance.

—¿Ahora todos han decidido evaluarme?

—No. —Soltó la puerta y dio un paso hacia fuera. —Solo estamos observando si el hombre que ha vuelto es capaz de aprender algo.

Aquella frase se me quedó grabada después de que el ascensor volviera a subir.

Me encontré con Caio en neurología revisando las pruebas del paciente operado la tarde anterior. El residente se levantó en cuanto me vio, preparado para una crítica que probablemente se había pasado la noche ensayando.

—Doctor Leonardo, he revisado la elección del acceso y me he dado cuenta de que debería haber solicitado la angiotomografía antes. —Caio me entregó la tableta, con los hombros tensos—. También he preparado un análisis del procedimiento para que lo discutamos.

Eché un vistazo rápido al documento.

—Está bien estructurado. —Le devolví la tableta y le señalé la silla frente a la mesa. —Repasemos solo los puntos que se pueden mejorar.

Caio parpadeó, como si no lo hubiera entendido.

—Puedo volver a hacerlo.

—No hace falta que rehagas lo que está bien. —Me senté frente a él y abrí las imágenes de la prueba. —Explícame tu razonamiento a partir de la primera alteración.

Durante casi una hora, discutimos el caso sin que yo acaparara toda la conversación. Caio explicó la evaluación inicial, reconoció sus propios errores y presentó alternativas. Me di cuenta de que sabía más de lo que demostraba durante las guardias, probablemente porque dedicaba parte de su atención a intentar anticipar mi reacción.

Cuando terminamos, el residente permaneció sentado, con las manos juntas sobre el regazo.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Ya me la has preguntado. —Cerré la historia clínica y dejé que un atisbo de humor aliviara la tensión de su rostro.

—¿De verdad no va a operar esta semana?

—No.

—¿Por culpa de su hija?

—Por el agotamiento.

Caio asintió, pero siguió mirándome.

—Nunca había visto a un médico admitir eso.

—Yo tampoco solía admitirlo.

—¿Sigues pensando que deberías haber operado ayer?

Pensé en Cecília, en la secuencia de imágenes que había perdido y en cómo Beatriz había detectado mi cansancio antes de que yo mismo pudiera reconocerlo.

—No.

La respuesta pareció sorprenderle más que cualquier enseñanza técnica.

—Ya puedes volver al trabajo. —Recogí la historia clínica antes de que la conversación se volviera más personal de lo que estaba dispuesto a permitir.

Caio se levantó, pero se detuvo junto a la puerta.

—Doctor, gracias por haberme dejado acompañar al especialista.

—Te has ganado la oportunidad.

El residente se marchó con una expresión que rara vez veía después de nuestras conversaciones: *confianza*...

Quizá Samuel tuviera razón. Liderar no significaba ser la única persona capaz de actuar.

Poco antes de la hora de comer, mi teléfono vibró con la confirmación de la cita con Miguel. Pensé en cancelarla, pero aún recordaba la noche anterior, el impulso de tomarle la temperatura a Helena y lo difícil que me había resultado quedarme en la cama cuando había vuelto a aparecer la imagen de Laura.

Había conseguido dormir cuatro horas. Eso no significaba que estuviera bien.

La consulta de Miguel se encontraba en una zona más apartada del hospital, lejos del ajetreo de las consultas externas. Cuando entré, estaba junto a la ventana, regando una pequeña planta que parecía demasiado sana para pertenecer a la consulta de un psiquiatra.

—¿Te encargas tú solo de esto? —Señalé la maceta mientras me sentaba en el sillón.

—Sí. —Miguel dejó la regadera sobre una mesita auxiliar y se sentó en la silla frente a mí—. Las plantas no llaman por teléfono de madrugada porque han estornudado.

—¿Te lo ha contado Hannah?

—No ha hecho falta. Todo el hospital lo sabe.

—Excelente. Quizá debería enviar un comunicado oficial sobre el próximo pañal.

—Me ahorraría tiempo. —Miguel abrió un cuaderno, pero no empezó a escribir de inmediato—. ¿Qué tal la noche?

—He dormido cuatro horas.

—¿Y Helena?

—Lo mismo.

—¿Qué hiciste de diferente?

—No le tomé la temperatura sin indicación médica, no la llevé al hospital y me quedé tumbado cuando me desperté asustado.

Miguel se inclinó ligeramente hacia delante.

—¿Asustado por qué?

La pregunta hizo que mi postura se tensara.

—Por un recuerdo.

—¿De la sala de partos?

—Sí.

Miguel asintió, sin intentar obligarme a describirlo.

—¿Y qué pasó cuando no fuiste a ver a tu hija inmediatamente?

—Nada. —Me pasé la mano por la barba, sintiendo cierta incomodidad al reconocer la sencillez de la respuesta—. La sensación se atenuó al cabo de unos minutos, y Helena siguió durmiendo.

—Eso puede ayudar a tu cuerpo a comprender que el recuerdo no es un suceso nuevo.

—Parece sencillo cuando lo dices.

—No es sencillo. —Miguel apoyó el cuaderno sobre la rodilla y mantuvo la mirada fija en mi rostro—. Pero puede llegar a ser posible con la repetición.

Desvié la mirada hacia la planta que había junto a la ventana.

—Yo también le canté.

—¿Cantas?

—No muy bien.

—Supongo que Helena aún no tiene un criterio muy exigente.

—Laura cantaba durante el embarazo. —La frase salió sin que tuviera intención de hablar de ella—. Solo recordaba una parte de la canción.

Miguel se quedó en silencio, dejándome decidir si continuaba.

—Durante unos segundos, conseguí pensar en Laura sin volver al momento en que murió. —Me pasé la mano por la nuca, atrapado entre el cansancio y una emoción que no sabía cómo nombrar—. Me acordé de ella eligiendo el sillón, quejándose de mi falta de talento y hablando con Helena antes del nacimiento.

—¿Cómo fue recordar eso?

—Doloroso.

—¿Solo doloroso?

Pensé en la voz de Laura, en su sonrisa y en cómo acariciaba su barriga mientras cantaba.

—También fue bonito.

Miguel tomó una breve nota.

—Pareces creer que cualquier recuerdo feliz atenúa la gravedad de la pérdida.

—No creo eso.

—Tu cuerpo reacciona como si lo creyeras.

—Mi cuerpo me ha dado muchos problemas últimamente.

—Suele ser así cuando pasamos mucho tiempo ignorando lo que sentimos.

Esa observación me irritó, quizá porque era cierta.

—No la he ignorado, Laura.

—No me refiero solo a ella.

Supe hacia dónde se dirigía la conversación antes de que él pronunciara ningún nombre.

—Beatriz no forma parte de mi tratamiento.

—No he mencionado a Beatriz.

—No hacía falta.

Miguel se recostó en la silla, manteniendo una expresión neutra.

—¿Pensaste en ella durante la noche?

—Eso no viene al caso.

—Puede que sí, dependiendo del papel que ocupe en tus pensamientos.

Crucé los brazos, intentando restablecer una distancia que la conversación empezaba a invadir.

—Ella cuidó de Helena durante una emergencia. Es normal que lo haya recordado.

—Claro que sí. La pregunta es qué sentiste.

—Gratitud.

—¿Solo eso?

La sala parecía demasiado silenciosa.

—No voy a convertir a Beatriz en tema de terapia.

—Quizá porque hablar de ella te obligue a reconocer cosas que prefieres dar por zanjadas.

—La relación terminó hace cinco años.

—Y sigues reaccionando ante su presencia como si hubiera ocurrido ayer.

—No sabes cómo reacciono.

—Tu expresión cambió cuando pronuncié su nombre.

Desvié la mirada hacia la ventana, irritado por la facilidad con la que él percibía aquello que yo intentaba controlar.

—Le hice daño.

—Sí.

Su respuesta tan directa me hizo mirarlo a los ojos.

—Normalmente, ¿no deberían los terapeutas ofrecer consuelo?

—Puedo consolarte sin mentir.

—Pues hazlo.

Miguel juntó las manos sobre el regazo.

—Has hecho daño a Beatriz, has perdido a Laura y ahora intentas ser padre, mientras revives dos historias diferentes. Eso es difícil, pero no convierte a ninguna de esas mujeres en un instrumento para aliviar tu culpa.

—Lo sé.

—Lo sabes racionalmente. Aún tienes que descubrir si buscas a Beatriz porque deseas a la mujer en la que se ha convertido o porque ella representa una versión de tu vida anterior a la pérdida.

La pregunta quedó en el aire entre nosotros.

Beatriz existía antes de Laura, antes de la boda y antes de la sala de partos. Pensar en ella quizá me llevara de vuelta a una época en la que aún no había ocurrido ninguna tragedia. Sin embargo, eso no explicaba la forma en que mi cuerpo reaccionaba cuando ella se acercaba, el recuerdo de su mano sobre la mía o la necesidad de saber si estaba bien.

—Ambas cosas pueden coexistir. —Admití la posibilidad con incomodidad, manteniendo la mirada fija en el suelo durante unos segundos.

—Sí, pueden. El problema empieza cuando intentas convertir una de ellas en la solución para la otra.

—No le pedí nada a Beatriz.

—Le pediste que cuidara de Helena.

—Durante una emergencia.

—¿Y respetaste sus límites cuando ella los estableció?

—Sí.

—Entonces, sigue. —Miguel tomó otra nota, como si esa orientación fuera suficiente por el momento—. No utilices a su hija para acercarte a ella, no conviertas la gratitud en una exigencia y no confundas su sufrimiento con el derecho al perdón.

—¿Eso es todo?

—Por ahora, sí.

—Beatriz dijo prácticamente lo mismo.

—Parece sensata.

—También parece que le gusta recordarme todo lo que he hecho.

—Quizá sea porque has pasado cinco años sin darte cuenta.

La respuesta me dejó sin palabras, pero no encontré motivos para rebatirla.

—¿Debería pedir perdón otra vez?

—¿Para aliviar tu culpa o para reconocer su dolor?

—¿Hay alguna diferencia?

—Una diferencia enorme.

Me pasé la mano por la cara; el cansancio volvía a pesarme.

—No sé cómo arreglarlo.

—Quizá no puedas repararlo por completo. —Miguel mantuvo un tono sereno, evitando que la frase sonara cruel—. La redención no significa borrar una consecuencia. Significa cambiar el comportamiento que la provocó, aunque no haya garantía de recompensa.

La palabra se me quedó grabada en la mente. Recompensa.

Una parte de mí aún esperaba que, si lo hacía todo bien, Beatriz volviera a mirarme como antes. Era una expectativa egoísta, aunque intentara ocultarla bajo el arrepentimiento.

—¿Y si ella nunca me perdona?

—Entonces tu cambio seguirá siendo necesario.

Cerré los ojos por un instante.

No había ninguna promesa de que el esfuerzo me devolviera a Beatriz. Ninguna garantía de que aprender a ser padre, aceptar ayuda o admitir mis errores me proporcionara el futuro que deseaba.

Quizá aquella fuera la primera vez que tuviera que cambiar sin poder controlar el resultado.

—¿Has podido descansar un poco? —continuó Miguel, dejando que la conversación tomara otro rumbo antes de que me cerrara por completo—. Considéralo una pequeña victoria.

—No me gustan las pequeñas victorias.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Y si Helena tiene algún problema durante la noche?

—Evalúa los síntomas reales, sigue las indicaciones del pediatra y pide ayuda cuando sea necesario. —Miguel inclinó la cabeza, observando mi reacción—. Pedir ayuda no es el problema, Leonardo. El problema es utilizar el miedo para controlar a todos los que te rodean.

Esa frase me acompañó después de salir de la consulta.

En el pasillo, me encontré con Joana frente al control de enfermería, revisando un turno, mientras Gustavo discutía con Diego sobre el cambio de un turno. Levantó la vista en cuanto me acerqué.

—He oído que has sobrevivido a la primera noche sin convertir tu casa en una extensión de pediatría. —Joana cerró la carpeta y cruzó los brazos.

—Este hospital tiene que revisar sus políticas de confidencialidad.

—Tu niñera conoce a una técnica de la UCI, que se lo contó a Diego, quien se lo comentó a Gustavo, y este habló lo suficientemente alto como para que la mitad de Urgencias lo oyera. No ha habido ninguna violación de la confidencialidad médica.

Gustavo se acercó con una sonrisa burlona.

—Cuatro horas de sueño y ninguna ambulancia llamada. Estoy orgulloso.

—No te he pedido tu opinión.

—Nadie la pide, pero te la ofrezco de todos modos.

Joana le lanzó una mirada firme.

—¿No deberías estar organizando el turno?

—Diego se está encargando de eso.

—Porque te has liado con una empleada y ahora tienes que evitar que trabaje en el mismo turno que otra mujer con la que también te has liado. —Joana le entregó la tabla de turnos, obligándole a cogerla—. Tu vida personal dejó de ser personal en el momento en que empezaste a hacer cambios en el equipo.

A Gustavo se le borró parte de la sonrisa.

—Eso es una simplificación injusta.

—Es una descripción administrativa.

Diego fingió estar totalmente absorto en el ordenador.

—Podemos hablar de esto en otro momento —sugirió Gustavo, manteniendo una postura relajada, aunque la tensión en sus hombros delataba su incomodidad.

—Deberíamos haberlo discutido antes de que tuviera que reorganizar dos equipos por tu incapacidad para mantener las relaciones fuera de las situaciones de emergencia —dijo Joana señalando la lista que tenía en las manos—. Resuélvelo.

Gustavo me miró como si esperara mi apoyo.

—¿Lo ves? Llevas a un niño sano al hospital y te tratan con comprensión. Yo intento fomentar la integración entre departamentos y me persiguen.

—Eres el jefe de Urgencias. —Mantuve los brazos cruzados, incapaz de evitar la crítica—. Enredarte con empleadas subordinadas no es integración.

—¿Hasta tú?

—Sobre todo él. —Joana señaló en mi dirección con un movimiento de cabeza—. Un hombre emocionalmente confuso que

reconoce sus propios errores debería servir de advertencia.

—No me metas en esta discusión.

Gustavo soltó un suspiro de resignación y volvió al ordenador junto a Diego.

Joana esperó a que él se alejara antes de suavizar la expresión.

—¿Cómo está Helena?

—Bien. Ha tomado el biberón, ha dormido y solo se ha despertado dos veces.

—¿Y tú?

—Yo también estoy bien.

—No parece que te lo creas del todo.

—Estoy aprendiendo.

Ella asintió, dejando que una discreta sonrisa le suavizara el rostro.

—Es más de lo que hacía la semana pasada. Sigue esperando el eructo durante más de dos minutos.

—Sigue poniendo orden en los líos de Gustavo.

—Por desgracia, mi profesión exige retos variados.

Me alejé antes de que Gustavo oyera la última parte.

Al final del día, volví a casa sin pasar por la consulta del pediatra. Una parte de mí deseaba encontrarme con Beatriz, decirle que Helena había dormido bien o darle las gracias de nuevo por lo que había hecho. Pero Miguel tenía razón. Respetar los límites significaba no inventarme motivos para acercarme a ella.

La niñera me entregó a mi hija, me informó de los horarios y se marchó poco después. Helena estaba despierta, con la mirada fija

en las luces del salón y la boquita haciendo movimientos que empezaban a resultarme familiares.

—Hemos tenido un buen informe. —Me quité la bata y la acurruqué contra mi pecho—. No has presentado ningún síntoma alarmante, y tu padre ha podido trabajar sin llamar por teléfono cada treinta minutos.

Ella dejó escapar un sonido suave, mientras movía la cabeza junto a mi camisa.

—No lo interpretes como falta de interés.

Me senté en el sofá y me quedé un rato simplemente abrazándola. Me entraron ganas de tomarle la temperatura cuando Helena se movió, pero no cedí al impulso. En su lugar, le toqué la mano y observé cómo sus dedos se cerraban alrededor de mi dedo índice.

La imagen de Beatriz volvió a aparecer. Esta vez, no intenté alejarla ni convertir el recuerdo en una promesa.

Ella abrazó a mi hija porque Helena lo necesitaba. Respetó la memoria de Laura, aunque aquella niña representara una vida que podría hacerle daño. También había sido lo suficientemente firme como para impedir que yo utilizara el miedo como justificación.

Anhelaba a Beatriz.

La confesión surgió clara, sin el consuelo de ninguna excusa.

Anhelaba su presencia, la forma en que se me enfrentaba y la sensación de ser comprendido, incluso cuando eso me irritaba. Sin embargo, aún no sabía cuánto de ese deseo pertenecía a la mujer en la que se había convertido y cuánto estaba ligado a la versión de mí mismo que existía antes de la culpa.

No podía pedirle que corriera ese riesgo mientras yo no lo descubriera.

—Tu madre no será sustituida. —Pasé el pulgar por la manita de Helena, sintiendo la necesidad de pronunciar una promesa que ella aún no comprendería. —Y Beatriz no será utilizada para llenar el vacío que ha quedado.

Mi hija siguió sujetándome el dedo, ajena a las decisiones que los adultos tomaban en torno a su vida.

—Voy a aprender a cuidar de ti sin convertir el amor en miedo. —Me incliné y le di un beso en la frente—. También voy a aprender a no hacer daño a la gente al intentar controlar lo que siento.

Helena cerró los ojos poco a poco, relajándose contra mi pecho.

Me quedé en el sofá, mientras el piso se oscurecía a mi alrededor, escuchando su respiración y dejando que el silencio existiera sin que lo llenaran los pruebas, las alarmas o los recuerdos de la sala de partos. El dolor seguía presente, al igual que la culpa y el deseo de buscar a Beatriz, pero aquella noche no tuve que ceder a ninguno de ellos.

Me quedé con mi hija y, por primera vez desde que murió Laura, quedarme no me pareció lo mismo que esperar otra tragedia.



Capítulo 7

El pasillo de oncología pediátrica parecía haber sido construido para engañar al miedo.

Las paredes estaban pintadas en tonos claros, nubes blancas se extendían sobre un cielo azul dibujado cerca del techo y pequeños planetas de colores señalaban las puertas de las habitaciones, como si cada niño estuviera simplemente alojado en una estación espacial antes de partir hacia otra aventura. Había libros en una estantería baja, juguetes cuidadosamente desinfectados dentro de cajas transparentes y dibujos colgados en un mural que cambiaba casi cada semana. El personal de esa planta hacía todo lo posible para evitar que el hospital pareciera un lugar de enfermedad, aunque el olor a desinfectante, el discreto sonido de las bombas de infusión y la presencia constante de los soportes para sueros revelaban una realidad que ninguna decoración lograba borrar por completo.

Yo había llegado para evaluar a una niña que presentaba dolor abdominal durante la quimioterapia, pero me encontré a Thiago de pie frente a la habitación de Davi, con la historia clínica apoyada contra el pecho y la mirada fija en la pequeña ventana de la puerta. Llevaba una corbata azul oscuro salpicada de estrellas amarillas, mucho más discreta que sus elecciones habituales, y su pelo pelirrojo estaba revuelto, como si se lo hubiera pasado los dedos por él varias veces a lo largo de la mañana.

Lo que más me preocupó fue que no sonriera. Thiago podía estar agotado, irritado o a punto de entrar en una reunión difícil, pero casi siempre se le ocurría algún comentario inapropiado para aligerar el ambiente. Aquella mañana, sin embargo, permanecía inmóvil, con los hombros tensos y una expresión que yo conocía demasiado bien. Era la misma que ponía cuando necesitaba ocultar al médico durante unos segundos para permitir que aquel hombre sintiera miedo.

Me acerqué sin hacer ruido y me detuve a su lado.

—¿Qué ha pasado? —Mantuve la voz baja para no llamar la atención de la familia que permanecía dentro de la habitación.

Thiago tardó en responder. Siguió observando a Davi a través del cristal, fijándose en cómo dormía el niño acurrucado bajo la manta, con la piel pálida que contrastaba con el gorro verde que ocultaba la ausencia de pelo.

—La fiebre volvió durante la madrugada y los leucocitos han bajado más de lo que esperaba. —Apretó la historia clínica contra su cuerpo y respiró lentamente, intentando evitar que la preocupación alterara su voz. —Los cultivos siguen siendo negativos, pero ha sufrido una caída de tensión hace poco más de una hora. Hemos empezado con un antibiótico de amplio espectro y hemos aumentado la hidratación.

—¿Cómo está respondiendo?

—La presión se ha estabilizado, aunque sigue muy somnoliento. —Thiago apartó la mirada de la ventana y, por fin, me miró a los ojos. El cansancio oscurecía la piel bajo sus ojos, mientras que la rigidez de su boca revelaba todo lo que no podía decir delante de la familia. —La madre no se ha separado de su lado desde ayer, y el padre se ha pasado la mañana preguntando si debería hacerse cargo otro oncólogo.

Sentí cómo la indignación me invadía de inmediato, pero no dejé que se notara en mi voz.

—¿Ha vuelto a cuestionar tu competencia?

—Esta vez fue más prudente. Dijo que quizá una segunda opinión aportaría tranquilidad a la familia. —Thiago soltó un suspiro sin humor y se ajustó las gafas sobre la nariz—. A continuación, preguntó si Daniel seguía esperándome en el aparcamiento.

La combinación de ambas preguntas dejaba poco margen para la duda.

—Eso no tiene nada que ver con el tratamiento de Davi.

—Lo sé, tú lo sabes y probablemente hasta él lo sabe. —Thiago se pasó la lengua por los labios resecos, sin apartar la mirada de la puerta—. Pero algunas personas buscan una justificación aceptable cuando no quieren admitir el verdadero motivo de su malestar.

—¿Has hablado con Hannah?

—Todavía no. —Se dio cuenta de mi reacción y me tocó el brazo antes de que pudiera protestar—. No estoy ocultando nada ni intentando proteger a nadie que me haya faltado al respeto. Simplemente no quiero que se produzca la discusión mientras Davi está así. El niño se da cuenta de todo, incluso cuando fingimos hablar lejos de él.

—Tampoco deberías tener que entrar en esa habitación y actuar como si nada hubiera pasado.

—No voy a actuar como si nada hubiera pasado. —Thiago me miró fijamente, dejando que la firmeza profesional sustituyera por unos instantes a la vulnerabilidad—. Voy a explicar el estado de Davi, responder a las preguntas y recordarle a su padre que cualquier decisión sobre el equipo debe tener en cuenta la seguridad de su hijo, no mi vida personal. Después, cuando el niño esté estable, decidiré qué hacer con el resto.

Yo deseaba defenderlo, enfrentarme a aquel hombre y obligarlo a reconocer lo absurdo de su propio prejuicio, pero sabía que actuar sin respetar la decisión de Thiago sería repetir exactamente el tipo de comportamiento que yo condenaba en Leonardo. Mi amigo no necesitaba que lo salvaran. Solo necesitaba saber que no tendría que enfrentarse a aquello solo.

—¿Quieres que entre contigo? —le pregunté mientras le rozaba ligeramente el codo con los dedos.

Su rostro se relajó lo suficiente como para esbozar una breve sonrisa.

—¿Estás aquí como amiga o como pediatra dispuesta a plantarle cara a un hombre prejuicioso hasta que se disculpe?

—Puedo desempeñar ambas funciones.

—Es tentador, pero primero tengo que hacerlo yo solo. —Thiago se ajustó la bata, aunque ya estaba perfectamente colocada —. Si no salgo en veinte minutos, puedes entrar y fingir que tenías que evaluar algo urgente.

—¿Como qué?

—Mi corbata. —Tocó una de las estrellas amarillas con la yema de los dedos, recuperando parte de su buen humor—. Isabela diría que se trata de una emergencia estética.

—Isabela considera casi todo una emergencia estética.

—Por eso me gusta, aunque nunca lo admita.

Thiago respiró hondo antes de abrir la puerta.

La madre de Davi estaba sentada junto a la cama, cogida de la mano de su hijo, mientras lo observaba dormir. El pelo castaño le quedaba recogido de cualquier manera, y su rostro mostraba el desgaste de quien había pasado muchas noches intentando descansar en una silla de hospital. El padre ocupaba el sofá junto a la ventana, con los brazos cruzados y la mandíbula tensa. Levantó la vista cuando Thiago entró, pero su expresión no ofrecía ninguna apertura.

Me quedé fuera unos segundos, observando el comienzo de la conversación a través del cristal. Thiago se acercó a la cama, examinó los monitores y tocó el hombro de Davi antes de hablar con los padres. Su actitud cambió por completo. La inseguridad que había presenciado en el pasillo no entró con él. Dentro de aquella habitación, solo había un médico cuidadoso, preciso y atento al niño bajo su responsabilidad.

Me alejé antes de que pareciera que estaba espiando y me dirigí al control de enfermería, donde Mei Lin revisaba la medicación, mientras una auxiliar actualizaba los horarios de las infusiones. El ambiente era más silencioso que en pediatría general, aunque ningún silencio dentro de oncología era realmente tranquilo. Conllevaba la expectativa constante de un cambio, el miedo de las familias y la atención de profesionales acostumbrados a percibir cambios mínimos antes de que se volvieran graves.

—¿Está despierta la niña de la habitación doce? —pregunté al acercarme al mostrador.

Mei Lin consultó el sistema.

—Acaba de volver de la ecografía. Su madre dice que el dolor ha remitido, pero sigue con náuseas.

—Voy a examinarla antes de revisar las imágenes.

La enfermera asintió, pero su mirada se desvió hacia el pasillo de Davi.

—El doctor Thiago está preocupado.

—¿Te ha dicho algo?

—No hizo falta. —Mei Lin cerró la historia clínica electrónica y cruzó los brazos sobre el mostrador—. Ha contado tres chistes malos antes de las ocho. Cuando está bien, los chistes son un poco mejores.

—¿Un poco?

—Estoy siendo generosa.

El comentario me arrancó una breve sonrisa, pero la sensación se desvaneció cuando una voz masculina se alzó desde la habitación de Davi.

—¡No estoy diciendo que no sepa hacer su trabajo! —El padre hablaba lo suficientemente alto como para que se oyera a través de la puerta cerrada—. Solo creo que tenemos derecho a elegir a alguien con quien nos sintamos más cómodos.

La mano de Mei Lin se detuvo sobre el teclado.

Me acerqué al pasillo sin darme cuenta de que había empezado a caminar. La puerta se abrió antes de que llegara, y Thiago salió con la historia clínica pegada al cuerpo. Su expresión seguía controlada, pero la piel bajo las pecas estaba más pálida, y la rigidez de sus movimientos delataba el esfuerzo que le costaba no reaccionar ante su familia.

El padre de Davi apareció justo detrás.

—Doctor, no tergiverse lo que he dicho. —Mantuvo una de las manos sobre el pomo, mientras que la otra permanecía cerrada junto al cuerpo—. Estoy pensando en mi hijo.

Thiago se giró lentamente.

—Yo también llevo pensando en él desde el primer día que entró en esta planta. —No alzó la voz, pero su firmeza hizo que se detuviera el ajetreo del pasillo a su alrededor—. Por eso les expliqué

que puedo solicitar una segunda opinión médica siempre que lo deseen. Lo que no voy a aceptar es que se cuestione mi competencia por culpa de la persona que me esperaba en el aparcamiento.

El hombre se sonrojó.

—Yo nunca he dicho eso.

—No hacía falta. —Thiago se ajustó las gafas y mantuvo una distancia respetuosa, aunque cada músculo de su cuerpo parecía tenso. —Me preguntó si soy capaz de separar mi vida personal del tratamiento de Davi y, minutos después, quiso saber si otro médico se haría cargo. Si hay alguna duda técnica, responderé con pruebas, protocolos y dictámenes. Si el problema es que soy gay, no existe ninguna prueba capaz de tratar ese malestar que le causa a usted.

La madre de Davi apareció detrás de su marido, con los ojos húmedos y una expresión de agotamiento.

—Por favor, parad. —Le agarró del brazo al hombre y miró a Thiago—. Mi hijo puede oírnos.

El recuerdo del niño hizo que ambos retrocedieran de inmediato. Thiago respiró hondo y bajó aún más el tono de voz.

—Tiene razón. Esta conversación no debería tener lugar aquí.

El padre apartó la mirada, pero no se disculpó.

—Solo quiero lo mejor para él.

—Entonces tenemos el mismo objetivo. —Thiago abrió la historia clínica y señaló los resultados, transformando la tensión en información clínica—. Davi necesita estabilidad, antibióticos y un seguimiento continuo. Si desean una segunda opinión, yo mismo contactaré con otro oncólogo y seguiré siendo responsable hasta que la transición sea segura. No abandonaré el tratamiento en medio de una complicación por culpa de un conflicto entre adultos.

Su firmeza no denotaba orgullo herido, sino una lealtad absoluta hacia el paciente. Vi a la madre de Davi apretar los labios para contener el llanto, mientras su marido miraba al suelo.

—No queremos que se vaya ahora —respondió ella, manteniendo la mano sobre el brazo de él—. Davi confía en usted.

Thiago asintió.

—Entonces seguiré cuidando de él, y hablaremos del resto cuando se haya estabilizado.

El padre permaneció en silencio.

Thiago volvió a la habitación sin mirarme. La puerta se cerró y el hombre se alejó por el pasillo, pasando junto a mí con una expresión que mezclaba irritación, vergüenza y miedo. No intenté detenerlo. En ese momento, cualquier enfrentamiento solo serviría para avivar una discusión que ya nos había costado demasiada energía a todos.

Esperé unos minutos antes de entrar en la habitación.

Davi estaba despierto, aunque parecía tener los ojos pesados. La madre permanecía junto a la cama, ajustándole el gorro a su hijo mientras Thiago comprobaba la bomba de infusión.

—Doctora Bia. —El niño esbozó una débil sonrisa al verme—. El doctor Thiago está enfadado.

El comentario hizo que Thiago se detuviera en seco.

—No estoy enfadado. —Se acercó a la cama y le arregló la manta sobre las piernas a Davi, evitando mirarme directamente—. Solo estoy utilizando mi voz seria de médico responsable.

—Tu voz seria es más fea.

—Eso ha sido ofensivo. —Thiago se llevó la mano al pecho y, por fin, dejó que un poco de humor se reflejara en sus ojos—. Después de todo lo que he hecho por ti, incluso llevar esta corbata elegida con tan buen gusto.

Davi observó las estrellas amarillas.

—La elegí porque parece de niño.

—Por supuesto. Mi imagen profesional ha quedado destrozada por alguien que aún no sabe multiplicar por siete.

—Siete por ocho son cincuenta y seis —respondió el niño, sonriendo un poco más.

—Está mejor que tú —comenté mientras me acercaba para examinar la pantalla.

Thiago soltó un suspiro fingidamente indignado.

—Me han traicionado dentro de mi propia ala.

La madre de Davi se rió, aunque el sonido venía acompañado de lágrimas. Ese pequeño momento de normalidad pareció aliviar parte de la tensión de la habitación, y comprendí mejor por qué Thiago insistía en seguir recurriendo al humor incluso cuando todos a su alrededor lo trataban como algo superficial. Las bromas no borraban la enfermedad, pero le devolvían al niño unos minutos en los que no tenía que ser solo un paciente.

Me acerqué a la cama y examiné a Davi. Tenía la piel fría, la frecuencia cardíaca seguía un poco elevada y la somnolencia aún me preocupaba, aunque la presión arterial había mejorado. Mientras le palpaba el abdomen, apretó los labios y cerró los ojos.

—¿Te ha dolido? —le pregunté, manteniendo la mano sobre el costado derecho.

—Un poco.

—¿Desde cuándo?

—Desde esta mañana.

Thiago se acercó de inmediato.

—¿Por qué no me lo has dicho?

Davi se encogió de hombros, pero el movimiento apenas movió la manta.

—Ya estabas preocupado.

La respuesta impactó a Thiago con una fuerza que se reveló en la forma en que sus dedos se cerraron alrededor del estetoscopio.

—Mi preocupación es mi trabajo, Davi. —Se sentó al borde de la cama y le rozó ligeramente la mano al chico—. No tienes que ocultarme nada para cuidar de mí.

La mirada del niño se desvió hacia la puerta.

—¿Mi padre te ha entristecido?

El silencio se apoderó de la habitación.

La madre cerró los ojos y apretó los dedos de su hijo, mientras Thiago permanecía inmóvil durante unos segundos. Conocía su habilidad para encontrar respuestas rápidas, pero en ese momento ninguna broma habría sido suficiente.

—Tu padre está asustado porque te quiere mucho. —Thiago eligió cada palabra con cuidado, sin mentir ni poner al niño en contra de su familia—. A veces, cuando la gente tiene miedo, dice cosas que hieren. Eso no cambia el tratamiento y no es algo que tengas que resolver tú.

—¿No le gusta que salgas con hombres?

La pregunta directa hizo que la madre contuviera la respiración.

Thiago mantuvo la mano sobre la de Davi.

—A algunas personas les cuesta entender que hay muchas formas de querer a alguien. —La voz se mantuvo serena, aunque yo percibía una emoción contenida bajo cada sílaba—. Salgo con hombres, sigo siendo tu médico y también sigo haciendo chistes mejores que los tuyos.

Davi frunció el ceño.

—Tus chistes son malos.

—El tratamiento está afectando a tu criterio.

—Mi profesora dijo que mi compañero tiene dos padres.

—Tu profesora parece una mujer inteligente. —Thiago sonrió y le arregló el gorro al niño—. Ahora necesito que me digas cada vez que sientas dolor, incluso cuando creas que estoy preocupado. ¿Trato hecho?

Davi asintió.

—Trato hecho.

La madre se llevó la mano libre al rostro, secándose una lágrima antes de que su hijo se diera cuenta. Continué con la exploración y solicité nuevas imágenes debido al dolor abdominal, pero la conversación siguió rondándome la cabeza incluso después de que saliéramos de la habitación.

Thiago caminó en silencio hasta la sala de médicos de oncología. En cuanto se cerró la puerta, dejó la historia clínica sobre la mesa y apoyó ambas manos en la superficie, con la cabeza gacha. La luz blanca de la estancia resaltaba sus pecas, su pelo revuelto y el desgaste que no había dejado que su familia viera.

—Lo has hecho muy bien —le dije mientras cerraba la puerta tras de mí.

—No necesito que me digas que lo he hecho bien por explicarle a una niña que ser gay no me hace incapaz de cuidar de ella. —El tono salió más duro de lo que probablemente pretendía, y él respiró hondo antes de darse la vuelta—. Lo siento. No estoy enfadado contigo.

—Lo sé.

Me acerqué, pero esperé a que él decidiera si quería contacto físico. Thiago solía abrazar a todo el mundo, tocarles los brazos y

ofrecer cariño sin ningún tipo de reparo, pero se volvía extrañamente reservado cuando era él quien necesitaba que le apoyaran.

—¿Qué es lo que más te ha dolido? —le pregunté mientras me apoyaba en la mesa de al lado, dejando espacio suficiente para que no se sintiera acorralado.

Thiago se quitó las gafas y se presionó los ojos con los dedos.

—No fue lo que dijo su padre. Ya he oído cosas peores de gente que tenía menos miedo y más convicción. —Se limpió las lentes con el dobladillo de la bata, aunque no había ninguna mancha visible—. Fue que Davi creyera que tenía que ocultar el dolor, porque yo ya estaba preocupado. Los niños se dan cuenta cuando los adultos se están derrumbando, aunque hagamos todo lo posible por disimularlo.

—Tú no te estabas derrumbando.

—Estabas a punto. —Thiago se volvió a poner las gafas y exhaló un largo suspiro, dejando que los hombros finalmente se relajaran—. Yo también odio que esto siga afectándome. Me he pasado toda la vida aprendiendo a entrar en cualquier sitio con la cabeza alta, a responder a los comentarios, a reírme antes de que alguien se riera de mí y a fingir que no me importaba cuando un hombre decía que le gustaba, pero que no quería que le vieran conmigo.

La referencia a relaciones pasadas me oprimió el pecho.

—Daniel no parece ese tipo de hombre.

Thiago soltó una risa breve y sin alegría.

—Ese es precisamente el problema.

—¿Que no quiera ocultarlo es un problema?

—Los hombres que solo buscan una noche son fáciles. —Thiago se acercó a la ventana y cruzó los brazos, observando el

jardín interior unos pisos más abajo—. No necesitan entender mis guardias, las llamadas de madrugada, los cumpleaños cancelados porque un niño ha tenido un problema o los días en los que vuelvo a casa sin poder hablar de nada. Daniel parece dispuesto a conocer todo eso.

—Y eso te asusta.

—Mucho. —Volvió la cara hacia mí, dejando que su vulnerabilidad aflorara sin ningún tipo de protección—. Mi último novio rompió conmigo diciendo que no podía competir con niños enfermos. Como si yo hubiera elegido cada emergencia para evitar estar con él.

—Quizá simplemente no pudiera vivir con la realidad de tu profesión.

—Racionalmente lo sé. —Thiago se pasó la mano por el pelo y esbozó una sonrisa cansada—. Emocionalmente, sigo esperando el momento en que Daniel se dé cuenta de que mi vida es demasiado pesada y elija a alguien que pueda cenar sin mirar el móvil cada diez minutos.

La ironía de la situación no pasó desapercibida. Yo juzgaba a Leonardo por controlar el futuro antes de que nadie pudiera intervenir, mientras que Thiago se preparaba para ser abandonado incluso antes de permitir que Daniel se acercara.

—No tienes por qué decidir por él —señalé, sintiendo que las palabras también se volvían en mi contra—. Puedes dejar que conozca tu rutina y que elija si es capaz de quedarse.

Thiago arqueó una ceja.

—¿Me estás dando un consejo o estás hablando contigo misma?

—Quizá ambas cosas.

—Parece que Leonardo ocupa demasiado espacio en tus pensamientos.

—No conviertas esto en una conversación sobre mí.

—Me encantaría, pero al parecer soy el paciente emocional del día. —Se alejó de la ventana y se acercó a mí, permitiéndome cogerle la mano—. Solo quiero que no confundas mi miedo con sabiduría. Evitar cualquier sentimiento antes de que cobre importancia no protege a nadie. Solo garantiza que la soledad llegue primero.

La frase se me quedó grabada con una sensación de incomodidad que preferí ignorar.

—Estás filosofando demasiado para alguien con una corbata infantil.

—Las estrellas representan la inmensidad de mi profundidad emocional. —Thiago me apretó los dedos, recuperando un poco de ligereza. —Ahora tengo que revisar los pruebas de Davi antes de que este momento de vulnerabilidad arruine mi reputación.

—Tu reputación consiste en llorar en anuncios de margarina.

—Solo cuando el perro se reencuentra con su familia.

La puerta se abrió antes de que pudiera responder, y Lívia entró con la tableta apretada contra el pecho.

—Doctor Thiago, han llegado los nuevos análisis de Davi. La proteína C reactiva ha aumentado y el recuento de neutrófilos ha vuelto a bajar.

El buen humor se esfumó de inmediato.

Thiago cogió la tableta y revisó los resultados.

—Avisa a Aline y dile que venga a oncología. También quiero repetir el cultivo y solicitar una ecografía abdominal con carácter urgente. —Ya se dirigía hacia la puerta cuando se volvió hacia mí—. ¿Puedes evaluar el abdomen con Angélica Menezes cuando estén listas las imágenes?

—Claro.

—Gracias.

Salimos juntos de la sala y la rutina volvió a exigir todo lo que él casi se había permitido sentir.

La mañana transcurrió entre pruebas, ajustes de la medicación y conversaciones con la familia. Aline Okamoto examinó a Davi y estuvo de acuerdo con aumentar la dosis del antibiótico. La ecografía no mostró perforación ni inflamación grave, pero indicó una alteración intestinal compatible con el tratamiento, lo que exigía una observación cuidadosa. Thiago estuvo presente en todas las etapas, sin permitir que el conflicto con su padre alterara la atención prestada al niño.

Poco después del mediodía, salí de oncología para acompañar a Marina en la UCI pediátrica. Seguía intubada, aunque la saturación se mantenía estable y los análisis mostraban una respuesta al tratamiento. La madre permanecía sentada junto a la cama, sosteniendo el piececito de su hija bajo la manta, mientras Joana actualizaba la medicación.

—¿Cómo está? —pregunté al acercarme.

—Mejor que durante la intubación —Joana comprobó la bomba de infusión antes de levantar la vista—. Ravi cree que podrá reducir la sedación hoy mismo si sigue así.

La madre de Marina me reconoció y se levantó.

—Doctora, el médico de urgencias dijo que ha reaccionado bien —su voz aún temblaba, aunque la esperanza empezaba a abrirse paso entre el miedo y el agotamiento—. ¿Eso significa que va a despertarse?

—Significa que los pulmones están respondiendo, y eso es un paso importante. —Le cogí las manos, manteniendo una firmeza que no prometía más de lo que sabíamos—. Vamos a estar atentos durante las próximas horas antes de decidir cuándo retirarle el tubo.

Ella asintió y volvió a sentarse.

Gustavo apareció en el pasillo de la UCI con una taza de café en una de las manos y la bata abierta sobre el pijama quirúrgico. Había una rigidez poco habitual en sus movimientos, y me di cuenta de que Joana también lo observaba.

—Tengo que hablar contigo —anunció ella, alejándose unos pasos de la cama para preservar la intimidad de la familia.

—Siempre una frase prometedora—. Gustavo dio un sorbo al café, intentando mantener el buen humor mientras la acompañaba hasta un lugar más apartado.

No tenía intención de escuchar, pero la UCI estaba en silencio y la voz firme de Joana atravesó la pequeña distancia.

—Fernanda ha pedido cambiar tres turnos, porque no quiere trabajar contigo después de lo que ha pasado.

Gustavo me echó un vistazo rápido antes de volver a centrar su atención en la enfermera.

—Esto no debería estar discutiéndose aquí.

—Tampoco debería haber ocurrido entre un jefe de departamento y una profesional que depende de tus turnos. —Joana cruzó los brazos, manteniendo la carpeta pegada al cuerpo—. Ella afirma que dejaste claro que no querías un compromiso, pero no le dijiste que seguías saliendo con otra empleada.

—No tenía una relación exclusiva con nadie.

—Esa no es la cuestión.

—Me parece que sí lo es.

Joana respiró hondo, conteniendo la irritación antes de continuar.

—La cuestión es que las decisiones personales del jefe de urgencias ahora están alterando los turnos, creando tensión entre departamentos y haciendo que dos mujeres crean que saldrán perjudicadas si se quejan.

La expresión de Gustavo se endureció.

—Yo nunca perjudicaría la carrera de nadie por culpa de una relación.

—Quizá no de forma intencionada. —Joana dio un paso hacia él, bajando la voz sin perder la firmeza—. Pero ocupas un puesto que hace imposible fingir que todas las relaciones parten de la igualdad.

Gustavo apretó la tapa del vaso, y su habitual arrogancia pareció flaquear durante unos segundos.

—¿Fernanda ha dicho que la presioné?

—No. Dijo que fue de mutuo acuerdo. También dijo que se siente como una idiota y que no quiere cruzarse con la otra mujer en los pasillos. —Joana descruzó los brazos y señaló hacia el control de enfermería—. Hannah ya lo sabe. Tendrás una reunión con ella al final del día.

—Excelente. —Gustavo se pasó la mano por la cabeza rapada, dejando que el malestar se reflejara en el gesto—. Mientras tanto, ¿puedo seguir salvando vidas o tengo que rellenar algún formulario sobre mi vida sexual?

La provocación hizo que el rostro de Joana se endureciera.

—Puedes seguir trabajando, siempre y cuando entiendas que ser excelente durante una emergencia no borra el daño que causas después.

El silencio entre ambos se prolongó durante unos segundos.

Gustavo apartó la mirada primero.

—¿Marina está estable?

El brusco cambio de tema podría parecer una cobardía, pero había algo en su voz que delataba una preocupación sincera.

—Sí. —Joana miró el monitor a través del cristal—. Ravi tiene intención de reducir la sedación.

—Quiero que me avisen cuando la extuben.

—Pediatría se encargará de eso.

—Yo la intubé.

—Y has cumplido con tu trabajo.

Gustavo la miró fijamente, como si buscara algo que Joana no estaba dispuesta a ofrecerle.

—Avísame de todos modos.

La enfermera no respondió. Se alejó por el pasillo, llevándose consigo su actitud arrogante y una tensión que parecía haberle ensanchado los hombros.

—¿Siempre reacciona así cuando se le planta cara? —pregunté cuando Joana volvió a mi lado.

—Gustavo cree que ser sincero sobre no querer un compromiso le exime de cualquier responsabilidad. —Cerró la carpeta y observó la puerta por la que él había desaparecido—. También cree que salvar vidas le otorga una especie de licencia para destruir la suya propia.

—Se portó de maravilla con Marina.

—Es excelente en cualquier situación en la que no tenga tiempo para sentir. —Joana le arregló la manta a la niña y bajó la voz para no molestar a la madre—. El problema empieza cuando termina la emergencia.

Esa descripción me hizo pensar en Leonardo.

Quizá el São Gabriel estuviera lleno de hombres que funcionaban a la perfección mientras alguien sangraba ante ellos, pero que se volvían incapaces de lidiar con sentimientos que no podían interrumpirse con medicación ni resolverse en un quirófano.

—Gustavo y Leonardo se parecen más de lo que les gustaría admitir —comenté mientras observaba los monitores de Marina.

—No digas eso delante de ninguno de los dos —Joana dejó que una discreta sonrisa suavizara su expresión—. Tendríamos otra emergencia.

Pasé la tarde entre la UCI, pediatría y oncología. Davi se mantuvo estable, aunque la fiebre aún no había remitido. Marina empezó a reaccionar cuando Ravi redujo la sedación. Thiago no salió de la habitación del paciente durante más de quince minutos, mientras que Gustavo acudió a la reunión con Hannah y regresó a urgencias con una expresión que impidió a todos hacer preguntas.

Estaba terminando de anotar lo último cuando me encontré con Leonardo frente al control de enfermería de pediatría. Sostenía una historia clínica y hablaba con Lívia sobre un niño que necesitaba una evaluación neurológica. Llevaba la bata abrochada, el pelo oscuro bien peinado y el rostro parecía menos agotado que en los días anteriores.

Me vio antes de que pudiera decidir si debía apartarme.

La conversación con la residente terminó y Leonardo se dirigió a mí sin la antigua prisa por ocupar todo el espacio a su alrededor.

—¿Cómo está Marina? —preguntó, mientras mantenía una distancia que no me obligaba a retroceder.

—Estable. Ravi ha empezado a reducir la sedación y cree que podrá extubarla mañana si no empeora.

—Gustavo comentó que la intubación fue difícil.

—Fue lo suficientemente rápida como para evitar complicaciones. —Cerré la historia clínica y la apoyé contra mi pecho —. Puede que sea insoportable, pero funciona bien bajo presión.

—Las personas insoportables suelen ser sorprendentemente competentes. —Un atisbo de humor se dibujó en su rostro.

—¿Te refieres a Gustavo o a ti mismo?

—De los dos, probablemente.

Su capacidad para reconocer su propia arrogancia me pilló desprevenida.

—¿Cómo pasó la noche Helena? —La pregunta se me escapó antes de que decidiera formularla.

Leonardo no aprovechó mi interés como una invitación para acercarse.

—Durmió cuatro horas seguidas, comió bien y no tuvo que ir al hospital. —Su expresión se suavizó al hablar de su hija. —Yo también conseguí dormir.

—Eso está bien.

—Ha sido una noche «soportable», como la llamó la niñera.

—Parece un buen comienzo.

—Miguel dijo lo mismo.

Me sorprendió la naturalidad con la que mencionó la terapia. El Leonardo que conocí durante la residencia habría considerado cualquier ayuda psicológica como una debilidad y habría ocultado la consulta incluso a sí mismo.

—¿Te estás tomando el tratamiento en serio?

—Estoy intentando no convertirlo todo en una disputa. —Pasó los dedos por el lateral de la historia clínica, mostrando un malestar que no intentó ocultar—. Aunque Miguel parece divertirse mucho cuando estoy enfadado.

—Quizá sea solo su forma de observar tus mecanismos de defensa.

—¿Habéis acordado algún vocabulario entre tú y él?

—Forma parte de la formación básica para lidiar con hombres controladores.

Leonardo casi esbozó una sonrisa, pero la expresión se le borró al percibir algo detrás de mí. Seguí la dirección de su mirada y vi a Thiago saliendo del ascensor. El oncólogo caminaba despacio, con el móvil en la mano y los hombros encorvados por el peso del día. La corbata de estrellas seguía en su sitio, aunque parecía haber envejecido unas horas desde la mañana.

—¿Está bien Thiago? —preguntó Leonardo, mientras observaba cómo se acercaba.

—Davi ha empeorado, y su padre ha cuestionado su competencia después de verlo con un hombre.

La expresión de Leonardo se endureció.

—¿Lo cuestionó por ser gay?

—Sin admitirlo directamente.

Thiago se unió a nosotros antes de que la conversación continuara.

—¿La reunión secreta de los antiguos amantes siempre tiene lugar cerca de la gasolinera o hoy han elegido este lugar por comodidad? —La provocación surgió de forma automática, pero mi voz estaba demasiado cansada para mantener el tono jocoso.

—Estamos hablando de Davi —respondí mientras le tocaba el brazo.

—Entonces prefiero el tema de antes. —Thiago guardó el móvil en el bolsillo y miró a Leonardo—. ¿Tu hija sobrevivió a la primera noche sin un equipo neonatal?

—Sobrevivió, a pesar de mis cuidados.

—Impresionante.

Leonardo no respondió a la provocación. En su lugar, analizó el rostro de Thiago con atención.

—Beatriz comentó que fue un día difícil.

El oncólogo me lanzó una mirada acusadora.

—Como es lógico, mi privacidad duró menos que la de cualquier otro paciente de este hospital.

—No conté detalles —me escabullí.

—No hacía falta. Mi aspecto ya lo dice todo. —Thiago esbozó una sonrisa forzada.

Leonardo dudó un instante antes de hablar.

—Si necesitas una segunda evaluación neurológica para Davi, puedo acompañarte.

Thiago pareció sorprendido.

—No presenta alteraciones neurológicas.

—Lo sé. —Leonardo mantuvo la voz tranquila, sin intentar dar más importancia a la oferta—. Lo que digo es que, si necesitas cualquier tipo de apoyo médico o a alguien con quien hablar de la familia, puedo ayudarte.

Thiago lo observó durante unos segundos, probablemente buscando algún indicio de arrogancia oculta.

—Gracias. —La respuesta sonó menos irónica—. Espero que no sea necesario.

—Yo también lo espero.

Leonardo se alejó tras despedirse, respetando el final de la conversación sin inventarse una excusa para quedarse.

Thiago lo siguió con la mirada.

—Está diferente.

—Hace menos de una semana.

—No he dicho que se haya reformado. He dicho que parece diferente. —Thiago apoyó la cadera contra la barra y dejó que el cansancio se reflejara en su rostro—. El Leonardo de antes habría

dado su opinión sobre un caso que ni siquiera conoce solo para demostrar su competencia. Este ha ofrecido su ayuda.

—¿Tú también estás fijándote en sus actitudes?

—¿Isabela ha creado una secta?

—No preguntes.

Thiago soltó una risa ahogada, pero el sonido se desvaneció cuando su teléfono vibró. Miró el mensaje y su expresión cambió tan rápido que sentí cómo se me tensaba el cuerpo.

—¿Es la madre de Davi? —pregunté.

—Daniel —Thiago volvió a leer el mensaje antes de guardar el móvil—. Pregunta si sigo en el hospital y si puede traerme la cena.

—¿Qué le vas a responder?

Se pasó la mano por el pelo, mostrando más nerviosismo ante esa sencilla pregunta que durante el enfrentamiento con el padre del paciente.

—Que no hace falta.

—¿De verdad?

—No. Tengo hambre.

—Pues responde que sí.

Thiago me lanzó una mirada irritada.

—Lo simplificas todo demasiado cuando se trata de la vida de los demás.

—Lo he aprendido de ti.

—Qué cruel.

—Deja que él elija si quiere compartir su día a día.

Respiró hondo y sacó el móvil del bolsillo.

—Si esto acaba mal, me acordaré de que fue idea tuya.

—Si acaba bien, también.

Thiago escribió una respuesta mientras yo recogía las historias clínicas.

Cuando salimos juntos de pediatría, me encontré con Gustavo al final del pasillo, de pie frente a la ventana con los brazos cruzados. Joana estaba a su lado, diciéndole algo que no podíamos oír. Él no sonreía, no gesticulaba y no recurría a su habitual arrogancia para eludir la conversación.

Durante unos segundos, solo vi a dos profesionales cansados, rodeados por las luces blancas del hospital y por las consecuencias de decisiones que no podían resolverse en una urgencia.

El São Gabriel reunía a personas formadas para salvar corazones, pulmones, cerebros y vidas enteras. Aun así, ningún título nos enseñaba a cuidar de aquellas partes de nosotros que se rompían lejos de las camillas.

Thiago tenía miedo de que solo se le quisiera mientras fuera fácil.

Gustavo huía de cualquier persona que pudiera llegar a ser importante para él. Leonardo había aprendido a tomar decisiones antes de que alguien tuviera la oportunidad de abandonarlo. Y yo me había construido una vida tan organizada en torno a mi independencia que cualquier posibilidad de necesitar a alguien me parecía una amenaza.

Quizá todos nos parecíamos mucho, a pesar de las diferentes formas que encontrábamos para ocultarlo.

Al cruzar las puertas del hospital, sentí el aire más fresco del comienzo de la noche rozándome la cara. El cielo estaba oscuro y las luces de los coches se extendían por la avenida en líneas rojas y blancas. Thiago se quedó a mi lado unos segundos, mirando de nuevo el móvil.

—Daniel ha dicho que llegará en quince minutos con comida japonesa.

—Parece decidido.

—Parece peligroso. —Thiago guardó el móvil e intentó sonreír, aunque el miedo seguía presente. —Los hombres que se presentan con la cena después de un turno de guardia deberían avisar antes.

—Quizá el aviso sea la bolsa.

Se rió y me besó en la frente antes de volver al vestíbulo, donde esperaría a Daniel.

Me dirigí sola al aparcamiento, pero no me sentía tan sola como otros días. Pensé en Davi, en la firmeza con la que Thiago había protegido al paciente incluso después de resultar herido, y en la forma en que Leonardo había ofrecido ayuda sin intentar acaparar el protagonismo.

Todavía no confiaba en él. Tampoco podía ignorar que, poco a poco, Leonardo empezaba a comportarse como un hombre diferente al que me había dejado atrás.

El problema era que cada pequeño cambio abría una grieta en la distancia que tanto me había costado construir.

Por primera vez, empecé a sospechar que quizá el mayor riesgo no fuera creer demasiado pronto, sino seguir huyendo cuando ya no hubiera motivo para ello.



Capítulo 8

Pasé buena parte de la mañana intentando encontrar una justificación aceptable para ir a ver a Beatriz y, cuanto más lo pensaba, más evidente se hacía que cualquier justificación no sería más que otra forma de cobardía.

Podría decir que necesitaba hablar del caso de Davi, aunque no hubiera ningún cambio neurológico que requiriera mi participación. También podría mencionar a Helena, comentar que había dormido mejor o dar las gracias de nuevo por los minutos que Beatriz había pasado con mi hija, pero eso convertiría a una niña en un puente para una conversación que no le incumbía. Solo quedaba la verdad, y era demasiado incómoda como para disimularla bajo un pretexto profesional.

Tenía que pedir perdón.

No de la forma apresurada e incompleta en que lo había hecho los primeros días tras volver al hospital, cuando el cansancio,

el duelo y su presencia me confundían todo lo que debía decir. Tampoco quería lanzarle una petición a Beatriz y esperar que ella se hiciera cargo de mi culpa, ofreciéndome algún tipo de absolución solo porque por fin había admitido un error que ella llevaba cargando desde hacía cinco años.

Necesitaba reconocer lo que había hecho sin exigir ningún resultado.

La conclusión parecía sencilla cuando la formulaba en la consulta, ante historias clínicas y pruebas que obedecían a una lógica. Se volvía mucho más difícil cuando imaginaba los ojos azules de Beatriz fijos en mí, recordándome todo lo que llevaba años evitando.

—Lleva casi diez minutos leyendo la misma tomografía. —Caio permanecía junto a la mesa, sosteniendo una carpeta y esperando alguna indicación que, al parecer, yo me había olvidado de darle—. ¿Hay alguna anomalía que no haya podido identificar?

Aparté la mirada de la imagen y me di cuenta de que llevaba demasiado tiempo observando el mismo corte.

—No. El examen está estable. —Cerré el archivo y le devolví la tableta al residente. —Sigue con la monitorización y repite la evaluación si el paciente presenta algún nuevo déficit.

Caio asintió, pero no se alejó de inmediato.

—¿Va todo bien, doctor?

La pregunta me pilló por sorpresa. Durante años, había construido una relación con los residentes en la que se permitían las dudas clínicas, pero cualquier intento de acercamiento personal parecía inapropiado. Respondía con precisión, corregía los errores y mantenía a todos a una distancia segura. Quizá por eso Caio parecía dispuesto a retroceder en cuanto pronunció la frase.

—Estoy resolviendo algo que debería haber resuelto hace mucho tiempo. —Me ajusté la manga de la bata, incómodo incluso

por admitir la existencia de algo ajeno al trabajo.

El residente dudó antes de asentir.

—Espero que salga bien.

—No depende solo de mí.

Caio esbozó una sonrisa discreta y salió de la sala, dejando tras de sí un silencio que parecía exigir alguna reacción. Miré el reloj. Beatriz terminaría la ronda de la mañana en unos minutos y, según el horario, tendría un descanso antes de la reunión de pediatría.

Lo sabía porque había consultado los horarios.

Ese gesto me incomodó. No quería acorralarla, sorprenderla en un espacio donde se sintiera obligada a escucharme ni utilizar la rutina del hospital para crear una intimidad que ella no había ofrecido. Por eso, en lugar de ir directamente a pediatría, le envié un mensaje.

Leonardo:

Necesito hablar contigo sobre el pasado. No se trata de Helena ni del trabajo. Si no quieres, lo respetaré.

Me quedé unos segundos mirando la pantalla después de enviarla. La respuesta no llegó de inmediato, e intenté volver a las historias clínicas, aunque cada vibración en el pasillo parecía provenir de mi teléfono.

Beatriz respondió casi quince minutos después.

Beatriz:

Jardín interior. Dentro de diez minutos.

La objetividad del mensaje no revelaba si estaba enfadada, curiosa o simplemente decidida a poner fin a cualquier intento antes

de que se repitiera. Aun así, accedió a escucharme.

El jardín interior del São Gabriel se encontraba entre el edificio principal y el pabellón de rehabilitación, protegido por grandes paneles de cristal que amortiguaban parte del ruido de la avenida. Había bancos de madera bajo pequeños árboles, un sendero de piedras rodeado de plantas y una fuente baja cuyo sonido ofrecía una tranquilidad artificial a los familiares que necesitaban respirar lejos de los pasillos.

Llegué antes que Beatriz y decidí quedarme de pie junto a una de las ventanas. Sentarme me parecía demasiado cómodo para una conversación que no tenía derecho a facilitar. La luz del final de la mañana atravesaba el techo de cristal y me calentaba parte de la cara, mientras el olor a tierra húmeda se mezclaba con el desinfectante que aún permanecía en mis manos.

Beatriz apareció unos minutos después, con la bata abierta sobre un conjunto azul marino. Llevaba el pelo rubio recogido en un moño bajo y sostenía dos historias clínicas contra el pecho, como si necesitara alguna protección entre nosotras. Se dirigió al banco más cercano, pero no se sentó.

—Dijiste que no se trataba de Helena ni del trabajo. —Su voz se mantuvo firme, aunque sus dedos apretaban ligeramente los bordes de las historias clínicas—. Pues habla.

Su objetividad eliminó cualquier posibilidad de preparación. Quizá fuera mejor así.

—Nunca te pedí perdón como debía. —Mantuve las manos a los lados del cuerpo, impidiéndome tocar la ventana, el banco o cualquier objeto que pudiera ofrecerme una falsa sensación de control—. Te dije que lo sentía mucho, pero dejé que fueras tú quien decidiera por qué te estaba pidiendo perdón.

Beatriz no respondió. Sostuvo mi mirada con una frialdad mesurada, permitiéndome continuar sin ofrecer ayuda.

—Cuando rompimos, te dije que estaba intentando proteger tu carrera, que la diferencia entre nuestros puestos podría perjudicarte y que no teníamos futuro dentro del hospital. —Respiré hondo, avergonzado al repetir argumentos que durante años había considerado racionales—. Parte de eso era cierto. Existía un conflicto profesional, y yo tenía una mayor responsabilidad al ocupar un puesto superior. El problema es que utilicé una preocupación legítima para ocultar el verdadero motivo.

Su expresión permaneció impasible, pero la tensión en sus hombros aumentó.

—¿Y cuál era el verdadero motivo? —preguntó, sujetando con fuerza las historias clínicas contra su cuerpo.

—Tenía miedo.

La respuesta le pareció insignificante comparada con todo lo que había provocado.

—¿Miedo a qué?

—De necesitarte. —Admitirlo me hizo un nudo en la garganta, pero me obligué a no apartar la mirada. —Miedo a que la relación se volviera más importante que la carrera, a tomar decisiones que no pudiera controlar y a construir una vida en la que otra persona tuviera el poder de hacerme daño. Tú querías que asumiéramos lo que había entre nosotros, y yo sabía que eso exigiría enfrentarme al hospital, a mi familia y a la posibilidad de perder algo.

Beatriz soltó un suspiro entrecortado y sin humor.

—Así que decidiste perderme primero.

—Sí.

Al asentir, algo se reflejó en su rostro, quizá sorpresa porque yo no intentara suavizar las cosas.

—Podrías haber hablado conmigo. —Su voz perdió parte de su rigidez y adquirió una emoción más peligrosa—. Podrías haberme

explicado el conflicto, haberme pedido tiempo o haberme dejado decidir si estaba dispuesta a afrontar las consecuencias. En lugar de eso, apareciste en la habitación después de un turno y anunciaste que todo había terminado, como si estuvieras cancelando una operación.

El recuerdo volvió con una precisión dolorosa. Beatriz permanecía sentada en la cama estrecha, todavía con el pijama quirúrgico puesto, mientras yo hablaba del futuro, la reputación y el sentido común. Me preguntó si la quería. Le respondí que esa no era la cuestión.

—Sabía que, si te dejaba participar en la decisión, quizá no sería capaz de marcharme. —Mantuve la voz baja, porque cualquier intento de firmeza parecería arrogancia—. Así que convertí mi cobardía en una elección profesional y te hice creer que el problema eras tú.

—No solo eso. —Beatriz dejó las historias clínicas sobre el banco y cruzó los brazos, como si su peso ya no fuera suficiente para contener todo lo que sentía—. Me hiciste creer que pedir una relación auténtica era inmaduro, que ponía en peligro mi carrera al no aceptar seguir escondida y que cualquier sufrimiento tras la ruptura era consecuencia de mi incapacidad para comprender una decisión adulta.

Cada palabra tocaba un punto que yo había evitado examinar.

—Estaba protegiendo mi reputación, no tu carrera. —La frase me costó más de lo que esperaba—. Tenías razón cuando dijiste eso.

Se le humedecieron los ojos, pero Beatriz parpadeó antes de que se le formara ninguna lágrima.

—¿Y Laura?

El nombre no suponía ninguna acusación contra mi esposa. Aun así, se me oprimió el pecho.

—¿Qué quieres saber?

—¿Cuánto tiempo después de romper conmigo empezaste a salir con ella?

Podría haber elegido palabras más amables, destacar que no hubo traición o explicar cómo Laura había entrado en mi vida. Nada de eso cambiaría lo que Beatriz había sentido.

—Unos cuatro meses.

Ella desvió la mirada hacia el jardín.

—Y os casasteis menos de un año después.

—Sí.

—Me enteré por una foto. —Beatriz se frotó los dedos sobre el antebrazo, como si el cuerpo aún conservara la sensación de aquel momento—. Estaba saliendo de un turno de guardia cuando una residente me enseñó la publicación de alguien. Aparecías sonriendo junto a ella, y me quedé parada en el pasillo intentando entender cómo el hombre que decía no tener espacio para una relación había encontrado espacio suficiente para una boda.

—Debería habértelo contado.

—Deberías haber hecho mucho más que eso.

—Lo sé.

Beatriz volvió a mirarme fijamente.

—Deja de decir que lo sabes como si eso significara algo. No estabas allí cuando tuve que cambiar mis horarios para no cruzarme contigo, cuando Thiago me llevó a casa porque yo no podía conducir o cuando empecé a creer que toda la relación había existido solo en mi cabeza. Tú seguiste con tu vida. Yo me quedé intentando descubrir qué parte de mí no había sido suficiente.

El dolor en su voz me oprimió el pecho, pero no intenté interrumpirla. Cualquier justificación habría sido una forma de anteponer mi necesidad de defenderme a su experiencia.

—No había nada insuficiente en ti. —Las palabras salieron en voz baja, acompañadas de una certeza que debería haberte ofrecido años antes—. El problema nunca fue que quisieras demasiado, que fueras demasiado intensa o que no comprendieras la situación. El problema fue que yo sentía más de lo que podía controlar y actuaba como si eso fuera un fallo tuyo.

Beatriz tardó unos segundos en responder.

—¿Y ahora qué quieres? —preguntó con los brazos cruzados, aunque su postura ya no parecía solo defensiva. Había cansancio, rabia y una vulnerabilidad que quizá odiara mostrar ante mí—. ¿Quieres que te diga que todo va bien porque tu vida se ha venido abajo? ¿Quieres que reconozca que estás cambiando y te ofrezca una segunda oportunidad?

—No.

La respuesta salió sin vacilar.

Entrecerró los ojos.

—Entonces, ¿por qué estamos aquí?

—Porque te merecías escuchar la verdad, aunque nunca cambie nada entre nosotros. —Di un paso atrás, aumentando la distancia para que no interpretara mis palabras como un intento de acercarme—. Mi duelo no borra lo que hice. La muerte de Laura no me convierte en alguien digno de perdón, y cuidar de Helena no corrige la forma en que te traté. Debería haberlo reconocido antes de cualquier tragedia.

El sonido de la fuente llenó el silencio. Al otro lado del cristal, una ambulancia atravesó la entrada del hospital, y el movimiento lejano de los profesionales nos recordaba que el mundo seguía girando a pesar de nuestra conversación.

Beatriz se miró las manos antes de volver a hablar.

—¿Querías a Laura?

La pregunta no parecía una trampa, pero exigía sinceridad.

—La quería. —El dolor surgió al pronunciar su nombre, pero no permití que se convirtiera en una excusa—. Nuestro matrimonio fue real, y ella no fue una elección hecha para hacerte daño. Laura fue importante para mí, y no voy a restar importancia a lo que vivimos para que esta conversación resulte más fácil.

Beatriz asintió lentamente.

—No quería que lo restaras importancia.

—Tampoco quiero que pienses que el hecho de amarla convirtió lo que sentía por ti en una mentira. —Respiré hondo, sintiendo el riesgo de ir más allá del motivo por el que la había llamado—. Lo que hubo entre nosotros fue real. Simplemente no tuve el valor de mantenerlo.

Ella cerró los ojos por un instante y, cuando los abrió, había un dolor antiguo mezclado con algo que no logré identificar.

—Eso habría supuesto una diferencia hace cinco años.

—Lo sé.

—Ahora no sé qué hacer con esta información.

—No tienes que hacer nada.

Beatriz exhaló un largo suspiro y se dirigió al banco, pero se quedó de pie frente a él.

—Tu arrepentimiento no puede convertirse en otra carga más que tenga que soportar. —Pasó los dedos por las historias clínicas, alineándolas aunque ya estuvieran ordenados. —Puedes reconocer lo que has hecho sin esperar que eso alivie tu culpa. Tu arrepentimiento te pertenece a ti.

La frase me atravesó el pecho con precisión; sin embargo, asentí antes de que surgiera cualquier defensa.

—Tienes razón.

—No te lo digo para que me des la razón. —La irritación volvió durante unos segundos, aunque ya no tenía la misma fuerza que al principio—. Te lo digo porque no quiero que aparezcas dentro de unos días, hagas algún gesto amable y esperes que yo lo interprete como una forma de reparación.

—No voy a esperar.

—Tampoco quiero que utilices a Helena para acercarte a mí.

—No lo haré.

—Y no quiero que el hospital convierta nuestra historia en tema de cotilleo.

—Si alguien pregunta, asumiré mi parte sin revelar detalles sobre ti.

Beatriz me observó durante unos segundos, como si buscara algún rastro del hombre que solía prometer que se controlaría antes de tomar una decisión por su cuenta.

—¿Te has ensayado esta conversación?

—Durante media mañana.

La sinceridad provocó una reacción mínima en sus labios, casi una sonrisa que desapareció antes de formarse.

—Sigues intentando controlarlo todo.

—Estoy intentando descubrir la diferencia entre prepararme y decidir el resultado.

—¿Y la has descubierto?

—Todavía no del todo. —Me pasé la mano por la nuca, sintiendo la tensión acumulada—. Pero sé que no puedo controlar si me vas a perdonar.

—No lo haré.

La respuesta debería haberme dolido más de lo que me dolió. Quizá porque no esperaba el perdón o porque escuchar la verdad

era menos cruel que quedarme atrapado en la incertidumbre.

—Lo entiendo.

—No he dicho que nunca te vaya a perdonar. —Beatriz apartó la mirada, como si la corrección se le hubiera escapado contra su voluntad—. He dicho que no lo voy a hacer ahora, solo porque por fin hayas encontrado las palabras adecuadas.

Una pequeña esperanza surgió antes de que pudiera evitarlo, pero la contuve de inmediato. Ella no me ofrecía promesas. Solo dejaba claro que sus sentimientos no se decidirían en aquel jardín.

—No espero que lo hagas.

—¡Genial!

Volvió el silencio, menos hostil que antes, aunque aún cargaba con todo lo que no se podía resolver en una sola conversación.

Beatriz cogió las historias clínicas y se las apretó contra el pecho.

—Tengo que volver a pediatría.

—Claro.

Dio unos pasos, pero se detuvo antes de llegar a la puerta de cristal.

—Leonardo.

Levanté la vista.

—Gracias por no usar a Laura como excusa. —Su expresión seguía siendo seria, aunque había algo más suave en sus ojos—. No habría soportado oír que me dejaste porque ella era mejor para ti.

—No fue así.

Beatriz se quedó inmóvil.

—Laura era diferente, y la quise por lo que era. Tú tampoco has sido nunca una versión incompleta de nadie. —Mantuve la distancia, aunque deseaba cruzarla—. Tomé decisiones diferentes porque era un hombre diferente con cada una de vosotras, no porque una valiera más que la otra.

Ella apretó los expedientes y asintió una sola vez.

—Eso también habría marcado la diferencia antes.

—Lo sé.

Esta vez, la repetición no pareció molestarla.

Beatriz cruzó la puerta y regresó al hospital sin mirar atrás. Me quedé en el jardín unos minutos más, sintiendo el calor de la luz sobre mi rostro y el peso de la conversación instalándose en mi cuerpo.

No me sentía aliviado.

Quizá porque pedir perdón de la forma adecuada no servía para aliviar a quien había causado el dolor. Seguía cargando con la vergüenza, la culpa y la certeza de que ninguna frase podría devolverle a Beatriz los años en los que había creído que no era suficiente.

Aun así, había alguna diferencia.

Por primera vez, no salí de una conversación con ella convencido de que tenía que arreglar inmediatamente lo que sentía. No pensé en enviar otro mensaje, buscar una nueva oportunidad o convertir esa pequeña apertura final en esperanza de reconciliación.

Ella había dicho que no me perdonaría en ese momento… y yo lo respetaría.

Cuando volví a Neurología, me encontré con Caio frente a la consulta, discutiendo un examen con Angélica Menezes. Ambos interrumpieron la conversación cuando me acerqué, probablemente

tratando de evaluar por mi expresión si «lo de siempre» había salido bien.

—¿Ha presentado algún cambio el paciente de la habitación cuatro? —pregunté mientras recogía la historia clínica.

—Ninguno. La evaluación se ha mantenido estable —respondió Caio, entregándome los resultados—. ¿Ha conseguido resolver lo que necesitaba?

Observé el pasillo que tenía delante, donde médicos y enfermeros atravesaban puertas, empujaban camillas y seguían con una rutina que no tenía en cuenta las peticiones de perdón.

—No lo he resuelto —dije mientras abría la historia clínica y empezaba a revisar las anotaciones—. Pero por fin he dejado de fingir que no existía.

Caio pareció reflexionar sobre la respuesta antes de asentir.

—A veces, eso ya es algo.

Miré al residente, sorprendido por la sencillez de su observación.

—Vuelve al trabajo.

Sonrió antes de alejarse.

Pasé el resto del día sin buscar a Beatriz. Cuando recibí una foto de Helena que me había enviado la niñera, observé a mi hija durmiendo con una mano junto a la cara y sentí ganas de compartir ese pequeño momento de tranquilidad con alguien.

No la envié.

Beatriz no era la responsable de cada emoción que surgía en mí. Respetarla significaba también aprender a convivir con el deseo de acercarme a ella sin convertirlo en acción cada vez que me sintiera solo.

Aquella noche, volví a casa y encontré a Helena despierta en la cuna. La niñera me explicó los horarios, me entregó el biberón

preparado y se marchó poco después, dejando el piso lleno únicamente de los pequeños sonidos de mi hija.

La cogí en brazos y me acerqué a la ventana del salón. Las luces de Belo Horizonte se extendían por los edificios, mientras que el reflejo en el cristal me devolvía la imagen de un hombre aún cansado, sosteniendo a una niña que dependía de él para todo.

—Hoy le he pedido perdón a una persona a la que hice daño. —Apreté a Helena contra mi pecho y le acaricié la espalda; el calor de su pequeño cuerpo atravesó mi camisa—. No me ha perdonado.

Mi hija se movió y apoyó la cara en mi cuello.

—Tenía razón.

La confesión no me destrozó.

Siguió siendo dolorosa, pero soportable.

Quizá porque, por primera vez, empezaba a comprender que cambiar no significaba recuperar todo lo que había perdido, sino convertirme en alguien capaz de no repetir los mismos errores, aunque Beatriz nunca estuviera a mi lado para ser testigo de ello.

Miré el reflejo de Helena en el cristal y le besé la frente.

—No vas a crecer viendo a tu padre llamar a los servicios sociales. —Mantuve la voz baja, dejando que la promesa llenara el silencio del piso—. Tampoco vas a aprender que pedir perdón obliga a alguien a perdonar.

Helena entrelazó los dedos en el cuello de mi camisa, y yo permanecí frente a la ventana, mientras la noche se hacía más densa allá fuera.

Todavía deseaba a Beatriz y albergaba la esperanza egoísta de que algún día ella creyera en mi cambio. Sin embargo, esa esperanza no podía dictar mis actos.

La cicatriz seguía estando en ella.

El arrepentimiento me pertenecía a mí y, por primera vez, comprendí que aceptar esa división también formaba parte de la petición de perdón.



Capítulo 9

La unidad de oncología pediátrica estaba irreconocible.

Las bombas de infusión seguían colocadas junto a las camas, los monitores mantenían sus discretas alarmas y el olor a antiséptico seguía impregnando el aire, pero aquella tarde todo parecía cubierto por una capa provisional de fantasía. Del techo colgaban estrellas de papel, en las paredes se habían pegado planetas de colores y una pancarta con letras plateadas anunciaba la «Misión Intergaláctica de São Gabriel», nombre elegido por Davi tras decidir que la fiesta debía combinar con la corbata que le había regalado a Thiago.

La celebración no conmemoraba ni el alta ni el final de un tratamiento. Thiago había insistido en que los niños enfermos no debían esperar a grandes victorias para tener una fiesta. Algunos de ellos pasaban meses ingresados, se perdían cumpleaños, actuaciones escolares y fines de semana con la familia, por lo que

cualquier día en el que estuvieran lo suficientemente estables como para sonreír merecía ser reconocido.

Lo encontré en medio del pasillo, con una capa azul sobre la bata y una corona de plástico torcida, mientras intentaba dar instrucciones a dos voluntarios, responder a una enfermera e impedir que Gustavo robara los dulces reservados para los niños.

—Quita la mano de ahí. —Thiago le dio un golpecito en los dedos con una varita plateada, manteniendo una expresión seria que resultaba absurda debido a la corona. —Estos brigadeiros se han calculado en función del número de pacientes, acompañantes y profesionales con sentido de la responsabilidad.

Gustavo llevaba un disfraz de superhéroe ceñido a su corpulento cuerpo, con una capa roja sujeta a los hombros y una máscara negra que no ocultaba absolutamente nada. El traje resaltaba sus músculos y convertía al jefe de urgencias en una figura aún más intimidante, aunque el símbolo improvisado sobre el pecho lo hubiera dibujado uno de los niños con un bolígrafo azul.

—Soy el responsable de urgencias. Tengo que comprobar si hay riesgo de intoxicación alimentaria. —Gustavo cogió otro «brigadeiro» antes de que Thiago pudiera impedírselo y se lo metió entero en la boca.

—El mayor riesgo de esta planta sigue siendo su presencia. —Thiago apuntó con la varita a Joana, que estaba ordenando los vasos sobre una mesa cercana. —Enfermera, controle a su empleado.

Joana ni siquiera levantó la vista.

—No soy responsable de él fuera de Urgencias.

—Ni siquiera dentro —añadió Gustavo, masticando con una satisfacción infantil.

—Dentro puedo obligarle a seguir los protocolos. Aquí, por desgracia, todavía no existe ningún protocolo contra la falta de

vergüenza. —Joana colocó la última fila de vasos sobre la mesa y evaluó el atuendo de él—. Aunque debería existir una norma que impidiera a los hombres mayores de cuarenta años llevar ropa de elastano en el entorno hospitalario.

Gustavo bajó la mirada hacia su propio cuerpo.

—A los niños les ha gustado.

—A los niños también les gusta comer pegamento.

La discusión provocó las risas de dos madres que observaban la decoración, y Gustavo se alejó en busca de un público más receptivo. A pesar de toda la fama de la que gozaba por los pasillos, mostraba una paciencia inesperada con los pequeños pacientes. Se detenía a escuchar cada explicación sobre los poderes de los personajes, aceptaba pegatinas pegadas en la capa y permitía que los niños dibujaran en su máscara sin quejarse de la tinta.

Esa contradicción parecía resumir a buena parte de los profesionales de São Gabriel. Hombres y mujeres capaces de enfrentarse a la sangre, a las pérdidas y a decisiones imposibles podían volverse torpes ante sus propios sentimientos, al mismo tiempo que ofrecían delicadeza a personas a las que apenas conocían.

—Ya has llegado. —Thiago se acercó y me sujetó por los hombros, observando el sencillo vestido azul que llevaba debajo de la bata—. Empezaba a creer que te inventarías alguna urgencia pediátrica para escapar.

—Lo pensé, pero Lívia se negó a colaborar.

—Por fin, esa residente está desarrollando carácter. —Me soltó los hombros y se arregló la corona—. Necesito que te quedes cerca de Davi. La fiebre ha bajado, pero sigue cansado y querrá participar en todo.

Miré hacia su habitación. La puerta estaba abierta y Davi seguía sentado en una silla de ruedas decorada como una nave

espacial. Llevaba una capa verde, una mascarilla en la cara debido a su baja inmunidad y sostenía un mando a distancia que probablemente activaba alguna sorpresa preparada por Thiago. Su madre estaba a su lado, más descansada que en los últimos días, mientras que su padre permanecía unos pasos más atrás, observando el ajetreo con expresión impasible.

—¿Cómo va la situación con tu padre? —Mantuve la voz baja, siguiendo la dirección de la mirada de Thiago.

—Cortés. Pidió una segunda opinión, otro oncólogo revisó el protocolo y confirmó el tratamiento. Desde entonces, se limita a hablar conmigo sobre el tratamiento.

—¿Se ha disculpado?

Thiago soltó un suspiro entrecortado y se ajustó la capa sobre el hombro.

—No. Tampoco creo que alguien pueda dejar atrás años de prejuicios de un análisis de sangre a otro. Por ahora, basta con que no perjudique a Davi.

Había algo de resentimiento oculto bajo esa objetividad, pero Thiago no permitiría que eso empañara aquel día.

—¿Viene Daniel? —pregunté mientras observaba a una voluntaria repartir diademas con pequeñas antenas.

El nombre provocó un discreto cambio en su rostro.

—Quizá se pase al final. Está terminando un reportaje.

—¿Lo has invitado tú?

—Le dije que habría una fiesta. Él decidió interpretarlo como una invitación, lo que demuestra una peligrosa tendencia a tomar la iniciativa.

—Suena fatal.

—Estoy evaluando los riesgos.

Antes de que pudiera seguir provocándole, Isabela apareció en el pasillo cargando dos cajas de decoración. Había sustituido su habitual conjunto elegante por una camiseta negra y unos pantalones cómodos, aunque seguía pareciendo más sofisticada que todos los que la rodeaban.

—Ya han llegado las pegatinas dermatológicamente seguras. —Dejó las cajas sobre una mesa y lanzó una mirada crítica a la corona de Thiago—. Pareces el heredero incompetente de un reino infantil.

—Eso es envidia porque no te han concedido un título.

—Prefiero seguir siendo plebeya antes que llevar plástico plateado en la cabeza.

Samuel apareció detrás de ella con una caja más grande apoyada en los brazos. El cirujano cardíaco solo llevaba la bata sobre la ropa oscura, pero le habían pegado pequeñas estrellas en los hombros, probablemente sin que se diera cuenta.

—¿Dónde dejo esto? —preguntó, esquivando a un niño que corría por el pasillo con una capa puesta.

—Junto a la mesa principal —Thiago señaló el lugar y luego observó las estrellas sobre la bata de Samuel—. La decoración ha quedado estupenda.

Samuel se miró el hombro y vio las pegatinas.

—¿Quién ha hecho esto?

Sofía pasó a su lado, llevando una bandeja de magdalenas, y dejó que se le escapara una discreta sonrisa.

—Quizá alguien haya considerado que tu aspecto era demasiado serio.

Samuel la siguió con la mirada mientras ella se alejaba. La forma en que sus ojos permanecieron fijos en la obstetra durante unos segundos no pasó desapercibida, pero preferí no hacer ningún

comentario. El São Gabriel tenía suficientes romances como para alimentar los pasillos durante muchos años.

La música comenzó poco después, lo suficientemente baja como para no molestar a los pacientes que tenían que permanecer en sus habitaciones. Thiago se situó en el centro del pasillo, presentó la misión y explicó que cada niño recibiría una tarea para salvar la estación espacial de un monstruo llamado «Capitán Célula Mala». Era una forma lúdica de hablar de la enfermedad sin fingir que no existía.

Davi pulsó el mando a distancia, haciendo que se encendieran pequeñas luces alrededor de la planta. Su sonrisa se asomó por encima de la mascarilla, y su madre se llevó la mano a la cara para contener la emoción.

—¡Ha funcionado! —El niño levantó el mando, orgulloso.

—Por supuesto. —Thiago se arrodilló junto a la silla y le ajustó la capa verde sobre los hombros—. Nunca le entregaría los mandos de la nave a alguien sin formación.

—Me lo enseñaste ayer.

—Un entrenamiento intensivo.

El padre de Davi observaba a los dos. Por un instante, la rigidez de su rostro cedió ante la confianza que su hijo depositaba en Thiago. No se acercó ni pidió disculpas, pero sujetó la silla cuando Davi intentó inclinarse para alcanzar a un niño más pequeño y permitió que el oncólogo siguiera dirigiendo la fiesta sin ninguna interferencia.

Quizá Thiago tuviera razón. Algunos cambios no empezaban con discursos, sino con pequeños silencios donde antes habría habido oposición.

Estaba ayudando a una niña a pegar estrellas en una cartulina cuando percibí un movimiento cerca del ascensor. Leonardo apareció llevando a Helena en el portabebés, acompañado por la

niñera, que empujaba un pequeño bolso. No llevaba bata, solo una camisa clara con las mangas remangadas y unos pantalones oscuros, lo que le hacía parecer menos inaccesible que en los pasillos de neurología.

Mi cuerpo reaccionó antes de que pudiera controlarlo. Una tensión cálida me atravesó el pecho, seguida del recuerdo de la conversación en el jardín y de las palabras que él finalmente se había atrevido a decir.

Leonardo me vio entre la gente, pero no se dirigió directamente hacia mí. Saludó a Samuel, escuchó una broma de Gustavo sobre la falta de disfraz y dejó que Thiago le pegara una pequeña estrella adhesiva en la camisa.

—Ahora ya va acorde con la temática —dijo Thiago, presionando la pegatina con satisfacción—. Aunque su expresión sigue pareciendo la de un hombre a punto de despedir a la mitad de la tripulación.

—Me habían dicho que habría una fiesta, no un concurso de disfraces.

—Aquí ofrecemos el paquete completo.

La niñera se despidió poco después, dejando a Helena con su padre. Leonardo sacó a su hija de la sillita, le sujetó la cabeza con seguridad y la acunó contra su pecho. Sus movimientos ya no mostraban la vacilación de los primeros días. Revisó la mantita, le arregló el gorrito y siguió hablando con Samuel, mientras la niña permanecía tranquila en sus brazos.

Observé durante demasiado tiempo.

No había nadie que le indicara cada gesto, y Leonardo no miraba a su alrededor en busca de alguien que tomara el relevo. Cuando Helena se inquietó, cambió de postura, le pasó la mano por la espalda y empezó a caminar lentamente por el pasillo, prestando atención tanto a la conversación como a su hija al mismo tiempo.

—Te está mirando fijamente. —Isabela apareció a mi lado y le entregó un paquete de pegatinas a la niña a la que yo estaba ayudando.

—Estoy observando si le sujeta la cabeza correctamente.

—Por supuesto, porque los neurocirujanos no comprenden la importancia de la cabeza.

Le lancé una mirada de advertencia.

—No empieces.

—No he empezado nada. Solo he observado que el doctor Vasconcelos parece menos propenso a provocar una crisis neonatal que la semana pasada.

—Está aprendiendo.

La frase salió con más suavidad de la que pretendía.

Isabela siguió mi expresión con la mirada antes de alejarse para ayudar a Thiago. No hizo ningún comentario, pero la pequeña sonrisa en sus labios delataba que se había dado cuenta.

Leonardo se acercó solo cuando la actividad terminó. Helena estaba despierta, con la mirada perdida entre las luces de colores que colgaban del techo.

—La fiesta está preciosa. —Se detuvo a una distancia respetuosa, dejándome decidir si quería acercarme.

—Thiago se ha pasado días organizándolo todo.

—Davi parece estar bien.

—Está mejor que a principios de semana, pero aún hay que tener cuidado con él.

Leonardo asintió, y el silencio que siguió no pareció vacío. Había una conciencia diferente entre nosotros tras la conversación en el jardín, como si las palabras finalmente pronunciadas hubieran

eliminado una capa de hostilidad sin crear por ello ninguna intimidad automática.

—¿Cómo está Helena? —pregunté mientras observaba el rostro de la bebé.

—Sana, bien alimentada y, al parecer, fascinada por los objetos brillantes. —Bajó la mirada hacia su hija, que movía una de las manitas fuera de la mantita—. Además, ayer durmió cinco horas.

—Eso es estupendo.

—Casi le tomé la temperatura cuando no se despertó a la hora habitual, pero solo conseguí comprobar su respiración y volver a la cama.

Su sinceridad me sorprendió.

—Parece un avance.

—Miguel lo llamó «exposición gradual al hecho de que no todo silencio anuncia una tragedia».

El dolor se dejó entrever discretamente en la última palabra, pero Leonardo no permitió que dominara la conversación.

Helena dejó escapar un sonido ahogado y apartó la cara. Él ajustó su postura de inmediato.

—Creo que tiene hambre. —Leonardo miró el bolso que había junto al portabebés. —Preparé el biberón antes de salir.

Podría haberle ofrecido ayuda. El impulso surgió de forma natural, pero me contuve. Leonardo necesitaba vivir ese momento sin que yo asumiera un papel que no me correspondía.

—Hay una sala tranquila cerca del control de enfermería. —Señalé el pasillo. —Puede darle de comer allí.

—Gracias.

No me pidió que lo acompañara.

La falta de invitación me provocó un sentimiento contradictorio. Una parte de mí se sintió aliviada porque Leonardo respetara los límites. Otra parte se dio cuenta, con cierta incomodidad, de que deseaba que me incluyeran.

Lo vi entrar en la sala con Helena y tuve que volver a centrar mi atención en la fiesta.

Davi participaba en un juego con Gustavo, que fingía perder una batalla contra una espada de espuma. El jefe de urgencias caía de rodillas al suelo, mientras los niños lo celebraban, y Joana observaba desde lejos con una expresión que mezclaba diversión y resignación.

—¡Me han derrotado! —Gustavo se llevó la mano al pecho y cayó teatralmente al suelo—. La estación está a salvo.

—Te has muerto mal —se quejó Davi, sujetando la espada.

Gustavo levantó la cabeza.

—¿Acaso hay alguna forma correcta?

—Tienes que gritar más.

—Mi entrenamiento militar no contemplaba ese tipo de exigencia.

—Pues hazlo otra vez.

Gustavo se levantó sin protestar y repitió toda la escena, esta vez lanzando un grito exagerado que hizo reír incluso a Samuel. La ligereza del momento contrastaba con la conversación que había escuchado entre él y Joana unos días antes. Gustavo aún tenía que afrontar las consecuencias de su conducta, pero su competencia y su cariño por los niños también eran reales. Ninguna de las dos cosas anulaba a la otra.

La fiesta continuó durante casi una hora. Los niños recibieron pequeños certificados, los acompañantes sacaron fotos y Thiago circuló entre todos, atento a los signos de cansancio. Cuando se dio

cuenta de que Davi empezaba a perder energía, se acercó a la silla y le habló sin tratarlo como a un niño pequeño.

—Comandante, su presión arterial está pidiendo una retirada estratégica. —Thiago le tomó el pulso al niño, evaluándolo con discreción. —Tenemos que volver a la habitación antes de que la nave se quede sin piloto.

—Aún no ha terminado.

—La misión principal ha terminado. El resto lo llevará a cabo el equipo.

Davi miró a los demás pacientes y luego a su padre. El hombre se acercó, apoyó las manos en la silla y esperó.

—Vamos a descansar un rato —sugirió, con un tono más suave que el que yo había oído en los días anteriores—. Después, el doctor Thiago os contará cómo ha acabado todo.

El niño aceptó, aunque de mala gana. Mientras su padre empujaba la silla hacia la habitación, Davi le tendió la mano a Thiago. El oncólogo le tomó los dedos y caminó a su lado unos pasos.

El padre observó el gesto y luego levantó la vista hacia Thiago.

—Gracias por la fiesta. —Las palabras parecían costarle, pero eran sinceras—. Hacía días que no sonreía así.

Thiago dudó solo un instante.

—Davi hizo la mayor parte del trabajo.

No era una disculpa, pero suponía una pequeña apertura. Vi cómo se relajaban los hombros de Thiago cuando el hombre entró en la habitación con su hijo.

Daniel llegó poco después, cargando con dos bolsas de comida y una cámara colgada del hombro. Era alto, negro, llevaba

una camisa oscura remangada hasta los antebrazos y una serenidad que contrastaba con la energía inquieta de Thiago.

—He traído comida suficiente para compensar el hecho de que probablemente no hayas almorzado. —Daniel levantó las bolsas cuando el oncólogo se acercó.

—Esa es una acusación grave y totalmente cierta —dijo Thiago, que cogió una de las bolsas, pero no intentó ocultar ese gesto ante sus compañeros ni ante las familias.

Daniel le rozó ligeramente la espalda antes de saludar al resto del equipo. El gesto era sencillo, pero público, y me di cuenta de lo mucho que significaba para Thiago por la forma en que se le suavizaron los ojos.

Leonardo volvió al pasillo con Helena dormida contra su pecho y el biberón vacío dentro del bolso. Se quedó un rato hablando con Samuel y Sofía, sin buscar una oportunidad para acercarse de nuevo a mí.

Cuando decidió marcharse, pasó cerca del lugar donde yo recogía las hojas de pegatinas.

—Helena está cansada —dijo, ajustándole la manta a su hija y manteniendo la voz baja—. Me la voy a llevar a casa.

—Se ha portado muy bien.

—A diferencia de su padre.

Una sonrisa se dibujó en mi rostro antes de que pudiera evitarlo.

—Un poco.

Leonardo observó mi expresión, pero no intentó alargar el momento.

—Buenas noches, Beatriz.

—Buenas noches, Leonardo.

Se alejó llevando a Helena con una seguridad que no habría reconocido en el hombre que había llegado al hospital unos días antes.

Me quedé mirándolos hasta que se cerraron las puertas del ascensor.

La fiesta había terminado, empezaban a retirar las luces de colores y el pasillo recuperaba poco a poco su aspecto habitual. Aun así, algo había cambiado. Thiago había permitido que Daniel formara parte de una rutina difícil. El padre de Davi había hecho el primer gesto de reconocimiento. Gustavo había mostrado una ternura que su reputación rara vez permitía vislumbrar. Y Leonardo cuidó de su hija durante toda la tarde sin intentar convertirme en un apoyo, una invitación o una solución.

Quizá fuera precisamente el respeto por la distancia lo que empezaba a hacerla más pequeña.

Esa constatación me acompañó cuando salí de oncología, mezclada con el aroma dulce de los brigadeiros, con el sonido lejano de las risas y con el recuerdo de Helena dormida contra el pecho de su padre.

Todavía no confiaba en Leonardo. Pero creía en la posibilidad de que realmente estuviera aprendiendo.



Capítulo 10

La llamada llegó poco después de las seis de la mañana, mientras intentaba abrochar la pequeña fila de botones del mono de Helena sin pellizcarle la piel de la barriga.

Ella se movía sobre el cambiador, agitando las piernas con una energía incompatible con la hora que era, mientras yo mantenía una mano apoyada en su pecho y usaba la otra para contestar el teléfono. El nombre de Augusto Nogueira apareció en la pantalla, acompañado del número del Instituto Nacional de Neurocirugía, en São Paulo. Durante muchos años, una llamada como aquella habría hecho que todo lo demás desapareciera.

—Buenos días, Augusto. —Me sujeté el auricular entre el hombro y la mejilla, mientras intentaba abrocharme el último botón.

—Leonardo, te necesito hoy en São Paulo. —Su voz atravesó la línea sin ningún saludo adicional, rodeada de ruidos que indicaban actividad dentro de un hospital. —Hemos recibido a un paciente con

un cavernoma profundo en el tronco encefálico. El equipo está reunido, pero quiero que te encargues del tratamiento.

Mi mano se detuvo sobre la ropa de Helena.

Ya conocía el caso. Augusto había enviado las pruebas dos días antes, solicitando una opinión informal. El tumor estaba localizado en una zona delicada, demasiado cerca de las estructuras responsables de la respiración, los movimientos y la conciencia. La cirugía exigiría una precisión absoluta, experiencia y una disposición a asumir riesgos que pocos profesionales aceptarían.

Era el tipo de intervención que forja reputaciones y que yo también había deseado desde el inicio de mi carrera.

—¿Cuándo piensas operar? —Acaricié a Helena en el cambiador y me quité el teléfono del hombro, concentrándome por completo en la conversación.

—A primera hora de la tarde. El avión del instituto puede recogerte en Confins dentro de dos horas. Si sales ahora, llegarás con tiempo para revisarlo todo.

Miré el reloj de la pared de la cocina.

La consulta de Helena con Sofía Haddad estaba programada para las diez. Era la primera evaluación detallada tras el parto, organizada para revisar el desarrollo de la bebé, las pruebas realizadas en la maternidad y algunas cuestiones relacionadas con las complicaciones que provocaron la muerte de Laura. Teresa participaría por videollamada, y yo había prometido que estaría presente.

La niñera llegaría en menos de veinte minutos. Podría dejar que se llevara a Helena, pedirle a Sofía que me enviara un informe y seguir la consulta por teléfono entre un análisis de imágenes y otro.

La solución surgió rápidamente, organizada con la misma eficiencia que durante años me había permitido reorganizar cualquier compromiso en torno a una intervención quirúrgica.

Helena me agarró el dedo.

El gesto fue leve, probablemente involuntario, pero me obligó a mirarla.

—Necesito unos minutos para decidirme —respondí, aunque Augusto ya esperaba una confirmación.

—No tenemos mucho tiempo.

—Lo sé. Te llamo dentro de quince minutos.

Corté la llamada antes de que intentara convencerme.

El piso estaba en silencio, salvo por los pequeños ruidos de Helena y el ruido lejano del tráfico que empezaba en la avenida. La luz de la mañana atravesaba las cortinas del salón y formaba franjas claras sobre el suelo, revelando juguetes aún sin abrir, una manta olvidada en el sofá y dos biberones esterilizados sobre la encimera. La casa ya no parecía completamente abandonada, aunque la presencia de Laura seguía presente en cada detalle que no me había atrevido a cambiar.

Cogí a Helena en brazos y me dirigí al salón. Ella apoyó la cara contra mi pecho, sin soltar mi camisa con la mano, mientras yo intentaba separar el deseo profesional de la decisión que tenía que tomar.

No había ninguna urgencia con mi hija. Sofía podría examinarla sin mí, y habría una niñera competente allí. El paciente de São Paulo, por el contrario, tenía una oportunidad limitada. Si Augusto me quería en el equipo, era porque creía que mi experiencia aumentaría las posibilidades de éxito.

Durante años, habría considerado que la respuesta era obvia.

También habría calificado de responsabilidad profesional cualquier elección que antepusiera la carrera a las personas que me rodeaban.

Me senté en el sofá con Helena en brazos y abrí en la tableta las pruebas que me había enviado Augusto. Repasé las imágenes, analizando el acceso propuesto, los vasos cercanos y la extensión de la hemorragia. Mi cuerpo reaccionó como siempre lo hacía ante un caso complejo. Mi atención se agudizó, el cansancio desapareció y cada posibilidad comenzó a organizarse en mi mente.

Quería esa operación.

No hacía falta ocultar esa admisión. Rechazarla no disminuiría mi deseo, del mismo modo que aceptarla no me convertiría en un padre incapaz. El problema radicaba en la forma en que solía tomar decisiones, tratando cualquier compromiso personal como algo naturalmente inferior al hospital.

Helena se movió contra mi pecho, y el suave aroma a jabón para bebés atravesó mi camisa.

Laura había elegido a Sofía para que la acompañara durante el embarazo. Tras la muerte, la obstetra había insistido en que teníamos que revisar toda la historia clínica con cuidado, no solo por las cuestiones médicas de Helena, sino porque yo aún albergaba preguntas sobre el parto que no podía formular sin sentirme culpable.

La consulta no era solo una formalidad, ni algo que pudiera delegar y luego reconstruir a través de un informe.

Mi teléfono vibró con un mensaje de Augusto.

Augusto:

Tengo que confirmar el vuelo.

Respiré hondo antes de llamar a Samuel.

Contestó con voz somnolienta.

—Si se trata de un caso cardíaco, estás llamando al especialista equivocado.

—Necesito una opinión.

El silencio al otro lado duró unos segundos.

—Esto es más preocupante que una urgencia.

—Me han invitado a operar un cavernoma profundo en São Paulo. Esta tarde.

Su voz perdió el tono jocoso.

—¿Es el caso que te envió Augusto?

—Sí.

—¿Vas a aceptarlo?

Miré a Helena, que empezaba a inquietarse en mis brazos.

—Tiene cita con Sofía esta mañana.

Samuel tardó en responder, probablemente al darse cuenta de que no le estaba preguntando por cuestiones logísticas.

—¿Se puede cambiar la cita?

—Sí.

—¿Y la operación?

—No.

—Entonces, ¿por qué me llamas?

La pregunta me irritó porque me pareció demasiado simple.

—Porque no quiero convertir mi carrera en una excusa para faltar a todo.

—Y tampoco tienes por qué convertir la paternidad en un castigo profesional. —Samuel respiró hondo y oí pasos, como si se hubiera levantado. —¿Quieres estar en la consulta?

—Sí.

—¿Quieres operar?

—También.

—Entonces elige qué ausencia te pesará más después.

Cerré los ojos un instante.

Si me fuera a São Paulo, probablemente participaría en una intervención extraordinaria y volvería al día siguiente con todos los datos médicos de Helena registrados por otra persona. Si me quedara, otro neurocirujano se haría cargo del caso y tal vez llevaría a cabo exactamente el procedimiento que yo imaginaba.

La diferencia no estaba en el resultado.

Estaba en el tipo de hombre que deseaba ser cuando nadie necesitara quedar impresionado.

—¿Hay alguien capaz de hacerse cargo de la intervención? —preguntó Samuel, rompiendo mi silencio.

—Rafael Mendonça está en el instituto. Tiene suficiente experiencia, aunque Augusto confía más en mí.

—Entonces no es una intervención que dependa exclusivamente de ti.

—Ninguna depende exclusivamente de una sola persona.

—¿Te ha llevado casi cuarenta años darte cuenta de eso?

Miré a mi hija y dejé que se me escapara una sonrisa discreta.

—Treinta y siete.

—Sigue siendo demasiado tiempo. —Samuel bajó el tono de voz—. Habla con Augusto, ayuda con la planificación y deja que Rafael se encargue de la operación. Eso no es abandonar el caso. Es delegar.

La palabra seguía provocándome incomodidad.

—¿Y si pasa algo?

—Puede pasar algo incluso si estás allí. —La firmeza de Samuel se transmitió a través de la línea. —No controlas cada resultado solo por el hecho de empuñar el bisturí.

Esa frase podría haber salido de la boca de Miguel.

Quizá todos los que me rodeaban estuvieran cansados de repetir la misma verdad.

—Gracias —respondí, aunque la palabra todavía me resultaba extraña cuando no venía acompañada de una instrucción.

—No conviertas esto en un acontecimiento histórico. Simplemente toma la decisión y vive con ella.

Colgué el teléfono y volví con Augusto.

Contestó de inmediato.

—Revisaré la planificación contigo y con Rafael por videoconferencia, pero no viajaré a São Paulo.

El silencio al otro lado fue breve, pero denso.

—¿Estás seguro?

—Tengo una cita importante con mi hija.

—Podemos enviar el avión más tarde.

—No. —Apreté a Helena contra mi brazo, manteniendo la voz firme sin que sonara a la defensiva. —Rafael puede hacerse cargo. Quiero participar en la revisión preoperatoria y estar disponible durante la intervención, pero no estaré en la sala.

Augusto soltó un suspiro de frustración.

—Nunca pensé que te oiría decir eso.

—Yo tampoco.

—Este caso puede pasar a la historia.

—Pues haced un buen trabajo.

La respuesta me salió con más facilidad de lo que esperaba.

Pasamos casi cuarenta minutos revisando las imágenes. Sugerí un cambio en el acceso, señalé dos vasos sanguíneos y le pedí a Rafael que participara directamente en la conversación. Al principio, parecía incómodo al asumir una cirugía que Augusto me había ofrecido a mí, pero su vacilación disminuyó cuando dejé claro que no estaría supervisando cada movimiento a distancia.

—Estás preparado —afirmé mientras ampliaba una de las imágenes—. Respeta los límites del tejido, no te adelantes en la disección e interrumpe si pierdes el plano.

Rafael asintió.

—Me pondré en contacto contigo antes de la incisión.

—Hazlo.

Cuando terminó la llamada, la niñera ya había llegado y esperaba junto a la puerta del salón, con expresión atenta.

—¿Se va de viaje, señor?

—No.

Ella miró la tableta, donde aún estaban abiertos los resultados de las pruebas, y luego a Helena en mis brazos.

—¿Entonces vamos a la consulta?

—Vamos.

El alivio que sentí no se parecía a una victoria. Había una parte de mí inquieta, imaginándome el quirófano, los monitores y cada paso que daría Rafael. Aun así, mientras colocaba a Helena en la sillita, me di cuenta de que no me arrepentía de la decisión.

Sofía nos recibió en una sala iluminada por un gran ventanal, con paredes claras y escasa decoración. Teresa apareció en la tableta unos minutos después, sentada en el salón de su casa e intentando sonreír a pesar del cansancio. Su imagen me provocó un dolor inmediato. Los ojos de Helena se parecían a los de Laura, y

sabía que ese parecido sería aún más difícil de soportar para su madre.

—¿Cómo está mi nieta? —Teresa acercó la cara a la cámara, observando mientras Catarina sacaba a Helena de la sillita.

—Está ganando peso adecuadamente y presenta un buen desarrollo para su edad. —Catarina colocó a la bebé sobre la camilla y comenzó la exploración, explicando cada paso con paciencia—. Los reflejos están presentes, la cicatrización del ombligo es adecuada y no hay ninguna alteración cardíaca aparente.

Yo lo seguía todo, intentando escuchar como padre y no como médico. Aun así, tuve que contenerme para no hacer preguntas sobre pruebas complementarias, riesgos poco frecuentes y posibilidades que los signos clínicos no justificaban.

Catarina se dio cuenta.

—Leonardo, no necesita un estudio exhaustivo solo porque Laura tuviera una complicación obstétrica. —La doctora mantuvo la mano sobre el abdomen de Helena, mientras me miraba fijamente. —Lo que ocurrió durante el parto no indica una enfermedad hereditaria ni un riesgo inmediato para la bebé.

Teresa bajó la mirada hacia la pantalla.

—¿Has descubierto exactamente qué pasó? —preguntó, con un tono que reflejaba semanas de sufrimiento.

Catarina respiró hondo antes de responder.

—Laura sufrió una hemorragia grave asociada a un trastorno de la coagulación que evolucionó muy rápidamente. El equipo siguió el protocolo, pero la hemorragia no respondió como esperábamos.

La culpa me oprimió el pecho.

—Debería haberme dado cuenta antes —murmuré mientras observaba a Helena en la camilla.

Sofía interrumpió el examen y dirigió su atención hacia mí.

—Tú eras el marido, no el obstetra responsable. Aunque estuvieras actuando como médico, los primeros síntomas eran inespecíficos y la evolución fue rápida. Seguir buscando el momento exacto en el que podrías haberlo cambiado todo no te dará una respuesta diferente.

Teresa se llevó la mano a la boca y apartó la cara de la cámara.

—¿Tenía miedo? —preguntó al cabo de unos segundos.

La pregunta hizo que el ambiente pareciera más opresivo.

Catarina se acercó a la tableta.

—Estaba preocupada por Helena, pero permaneció consciente durante buena parte de la atención médica. Habló de su hija y pidió que la cuidaran. Laura no se quedó sola.

Cerré los ojos mientras el recuerdo volvía, menos intenso que en las noches anteriores, pero aún capaz de oprimirme la garganta.

—No estaba con ella al final —confesé, invadido por una mezcla de vergüenza y dolor—. Me hicieron salir cuando la situación empeoró.

—Porque el equipo tenía que trabajar. —Catarina me miró fijamente—. Eso no significa que la hayas abandonado.

Helena empezó a quejarse en la cuna, y el ruido interrumpió la conversación antes de que la culpa lo invadiera todo. Me acerqué y la cogí, acunándola contra mi pecho hasta que los llantos amainaron.

Teresa observaba a través de la pantalla.

—La sostienes mejor.

—He tenido bastante práctica.

—A Laura le encantaría ver esto.

La frase me dolió, pero no como una acusación. Acaricié la espalda de mi hija, dejando que el recuerdo de Laura conviviera con ese momento.

Cuando terminó la consulta, Sofía me entregó las instrucciones, confirmó que Helena no necesitaba ninguna prueba adicional y concertó la próxima cita para el mes siguiente. Teresa se despidió tras pedirme que le enviara fotos y prometerle que la llevaría a visitar a su nieta en cuanto su marido se recuperara.

Salí de la clínica con la sensación de haber superado algo difícil sin refugiarme en el trabajo.

Mi teléfono se llenaba de mensajes de Augusto, Rafael y Caio. La operación comenzaría en menos de una hora. De camino al hospital, participé en la última reunión por videoconferencia, revisé de nuevo el plan y colgué cuando Rafael entró en el quirófano.

En el São Gabriel, me encontré con Samuel en el pasillo de cardiología.

—¿Has ido a la consulta? —me preguntó mientras caminaba a mi lado.

—Sí.

—¿Y la operación?

—Rafael está operando.

Samuel asintió, sin convertir esa decisión en un elogio.

—¿Helena está bien?

—Perfectamente sana.

—Entonces, has conseguido hacer dos cosas importantes sin fingir que tenías que hacerlas tú solo.

—No exageres.

—No te estoy elogiando. Solo estoy constatando un hecho.

Seguimos hasta el ascensor, donde Beatriz esperaba con una historia clínica en las manos. Levantó la vista cuando nos acercamos y mis ojos se encontraron con los suyos antes de que pudiera evitarlo.

—¿Cómo está Helena? —preguntó, ajustándose los papeles contra el pecho.

—Bien. La consulta ha confirmado que se está desarrollando con normalidad.

—¿Qué consulta? —Beatriz nos miró a Samuel y a mí.

—La primera evaluación detallada tras el parto —expliqué mientras entrábamos en el ascensor—. Era hoy.

Samuel pulsó el botón de cardiología y permaneció en silencio unos segundos, pero su expresión indicaba que no tenía intención de dejar que la conversación terminara ahí.

—Leonardo rechazó una operación en São Paulo para estar con Helena —comentó, ignorando la mirada que le lancé.

Beatriz se volvió hacia mí.

—¿Qué operación?

—Un cavernoma en el tronco encefálico.

Ella conocía la gravedad del caso. Vi cómo la sorpresa se reflejaba en su rostro.

—¿La rechazaste?

—La delegué. Rafael Mendonça es quien opera, y yo participé en la planificación.

—¿Augusto lo aceptó?

—No con mucho entusiasmo.

Las puertas se abrieron en la planta de cardiología y Samuel salió sin mirarnos.

—Tengo pacientes. Intentad no convertir una decisión de adultos en un drama en el ascensor.

La puerta se cerró, dejándome a solas con Beatriz.

Ella siguió mirándome.

—No hacía falta que hicieras eso para demostrar nada.

—Lo sé.

—Era una oportunidad importante.

—También lo sé.

—Entonces, ¿por qué?

La pregunta no tenía tono acusatorio, solo una curiosidad cautelosa.

—Porque quería estar en la consulta. —Mantuve las manos dentro de los bolsillos de la bata, evitando cualquier gesto que pudiera parecer ensayado—. Y porque había otro cirujano capaz de hacerse cargo.

Beatriz apretó ligeramente los labios.

—El Leonardo que conocí habría encontrado una forma de justificar su ausencia.

—El Leonardo que conocí creía que ser necesario en todas partes lo convertía en indispensable.

—¿Y ahora qué?

Pensé en Rafael dentro del quirófano, en Helena llorando durante la consulta y en Laura presente en la conversación sin que su presencia se redujera únicamente a una tragedia.

—Ahora estoy intentando entender que elegir estar con alguien no significa abandonar todo lo que soy.

Las puertas se abrieron en la planta de pediatría.

Beatriz se quedó inmóvil un instante antes de salir.

—Ha sido una buena elección —dijo, manteniendo una de las manos sobre la puerta para impedir que se cerrara—. No por mí. Por Helena.

—Lo sé.

Ella asintió y se alejó por el pasillo.

Me quedé en el ascensor mientras las puertas se cerraban y comprendía poco a poco la importancia de aquella frase.

Beatriz no me perdonó. Tampoco me había hecho ninguna promesa. Pero reconoció una decisión que yo había tomado sin saber que ella se enteraría.

Quizá así era como un cambio empezaba a hacerse realidad: cuando dejaba de depender de la mirada de la persona a la que deseábamos reconquistar.

Aquella noche, Rafael me llamó después de la operación. La intervención duró seis horas y el paciente se mantenía estable, sin nuevos déficits aparentes. Escuché cada detalle, hice preguntas y reconocí el mérito del equipo sin imaginar que el resultado me pertenecía.

Cuando colgué el teléfono, Helena dormía en mis brazos, con la respiración tranquila y una de sus manos cerrada sobre mi camisa.

Yo seguía deseando haber asistido a la operación. Tampoco quería haberme perdido la consulta. Ambas verdades podían coexistir sin que una anulara a la otra.

Me quedé sentado en el salón, observando cómo la luz nocturna atravesaba las cortinas e iluminaba el rostro de mi hija. Durante años, traté cada elección como una pérdida que había que evitar y cada ausencia como un precio inevitable del éxito.

Aquel día, por fin comprendí que estar presente también era una decisión profesional, emocional y humana. Por primera vez, no necesité que nadie me dijera que había tomado la decisión correcta.



Capítulo 11

La niña llegó a pediatría poco antes de las ocho de la mañana, en brazos de su padre y envuelta en una manta que parecía demasiado abrigada para el clima de Belo Horizonte. Tenía seis años, se llamaba Elisa y llevaba cinco días con fiebre, dolor abdominal, cansancio intenso y una erupción rojiza que había comenzado en el cuello antes de extenderse por el tórax y los brazos.

El padre entró en la sala de consultas con el rostro tenso por el miedo y la culpa de quien creía haber esperado demasiado tiempo. La madre venía justo detrás, llevando una mochila infantil y una bolsa llena de cajas de medicamentos, pruebas y recetas recogidas en diferentes consultas. Ya habían pasado por dos servicios de urgencias, una clínica privada y un centro médico de barrio. En cada sitio les habían dado un diagnóstico diferente y una nueva medicación.

Elisa permanecía demasiado quieta en el regazo de su padre. Tenía los ojos castaños enrojecidos, los labios secos y la respiración parecía un poco más rápida, aunque aún no se apreciaba ningún esfuerzo evidente. Cuando él la acostó en la camilla, ella se encogió de inmediato, protegiéndose el abdomen con los brazos.

—Empezó como una gripe —explicó la madre, sacando los documentos del bolso con manos temblorosas—. Luego le subió la fiebre, se le enrojeció la garganta y le apareció esta alergia. Nos dijeron que podría ser una reacción al antibiótico, pero ya tenía las manchas antes.

—¿Qué antibiótico le recetaron? —pregunté mientras me acercaba a la niña e intentaba establecer contacto con ella sin asustarla aún más.

—Primero amoxicilina. Después la cambiaron por azitromicina porque la fiebre no mejoraba.

—¿Y tomó los dos?

La madre asintió.

—También le dieron un antialérgico, un corticoide y un medicamento para el estómago. Ayer nos dijeron que podría ser un virus y que deberíamos esperar otras cuarenta y ocho horas.

El padre se pasó la mano por el pelo, mostrando una inquietud que se extendía por todo su cuerpo.

—No quise esperar. Dejó de comer, empezó a quejarse de que le dolía la barriga y esta mañana apenas podía mantenerse en pie.

Me acerqué a Elisa y me senté en el banco junto a la camilla, manteniendo la cara a la altura de la suya.

—Me llamo Beatriz. Voy a examinarte, pero antes quiero saber dónde te duele más.

La niña señaló el lado derecho del abdomen, aunque movía los dedos con poca fuerza.

—¿Solo ahí?

Elisa negó con la cabeza y se tocó el cuello.

—Me arde la garganta.

—¿Y los ojos?

—Me arden. —La voz era ronca y baja.

Observé su rostro con más atención y me di cuenta de que los ojos no solo estaban irritados por el cansancio. Presentaba enrojecimiento conjuntival bilateral, sin secreción, acompañado de labios resecos y más rojos de lo habitual. La lengua presentaba pequeñas papilas prominentes, aunque los antibióticos y la deshidratación podían confundir el cuadro.

Le palpé el cuello e identifiqué un ganglio linfático agrandado en el lado izquierdo.

—¿Hasta qué grado ha subido la fiebre? —pregunté mientras continuaba con la exploración.

—Casi cuarenta todos los días —respondió la madre—. Le baja con la medicación y vuelve a subir unas horas después.

—¿Ha tenido vómitos o diarrea?

—Ha vomitado dos veces. Diarrea, no.

Examiné el tórax, el abdomen y las articulaciones, intentando dar sentido a unos signos que parecían pertenecer a cuadros clínicos diferentes. El abdomen estaba dolorido, sobre todo en el cuadrante inferior derecho, pero no presentaba rigidez ni defensa muscular intensa. Las manos estaban ligeramente hinchadas, y Elisa se quejó cuando intenté moverle el tobillo.

Lívia, que asistía a la consulta, abrió en la tableta los análisis que había traído la familia.

—La proteína C reactiva está elevada, al igual que la velocidad de sedimentación globular. El hemograma muestra neutrofilia, pero las plaquetas siguen estando normales.

—¿Cuándo se tomaron las muestras?

—Ayer por la tarde.

Revisé los resultados y sentí cómo aumentaba mi preocupación. La primera hipótesis de quien se fijara únicamente en el dolor abdominal probablemente sería una apendicitis, mientras que la fiebre y la erupción cutánea sugerían una infección, una reacción a un medicamento o una enfermedad inflamatoria. Ninguna de ellas explicaba todo de forma satisfactoria.

—Quiero ingresarla para realizarle pruebas —les informé a los padres, manteniendo un tono firme sin avivar el miedo—. Elisa está deshidratada, necesita medicación intravenosa y presenta signos inflamatorios que requieren un seguimiento más estrecho.

La madre apretó el asa del bolso.

—¿Es grave?

—Todavía no sé exactamente qué está causando los síntomas, pero no me parece seguro seguir investigando en casa. Vamos a repetir las pruebas, a hacerle una ecografía abdominal y a llamar a Enfermedades Infecciosas.

El padre asintió de inmediato.

—Haz lo que sea necesario.

Llamé a Aline Okamoto incluso antes de que Elisa saliera de la sala. La especialista en enfermedades infecciosas llegó poco después, con la bata abrochada hasta el cuello y la tableta bajo el brazo. Aline tenía una forma silenciosa de entrar en cualquier estancia y percatarse de todo antes de hablar. Se acercó a la camilla, saludó a los padres y repitió parte del examen con movimientos precisos.

—Cinco días de fiebre, conjuntivitis sin secreción, alteración de la mucosa bucal, ganglios linfáticos cervicales y exantema —resumió mientras observaba las manos hinchadas—. Aún no cumple

todos los criterios, pero debemos plantearnos la enfermedad de Kawasaki.

Lívia levantó la cara, sorprendida.

—¿Incluso con un dolor abdominal tan intenso?

—Puede ocurrir, sobre todo en casos con cuadro clínico incompleto —Aline volvió su atención hacia mí—. También debemos descartar el síndrome inflamatorio multisistémico, aunque no haya antecedentes recientes conocidos de infección viral.

—La madre comentó que Elisa tuvo una gripe leve hace casi un mes —añadí, recordando el inicio de la anamnesis—. Sin pruebas.

Aline asintió.

—Entonces ampliaremos la investigación. Pide análisis serológicos, marcadores cardíacos, ferritina, dímero D y ecocardiograma. También quiero hemocultivos antes de administrar cualquier nuevo antibiótico.

El padre nos observaba con el rostro cada vez más tenso.

—¿Eso puede afectar al corazón?

Aline se acercó unos pasos y respondió sin dramatizar.

—Algunas enfermedades inflamatorias pueden afectar a los vasos sanguíneos y al corazón, por eso estamos investigando desde el principio. Todavía no tenemos un diagnóstico definitivo.

La madre le cogió la mano a su hija, intentando ocultar el temblor.

—¿Va a necesitar una operación por lo de la barriga?

—La exploración no sugiere una urgencia quirúrgica en este momento —expliqué mientras señalaba dónde había detectado el dolor—. La ecografía nos ayudará a descartar una apendicitis y otras alteraciones.

Elisa fue ingresada y, durante las horas siguientes, el caso ocupó gran parte de la atención del servicio de pediatría. La ecografía mostró ganglios mesentéricos agrandados y una pequeña cantidad de líquido, pero el apéndice parecía intacto. Aline solicitó nuevas pruebas, mientras yo supervisaba la hidratación, el dolor y la respuesta a la medicación.

Poco antes del mediodía, Angélica Menezes entró en la sala de médicos con las imágenes abiertas en la tableta. La radióloga llevaba el pelo rubio recogido a toda prisa y una expresión que sugería que la habían interrumpido mientras tomaba el café.

—El apéndice está normal, lo que descarta la hipótesis más obvia y nos deja con todas las demás —comentó mientras apoyaba el dispositivo sobre la mesa—. Hay inflamación de los ganglios linfáticos mesentéricos, un ligero engrosamiento de la pared de la vesícula y una pequeña cantidad de líquido libre.

Aline se acercó a las imágenes.

—Esto refuerza la hipótesis de un proceso inflamatorio sistémico.

Laura amplió uno de los cortes.

—También he observado una alteración periportal discreta. Por sí sola no lo explica todo, pero encaja con el resto.

Revisé las imágenes en silencio. Elisa no presentaba ningún hallazgo definitivo por sí solo, pero el conjunto formaba un cuadro cada vez más coherente. La fiebre persistente, la conjuntivitis, las alteraciones bucales, el ganglio linfático, el exantema, el edema de las extremidades y los signos abdominales apuntaban a una enfermedad inflamatoria que podría fragmentarse fácilmente en diferentes diagnósticos.

—Necesitamos el ecocardiograma lo antes posible —afirmé mientras cerraba la tableta—. Si hay alguna alteración coronaria, no podemos esperar.

—Samuel está en el quirófano —informó Lívia, consultando el turno.

—Camila puede hacer la evaluación inicial y luego Samuel la revisa.

Aline asintió.

—Estoy de acuerdo. También quiero que se prepare la inmunoglobulina por si los marcadores resultan compatibles.

Lívia salió a organizar las pruebas, mientras Laura permanecía apoyada en la mesa.

—Por eso no me gustan los niños —comentó, cruzando los brazos—. En los adultos, al menos, las enfermedades fingen seguir cierta lógica.

—Los adultos mienten más durante la anamnesis —respondí mientras anotaba las solicitudes.

—Los niños lloran antes de que les acerque el aparato.

—Quizá sea por tu expresión tan acogedora.

Laura arqueó una ceja.

—Mi expresión es perfectamente adecuada para alguien que se pasa el día interpretando sombras.

Aline dejó que se le escapara una pequeña sonrisa antes de volver a los pruebas.

—El cuadro se parece más a un síndrome de Kawasaki incompleto o a un síndrome inflamatorio posviral. La diferencia puede apreciarse en los marcadores, pero quizá haya que iniciar el tratamiento antes de obtener todas las respuestas.

—Lo sé. —Pasé los dedos por el borde de la historia clínica, cada vez más consciente del peso de la responsabilidad—. No quiero retrasar la inmunoglobulina por esperar un criterio que quizá nunca llegue.

La puerta se abrió y Leonardo entró acompañado de Caio. Llevaba la historia clínica de un niño de pediatría que necesitaba una evaluación neurológica, pero se detuvo al ver la cantidad de pruebas esparcidas sobre la mesa.

—¿Algún caso grave? —preguntó, quedándose cerca de la puerta en lugar de entrar como si el espacio le perteneciera.

—Una niña con fiebre prolongada y signos inflamatorios sistémicos —respondí, sin entrar en detalles innecesarios—. Estamos investigando un síndrome de Kawasaki incompleto y un síndrome posviral.

Leonardo miró a Aline y a Laura antes de acercarse con cautela a las imágenes.

—¿Hay alguna alteración neurológica?

—No, hasta ahora —explicó Aline—. Solo somnolencia relacionada con la fiebre y la deshidratación.

—Entonces no me necesitan.

La respuesta tan sencilla me sorprendió. El Leonardo de hacía unos años habría encontrado la manera de quedarse, sugerir pruebas u ofrecer un análisis que lo situara en el centro de atención.

Caio le entregó otra tableta.

—El paciente de la habitación diez está esperando.

Leonardo asintió, pero antes de salir volvió a dirigirme la mirada.

—¿Fuiste tú quien planteó la hipótesis?

—Aline también pensó en ella en cuanto examinó a Elisa.

—Pero tú ya habías organizado el cuadro clínico antes de llamarla. —Miró los resultados de las pruebas que había sobre la mesa y luego a mí—. Es un diagnóstico difícil de detectar cuando los síntomas se tratan por separado.

Aline asintió.

—Beatriz identificó los signos clínicos antes de las pruebas complementarias.

Ese reconocimiento me hizo sentir incómoda, sobre todo porque ocurría delante de Caio, Lívia y Aline. Durante la residencia, Leonardo rara vez elogiaba mi trabajo en público. Cuando reconocía algo, lo hacía en privado, como si la relación entre nosotros hiciera que cualquier mérito resultara sospechoso.

—Aún no tenemos el diagnóstico —respondí mientras cerraba la historia clínica.

—No, pero tenemos una pista porque has observado al niño en su conjunto, no solo el dolor abdominal —Leonardo mantuvo un tono profesional, sin convertir el elogio en intimidad—. El equipo ha hecho bien en confiar en tu valoración.

No hubo ninguna sonrisa, mirada prolongada ni ningún gesto que sugiriera un intento de acercamiento. Simplemente reconoció mi trabajo delante de todos y se alejó con Caio para atender al otro paciente.

Laura siguió con la mirada cómo se marchaba.

—Eso ha sido sorprendentemente positivo.

—No empieces —le pedí mientras recogía las pruebas.

—No he hablado de la relación. Solo me refería al hecho de que un cirujano reconozca que existe otra especialidad.

Aline volvió a la tableta, ocultando una sonrisa.

—Ya tenemos los resultados del ecocardiograma.

Nos dirigimos a la habitación de Elisa antes de que la conversación se desviara. La niña seguía con fiebre y más abatida, aunque la hidratación había mejorado su frecuencia cardíaca. Camila realizó el examen junto a la cama, mientras los padres seguían cada movimiento en silencio.

La primera evaluación reveló una ligera dilatación de una de las arterias coronarias.

Aline y yo intercambiamos una mirada que prescindía de cualquier discusión prolongada.

—Vamos a empezar con la inmunoglobulina —decidió ella, acercándose a los padres para explicarles el resultado—. Los hallazgos indican una enfermedad inflamatoria compatible con un síndrome de Kawasaki incompleto. El tratamiento precoz reduce el riesgo de complicaciones cardíacas.

La madre se llevó la mano a la boca.

—¿Se va a poner bien?

Me senté a su lado y mantuve la voz firme.

—Hemos detectado el problema antes de que se agravara. Elisa tendrá que permanecer ingresada, recibir la medicación y repetirse la ecocardiografía, pero disponemos de tratamiento y lo estamos iniciando en el momento adecuado.

El padre bajó la cabeza y respiró hondo antes de mirarme.

—En otros sitios nos dijeron que era una alergia, un virus o una faringitis. ¿Cómo se dio cuenta usted?

Miré a Elisa, que permanecía tumbada bajo la manta, con los ojos entrecerrados y su manita agarrada a la de su madre.

—Ningún síntoma por sí solo lo explicaba todo. Cuando eso ocurre, tenemos que dejar de fijarnos en cada parte por separado y observar lo que el cuerpo está intentando decirnos en su conjunto.

El tratamiento farmacológico comenzó poco después, acompañado de una monitorización continua. Me quedé en la habitación durante el inicio de la infusión, explicando las posibles reacciones e intentando tranquilizar a los padres. Cuando por fin salí, el pasillo parecía más silencioso, aunque el hospital seguía con el mismo ajetreo de siempre.

Me encontré con Leonardo cerca del control de enfermería, terminando de dar instrucciones a Caio. Esperó a que el residente se marchara antes de acercarse a mí.

—¿Han confirmado el diagnóstico? —preguntó, manteniendo una distancia prudencial.

—Kawasaki incompleta. La ecocardiografía mostró una dilatación discreta y ya hemos empezado con la inmunoglobulina.

—Lo has detectado a tiempo.

—Aline confirmó la hipótesis y Camila identificó la alteración.

—Eso no le resta mérito a lo que hiciste.

Aquella frase tocó una fibra antigua, forjada durante años en los que tuve que convencerme a mí misma de que mi trabajo tenía valor, incluso cuando él no lo reconocía.

—Antes nunca habrías hecho eso —comenté, sin necesidad de explicar lo que significaba.

Leonardo lo entendió.

—Lo sé.

—¿Tenías miedo de que elogiar mi trabajo hiciera que la gente se diera cuenta de que había algo entre nosotros?

—También. —No intentó ocultar la vergüenza—. Pero había algo peor. Creía que reconocerte públicamente debilitaría mi autoridad y podría parecer un trato de favor. En lugar de encontrar una forma ética de separar las cosas, opté por hacerte invisible.

Su sinceridad me oprimió el pecho.

—No necesito que lo compenses ahora con elogios.

—No te estoy compensando. —Leonardo mantuvo las manos dentro de los bolsillos de la bata, evitando cualquier gesto en mi dirección—. Estoy intentando decir la verdad cuando hay que decirla.

Sostuve su mirada durante unos segundos, buscando algún reproche oculto. No lo encontré.

—Gracias —respondí, sintiendo que las palabras me costaban salir.

Su expresión se suavizó, pero Leonardo no aprovechó mi agradecimiento como una oportunidad.

—Espero que Elisa lo acepte bien.

—Yo también.

Se despidió y se dirigió al ascensor, dejándome frente al mostrador con la historia clínica aún pegada al pecho.

Lo vi alejarse sin saber qué hacer con la sensación que permanecía dentro de mí. No era perdón ni confianza. Ni gratitud.

Durante mucho tiempo, quise que Leonardo reconociera lo que me había hecho y viera a la médica en la que me había convertido a pesar de todo. En ese momento en el que empezaba a hacer ambas cosas, descubrí que recibir eso no curaba inmediatamente ninguna herida.

Aun así, algo cambiaba.

No porque sus palabras borraran el pasado, sino porque, por primera vez, parecía dispuesto a ocupar menos espacio para que yo no tuviera que luchar tanto por existir.



Capítulo 12

Me quedé casi veinte minutos de pie frente al armario de Laura antes de poder tocar nada.

El piso estaba en silencio, aunque ya no transmitía la misma sensación de abandono de las primeras noches. Había biberones secándose sobre la encimera, una manta de Helena doblada en el brazo del sofá y una pequeña cesta de pañales junto al pasillo, señales de una nueva rutina que empezaba a ocupar espacios antes dominados únicamente por la ausencia. Aun así, la habitación permanecía casi intacta. La ropa de Laura seguía ordenada por colores, los zapatos estaban alineados bajo las estanterías y el perfume que usaba permanecía sobre el tocador, cerrado junto a un pequeño estuche con pendientes.

Durante semanas, lo mantuve todo así porque cualquier cambio parecía una segunda muerte.

Si retirara los vestidos, guardara los objetos o hiciera sitio para las cosas de Helena, estaría admitiendo que Laura no volvería a reclamarlos. Al mismo tiempo, mantener la habitación congelada convertía cada recuerdo en una trampa. Entraba, sentía el perfume en el aire y volvía inmediatamente a la sala de partos, como si toda su vida se hubiera reducido al peor momento que vivimos.

Miguel había dicho que preservar la memoria de una persona no significaba conservar cada objeto exactamente donde ella lo había dejado.

No lo creía del todo.

Aquella mañana, sin embargo, la niñera necesitaba más espacio para ordenar la ropa y Teresa me había enviado un mensaje preguntándome si ya había apartado algo para su nieta. La pregunta parecía sencilla, pero encierraba una necesidad que yo había estado eludiendo. Helena crecería sin conocer a su madre, y yo era una de las personas responsables de evitar que Laura se convirtiera únicamente en fotografías formales, relatos tristes y una muerte que todos evitarían mencionar.

Me acerqué al armario y pasé los dedos por un vestido azul que ella llevó durante una cena con motivo de nuestro aniversario de boda. Recordé a Laura frente al espejo, quejándose de que el embarazo empezaba a cambiar su cuerpo incluso antes de que se notara ningún volumen. Le respondí que nadie se daría cuenta, y ella me acusó de no prestarle suficiente atención.

Sí que le prestaba atención… aunque no siempre supiera demostrarlo.

Saqué el vestido de la percha y lo dejé sobre la cama. Después elegí un pañuelo estampado, un jersey amarillo que solía ponerse en los viajes y la camisón que se había llevado a la maternidad, pero devolví esta última prenda al armario cuando el recuerdo de la sangre me invadió con demasiada fuerza.

No hacía falta enfrentarme a todo de golpe.

Aún me resultaba extraña esa constatación. Me había pasado toda la vida creyendo que cualquier problema debía resolverse por completo en cuanto se identificara, como si respetar los límites significara debilidad o aplazamiento. Miguel intentaba enseñarme que el duelo no obedecía a ese tipo de lógica.

Me senté en el borde de la cama y encontré, sobre la mesita de noche, un cuaderno de tapa verde. Ya lo había visto otras veces, pero había imaginado que contenía notas sobre el embarazo, listas de la compra o información sobre la maternidad. Cuando lo abrí, descubrí que Laura había escrito pequeñas cartas a Helena.

La primera comenzaba en la duodécima semana de gestación.

Contaba que aún no sabía si esperaba un niño o una niña, pero ya discutía conmigo porque yo quería comprar libros antes que ropa. En otra página, describía el primer movimiento que había sentido durante una reunión y decía que había tenido que ocultar la sonrisa para que nadie se diera cuenta. Había comentarios sobre mis hábitos, su miedo ante el parto y la esperanza de que nuestra hija heredara mi capacidad de concentración, pero no mi incapacidad para descansar.

Leí cada línea con un nudo en la garganta.

Laura no había escrito sobre su propia muerte porque no esperaba morir. Esas cartas pertenecían a una mujer que planeaba estar presente en cada cumpleaños, que imaginaba enseñar a su hija a cocinar, a elegir ropa y a no aceptar a hombres que confundieran la arrogancia con la seguridad.

Cerré el cuaderno y permanecí un rato con las manos sobre la cubierta.

El dolor no se parecía a los recuerdos de la sala de partos. Era más lento, se extendía por el pecho mientras revelaba todo lo que Helena había perdido. Aun así, había algo precioso en aquellas páginas. Laura le había dejado una voz a su hija sin saber que sería necesaria.

Cogí el teléfono y llamé a Teresa.

Contestó tras unos cuantos tonos, con el rostro cansado ocupando la pantalla. Estaba en la cocina de su casa y, al fondo, reconocí los armarios claros que Laura había elegido durante una reforma realizada años atrás.

—¿Le ha pasado algo a Helena? —preguntó de inmediato, inclinándose hacia la cámara.

—Está bien. He encontrado un cuaderno de Laura.

La voz de Teresa cambió.

—¿El verde?

—Sí.

Se llevó la mano a la boca y apartó la mirada durante unos segundos.

—Sabía que existía, pero no me imagino dónde lo había guardado.

—Son cartas para Helena.

—Laura empezó a escribir en cuanto se enteró del embarazo —suspiró Teresa—. Decía que quería anotar las pequeñas cosas porque tenía miedo de olvidarlas cuando naciera la niña.

Apreté el cuaderno contra mi pierna.

—Quiero hacer un álbum para Helena. Fotografías, cartas e historias sobre su madre. No solo sobre el parto.

Teresa me observó en silencio, y me di cuenta de lo mucho que aquella propuesta también la conmovía.

—Puedo ayudarte —respondió, recuperando la voz poco a poco—. Tengo fotos de su infancia, de la universidad y de viajes que quizá nunca hayas visto. También he guardado sus primeros dibujos y algunas cartas que escribía cuando era adolescente.

—Quiero todo lo que estés dispuesta a compartir.

—No vas a guardar sus cosas de inmediato, ¿verdad?

La pregunta denotaba miedo, no acusación.

—No. —Miré hacia el armario abierto que tenía detrás de mí. —Solo estoy separando algunas prendas e intentando hacer espacio. No quiero que la habitación se convierta en un lugar prohibido.

Teresa asintió, aunque el dolor seguía reflejándose en su rostro.

—A veces siento que guardarlo todo es la única forma de seguir siendo su madre —murmuró.

—Yo también pasé semanas creyendo que mover cualquier objeto significaría abandonarla.

—¿Y no lo es?

Observé el vestido azul sobre la cama, el cuaderno que tenía en las manos y la fotografía de Laura sonriendo sobre la mesa.

—Creo que significa aceptar que ella existió más allá de las cosas que dejó.

Teresa cerró los ojos por un instante.

—Te quería.

Esas palabras me oprimieron la garganta.

—Yo también la quería.

—Lo sé. —Teresa respiró hondo antes de continuar. —Y no quiero que te pases el resto de tu vida viendo ese amor como un castigo.

Me quedé inmóvil.

Quizá Miguel ya me hubiera dicho algo parecido de otras formas, pero oírlo de boca de la madre de Laura hacía que la idea fuera más difícil de rechazar.

—No estoy intentando olvidarla.

—Sé que no. —Teresa acercó el rostro a la cámara, sosteniendo mi mirada. —También sé que hay otra mujer en el hospital.

La tensión recorrió mi cuerpo antes de que pudiera disimularlo.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie tuvo que decírmelo. Laura mencionó a Beatriz una vez.

Se me encogió el pecho.

—¿Cuándo?

—Al principio de la boda. Se dio cuenta de que evitabas a una pediatra durante un evento y te preguntó quién era. Tú respondiste que habían trabajado juntos. —Teresa apartó la mirada, mostrando cierto malestar—. Laura no conocía todos los detalles, pero sabía que había habido alguien importante antes que ella.

—Nunca conté toda la verdad.

—Eso es asunto tuyo y de Beatriz. —La voz de Teresa se mantuvo firme, aunque no era dura—. Solo digo que seguir adelante no borra a mi hija. Convertir tu vida en un mausoleo tampoco la honra.

Aquella palabra se me quedó grabada después de que colgáramos.

Pasé el resto de la mañana seleccionando fotografías, ropa y pequeños objetos. No vacié el armario ni quité el perfume del tocador. Solo elegí lo que podría formar parte del álbum de Helena y guardé algunas piezas en cajas protegidas. Cuando terminé, la habitación aún parecía pertenecer a Laura, pero ya no estaba completamente congelada en el día en que se marchó a la maternidad.

Por la tarde, llevé el cuaderno a la consulta con Miguel.

Él lo observó sobre la mesa que había entre nosotros, pero esperó a que yo se lo explicara.

—Laura escribió cartas a Helena durante el embarazo. —Pasé los dedos por el borde de la cubierta mientras me acomodaba en el sillón—. Las he encontrado hoy.

—¿Has podido leerlas?

—Todas.

—¿Qué tal?

Reflexioné sobre la pregunta antes de responder.

—Doloroso, pero diferente. No volví a la sala de partos. Me acordé de la mujer que era antes de morir.

Miguel asintió.

—Eso parece importante.

—Quiero hacer un álbum para Helena con cartas, fotos e historias.

—¿Para conocer a su madre?

—Para que no crezca pensando que Laura solo existe como la mujer que murió al dar a luz. —Mantuve la mirada fija en el cuaderno, vencido poco a poco por la culpa—. Tampoco quiero que piense que fue ella la que provocó la muerte.

—¿Crees que tu hija la provocó?

—No, racionalmente no.

—¿Y emocionalmente?

La pregunta me incomodó, pero ya había comprendido que la incomodidad no significaba que fuera irrelevante.

—A veces, cuando Helena llora por la noche, siento rabia por la situación y luego me odio a mí mismo por ello. —Me pasé la mano por la barba, sintiendo vergüenza a pesar de la neutralidad de

Miguel—. No hacia ella, exactamente. Por el hecho de que Laura no esté aquí, de que tenga que aprenderlo todo solo y de que una niña tan pequeña sea la única persona que volvió conmigo de la maternidad.

—Sentir rabia por la pérdida no significa sentir rabia hacia tu hija.

—A veces parece lo mismo.

—Porque ambas están vinculadas al mismo suceso. —Miguel se inclinó ligeramente hacia delante—. La tarea consistirá en separar a Helena de la tragedia, igual que estás intentando separar a Laura del momento de la muerte.

Observé el cuaderno que había sobre la mesa.

—Teresa dijo que seguir adelante no borra a Laura.

—¿Le crees?

—Quiero creerla.

Miguel permaneció en silencio durante unos segundos.

—¿Pensaste en Beatriz cuando dijo eso?

—Sí.

La respuesta salió sin esfuerzo, y me di cuenta de lo difícil que habría sido esa confesión unas semanas antes.

—¿En qué pensaste?

—Que deseo a Beatriz y me siento culpable por ello. —Apoyé los brazos sobre las rodillas, con las manos juntas—. Laura murió hace menos de un mes. Me parece indecente pensar en otra mujer.

—Beatriz no apareció después de la muerte de Laura.

—Eso lo empeora todo.

—¿Por qué?

—Porque demuestra que una parte de mí nunca la ha olvidado del todo.

Miguel no reaccionó con juicio.

—¿Amar a Laura exigía que borraras todo lo que habías sentido antes?

—No.

—Entonces, ¿por qué sentir algo por Beatriz ahora implica borrar el matrimonio?

—Porque Laura no puede elegir seguir adelante.

Esa frase delató mi culpa antes de que pudiera contenerla.

Miguel respiró lentamente.

—Estás confundiendo la lealtad con permanecer en el dolor. Laura no puede vivir el futuro que había planeado, y eso es profundamente injusto. Pero destruir cualquier posibilidad de futuro para ti mismo no corrige esa injusticia.

Desvié la mirada hacia la ventana.

—Beatriz tampoco se merece que la busque un hombre que aún no sabe diferenciar entre amor, culpa y soledad.

—Estoy de acuerdo.

Volví a mirarlo, irritado por lo fácil que le había resultado responder.

—Pensé que ibas a decir que debo permitirme sentir.

—Puedes permitirte sentir sin convertir ese sentimiento en una exigencia para otra persona. —Miguel apoyó las manos sobre el cuaderno cerrado—. El problema nunca ha sido desear a Beatriz. El problema sería tratarla como la solución a tu duelo o dar por sentado que su cambio te da derecho a una nueva oportunidad.

—No he hecho eso.

—Pues sigue sin hacerlo.

La sencillez de ese consejo me proporcionó un alivio que no esperaba.

—¿Puedo decirle que he pensado en lo que hemos hablado?

—¿Por qué quieres decírselo?

Reflexioné sobre la pregunta.

—Porque Beatriz dejó claro que no aceptaría que la trataran como una sustituta. Quiero que sepa que lo he entendido.

—¿Necesita saberlo ahora mismo?

La respuesta sincera surgió al cabo de unos segundos.

—Quizá no.

—Entonces escríbela y no la envíes. —Miguel señaló mi teléfono, que estaba sobre la mesa—. Averigua primero si el mensaje le sirve a ella o solo alivia tu ansiedad.

Tras la consulta, me quedé en el coche, en el aparcamiento, durante casi diez minutos. Inicié la conversación con Beatriz y le escribí que había encontrado cartas de Laura, que iba a empezar un álbum para Helena y que había comprendido que preservar el recuerdo de su esposa no exigía alejar a todas las demás personas.

Volví a leer el texto y me di cuenta de que había convertido una experiencia íntima en una forma de demostrar evolución.

Lo borré.

Solo escribí:

Espero que Elisa esté respondiendo bien al tratamiento.

La pregunta era sincera y profesional, pero aun así dudé. Beatriz no tenía por qué recibir un mensaje mío cada vez que me apeteciera ponerme en contacto con ella.

Lo borré de nuevo y guardé el móvil.

Aquella noche, me senté en el suelo de la habitación de Helena con una caja de fotos a mi lado. La pequeña dormía en la cuna y una pequeña lámpara proyectaba una luz amarillenta sobre las paredes. Elegí una foto de Laura en la universidad, con el pelo más corto y sosteniendo un título. En otra, aparecía en la playa, riendo mientras intentaba protegerse la cara del viento. También había una foto tomada durante el embarazo, con las manos sobre la barriga y una expresión de felicidad que no podía mirar sin sentir un nudo en el pecho.

Puse las fotos junto al cuaderno verde.

Helena tendría historias que contar.

Sabría que su madre cantaba desafinada, odiaba el café sin azúcar, lloraba con las películas malas y tenía la costumbre de comprar plantas que luego se olvidaba de regar. Sabrían que Laura la deseaba, le escribía e imaginaba toda una vida a su lado.

También estaría segura de que la muerte de su madre no era culpa suya.

Me acerqué a la cuna y apoyé una mano en el lateral de madera, contemplando el rostro tranquilo de mi hija.

—Tu madre no tiene por qué desaparecer para que sigamos viviendo. —Mantuve la voz baja, dejando que la promesa llenara la habitación—. Tampoco tiene por qué ser lo último bueno que me ha pasado para seguir siendo importante.

Helena se movió bajo la manta, pero no se despertó.

Pensé en Beatriz, en el reconocimiento que le ofrecí ante el equipo y en la forma en que ella me dio las gracias sin convertirlo en un perdón. Deseaba contarle lo del cuaderno, lo de Teresa y la decisión de preservar a Laura sin congelar el piso en torno a su ausencia.

No se lo conté.

Quizá algún día Beatriz tuviera espacio para escuchar esa historia. Quizá no...

Aquella noche, sin embargo, el silencio no me pareció una oportunidad perdida. Me pareció respeto.

Me senté de nuevo en el suelo y empecé a ordenar las primeras páginas del álbum de Helena, dejando que Laura ocupara cada una de ellas como la mujer que había vivido, amado y dejado mucho más que una tragedia.

Cuando por fin cerré la caja, me di cuenta de que aún me dolía el pecho, aunque el dolor no me obligaba a interrumpir todo lo que me rodeaba.

Laura seguía conmigo, Beatriz también estaba en mis pensamientos y no sentí que una presencia tuviera que destruir a la otra.



Capítulo 13

El salón elegido para la gala del Hospital São Gabriel ocupaba la última planta de un hotel en la zona centro-sur de Belo Horizonte, rodeado de paredes de cristal que dejaban ver la ciudad iluminada bajo el cielo oscuro. Las mesas estaban cubiertas con manteles claros, los arreglos florales blancos se intercalaban entre velas protegidas por pequeños recipientes transparentes y se había montado un escenario frente a un panel con imágenes del proyecto de ampliación de la unidad pediátrica. Afuera, los faros formaban líneas continuas a lo largo de las avenidas, mientras que, dentro del salón, los médicos, acostumbrados a las batas, las mascarillas y las guardias, intentaban reconocerse unos a otros con vestidos, trajes y zapatos incómodos.

Me quedé unos segundos junto a la entrada, sujetándome el pequeño bolso contra el cuerpo e intentando ignorar la sensación de estar inapropiadamente expuesta sin la bata. El vestido azul oscuro

tenía tirantes anchos, cintura marcada y un escote que me había parecido elegante frente al espejo, pero que, en ese momento, parecía revelar mucho más de lo que debía bajo la iluminación amarillenta. Llevaba el pelo suelto, cayéndome en ondas sobre los hombros, y había dejado que Isabela se encargara del maquillaje tras escuchar durante casi veinte minutos que mi idea de arreglarme para un evento consistía únicamente en cambiar los zapatos de hospital por unos de tacón.

—Deja de mirar hacia la salida como si quisieras huir. —Isabela apareció a mi lado con un vestido negro largo, de corte sencillo, que en ella parecía haber sido diseñado exclusivamente para aquella noche. Sostenía una copa de cava y me observaba con una satisfacción que aumentaba mi incomodidad. —Estás guapa, el vestido es adecuado y nadie sabe que pensaste en inventarte una crisis alérgica para quedarte de guardia.

—¿Te lo ha contado Lívia?

—Le preguntaste si podría hacerse cargo de la planta toda la noche y luego quisiste saber qué probabilidades había de que algún niño te necesitara específicamente a ti. No fue una estrategia muy discreta.

—No me gustan este tipo de eventos.

—No te gustan las situaciones en las que no puedes esconderte detrás de una historia clínica. —Isabela me ofreció la copa y la acepté solo para mantener las manos ocupadas. —Además, la mitad de la recaudación se destinará al proyecto que presentaste para pediatría. Tienes que sonreír a los patrocinadores y fingir que te gustan las conversaciones sobre responsabilidad social.

—Puedo hacerlo con la bata puesta.

—No con ese escote.

Le lancé una mirada de advertencia, pero Isabela ya había dirigido su atención hacia el salón. Thiago estaba cerca del escenario, hablando con Daniel y con una mujer del departamento

de prensa. Llevaba un traje verde oscuro, corbata negra y un pequeño broche dorado con forma de estrella prendido en la solapa, probablemente un regalo de Davi. Daniel vestía un traje azul marino sin corbata y mantenía una de las manos apoyada en la espalda del oncólogo con una naturalidad que demostraba que no tenía ninguna intención de ocultar su cercanía.

—Parecen muy unidos —comenté, fijándome en cómo Thiago se inclinaba hacia él cada vez que Daniel hablaba.

—Thiago está aterrorizado —dijo Isabela, dando un sorbo al espumoso y manteniendo una expresión indiferente—. Por eso ya ha contado cinco chistes en menos de tres minutos y ha presentado a Daniel a gente que no tiene nada que ver con el tema.

—¿Estás cronometrando?

—Observar a la gente es lo único interesante de estos eventos.

Thiago se percató de nuestra presencia y se acercó antes de que Isabela encontrara otra víctima a la que analizar. La sonrisa que esbozó al verme fue seguida de un minucioso examen de mi vestido.

—Por fin. —Me cogió de las manos y me hizo girar discretamente, ignorando mi intento de impedírselo—. Pareces una mujer capaz de arruinar la estabilidad emocional de un neurocirujano.

—Ya lo ha hecho antes con un pijama de hospital —comentó Isabela, levantando la copa.

—No convirtáis la noche en un debate sobre Leonardo. —Retiré las manos y me alisé la falda, intentando disimular el rubor.

Daniel llegó poco después y nos saludó con su habitual serenidad. De cerca, me di cuenta de cómo observaba a Thiago, no solo con deseo, sino con verdadera atención, como si cada uno de sus movimientos mereciera ser comprendido.

—Thiago me ha dicho que tú te has encargado de gran parte del proyecto de la nueva ala —comentó mientras me tendía la mano.

—Desarrollé la propuesta clínica. Marcos se encargó del presupuesto, y Hannah encontró la manera de hacerlo posible sin vender ningún órgano de la junta directiva.

—Todavía —añadió Thiago, acercándose a Daniel—. Dependiendo de la cantidad recaudada, Gustavo podría ofrecerse. Afirma que tiene órganos en excelente estado, aunque tengo mis dudas sobre el hígado.

—¿He oído mi nombre? —Gustavo apareció detrás de nosotros con un traje negro y una camisa sin corbata. Su cabeza rapada reflejaba parte de la iluminación, y la seguridad con la que ocupaba el espacio daba la impresión de que la gala se hubiera organizado en su honor. Una mujer pelirroja, a la que reconocí como representante de una empresa de equipamiento, le sujetaba del brazo. —Espero que estén hablando bien de mí.

—Estábamos evaluando el valor de mercado de tus órganos —respondió Thiago, mientras observaba a la acompañante—. Aún no hemos llegado a una estimación optimista.

Gustavo presentó a la mujer como Renata, charló unos minutos y luego se alejó con ella hacia el bar. Joana, que ordenaba unas tarjetas sobre una mesa cercana, siguió con la mirada el paso de ambos con una expresión que no denotaba celos, solo cansancio.

—¿De verdad ha traído a alguien a un acto del hospital después de la reunión con Hannah? —pregunté, manteniendo la voz baja.

—Renata no trabaja en el São Gabriel, lo que probablemente supone un intento por su parte de seguir la mitad de las directrices —explicó Thiago mientras se ajustaba el corbón en la solapa—. Gustavo cree que cualquier cambio merece reconocimiento, incluso cuando solo consiste en dejar de involucrarse con subordinadas directas.

Joana se acercó antes de que continuara el comentario.

—Hannah ha pedido que todos ocupen las mesas en diez minutos. —Llevaba un discreto vestido color burdeos, el pelo recogido en trenzas que formaban un moño bajo y una expresión aún más firme que durante sus turnos de guardia. —Thiago, tú harás la presentación antes de la cena.

—Lo sé. Estoy intentando tomarme un poco de valor sin que me afecte la dicción.

—Ya vas por el tercer vaso de agua con gas.

—El efecto psicológico es importante.

Daniel le dio una palmadita en el brazo.

—Hablas ante familias en situaciones mucho peores todos los días. Lo harás bien.

Esas palabras hicieron que Thiago dejara de lado la broma que probablemente estaba preparando. Se limitó a asentir y a sonreír a Daniel con una discreta vulnerabilidad, ofreciéndole una respuesta silenciosa que pareció mucho más íntima que cualquier beso.

Fue en ese momento cuando sentí que el ambiente a mi alrededor cambiaba.

No fue por ningún sonido ni por ningún movimiento evidente. Mi cuerpo simplemente reconoció la presencia de Leonardo antes de que yo lo viera.

Entró en la sala junto a Samuel. Llevaba un traje oscuro perfectamente entallado, camisa blanca y corbata negra. Se había peinado el pelo hacia atrás, dejando más al descubierto el rostro, y su postura seguía siendo tan controlada como en el hospital, aunque la ausencia de la bata hacía que cada detalle fuera más difícil de ignorar. Samuel le decía algo, pero Leonardo no parecía escucharlo del todo.

Sus ojos se habían cruzado con los míos.

La distancia entre nosotros era considerable, ocupada por mesas, invitados y profesionales que atravesaban el salón. Aun así, sentí cómo su mirada recorría mi rostro, mi pelo y el vestido antes de volver a posarse en mis ojos. No había nada vulgar en la forma en que me observaba, pero la intensidad hizo que mi cuerpo reaccionara con un calor lento que comenzó en el pecho y se extendió por la piel.

Leonardo no se acercó.

Saludó a Hannah y a Marcos, charló con algunos patrocinadores y se quedó junto a Samuel, respetando la distancia con una disciplina que me irritó más de lo que lo habría hecho cualquier intento directo.

—Has dejado de respirar —murmuró Isabela a mi lado, sin siquiera fingir que no estaba siguiendo la escena.

—No he dejado de respirar.

—Entonces, tu organismo ha desarrollado una forma extremadamente discreta de mantener la oxigenación.

—Ve a analizar a otra persona.

—Ya los he analizado a todos. Vosotros seguís ofreciendo el material más interesante.

Me alejé antes de que dijera algo peor y me dirigí a la mesa reservada para el equipo médico. Mi nombre figuraba junto al de Thiago, mientras que Leonardo ocuparía una silla al otro lado, cerca de Samuel y Sofía. La disposición no parecía casual. Hannah conocía la historia entre nosotros o, al menos, sospechaba lo suficiente como para evitar proximidades innecesarias.

La cena comenzó tras un breve discurso de Marcos. A continuación, Thiago subió al escenario para presentar el trabajo de la oncología pediátrica y hablar de la importancia de la nueva ala. El buen humor se hizo patente en los primeros minutos, provocando

risas al comentar que los niños en tratamiento entendían mejor lo que era el valor que muchos adultos que se desmayaban durante las extracciones de sangre. Después, su voz adquirió una seriedad que transformó el ambiente de la sala.

—Trabajar con niños enfermos no significa vivir rodeado únicamente de tristeza. —Thiago sujetó el micrófono con ambas manos, recorriendo las mesas con la mirada. —Significa ser testigo de cumpleaños en habitaciones de hospital, aprender los nombres de personajes que nunca hemos visto y comprender que un niño no deja de ser un niño por haber recibido un diagnóstico. Nuestro trabajo no consiste solo en ofrecer tratamiento. Es garantizar que la enfermedad no acapare toda la identidad de quienes aún están descubriendo el mundo.

Daniel lo observaba desde la mesa cercana al escenario con un orgullo que no intentó ocultar. Cuando Thiago terminó, fue el primero en levantarse, y los aplausos resonaron por toda la sala.

Sentí un nudo en el pecho al darme cuenta de que mi amigo por fin permitía que alguien estuviera a su lado sin ocultar la parte más difícil de su propia vida.

Durante la cena, hablé con representantes de empresas, expliqué el proyecto de pediatría y respondí a preguntas sobre la atención humanizada. Leonardo se mantuvo inmerso en otras conversaciones, aunque en algunas ocasiones percibí su mirada. Cada vez que nuestras miradas se cruzaban, él apartaba la vista al cabo de unos segundos, como si supiera exactamente el efecto que causaba y, aun así, se negara a aprovecharlo.

Poco después del postre, cambió la música y algunos invitados empezaron a ocupar la pista de baile. Samuel fue prácticamente arrastrado por Sofía, que hizo caso omiso de sus dudas y lo condujo hasta el centro del salón. Thiago bailaba con Daniel sin ningún tipo de timidez, mientras que Isabela rechazaba las invitaciones con una elegancia capaz de hacer creer a cada hombre que el problema no era personal.

Me disponía a ir a por otro vaso de agua cuando Gustavo se plantó delante de mí.

—Baila conmigo. —Me tendió la mano, con una sonrisa que probablemente funcionaba con la mayoría de las mujeres.

—No.

—Tienes que pensarlo antes de responder.

—Ya lo he pensado durante el tiempo que has tardado en levantar la mano.

Gustavo se llevó la palma de la mano al pecho.

—Tu crueldad explica por qué trabajas con niños. Los adultos no lo aguantarían.

—Invita a Renata.

Su expresión cambió ligeramente.

—Se ha ido.

—¿Ya?

—Ha recibido una llamada.

La respuesta, demasiado rápida, indicaba que su marcha probablemente tenía que ver con otra cosa. Antes de que pudiera preguntar, una mujer del equipo de fisioterapia pasó junto a nosotros y evitó mirar a Gustavo. La tensión que se dibujó en su rostro confirmó que quizá la noche acabaría con otro problema.

—Parece que deberías ocuparte de algo en lugar de bailar —comenté mientras señalaba en dirección a la mujer.

Gustavo siguió mi mirada y perdió la sonrisa.

—No todo tiene que resolverse de inmediato.

—Así es precisamente como los problemas se agravan.

—¿Me estás hablando a mí o estás pensando en Leonardo?

—Contigo.

—Una lástima. La segunda opción sería más interesante.

Gustavo se alejó antes de que pudiera responder, y me encontré con Leonardo a pocos pasos de distancia. No sabía cuánto tiempo llevaba allí, pero su expresión indicaba que había oído al menos parte de la conversación.

—¿Te estaba molestando? —preguntó mientras mantenía las manos en los bolsillos del traje.

—Gustavo molesta por naturaleza. Eso no significa que necesite ayuda.

—Lo sé.

La respuesta llegó sin ningún intento de tomar el control, y eso disipó parte de la irritación antes de que creciera.

La música se volvió más lenta. A nuestro alrededor, las parejas se acercaron entre sí, y el salón pareció encogerse bajo la suave iluminación. Leonardo miró hacia la pista y luego volvió a centrar su atención en mí.

—¿Puedo invitarla a bailar?

La pregunta hizo que mi corazón se acelerara.

—¿Te parece una buena idea?

—No estoy segura. —Una discreta sonrisa se dibujó en sus labios, acompañada de una sinceridad que me desarmó—. Por eso te lo pregunto.

Podría haberme negado. La distancia seguía ahí, y bailar con él delante de nuestros compañeros daría pie a comentarios que ninguno de los dos necesitábamos. Sin embargo, una parte de mí estaba harta de tomar todas las decisiones basándome en el miedo.

—Una canción... —respondí mientras le cogía la mano—. No significa nada más que un baile.

—Entendido.

Leonardo me condujo hasta la pista sin apretarme los dedos ni usar el contacto para acercarme más de lo que yo permitía. Cuando nos detuvimos entre las otras parejas, me puso una mano en la cintura y me sujetó la otra con la firmeza suficiente para guiarme, pero sin imponerse en absoluto.

El contacto recorrió mi cuerpo como un recuerdo físico.

Conocía el calor de su mano, la anchura de sus hombros y la forma en que inclinaba ligeramente el rostro cuando me prestaba atención. Aun así, había algo diferente. Quizá porque no estuviéramos escondidos en una habitación o en un piso alejado del hospital. O porque, por primera vez, Leonardo me tocara delante de otras personas sin actuar como si mi presencia supusiera un riesgo para su reputación.

—Estás tensa —comentó, mientras se movía al ritmo lento.

—Sueles provocar ese efecto.

—No sé si debo tomármelo como un cumplido.

—No deberías.

Su sonrisa se amplió un poco.

—Estás muy guapa.

La sencillez del cumplido surtió más efecto del que debería.

—Gracias.

Leonardo no añadió nada más. No habló del pasado, de Helena, de la conversación en el jardín ni de ninguna posibilidad de futuro. Simplemente siguió bailando, sin apartar la mirada de mí y con el cuerpo lo suficientemente cerca como para despertar sensaciones que llevaba años intentando ignorar.

Su perfume, discreto y familiar, se mezclaba con el calor del salón. La mano que tenía en la cintura parecía inmóvil, pero yo notaba cada pequeño cambio de presión cuando nos movíamos. Mi

cuerpo recordaba cosas que la mente prefería mantener enterradas, y la conciencia de estar en sus brazos delante de todos hizo que mi respiración se acortara.

—¿No vas a decir nada? —pregunté, molesta por la facilidad con la que su silencio me afectaba.

—Estoy intentando no convertir este momento en algo que tú no has ofrecido.

La respuesta me oprimió por dentro.

—El Leonardo que conocí habría utilizado el baile para convencerme de algo.

—El Leonardo que conociste creía que todo deseo tenía que dar lugar a una decisión.

—¿Y ahora?

Me miró fijamente.

—Ahora puedo desearte sin dar por sentado que eso me da derecho a nada más.

El calor que recorrió mi cuerpo se volvió casi doloroso.

Leonardo no se acercó, no inclinó el rostro hacia el mío ni permitió que aquella frase se convirtiera en una presión. Siguió respetando el espacio que nos separaba, aunque cada parte de mí percibía lo mucho que a él también le costaba mantener esa distancia.

La canción terminó antes de que encontrara una respuesta.

Él soltó mi mano primero y retiró la otra de mi cintura.

—Gracias por el baile.

—Solo ha sido un baile —repetí, aunque mi voz ya no tenía la misma firmeza de antes.

—Lo sé.

Leonardo me acompañó hasta el borde de la pista, pero no se quedó a mi lado. Se despidió con un gesto discreto y volvió a la mesa donde Samuel charlaba con Sofía.

Me quedé quieta, sintiendo la ausencia de sus manos como una huella sobre la piel.

Isabela apareció con dos vasos de agua y me entregó uno.

—Parece que lo necesitas.

—No digas nada.

—Ni siquiera haría falta. Tu expresión lo dice todo.

—No intentó nada.

—Ya me he dado cuenta. —Isabela siguió con la mirada a Leonardo antes de volver a fijarse en mí—. Y eso fue precisamente lo que lo empeoró todo.

Me llevé el agua a los labios, intentando calmar el calor que aún invadía mi cuerpo.

Tenía razón.

Durante años, había asociado a Leonardo con el control, las decisiones y un tipo de deseo que siempre exigía alguna consecuencia. Aquella noche, me había tocado, había admitido que aún me deseaba y se había alejado sin pedir nada.

Esa moderación debería haberme tranquilizado. En cambio, despertó en mí un deseo mucho más peligroso: el de cruzar, por mi propia voluntad, la distancia que él por fin había aprendido a respetar.



Capítulo 14

Helena empezó a llorar cuando yo aún intentaba quitarme la corbata.

El sonido resonó en el silencioso piso e hizo que mi cuerpo reaccionara de inmediato, aunque la urgencia ya no adoptaba la forma descontrolada de las primeras noches. Dejé la chaqueta sobre el respaldo del sofá, aflojé el nudo que me apretaba el cuello y me dirigí al dormitorio, intentando recordar que mi hija había estado bien toda la noche, que había tomado el biberón antes de salir del hotel y que probablemente solo estaba cansada tras tantas luces, voces y gente inclinándose sobre la cuna.

La encontré inquieta en la cuna, con la carita enrojecida y las manitas cerradas junto al pecho. Acerqué los dedos a su frente y noté que la piel parecía un poco más caliente de lo habitual, aunque la diferencia podría deberse simplemente al llanto y a la mantita que la niñera había dejado doblada sobre su cuerpo.

No le tomé la temperatura de inmediato.

Le quité la manta, cogí a Helena y caminé por la habitación, mientras la acunaba contra mi pecho. El aroma de la sala aún permanecía en mi camisa, mezclado con el suave olor a jabón infantil que empezaba a impregnar todo el piso. Mi hija seguía llorando y la ansiedad se apoderó de mí, pero intenté evaluar los signos antes de permitir que el miedo provocara una nueva emergencia.

La respiración era regular, no había dificultad, la piel conservaba su color normal y ella aceptaba mi cercanía, aunque no se calmaba del todo.

Solo entonces cogí el termómetro.

Treinta y siete grados y ocho décimas.

La temperatura no indicaba fiebre, pero era más alta que en las últimas mediciones. Consulté las indicaciones de Sofía, repasé mentalmente los signos que Beatriz me había explicado y decidí observar durante unos minutos antes de llamar por teléfono.

Helena seguía inquieta.

Me senté en el sillón y le ofrecí el biberón que había preparado la niñera, pero ella solo chupó un poco antes de apartar la cara. La presión en mi pecho aumentó, acompañada del recuerdo de aquellas noches en las que cada vez que rechazaba la comida se convertía, en mi cabeza, en el comienzo de una tragedia.

Necesitaba que la examinaran.

Esta vez, sin embargo, no quería llevarla al hospital sin necesidad.

Abrí la lista de contactos y me detuve en el nombre de Beatriz. Estaría volviendo de la fiesta, probablemente cansada, y yo había prometido no convertir cada preocupación en un motivo para buscarla. Podría llamar al médico de guardia de pediatría, contactar con el centro de atención o esperar un poco más.

Helena soltó otro llanto y se acurrucó contra mi pecho.

Llamé a la unidad de pediatría del São Gabriel.

Lívia contestó y escuchó la descripción con atención, preguntando por la respiración, el color de la piel, los pañales, las tomas y el comportamiento. Tras unos minutos, me explicó que la fiebre podría deberse simplemente a que llevaba demasiada ropa y a la agitación, pero me recomendó volver a tomarle la temperatura en media hora y acudir a una consulta si subía, si la alimentación empeoraba o si aparecía cualquier alteración respiratoria.

Le di las gracias y colgué.

Intenté convencerme de que con eso bastaba.

El timbre sonó menos de diez minutos después.

Lo primero que pensé fue que la niñera se había olvidado de algo, pero me encontré a Beatriz al otro lado de la puerta, todavía con el vestido azul oscuro de la gala puesto. Llevaba el pelo suelto sobre los hombros, aunque algunos mechones se habían despeinado, y el maquillaje discreto resaltaba sus ojos, que inmediatamente buscaron a Helena en mis brazos.

—Lívia me ha llamado —dijo Beatriz al entrar, después de que yo me apartara, con el bolso pegado al cuerpo—. Se ha preocupado porque parecías más ansioso de lo que has admitido.

—No te pedí que vinieras.

—Lo sé. —Cerró la puerta y se acercó, dejando que su mirada recorriera el rostro de la bebé, su respiración y la forma en que la sostenía—. Tampoco he venido porque tú me lo hayas pedido.

La respuesta zanjó cualquier discusión.

—Tenía treinta y siete coma ocho de fiebre.

—¿Desde hace cuánto tiempo?

—Casi veinte minutos.

Beatriz se quitó los zapatos junto a la entrada y se dirigió al salón, donde había más luz. Ese gesto sencillo, demasiado íntimo para alguien que pretendía quedarse solo unos minutos, hizo que mi cuerpo recordara el baile antes de que pudiera evitarlo.

Ella extendió los brazos.

—¿Puedo examinarla?

Le entregué a Helena, controlando la reacción que me invadió al verla de nuevo en los brazos de Beatriz. La imagen de la consulta médica, la mano de mi hija agarrada a su bata y todo lo que aquella escena había despertado en mí regresaron con una intensidad incómoda.

Beatriz acomodó a la bebé en el sofá, le quitó parte de la ropa y comenzó la exploración con movimientos seguros. Le tocó la frente, le examinó la boca, observó la piel y siguió su respiración durante unos segundos. A continuación, volvió a tomarle la temperatura.

—Treinta y siete coma cuatro. —Levantó el termómetro para que lo viera, aunque sabía que yo le creería. —Probablemente tenía demasiado calor y estaba cansada. En la sala había mucha gente, luz, música y movimiento.

—Ha rechazado parte del biberón.

—Los bebés no siguen tablas de rendimiento. —Beatriz volvió a ponerle el pelele a Helena y abrochó los pequeños botones con más facilidad de la que yo había tenido aquella mañana—. Puedes ofrecérselo de nuevo cuando se calme, pero no hace falta que insistas.

Helena le agarró el dedo mientras Beatriz terminaba de arreglarle la ropa.

La escena me provocó un lento opresión en el pecho.

—¿Está bien? —pregunté, aunque todas las señales ya me daban la respuesta.

—Sí. —Beatriz cogió a la bebé y la puso en mis brazos, manteniendo una de sus manos bajo la cabecita de la niña hasta asegurarse de que la sostenía correctamente. —Vigílala durante la noche y acude al médico si la temperatura alcanza los treinta y ocho grados, si se queda postrada, rechaza todas las tomas o presenta alteraciones en la respiración.

—Gracias por venir.

—Estaba cerca.

—Aun así, no hacía falta.

Beatriz recogió el bolso de la mesa y se quedó de pie. La distancia entre nosotros no era grande, pero parecía cargada de todo lo que había sucedido durante la gala. Mi cuerpo aún recordaba su cintura bajo mi mano, el perfume cerca de mi cara y el instante en que admití que la deseaba sin intentar convertir eso en una decisión.

Helena dejó escapar un pequeño sonido y, por fin, se relajó contra mi pecho.

—Voy a acostarla en la cuna —expliqué, intentando desviar la atención de Beatriz.

Ella asintió y se quedó en el salón.

Llevé a mi hija al dormitorio, la observé durante unos minutos y solo me alejé cuando tuve la certeza de que dormía plácidamente. Al volver, encontré a Beatriz junto a la ventana, contemplando las luces de la ciudad. El vestido se ceñía a su cuerpo de una forma que, en la gala, solo había podido observar desde lejos. Allí, dentro de mi piso, la cercanía hacía que cualquier intento de ignorar el deseo resultara casi inútil.

—Deberías irte —dijo sin volverse, aunque permanecía inmóvil.

—Probablemente.

Beatriz exhaló lentamente antes de mirarme.

—¿No vas a intentar detenerme?

—No.

La respuesta pareció irritarla.

—¿Ni siquiera vas a preguntarme por qué he venido en persona cuando bastaría con que viniera solo Lívia?

—Se me ocurren algunas razones, pero no quiero decidir por ti.

Entrecerró los ojos.

—Esa actitud tan cautelosa está empezando a molestarme.

—¿Por qué?

—Porque antes solías dejar muy claro lo que querías.

—Y sigo haciéndolo.

La tensión cambió de inmediato.

Beatriz apretó el asa del bolso y su respiración se volvió un poco más profunda.

—Mientras bailábamos, dijiste que me deseabas.

—Lo dije.

—¿Y ahora?

—Sigo deseándote.

Mantuve la distancia, aunque cada parte de mi cuerpo quería atravesarla.

—Entonces, ¿por qué no haces nada? —preguntó, y había una provocación casi dolorosa bajo la firmeza de su voz.

—Porque desearte no significa que tenga derecho a tocarte.

Beatriz me miró fijamente durante unos segundos. Después, dejó el bolso sobre la mesa y dio un paso hacia mí.

—¿Y si te lo permito?

Se me encogió el pecho.

—No lo aceptaré hasta que esté segura de que entiendes lo que esto significa para mí.

—No seas arrogante. —Se detuvo frente a mí, lo suficientemente cerca como para que pudiera oler su perfume—. También significa algo para mí.

—Beatriz, Laura murió hace un mes.

—Lo sé.

—Todavía me despierto pensando en la sala de partos.

—Eso también lo sé.

—Y, aun así, te deseo.

La confesión hizo que el silencio se volviera aún más denso.

Beatriz levantó la cara, sin apartar la mirada de la mía.

—Cuando me miras ahora, ¿a quién ves?

La pregunta echó por tierra todo lo que intentaba organizar.

—A ti.

—No quiero una respuesta rápida.

—No ha sido rápida. —Me acerqué lo justo para que nuestros cuerpos casi se tocaran, pero mantuve las manos a los lados del cuerpo. —Veo a la mujer que se enfrentó a mi arrogancia, que se convirtió en una médica mejor de lo que me atreví a reconocer y que siguió siendo ella misma incluso después de lo que hice. Veo a Beatriz, no a Laura, ni a una madre para Helena, ni a una solución para el silencio de este piso.

La emoción se reflejó en sus ojos, acompañada de una fragilidad que Beatriz intentó controlar.

—¿Y si mañana se arrepiente?

—Puedo sentir culpa, miedo y confusión. Ninguna de esas cosas te convertirá en un error.

Ella respiró hondo.

—Dime que no me estás tocando porque echas de menos a tu mujer.

—Echo de menos a Laura todos los días. —Mantuve la voz firme, negándome a suavizar la verdad—. Pero no te quiero porque ella haya muerto. Te quiero a pesar de que todavía estoy aprendiendo a vivir con su muerte.

Beatriz se quedó inmóvil durante un instante que me pareció demasiado largo.

Entonces me agarró de la camisa y me besó.

La fuerza del contacto eliminó cualquier margen para la duda. Pasé una de mis manos por su cintura y la otra por su cabello, atrayéndola hacia mí mientras su boca se abría bajo la mía. El beso cargaba con cinco años de ausencia, resentimiento, añoranza y deseo contenido, lo que hacía difícil distinguir dónde terminaba la ira y dónde comenzaba la entrega.

Beatriz apretó su cuerpo contra el mío, y el calor atravesó la fina tela del vestido. Mis manos reconocieron unas curvas que el tiempo había alterado sin borrar el recuerdo, mientras sus dedos subían por mi pecho y apartaban la corbata, que ya estaba suelta. Interrumpí el beso solo para buscar sus ojos.

—¿Estás segura?

—No me lo preguntes como si esperaras que cambiara de opinión. —Su respiración se había acelerado y sus labios seguían enrojecidos por el contacto—. Estoy aquí porque he elegido estarlo.

—No quiero que pienses que tienes que cuidar de mí.

—No te estoy cuidando.

Beatriz volvió a besarme antes de que pudiera responder, alejándome de la puerta del dormitorio de Helena. El cuidado por mantener el silencio transformó cada movimiento en algo más intenso. Teníamos que contener la respiración, los sonidos y la urgencia, como si esa limitación aumentara la conciencia de cada caricia.

Mis manos se deslizaron por su espalda hasta encontrar el cierre del vestido, pero me detuve antes de abrirlo.

—¿Puedo?

Ella soltó un suspiro que parecía mezclar impaciencia y emoción.

—Adelante.

Aparté la tela lentamente, dejando que se deslizara por sus hombros, mientras observaba su rostro. Beatriz no apartó la mirada. Había vulnerabilidad en permanecer ante mí después de todo, pero también una firmeza que no existía en la mujer que un día había aceptado encuentros a escondidas y horarios determinados por mí.

Le besé el cuello, los hombros y la piel al descubierto, siguiendo cada reacción. Beatriz me agarró del pelo e inclinó la cara, permitiéndome acercarme más mientras su cuerpo se relajaba contra el mío.

—Estás pensando demasiado —murmuró, deslizando las manos hasta los botones de mi camisa.

—Estoy intentando no repetir ningún error.

—Pues escúchame.

Beatriz me quitó la camisa y me tocó el pecho, haciéndome soltar el aire de los pulmones. Sus uñas me arañaron ligeramente la piel, bajando por mi espalda y marcando territorio. Se quitó el

vestido por completo y lo dejó sobre el sillón. La visión de su cuerpo despertó en mí una necesidad casi dolorosa, un hambre abrumadora que tensó mis músculos.

—No quiero delicadeza por culpa —dijo ella, pasando los dedos por mi nuca—. Quiero cuidado porque soy yo.

—Es precisamente por eso.

El siguiente beso fue hambriento, devorador. La llevé hasta la habitación de invitados y cerré la puerta con el pie. Helena podía despertarse en cualquier momento, y esa urgencia contenida hacía que el ambiente fuera denso e inflamable.

Beatriz se sentó en el borde de la cama y yo me coloqué entre sus piernas. Mis manos subieron lentamente por sus muslos desnudos, sintiendo la suavidad de su piel erizada, y la atraje hacia el borde. Le bajé las bragas hasta la punta de los pies.

Su calor irradiaba hacia mí, y el conflicto en mi mente era como una cuerda tensada a punto de romperse. Quería adorarla con calma, redimir mis errores poco a poco, pero la forma en que jadeó cuando mi boca descendió por su cuello, trazando el camino hasta la curva de sus pechos, pulverizó cualquier atisbo de razón.

Mis manos bajaron por su cintura, apretando con firmeza la curva de sus caderas, sujetándola contra mí, mientras nuestras bocas volvían a encontrarse. Su sabor era una adicción antigua y desesperada.

Cuando nos tumbamos, me quedé encima, sosteniendo mi peso para no aplastarla, pero Beatriz me rodeó la cintura con las piernas, eliminando la mínima distancia que aún existía. La presión de su cuerpo contra el mío, suave y exigente a la vez, casi me hizo perder el control.

Le agarré las caderas y me coloqué en su entrada, deslizándome dentro de ella lentamente. El movimiento de unirnos estaba cargado de cinco años de contención. El impacto de la proximidad perfecta, el encaje firme y cálido, me hizo cerrar los ojos

y apretar la mandíbula. La culpa y el miedo a hacerle daño luchaban contra el deseo visceral, pero su intimidad me presionaba, rodeándome por todos lados. Beatriz no me dejó retroceder. Sus manos recorrían mi espalda, clavando los dedos, empujándome más adentro, mientras su cuerpo se arqueaba para recibirme por completo.

Ella marcaba el ritmo. Cuando intentaba ralentizar el movimiento, temeroso de perderme en la intensidad de aquello, sus manos me apretaban los hombros, exigiendo más. Cambié nuestra posición con un movimiento rápido, rodando en la cama hasta que ella quedó encima. La tenue luz dibujaba su silueta mientras se movía contra mí. Mis manos sujetaban sus muslos y subían para apretar la piel caliente de sus caderas, guiándola, sintiendo cada temblor que delataba su respiración acelerada.

No había prisa por borrar los años que nos separaban, sino más bien una urgencia física imposible de acallar. Cada fricción, cada cambio de ángulo, era una confesión silenciosa que ninguno de los dos lograba verbalizar.

Cuando la intensidad alcanzó su límite y finalmente nos entregamos el uno al otro, la explosión de sensaciones vino acompañada de una emoción que amenazó con destrozarme. Hundí el rostro en su cuello. Sus uñas me arañaron los brazos en el culmen del placer mientras intentaba controlar la respiración y el deseo desesperado de prometer cosas que aún no tenía derecho a ofrecer.

Ella hundió la cara en mi hombro durante unos segundos, jadeando. Después, me sujetó la cara entre las manos, obligándome a mirarla a los ojos, devolviéndome a la realidad de la habitación a oscuras y de todo lo que acabábamos de compartir.

—Quédate aquí.

La frase no significaba «para siempre».

Solo significaba ese momento.

Aun así, obedecí.

Me quedé con ella hasta que la tensión disminuyó, hasta que nuestros cuerpos se relajaron y el silencio dejó de parecer amenazador. Beatriz siguió tumbada a mi lado, con el pelo esparcido sobre la almohada y una expresión difícil de interpretar.

No intenté volver a tocarla.

—¿Te arrepientes? —le pregunté, en voz baja.

Ella volvió la cara hacia mí.

—Todavía no sé qué estoy sintiendo.

—No tienes por qué decidirlo ahora.

—Eso no significa que hayamos vuelto.

—Lo sé.

—Tampoco significa que me vaya a quedar.

El dolor que me causó esa frase no me permitía replicar.

—Lo sé.

Beatriz cerró los ojos durante unos segundos.

—Deja de estar de acuerdo con todo.

—No estoy de acuerdo para complacerte. Estoy reconociendo que no puedo decidir por mí solo qué significa esta noche.

Ella abrió los ojos y me miró con una vulnerabilidad que enseguida intentó ocultar.

—Has cambiado algunas cosas.

—Lo estoy intentando.

El llanto de Helena resonó por el pasillo.

Los dos reaccionamos, pero Beatriz se quedó tumbada, mientras yo me levantaba. Me puse los pantalones, cogí la camisa y caminé hasta la puerta.

—Voy a ocuparme de ella —le avisé, sin apartar la mirada de Beatriz—. No hace falta que te levantes.

Su expresión cambió ligeramente.

Quizá esperaba que le pidiera ayuda, que convirtiera la intimidad en un pase automático para desempeñar un papel en la vida de Helena o que utilizara a la niña para prolongar su estancia.

No iba a hacer eso.

Encontré a mi hija despierta e inquieta, pero sin fiebre. La cogí en brazos, le ofrecí el biberón y me quedé en el sillón mientras tomaba. Unos minutos después, Beatriz apareció en la puerta con el vestido puesto, aunque todavía llevaba los zapatos en las manos.

—¿Está bien? —preguntó, sin entrar en la habitación.

—Sí. La temperatura sigue siendo normal y se ha tomado el biberón.

Beatriz asintió.

—Entonces me voy.

Me hubiera gustado pedirle que se quedara.

Pero no lo hice.

—¿Puedo llamarte un taxi?

—He venido con el mío.

Se quedó en la puerta unos segundos, mirando a Helena en mis brazos.

—Buenas noches, Leonardo.

—Buenas noches, Beatriz.

Acompañé con la mirada el sonido de sus pasos por el pasillo y oí cómo se cerraba la puerta del piso. El silencio que se hizo después me pareció diferente a todos los demás. No había alivio, ni certeza, ni la sensación de haber recuperado algo.

Solo estaba mi cuerpo, aún marcado por su presencia, mi hija a salvo en mis brazos y la conciencia de que una noche no compensaba cinco años.

Beatriz me había elegido en ese momento. Mañana, podría elegir la distancia. Tendría que respetar ambas cosas.

Me incliné y besé la frente de Helena, mientras ella terminaba el biberón. El deseo de correr tras Beatriz, explicarle lo que había significado aquella noche o pedirle que se quedara era casi insoportable, pero no convertiría mi ansiedad en otra decisión impuesta.

Aquella noche, ella cruzó la distancia por voluntad propia.

Mi primer gesto de cariño sería permitirle decidir, también por sí misma, si deseaba volver a cruzarla.



Capítulo 15

Me desperté antes de que sonara el despertador, con el cuerpo aún pesado por el cansancio y la incómoda sensación de que algo había cambiado durante la noche, aunque la habitación permaneciera exactamente como la había dejado.

La tenue luz de la mañana atravesaba la cortina y se extendía por la pared, revelando el bolso abandonado junto al sillón, los zapatos de gala cerca de la puerta y el vestido azul oscuro doblado sin cuidado sobre una silla. Solía guardar cada prenda nada más llegar a casa, no por disciplina, sino porque necesitaba sentir que todas las partes de mi vida permanecían organizadas. Aquella madrugada, sin embargo, entré en el piso con las piernas aún temblorosas, me quité la ropa sin encender todas las luces y me acosté antes de tener tiempo de comprender lo que había hecho.

El olor de Leonardo parecía haber vuelto conmigo. Se había quedado impregnado en mi pelo, en mi piel y en el recuerdo de sus

manos, lo que hacía imposible fingir que la noche se había limitado a una decisión impulsiva tomada bajo los efectos de la fiesta. Recordaba el baile, su contención, la forma en que me observó sin cruzar el espacio que yo no le ofrecí y el momento en que, ya en el piso, respondió a la pregunta que yo necesitaba hacer.

Leonardo me vio.

No, Laura, no una mujer capaz de asumir el papel de Helena y mucho menos una solución para el vacío que había dejado su esposa. Dijo mi nombre sin pronunciarlo, describiendo a la médica en la que me había convertido, a la mujer que había sobrevivido al abandono y a la persona que aún era capaz de enfrentarse a él, incluso cuando todo mi ser deseaba hacer exactamente lo contrario.

Le creí durante unas horas.

Esa constatación debería asustarme más que el sexo.

Me senté en la cama y me cubrí con la sábana, sintiendo un dolor leve en los músculos y una sensibilidad que me trajo de vuelta detalles que no necesitaba recordar tan pronto. La intensidad del reencuentro no se había parecido en nada a las noches a escondidas en la residencia. En aquella época, siempre tenía la impresión de que Leonardo lo dirigía todo, incluso cuando me preguntaba qué deseaba yo. Él fijaba los horarios, los lugares y el momento en que debíamos marcharnos, como si la relación tuviera que permanecer encorsetada dentro de una estructura creada exclusivamente por él.

La noche anterior fue diferente.

Se detuvo a escucharme, me preguntó antes de tocarme y me permitió llevar las riendas sin convertir mi cuidado en culpa. También se levantó cuando Helena lloró sin esperar a que yo lo acompañara, como si comprendiera que acostarme con él no me hacía responsable de su hija.

El cambio lo hacía todo más peligroso.

Si Leonardo siguiera siendo el hombre que me había hecho daño, podría reducir aquella noche a un momento de debilidad, sentir vergüenza durante unos días y volver a establecer la distancia. El problema era que empezaba a comportarse como alguien que había aprendido a respetar los límites, a reconocer los errores y a afrontar las consecuencias sin intentar controlarlas.

Mi teléfono estaba sobre la mesita de noche.

No había mensajes.

Esa ausencia debería haberme proporcionado alivio. Había dejado claro que aquella noche no significaba una reconciliación, y Leonardo prometió no decidir por su cuenta el significado de aquel encuentro. Aun así, sentí una ligera opresión en el pecho al darme cuenta de que había respetado la distancia con tanta precisión.

Cogí el móvil y abrí nuestra conversación, aunque no había nada nuevo aparte del mensaje de que Helena estaba bien tras pasar la noche conmigo en neurología.

Durante unos minutos, me planteé preguntarle cómo había pasado la pequeña el resto de la noche. Sería una preocupación legítima; al fin y al cabo, fui al piso porque me pareció que tenía fiebre. También podría decirle que había llegado bien o darle las gracias por no haber intentado impedir que saliera.

Todas las frases parecían conllevar una intimidad que aún no sabía si deseaba mantener.

Volví a dejar el teléfono sobre la mesa y me fui a duchar.

El agua caliente me corría por los hombros, pero no conseguía alejar el recuerdo del cuerpo de Leonardo contra el mío. Cerré los ojos por un instante y recordé cómo había interrumpido el beso para preguntarme si estaba segura. En aquel momento, su prudencia me irritó porque parecía una barrera entre nosotros, pero comprendí que había sido una forma de devolverme una decisión que, en el pasado, él siempre había tomado por mí.

Me quedé bajo el agua hasta que la piel se me enrojeció y el baño se llenó de vapor. Cuando salí, evité mirarme demasiado tiempo en el espejo. No había ninguna marca visible que delatara lo que había pasado, pero me sentía diferente, como si toda la gente del hospital pudiera darse cuenta de que mis defensas habían cedido durante unas horas.

Elegí unos pantalones oscuros, una camisa clara y la bata más cerrada que encontré. Me recogí el pelo en un moño apretado, me maquillé discretamente para ocultar el cansancio y me tomé un café sin saborearlo.

Mi teléfono permaneció en silencio durante todo el trayecto.

Llegué al São Gabriel poco antes de las ocho y me encontré con que el servicio de pediatría estaba inmerso en su rutina habitual. Un niño lloraba dentro de una sala de análisis, dos madres discutían frente al mostrador sobre el orden de atención y Lívia cruzaba el pasillo cargando con tantas historias clínicas que apenas podía ver por dónde iba. El olor a café se mezclaba con el del desinfectante, mientras que los sonidos de los monitores y las conversaciones ofrecían una normalidad que necesitaba recuperar desesperadamente.

—Menos mal que has llegado. —Lívia dejó parte de las historias clínicas sobre el mostrador y se pasó una mano por el pelo —. Elisa ha vuelto a tener fiebre esta madrugada, aunque los pruebas cardíacos siguen estables. Aline ya la ha examinado y ha pedido que se repitan los marcadores.

La información alejó a Leonardo de mis pensamientos durante unos minutos.

—¿Cómo ha reaccionado a la inmunoglobulina?

—La fiebre remitió al principio, pero volvió hacia las cinco. Está más animada y ha tomado un poco de líquido.

—Voy a examinarla antes de la reunión.

Cogí las historias clínicas y seguí por el pasillo, intentando centrar mi atención en cifras, resultados y signos clínicos. La rutina siempre había sido mi refugio más eficaz, porque exigía una presencia absoluta. Una niña enferma no podía esperar mientras yo ponía en orden mis sentimientos.

Elisa estaba sentada en la cama cuando entré, viendo unos dibujos animados en la tableta de su madre. El enrojecimiento de los ojos había disminuido y los labios parecían menos secos. El padre se levantó de inmediato, mientras la madre apartaba la manta para permitir el reconocimiento.

—Le ha vuelto la fiebre, doctora, pero parece que está mejor —explicó la mujer, siguiendo cada uno de mis movimientos.

—Eso puede ocurrir en las primeras horas tras la medicación. —Me acerqué a la niña y le toqué la mano—. ¿Cómo tienes la barriga hoy?

—Casi no le duele.

—¿Y los pies?

Elisa movió los tobillos sobre la cama.

—También han mejorado.

La examiné con cuidado, confirmé la mejora de los signos inflamatorios y expliqué a los padres que aún tendríamos que observar la evolución antes de considerar que la respuesta era completa. Cuando salí de la habitación, me sentía un poco más tranquila.

Esa sensación duró hasta que me encontré con Thiago en la sala de médicos.

Estaba sentado en el borde de la mesa, con una corbata roja cubierta de pequeños corazones anatómicos, mientras tomaba café y charlaba con Aline. En cuanto me vio, sus ojos recorrieron mi rostro, mi ropa excesivamente formal y la forma en que sostenía las historias clínicas.

Aline terminó de comentar los resultados de las pruebas de Elisa, me entregó la tableta y salió para atender a otro paciente. Thiago esperó a que se cerrara la puerta antes de dejar la taza sobre la mesa.

—Te acostaste con él. —No había tono de pregunta en su voz.

—Buenos días a ti también. —Dejé las historias clínicas sobre la mesa y empecé a ordenar unos documentos que ya estaban en orden.

—Conozco tu expresión después de noches malas, turnos largos y decisiones cuestionables. Esa es una combinación específica de las tres cosas.

—No quiero hablar.

Thiago se levantó y se acercó sin el tono exagerado que solía emplear para abordar temas delicados.

—¿Te arrepientes?

La pregunta hizo que mis manos se detuvieran sobre los papeles.

—No lo sé.

—Eso no es lo mismo que un «sí».

—Tampoco es una respuesta tranquilizadora. —Me alejé de la mesa y caminé hasta la ventana, observando el ajetreo del patio interior para evitar su mirada—. Fui al piso porque Helena tenía fiebre, aunque estaba bien cuando llegué. Después nos quedamos solos, hablamos y sucedió.

—«Pasó» suele ser una palabra conveniente cuando no queremos admitir que tomamos una decisión.

Me volví hacia él.

—Yo lo elegí. No estoy fingiendo lo contrario.

Thiago asintió lentamente.

—Entonces, ¿qué es lo que te asusta?

La respuesta era tan obvia que casi me irritó.

—Todo. —Crucé los brazos sobre el pecho, con la tensión de nuevo instalada en los hombros—. Laura murió hace un mes. Leonardo todavía está de luto, tiene una hija recién nacida y no sabe muy bien qué siente. Yo aún no le he perdonado y no confío en que el cambio sea permanente.

—Y, aun así, lo deseaste.

—El deseo no es argumento suficiente para reconstruir una relación.

—Estoy de acuerdo.

La facilidad de la respuesta me hizo entrecerrar los ojos.

—¿No me dirás que debería seguir mi corazón o algo igualmente irresponsable?

—No soy un personaje secundario sin sentido crítico. —Thiago acercó una silla y se sentó frente a mí, apoyando los brazos en el respaldo. —El sexo no significa reconciliación, perdón ni promesa. Tampoco hay que tratarlo como una catástrofe solo porque los sentimientos sean complicados.

—¿Y si lo he malinterpretado todo?

—¿Qué hizo Leonardo después?

Recordé cómo se levantó de la cama cuando Helena lloró, diciéndome que no hacía falta que lo acompañara y permitiéndome marcharme sin utilizar el silencio del piso para retenerme.

—Cuidó de su hija.

—¿Te pidió que te quedaras?

—No.

—¿Intentó aclarar lo que había pasado?

—No.

—Entonces, al menos durante la noche, respetó lo que le dijiste.

—Eso no garantiza nada.

—No garantiza nada. —Thiago mantuvo la voz serena, evitando que la conversación se convirtiera en una defensa de Leonardo—. Pero tampoco hay que ignorarlo solo porque tengas miedo de que el cambio sea real.

Esa frase dio justo en el clavo de lo que yo estaba evitando.

—Sería más fácil si él siguiera siendo el mismo.

—Lo sé. Los hombres que no cambian permiten que nuestra ira se mantenga bajo control.

Exhalé un largo suspiro y me senté en la silla de enfrente.

—Dijo que me deseaba sin intentar convertirlo en un derecho. Dijo que echaba de menos a Laura, pero que no me quería porque ella había muerto. —Pasé los dedos por el borde de la tableta, evitando mirar directamente a Thiago. —Yo le creí.

—¿Es eso lo que más te molesta?

—Sí.

Thiago se quedó en silencio unos segundos.

—No tienes por qué decidir hoy mismo si te lo crees todo. Solo tienes que no mentirte a ti misma sobre lo que has sentido.

—Sentí ganas de quedarme.

La confesión salió en voz baja.

—Pero te fuiste.

—Porque Helena lloró, y de repente me encontré en su piso, después de acostarme con un hombre viudo, mientras él daba de comer a la hija que había tenido con otra mujer. —Apreté los dedos

contra la frente; empezaba a dolerme la cabeza—. Parecía que cualquier minuto más podría convertir aquello en una escena familiar que no era la mía.

—¿Te pidió ayuda con Helena?

—No. Insistió en decir que no tenía que levantarme.

—Eso parece importante.

—Es importante. —Esa afirmación me dolió más que cualquier crítica—. El Leonardo de antes habría encontrado la manera de hacerme quedarme, aunque fuera utilizando la preocupación por la niña. Él no lo hizo.

Thiago extendió la mano sobre la mesa y me tocó los dedos.

—Pues bien, fíjate en lo que va a pasar ahora.

—No quiero que todo el mundo se entere.

—Yo no se lo diré a nadie, aunque es probable que Isabela se dé cuenta antes de la comida.

—Ella no puede enterarse.

—Beatriz, Isabela se dio cuenta de que estabas emocionalmente involucrada antes incluso de que tú misma te dieras cuenta. Ocultar que hemos tenido relaciones sexuales será un reto aún mayor.

A pesar de la incomodidad, una breve sonrisa se dibujó en mis labios.

—Eres insoportable.

—Es una cualidad esencial para los mejores amigos.

La puerta de la sala se abrió y Lívia entró para informarme de que Aline había solicitado mi presencia en la planta de hospitalización. Me levanté rápidamente, agradecida por la interrupción.

Pasé el resto de la mañana entre pacientes, pruebas y una reunión sobre la nueva ala pediátrica. Conseguí evitar el departamento de neurología y no vi a Leonardo en los pasillos, aunque mi atención se ponía en alerta ante cada voz masculina más grave y ante cualquier movimiento cerca de los ascensores.

Poco después del mediodía, mi teléfono vibró.

Su nombre apareció en la pantalla.

Se me hizo un nudo en el estómago antes incluso de abrir el mensaje.

Leonardo:

Helena ha pasado bien la noche y ya no tiene fiebre. No voy a sacar conclusiones sobre lo de ayer. Solo quería darte las gracias por haber ido hasta allí y decirte que respeto el tiempo que necesites.

Leí el mensaje dos veces.

No había ninguna declaración, invitación ni petición para hablar. No me preguntaba si me arrepentía ni utilizaba a Helena como excusa para prolongar el contacto. Solo me ofrecía la información necesaria y reconocía el espacio que yo intentaba proteger.

Thiago apareció a mi lado, mientras yo seguía mirando la pantalla.

—¿Es él?

Bloqueé el móvil.

—Tienes que aprender a respetar la privacidad.

—Por tu cara, no ha hecho nada terrible.

—Dijo que Helena está bien y que no va a sacar conclusiones sobre lo de ayer.

Thiago asintió.

—Una respuesta razonable.

—Esto se está volviendo irritante.

—¿El hecho de que esté actuando correctamente?

—Exactamente.

Mi amigo sonrió y se alejó para atender una llamada, dejándome sola frente a la enfermería.

Volví a abrir el chat y empecé a escribir.

Tampoco sé qué significa «ayer».

Me detuve antes de enviarlo. La frase era cierta, pero parecía iniciar una conversación que no estaba preparada para mantener.

La borré y escribí otra.

Beatriz:

Me alegro de que Helena esté bien. Yo también necesito tiempo para entender lo que ha pasado.

Esta vez, lo envié.

La respuesta llegó unos minutos después.

Leonardo:

Lo entiendo. No voy a presionarte.

Guardé el móvil en el bolsillo de la bata y volví a las historias clínicas, intentando recuperar el ritmo del día. Todavía sentía miedo, culpa y una incómoda cantidad de deseo atrapada en mi cuerpo. Nada entre nosotros estaba resuelto, y una noche no borraba el pasado ni hacía que el futuro fuera seguro.

Sin embargo, por primera vez, Leonardo no intentaba ocupar el espacio entre una decisión y su consecuencia.

Me permitía pensar, dar marcha atrás o quedarme sin decidir por mí misma.

Quizá el verdadero peligro no fuera la noche que pasamos juntos. Pero me di cuenta de que el hombre al que había deseado durante tantos años empezaba, por fin, a convertirse en alguien en quien podría elegir confiar.



Capítulo 16

El mensaje de Beatriz permaneció en la pantalla del móvil durante buena parte de la mañana, no porque hubiera ninguna ambigüedad en las palabras, sino porque necesitaba evitar que la ansiedad convirtiera una petición de tiempo en un rechazo definitivo o en una oportunidad que ella no había ofrecido.

Yo también necesito tiempo para entender lo que ha pasado.

Le respondí que lo entendía y que no la presionaría. Después de eso, me obligué a no volver a escribirle, aunque me pasé toda la noche recordando cada detalle del encuentro e intentando averiguar si había hecho algo que pudiera haberla herido. La forma en que Beatriz me había besado no dejaba lugar a dudas de que el deseo había sido mutuo, pero eso no borraba el pasado, ni resolvía el duelo y mucho menos generaba la confianza suficiente para una reconciliación.

Ella necesitaba espacio.

Yo necesitaba aprender a no llenar cada silencio con decisiones.

Helena dormía en la cuna junto a la mesa, mientras yo preparaba el café y repasaba mentalmente los compromisos del día. La niñera llegaría en unos minutos, Miguel había adelantado nuestra consulta a última hora de la tarde y Hannah aún no me había dado luz verde para cirugías largas. Participaría en evaluaciones, acompañaría a los residentes y revisaría procedimientos sin asumir casos que exigieran pasar horas en el quirófano.

En otras circunstancias, habría considerado esa limitación una humillación.

Ahora empezaba a ver en ella una oportunidad, por muy desagradable que fuera, de observar el servicio que había construido en torno a mi propia autoridad.

Cogí a Helena cuando se movió y le arreglé la manta sobre el cuerpo, sintiendo el calor de su cabecita contra mi brazo. La temperatura se mantuvo normal durante toda la noche, la toma fue adecuada y no había ningún indicio que justificara la preocupación. Aun así, una parte de mí seguía esperando que pasara algo cuando bajara la guardia.

—Tu médica ha dicho que todo va bien. —Le acaricié la mano con el pulgar, observando cómo sus dedos se cerraban alrededor del mío—. También dejó claro que necesita pensar, lo que significa que tu padre no hará nada impulsivo durante al menos unas horas.

Helena abrió la boca en un movimiento que podría deberse al sueño o al hambre.

—No hace falta que te cuente los detalles.

Sonó el timbre, anunciando la llegada de la niñera antes de que pudiera seguir hablando con una niña incapaz de entender ni

una sola palabra. Le di las instrucciones, revisé el bolso y salí de casa sin enviar ningún mensaje a Beatriz.

En el hospital, me encontré con Caio frente al puesto de neurología, revisando recetas junto a una residente de primer año. Hablaba en voz baja, con la mirada fija en el sistema, mientras la joven asentía repetidamente. Cuando se percató de que me acercaba, enderezó la postura y cerró algunas de las ventanas abiertas en el ordenador, como si le hubieran pillado haciendo algo inapropiado.

—Buenos días, doctor —me saludó, alejándose ligeramente de la mesa.

—Buenos días. ¿Cómo está el paciente de la habitación siete?

—Sin nuevos síntomas. La tensión se ha controlado durante la madrugada y el resultado de la prueba de imagen se mantiene estable.

—¿Y el señor Alberto?

Caio consultó la tableta.

—Volvió a presentar dolor a las cinco de la mañana. Le ajusté la medicación y solicité una valoración de Medicina Interna.

La respuesta parecía correcta, pero la forma en que apretaba el dispositivo me llamó la atención.

—¿Qué medicación le recetó?

—Tramadol.

—¿Qué dosis?

Caio mencionó la cantidad y el intervalo, manteniendo la voz firme, aunque evitaba mirarme a los ojos. La dosis estaba dentro de los límites, pero había algo que no cuadraba en la explicación.

—Muéstrame la receta.

Abrió la historia clínica y me entregó la tableta. Repasé la información hasta encontrar el problema. Alberto tenía una insuficiencia renal moderada documentada en el ingreso, y el intervalo elegido podría favorecer la acumulación del medicamento. Además, había recibido otro analgésico de acción central unas horas antes.

—¿Ha revisado la función renal? —pregunté mientras le devolvía el dispositivo.

Caio palideció.

—La revisé ayer.

—Ayer, la creatinina ya estaba alterada.

—Consideré que la dosis aún estaba dentro del límite.

—¿Lo has considerado tú solo?

Se quedó en silencio.

La residente que estaba a su lado apartó la mirada, intentando desaparecer detrás del ordenador.

—Caio, ¿le preguntaste a alguien antes de recetarlo?

—No.

—¿Por qué?

Su mandíbula se tensó.

—Porque debería saberlo.

La respuesta me provocó una irritación inmediata, pero antes de que la convirtiera en una reprimenda, reconocí de dónde procedía esa frase. Durante años, había enseñado a los residentes que la competencia consistía en anticipar respuestas, evitar dudas y acudir a mí solo después de haber barajado todas las posibilidades. Corregía las preguntas mal formuladas como si fueran defectos de carácter y consideraba la vacilación como un signo de falta de preparación.

Caio no pidió ayuda porque creía que admitir una duda lo haría incapaz.

Yo contribuí a forjar esa creencia.

—¿Ya se le ha administrado la medicación? —Mantuve la voz controlada, aunque sentía cómo la tensión se apoderaba de mis hombros.

—Una dosis, hace cuarenta minutos.

—Avisad a enfermería para que suspenda las siguientes dosis, solicitad monitorización y repetid la función renal. También quiero que Medicina Interna valore al paciente ahora mismo.

Caio se puso en marcha de inmediato, pero lo detuve antes de que se alejara.

—Después, vuelve a la sala de médicos.

Asintió sin mirarme.

La joven residente se quedó junto al ordenador.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté, al darme cuenta de que no conseguía recordarlo, a pesar de que llevaba casi dos semanas en el servicio.

—Mariana Lopes.

—¿Has revisado la receta con él?

El miedo se reflejó en su expresión.

—La vi cuando el doctor Caio la introdujo en el sistema, pero no revisé toda la historia clínica.

—¿Notaste alguna duda?

Mariana dudó.

—Preguntó cuál era el último resultado de creatinina.

—¿Y le respondiste?

—Sí.

—¿Por qué no le preguntaste cuál era el rango de referencia?

Se juntó las manos delante del cuerpo.

—No sabía si podía hacerlo.

La respuesta me impactó más que el error.

—Podías. —Mantuve un tono firme, pero eliminé cualquier agresividad que pudiera convertirla en otra persona incapaz de hablar—. Ante una prescripción que te parezca inadecuada, debes cuestionarla a cualquier médico, incluso a mí.

Mariana asintió, aunque seguía sin parecer nada convencida.

Me dirigí a la habitación de Alberto y asistí a la evaluación. El paciente estaba somnoliento, pero receptivo, sin alteraciones respiratorias ni inestabilidad. El equipo clínico ajustó el tratamiento y se solicitaron las pruebas de inmediato. Probablemente, el error no provocaría una complicación grave, pero la ausencia de daño no restaba importancia al problema.

Cuando volví a la sala de médicos, Caio ya me esperaba sentado frente a la mesa. Tenía las manos juntas entre las rodillas y la postura rígida de alguien preparado para escuchar una sentencia.

Cerré la puerta y permanecí unos segundos en silencio, tratando de distinguir entre responsabilidad y humillación.

—Explícame todo tu razonamiento —le pedí mientras me sentaba frente a él.

Caio describió el dolor del paciente, la medicación previa y la decisión de recetar tramadol. Reconoció que había pensado en la insuficiencia renal, pero que había creído que ajustar la dosis sería suficiente, sin tener debidamente en cuenta ni el intervalo ni la combinación con el otro analgésico.

—¿Tuviste alguna duda en algún momento? —le pregunté cuando terminó.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no preguntó?

Caio apartó la mirada.

—Porque cada vez que acudo a usted sin una respuesta preparada, parece que estoy demostrando que no debería estar aquí.

Su sinceridad me dolió más que cualquier intento de defenderse.

—¿He dicho yo eso?

—No con esas palabras.

—Pero lo has hecho parecer cierto.

Tardó unos segundos en asentir.

Me pasé la mano por la cara, sintiendo una vergüenza diferente a la relacionada con Beatriz. No era el peso de una decisión antigua que por fin reconocía, sino la constatación de que mi forma de liderar seguía teniendo consecuencias cada día.

—El error fue tuyo —afirmé, sin apartar la mirada de él—. Prescribiste sin revisar todas las variables y no pediste ayuda a pesar de tus dudas. Esto debe documentarse y discutirse.

Caio tragó saliva.

—Lo entiendo.

—Pero la responsabilidad por el ambiente en el que te pareció más seguro equivocarte solo que preguntar también es mía.

Levantó la vista, claramente sorprendido.

—Doctor, no estoy intentando echarle la culpa a usted.

—No hace falta. Asumo la parte que me corresponde.

La expresión de Caio cambió, aunque aún no sabía cómo reaccionar.

—Quiero que prepares un análisis del caso para la reunión del departamento —continué, mientras abría la historia clínica en el ordenador—. No para que se haga público, sino para que todos comprendan el error y la forma correcta de evitarlo. Yo también hablaré sobre la forma en que gestionamos las dudas dentro del equipo.

—¿Eso no me va a apartar del programa?

—Un error reconocido y corregido no define toda tu formación. Ocultarlo, repetirlo o negarte a asumir la responsabilidad sería otra cosa.

Caio respiró hondo y parte de la tensión abandonó sus hombros.

—¿Habría dicho usted eso hace unos meses?

La pregunta no tenía nada de provocadora. Solo había curiosidad.

—Probablemente no.

—¿Qué ha cambiado?

Pensé en Helena, en Miguel y en cómo Beatriz me había obligado a afrontar las consecuencias de unas decisiones que yo siempre había calificado de «protección».

—He descubierto que controlar a todas las personas que te rodean no evita que se cometan errores. Solo hace que se oculten los problemas hasta que sea demasiado tarde.

Caio asintió.

—Voy a preparar la presentación.

—Y, la próxima vez que tengas alguna duda, pregunta antes de dar una receta.

—¿Aunque parezca una pregunta básica?

—Sobre todo en ese caso. Las preguntas básicas suelen evitar errores sofisticados.

Se levantó, pero se quedó junto a la puerta.

—Doctor, ¿se recuperará Alberto?

—De momento, no hay signos de complicaciones. Lo mantendremos en observación.

Caio asintió de nuevo y se marchó.

La reunión con Hannah tuvo lugar poco después de la comida. La acompañaban Marcos y Patrícia Gomes, responsable de enfermería del bloque quirúrgico, aunque el caso se hubiera producido durante la hospitalización. La presencia de Patrícia indicaba que la directora pretendía discutir algo más importante que una prescripción aislada.

—Alberto se encuentra estable —informó Hannah mientras cerraba el informe que había sobre la mesa—. La función renal no ha empeorado y la somnolencia ha disminuido. Aun así, dejaremos constancia del suceso y revisaremos el protocolo.

—Estoy de acuerdo.

Se quitó las gafas y me miró.

—Caio afirmó que no pidió ayuda porque temía tu reacción.

—Tiene razón.

Marcos apoyó los brazos sobre la mesa.

—Eso no le exime de la culpa.

—No he dicho que lo exima. —Mantuve la postura erguida, resistiendo el impulso de convertir la conversación en una defensa—. Caio tendrá que asumir la responsabilidad por la prescripción, pero yo también debo responder por el ambiente que he creado en el departamento.

Hannah ladeó ligeramente la cabeza.

—¿Qué piensas hacer?

—Implantar una revisión de las prescripciones de alto riesgo durante los próximos meses, crear una reunión semanal para debatir las dudas y dejar claro que cualquier miembro del equipo puede interrumpir una conducta insegura, independientemente de la jerarquía.

Patrícia cruzó los brazos.

—Eso tendrá que valer también en el quirófano.

—Así será.

—¿Incluso cuando alguien te cuestione?

La pregunta exigía algo más que una respuesta formal.

—Incluso cuando me lo cuestionen a mí.

Hannah se quedó en silencio unos segundos.

—¿Reconoces que tu forma de liderar ha contribuido al problema?

—Lo reconozco.

Marcos intercambió una breve mirada con ella.

—Pues inclúyelo en el informe.

Esa exigencia me oprimió el pecho. Dejarlo por escrito significaba convertir esa admisión en un documento, someterla a la evaluación de la dirección y dejar una huella formal sobre mi conducta.

En otras circunstancias, habría argumentado que un liderazgo rígido no constituía un error institucional, habría destacado la responsabilidad individual de Caio y habría protegido mi reputación.

—Lo pondré —respondí, sorprendiéndome incluso a mí mismo por la falta de resistencia.

Cuando terminó la reunión, me encontré con Beatriz en el pasillo, cerca de los ascensores. Llevaba una caja con pequeños juguetes destinados a pediatría e intentaba mantener el equilibrio mientras pulsaba el botón.

—¿Puedo ayudarte? —le pregunté, deteniéndome a una distancia que le permitiera negarse.

—Puedes sujetar la puerta cuando se abra. La caja no pesa mucho.

Asentí y me quedé a su lado, sintiendo de inmediato la presencia de la noche entre nosotros. Beatriz mantenía la mirada fija en el panel del ascensor, pero la tensión en su postura revelaba que ella también percibía mi presencia de una forma diferente.

—He recibido tu mensaje —dijo al cabo de unos segundos.

—No hace falta que respondas más de lo que ya has respondido.

Apretó la caja con más fuerza contra su cuerpo.

—No considero que lo que pasó fuera un error.

Mi corazón se aceleró, pero mantuve la voz firme.

—Yo tampoco.

Beatriz por fin me miró a los ojos.

—Eso no significa que esté preparada para volver a hacerlo.

—Lo sé.

—Ni que hayamos vuelto.

—Eso también lo sé.

La irritación se reflejó discretamente en sus ojos.

—¿Ahora estás de acuerdo con todo?

—No. —La puerta del ascensor se abrió y la mantuve abierta mientras Beatriz entraba. —No estoy de acuerdo con la idea de que

esa noche pueda considerarse algo insignificante, porque para mí significó mucho. Simplemente no creo que mis sentimientos me den derecho a decidir lo que va a pasar después.

Ella se quedó dentro del ascensor, mientras yo sujetaba la puerta.

—¿Y qué significó para ti?

La pregunta me trajo de vuelta a la memoria su cuerpo contra el mío, la forma en que había exigido que la mirara y el instante en que me había pedido que me quedara allí.

—Significó que todavía hay deseo entre nosotros y que, durante unas horas, confiaste en mí lo suficiente como para acercarte. No voy a convertir esto en una promesa, pero tampoco voy a fingir que solo fue sexo.

La expresión de Beatriz se suavizó, aunque la cautela permaneció.

—No sé qué puedo ofrecerte ahora.

—No te estoy pidiendo que ofrezcas nada.

—¿Y si decido que no quiero seguir adelante?

La posibilidad me dolió, pero no me permití desviar la mirada.

—Lo respetaré.

—¿Sin utilizar a Helena, al hospital o al pasado para convencerme?

—Sin usar nada.

Beatriz me miró a los ojos durante unos segundos antes de asentir.

—De acuerdo.

Solté la puerta, pero ella impidió que se cerrara con la mano.

—¿Ha pasado algo en neurología? Pareces tenso.

Podría haberle respondido que no era asunto suyo u ofrecerle una explicación superficial. En lugar de eso, le conté lo del error de Caio, el estado de Alberto y la conversación con Hannah.

—¿Has admitido en el informe que tu forma de liderar ha contribuido a ello? —preguntó cuando terminé.

—Lo asumo.

Beatriz respiró hondo, y algo parecido al orgullo se reflejó en sus ojos antes de que lo ocultara.

—Eso importa.

—No corrige el error.

—No, pero puede evitar que se repita. —Apoyó la caja contra la pared del ascensor y mantuvo la mano sobre la puerta—. Los residentes no aprenden cuando se pasan todo el tiempo intentando adivinar si van a ser humillados.

—Ahora lo sé.

—Pues no lo vuelvas a olvidar.

—No pienso hacerlo.

Beatriz retiró la mano, dejando que las puertas comenzaran a cerrarse.

—Leonardo.

—¿Sí?

—Gracias por no decir que esta noche ha sido un error.

El ascensor se cerró antes de que pudiera responder.

Me quedé en el pasillo con un nudo en el pecho, abrumado por la importancia de aquellas palabras y la responsabilidad que llevaba cargando desde la mañana. Beatriz no había prometido un nuevo acercamiento, pero había dejado claro que el encuentro no era algo de lo que quisiera deshacerse. Tendría que soportar la incertidumbre sin presionarla.

También tendría que convertir la confesión que había hecho ante Hannah en un cambio que perdurara una vez que el malestar hubiera pasado.

A última hora de la tarde, reuní al equipo de neurología. Caio presentó el caso de Alberto, explicó el error y describió las medidas correctivas. Cuando terminó, asumió su propia responsabilidad sin intentar escudarse tras el cansancio o la presión.

Después, ocupé su lugar ante el equipo.

—La prescripción inadecuada la realizó Caio, pero ocurrió en un ámbito en el que muchos de vosotros habéis aprendido a considerar las dudas como una debilidad. —Recorrí con la mirada los rostros alrededor de la mesa, encontrando residentes, enfermeros y médicos que rara vez me contradecían—. Yo he contribuido a ello. A partir de hoy, cualquiera podrá interrumpir una conducta que considere insegura y solicitar una revisión sin temor a represalias.

Mariana levantó la mano con vacilación.

—¿Incluso durante una intervención quirúrgica?

—Incluso durante una intervención quirúrgica.

—¿Y si nos equivocamos?

—Entonces discutiremos el razonamiento y continuaremos con el procedimiento. El error de preguntar es menor que el de permanecer en silencio ante un riesgo.

El equipo se quedó en silencio, quizá tratando de averiguar si esa norma se mantendría en el primer momento en que alguien realmente me desafiara.

Yo también tendría que averiguarlo.

Cuando salí del hospital, había un mensaje de la niñera en el que me decía que Helena había tomado el biberón y dormía plácidamente. No había noticias nuevas de Beatriz, y resistí el impulso de buscar una continuación a la conversación del ascensor.

Aquella noche no fue un error.

Tampoco era una promesa.

Quizá la madurez consistiera precisamente en permanecer entre esas dos certezas sin intentar forzar una tercera.

Volví a casa pensando en Caio, en Beatriz y en todas las personas que habían aprendido a ocultar sus dudas o sentimientos para evitar mi reacción. Durante años, interpreté el silencio como respeto y la obediencia como confianza.

En ese momento, empecé a comprender que la verdadera confianza era aquello que permitía a alguien discrepar, dudar y, aun así, quedarse.

Deseaba construir eso con mi equipo. También con Beatriz, si algún día decidía intentarlo.

Ninguna de las dos cosas sucedería mediante una declaración o una única decisión acertada. Exigirían repetición, paciencia y la disposición a enfrentarse a las contradicciones sin convertir la incomodidad en control.

Era menos grandioso que salvar una vida en un quirófano.

También parecía mucho más difícil.



Capítulo 17

Durante las dos semanas siguientes, Leonardo y yo nos encontramos en una situación difícil de definir.

No éramos una pareja, porque ninguno de los dos había pronunciado ninguna palabra que convirtiera lo que había ocurrido aquella noche en un compromiso. Tampoco podíamos seguir fingiendo que seguíamos siendo solo compañeros, sobre todo después de que empezáramos a buscar pequeñas excusas para quedarnos juntos fuera del hospital. A veces, él me esperaba al terminar el turno con dos cafés y me preguntaba si quería cenar antes de volver a casa. En otras ocasiones, le enviaba un mensaje sobre Elisa, Davi o algún caso que se cruzara en nuestras especialidades y me daba cuenta, demasiado tarde, de que la conversación había continuado mucho más allá de cualquier necesidad profesional.

Había cuidado en todo, quizá incluso demasiado.

Leonardo no aparecía sin avisar, no utilizaba a Helena para organizar encuentros y nunca consideraba una respuesta mía como una obligación. Cuando salíamos, me preguntaba adónde quería ir, aceptaba cambios de planes y no convertía cada silencio en un intento de definir el futuro. Esa contención, que en la gala había parecido una provocación, empezaba a convertirse en un lenguaje entre nosotros.

Aún no sabía si confiaba en ella.

Aquella noche, salí de pediatría poco después de las ocho, con los hombros doloridos y la sensación de que el olor a desinfectante se me había impregnado hasta en el pelo. El pasillo estaba más silencioso, aunque las luces blancas seguían siendo intensas y los sonidos de los monitores atravesaban las puertas cerradas. Tras mantener una conversación difícil con los padres de un niño que necesitaría una operación de corazón y solo quería volver a casa, deseaba quitarme la bata y pasar unas horas sin tener que tomar decisiones sobre la vida de nadie.

Leonardo me esperaba junto al ascensor.

El neurocirujano llevaba una camisa oscura bajo la bata abierta y sostenía el portabebés de Helena en una de las manos, mientras que con la otra sujetaba un pequeño bolso contra el cuerpo. La niña dormía cubierta por una manta clara, con la boca ligeramente abierta y una de las manos cerca de la cara.

—Has traído a Helena —comenté mientras me acercaba, sintiendo una mezcla involuntaria de ternura y cautela.

—La niñera ha tenido una emergencia familiar. Mi madre aún no ha vuelto de su viaje y Teresa no ha podido venir hoy —Leonardo se ajustó la correa del bolso en el hombro, manteniendo un tono objetivo—. Tenía pensado llevarla a casa, pero te dije que cenaría contigo.

—No habíamos quedado exactamente para cenar.

—Dijiste que terminarías a las ocho y que probablemente tendrías hambre. Lo interpreté como una posibilidad, no como un compromiso.

Esa precisión me arrancó una pequeña sonrisa.

—Estás aprendiendo a formular invitaciones sin convertirlas en órdenes.

—Miguel considera que eso es una habilidad básica para la convivencia.

—Parece que está subsanando varias lagunas de su formación.

Leonardo aceptó la provocación sin responder, y las puertas del ascensor se abrieron ante nosotros. Al entrar, miré a Helena y me di cuenta de que el gorro se le había deslizado hasta cubrirle parte de la ceja.

—Se va a despertar enfadada por eso. —Extendí la mano, pero me detuve antes de tocarla. —¿Puedo?

—Claro.

Le ajusté el gorro y le acaricié el perfil de la cara con la yema del dedo. Helena se movió, frunció la nariz y siguió durmiendo. Esa sencilla reacción me llenó el pecho de una delicada calidez, acompañada inmediatamente por el temor a que Leonardo percibiera más de lo que yo deseaba revelar.

Él permaneció en silencio.

No comentó que ella sintiera algo por mí, no interpretó el gesto como señal de algún vínculo especial y mucho menos sugirió que la cogiera. Se limitó a observar, dejando que el momento concluyera tal y como yo lo había planteado.

—Podemos cenar en algún sitio tranquilo —sugirió cuando se abrieron las puertas de la planta baja—. O dejarlo para otro día.

Miré a la niña dormida.

—Podemos pedir algo en tu piso.

La respuesta pareció sorprenderle, pero Leonardo no dejó que la satisfacción se convirtiera en una interpretación más amplia.

—De acuerdo.

El piso estaba más ordenado que la noche en que me presenté para examinar a Helena, aunque la presencia de la bebé seguía siendo evidente en todas las habitaciones. Había pañales apilados en una cesta junto al sofá, juguetes sobre una manta en el suelo y un biberón ya preparado dentro de la nevera. El ambiente aún conservaba rastros de Laura, pero ya no parecía congelado en torno a su ausencia. Se habían reunido algunas fotografías sobre una mesa, y vi un álbum abierto junto a la ventana.

No pregunté nada.

Leonardo sacó a Helena de la sillita y se la llevó al dormitorio, mientras yo elegía la cena a través de la aplicación. Cuando volvió, traía a la niña en brazos, ahora despierta e inquieta.

—Ha decidido que dormir durante el trayecto ha sido suficiente. —Le acarició la espalda a su hija y caminó lentamente por el salón—. El biberón todavía se está calentando.

—¿Quieres que la coja yo mientras tú lo preparas?

La pregunta se me escapó antes de que pudiera sopesar todas las implicaciones.

Leonardo se detuvo frente a mí.

—¿Estás segura?

—Te estoy ofreciendo ayuda durante cinco minutos, no asumir un turno de noche.

—Entendido.

Él me entregó a Helena con cuidado, sujetándole la cabeza hasta que la acurruqué contra mi pecho. La niña abrió los ojos y me

miró con la atención difusa propia de una niña tan pequeña, mientras sus dedos se aferraban a la tela de mi blusa.

La sensación seguía siendo peligrosa.

Reconocía su olor, los pequeños sonidos que emitía cuando empezaba a tener hambre y la forma en que movía la cara en busca de una postura más cómoda. El vínculo no había surgido de una decisión, sino de la repetición de breves encuentros que mi cuerpo parecía registrar antes que la razón.

—Has crecido —murmuré, deslizando la mano por su espalda.

—Ciento ochenta gramos desde la última visita —respondió Leonardo desde la cocina, donde comprobaba la temperatura del biberón—. También ha empezado a despertarse más durante el día.

—Eso no era una pregunta médica.

Volvió al salón y me lanzó una mirada en la que se mezclaban el humor y la cautela.

—Lo siento. Todavía estoy aprendiendo a hablar de mi hija sin dar un informe clínico.

Me senté en el sofá con Helena apoyada en mi brazo.

—Parece más atenta.

—También está más exigente. Ha descubierto que llorar da resultados rápidos.

—Los bebés no manipulan a sus padres.

—No la has visto a las tres de la madrugada.

La broma me hizo sonreír, pero la expresión de Leonardo cambió cuando se fijó en cómo sostenía a mi hija. Su mirada se demoró solo unos segundos antes de que se sentara en el sillón de enfrente, con el biberón en las manos.

—Puedo darle de comer —me ofrecí, aunque la frase me provocaba una incomodidad que no logré ocultar del todo.

Leonardo se dio cuenta.

—No hace falta.

—Sé que no hace falta.

—Tampoco quiero que hagas nada por creer que espero eso de ti. —Apoyó los antebrazos sobre las rodillas, sin apartar la mirada de mi rostro—. Ya puedo cogerla yo.

Miré a Helena y luego a él.

—Quiero terminar el biberón.

La respuesta no pareció denotar triunfo, solo aceptación.

—Está bien.

Acomodé mejor a la niña y le ofrecí la tetina, observando cómo empezaba a succionar. El movimiento rítmico, el calor de aquel cuerpecito y el silencio que se formó a nuestro alrededor despertaron una ternura que casi dolía. Durante unos minutos, dejé que esa sensación existiera sin convertirla en culpa ni en promesa.

Leonardo se quedó cerca, pero no intervino. Cuando Helena dejó de mamar, esperé unos segundos antes de apoyarla contra mi hombro.

—Tienes que insistir un poco más para que eructe —explicó, pero enseguida se retractó—. Lo siento. Ya lo sabes.

—Soy pediatra, pero no conozco todos sus hábitos.

La sinceridad alivió la tensión.

—Suele tardar.

Seguí con los movimientos lentos sobre la espalda de la bebé. Poco después, Helena eructó y un poco de leche me salpicó la camiseta.

Leonardo se levantó de inmediato.

—Voy a buscar un paño.

—No hace falta que te asustes por un poco de leche regurgitada.

—No estoy en pánico. Solo intento proteger tu ropa.

—Ya he pasado por cosas peores durante los turnos.

Me entregó el paño y volvió a sentarse, mientras yo limpiaba la tela.

—Eso no te convierte en su madre —afirmó Leonardo al cabo de unos segundos, en voz baja—. Sé que no has pedido que te lo diga, pero tengo que dejarlo claro.

La frase me hizo levantar la vista.

—¿Por qué dices eso?

—Porque vi cómo te quedaste cuando la cogiste en brazos por primera vez. También me doy cuenta de que te gusta y de que eso te asusta. —Juntó las manos, evitando cualquier gesto en mi dirección—. No quiero que pienses que acercarte a mí significa aceptar automáticamente un papel en la vida de Helena.

Sentí un nudo en el pecho.

—Ella necesita estabilidad.

—La necesita, pero no a una mujer que ocupe un lugar por obligación. —Leonardo miró a su hija, que dormía apoyada en mi hombro—. Si algún día formas parte de su vida, será porque tú lo hayas elegido. No porque yo necesite ayuda ni porque alguien deba sustituir a Laura.

La mención a su esposa no sonó como un obstáculo ni como una acusación. Era solo una verdad que se interponía entre nosotros con delicadeza.

—No sé qué puedo ser para ella —confesé con un nudo en la garganta—. A veces, cuando la abrazo, hay una parte de mí que imagina cómo habría sido si las cosas hubieran sido diferentes.

Después me siento culpable, porque Laura existió, te amó y murió para que Helena naciera.

El dolor se reflejó en el rostro de Leonardo, pero no apartó la mirada.

—Laura no murió para que naciera Helena. Murió durante el parto. Estoy intentando aprender la diferencia.

La corrección era importante.

—Aún me resulta imposible separarlas.

—Para mí también. —Se pasó la mano por la barba, mostrando el esfuerzo que le costaba hablar—. Encontré cartas que Laura escribió durante el embarazo. Estoy haciendo un álbum para Helena con Teresa.

Miré hacia la mesa que había junto a la ventana.

—¿Es eso?

—Sí. Quiero que conozca a su madre como persona, no solo como una tragedia.

—Es una buena idea.

—A mí también me ayuda a recordar a Laura antes de que entrara en el hospital.

La vulnerabilidad de esa confesión me acercó a él de una forma que ningún gesto de seducción habría logrado. Leonardo no intentaba restar importancia a su matrimonio ni borrar el amor que sentía por su mujer para hacerme un hueco. Permitiría que ambas historias coexistieran, aunque aún le dolieran.

—¿Puedo ver el álbum? —pregunté, sorprendiéndome a mí misma.

Dudó solo para asegurarse de que la decisión era mía.

—Claro.

Me levanté con Helena en brazos y me dirigí a la mesa. El álbum contenía fotografías de la infancia de Laura, imágenes de la universidad, viajes y páginas con pequeños textos escritos por Leonardo y Teresa. También había copias de algunas cartas, cuidadosamente protegidas con hojas transparentes.

Una fotografía mostraba a Laura embarazada, sonriendo mientras sostenía un par de zapatitos.

El dolor surgió de forma inesperada, no por celos, sino por la conciencia del futuro que aquella mujer había imaginado.

—Era guapa —murmuré.

—Sí.

No había incomodidad en la respuesta.

Observé otra fotografía, en la que Laura aparecía riendo en la playa, con el pelo al viento.

—Helena se parece a ella.

—Sobre todo los ojos.

La niña se acurrucó contra mi pecho y la mecí suavemente.

—Quiero que sepa que no tiene por qué competir con el recuerdo de su madre —dije mientras seguía mirando el álbum—. Los niños se dan cuenta cuando los adultos esperan que llenen un vacío o que compensen una pérdida.

—No quiero hacerle eso a ella.

—Entonces tendrás que seguir hablando de Laura, aunque te resulte difícil.

—Lo haré.

Leonardo se quedó a mi lado sin tocarme. La distancia era mínima y notaba el calor de su cuerpo, pero aquella noche el deseo no lo dominaba todo. Había algo más íntimo en la forma en que compartía conmigo la historia de su esposa y me permitía sostener a

su hija sin convertir ninguna de las dos cosas en una promesa de futuro.

La cena llegó poco después. Leonardo cogió a Helena, la acostó en la cuna y volvió al salón, donde comimos sobre la mesita baja mientras hablábamos del hospital. Hablamos de Elisa, de la recuperación de Marina, de la nueva actitud de Caio y de cómo Gustavo seguía intentando fingir que la advertencia de Hannah no le había molestado.

Cuando terminamos, miré la hora y me di cuenta de que llevábamos más de dos horas allí.

—Tengo que irme.

Leonardo recogió los envases sin mostrar sorpresa.

—Te acompaño hasta el coche.

—No hace falta.

—Lo sé, pero me gustaría.

La forma en que lo dijo me hizo aceptar.

En el ascensor, permanecimos en silencio. El espejo reflejaba la imagen de dos personas demasiado cercanas para ser solo compañeros de trabajo y aún demasiado distantes para considerarse pareja.

—Hoy ha estado bien —comenté cuando se abrieron las puertas del garaje.

—Sí.

—Espero que esto no se convierta en una rutina sin que hablemos de lo que estamos haciendo.

—Estoy de acuerdo.

—Tampoco quiero una relación en la que llegue a tu piso y me encargue automáticamente de los biberones, los baños o las noches difíciles.

—Eso no va a pasar.

Me detuve junto al coche y me volví hacia él.

—No sirve de nada que solo digas que eso no va a pasar. Quiero que entiendas por qué.

Leonardo me miró a los ojos.

—Porque que me guste Helena no le quita su autonomía, ya que cuidar de ella de vez en cuando no supone una obligación permanente. Porque si quiero construir algo contigo, tengo que aprender a ser padre sin convertir a la mujer que tengo a mi lado en la principal responsable de mi hija.

La respuesta demostraba que había reflexionado sobre el tema antes de esa conversación.

—Exacto.

—Joana me dijo algo parecido.

—¿Cuándo?

—Después de verme intentar reorganizar mi horario para que la niñera cubriera todos los turnos. —Una discreta sonrisa se dibujó en sus labios—. Me dijo que una mujer herida no creería en promesas, sino solo en actitudes repetidas, y que yo debería aprender a ocuparme de mi propia vida antes de invitar a alguien a formar parte de ella.

—Joana es una mujer inteligente.

—También da miedo.

—Solo para los hombres que necesitan oír la verdad.

Leonardo dio un paso hacia mí, pero se detuvo antes de invadir mi espacio.

—¿Puedo besarte?

La pregunta me provocó un calor inmediato.

—Sí.

El beso fue lento y breve, sin la urgencia de aquella noche en la que nos reencontramos. Su mano me rozó la cintura solo después de que yo me acercara, y el contacto terminó antes de que se convirtiera en una invitación para volver al piso.

Cuando nos separamos, permanecí unos segundos con la frente cerca de la suya.

—Buenas noches, Leonardo.

—Buenas noches, Beatriz.

Me subí al coche y esperé a que él se alejara antes de arrancar el motor. De camino a casa, pensé en Helena dormida en mis brazos, en las fotos de Laura y en cómo Leonardo había reconocido unos límites que yo ni siquiera sabía aún cómo formular del todo.

Nada estaba resuelto.

Seguía teniendo miedo, y la historia entre nosotros seguía llena de heridas que no desaparecerían solo porque él hubiera aprendido a preguntar antes de besarme o a compartir un biberón sin convertir ese gesto en maternidad.

Aun así, empezábamos a construir algo.

No era una familia ya formada, ni una relación definida por la urgencia de compensar el pasado. Era solo una sucesión de pequeñas decisiones, repetidas con el cuidado suficiente para que yo pudiera seguir siendo yo misma sin dejar de pertenecerme.

Quizá la confianza no surgía de las grandes promesas, sino que nacía precisamente en esos momentos en los que Leonardo podría haber exigido más, pero optaba por respetar lo que yo era capaz de ofrecer.



Capítulo 18

El empeoramiento de Davi comenzó poco después de las cuatro de la tarde, cuando yo terminaba una reunión con Caio y los demás residentes de neurología.

El día había transcurrido sin grandes contratiempos en el servicio, y yo empezaba a creer que podría salir del hospital a una hora razonable. Helena estaba en casa con la niñera, Beatriz terminaría su turno a las siete y habíamos quedado para cenar en un restaurante cerca de São Gabriel. No era una promesa habitual ni una definición de lo que había entre nosotros, pero la ilusión por aquella noche me acompañaba desde la mañana, aportándome una ligereza que aún no sabía cómo acoger sin recelo.

Estaba cerrando la historia clínica del último paciente cuando la alarma interna anunció una emergencia en oncología pediátrica. El sonido resonó por los altavoces, acompañado de la solicitud

inmediata de que acudieran los equipos de cuidados intensivos, Enfermedades Infecciosas y urgencias.

El nombre de Davi surgió poco después.

Caio levantó la vista hacia mí.

—¿Necesitas ayuda en oncología?

Podría haber respondido que no era nuestro ámbito y que no había indicios de afectación neurológica. En cambio, recordé cómo se había mostrado Thiago en el pasillo unos días antes, intentando mantener el buen humor mientras el paciente empeoraba y el padre cuestionaba su competencia por motivos relacionados con su vida personal.

—Dile que estoy disponible y cierra el tema con Mariana. —Le entregué la historia clínica al residente mientras me dirigía hacia la puerta—. Si surge algún cambio en nuestros pacientes, llama inmediatamente.

Atravesé el pasillo hacia los ascensores mientras la urgencia transformaba el hospital a nuestro alrededor. Los enfermeros aceleraban el paso, sacaban una camilla de la pared y el personal de la UCI se dirigía a oncología cargando con equipos. El São Gabriel tenía una forma particular de percibir la gravedad antes de que circulase cualquier información completa. El ritmo de la gente cambiaba, las conversaciones se acallaban y todos parecían respirar con más cuidado, como si el propio edificio supiese que algo estaba a punto de suceder.

Cuando llegué a la planta infantil, me encontré con el pasillo repleto de personal.

Aline Okamoto estaba frente a la habitación de Davi, supervisando la preparación de nuevos medicamentos, mientras que Joana organizaba los preparativos para el traslado. Gustavo había salido de urgencias todavía con la bata quirúrgica puesta y se había hecho cargo de la coordinación de la atención con la serena firmeza que siempre mostraba cuando la situación se volvía grave. No había

ni rastro del hombre bromista que hacía chistes por los pasillos o acumulaba problemas personales. Ante un paciente inestable, toda su energía se centraba en evitar que el caos se extendiera.

Thiago permanecía junto a la cama.

Davi estaba pálido, respiraba con dificultad y parecía demasiado pequeño bajo los aparatos que rodeaban su cuerpo. El monitor registraba una frecuencia cardíaca elevada, la presión bajaba a pesar de las medidas iniciales y una mascarilla de oxígeno le cubría parte del rostro. La madre lloraba junto a la puerta, sostenida por una enfermera, mientras que el padre permanecía inmóvil, con las manos cerradas junto al cuerpo y una expresión de quien aún no comprendía del todo lo que estaba sucediendo.

—Saturación en ochenta y ocho, a pesar del oxígeno —informó Aline, mientras ajustaba la medicación—. La presión sigue inestable.

—Vamos a trasladarlo a la UCI ahora mismo. —Gustavo se acercó a la cabecera y observó a Davi antes de volver a centrar su atención en Thiago—. Ravi está preparando la ventilación no invasiva. Si no responde, lo intubaremos.

Thiago asintió, pero no se apartó. Mantenía una de las manos sobre el hombro del niño, hablándole en un tono bajo que yo no podía oír.

El padre dio un paso hacia él.

—¿Qué está pasando? —preguntó, y su voz ronca rompió el control que intentaba mantener—. Esta mañana estaba mejor.

Thiago se giró, aunque seguía tocando a Davi.

—Las pruebas indican una infección grave. Su sistema inmunitario está muy debilitado y el organismo no está respondiendo como esperábamos. Estamos aumentando la dosis de antibióticos y trasladándolo a la unidad de cuidados intensivos.

—¿Se va a morir?

La pregunta resonó en el pasillo como una interrupción brusca.

Thiago tardó un segundo más de lo habitual en responder.

—Estamos haciendo todo lo posible para evitar que eso ocurra. —Mantuvo la mirada fija en el hombre, negándose a hacer una promesa que no podría cumplir—. Pero su estado es grave.

La madre de Davi dejó escapar un gemido ahogado y se llevó la mano a la boca. La enfermera la sujetó antes de que le fallaran las piernas.

El padre cerró los ojos y, cuando los abrió, en su rostro se reflejaba una culpa casi insoportable.

—Te pedí que cambiáramos de médico. —La voz le salió baja, acompañada de una respiración irregular—. Pasé días discutiendo contigo mientras mi hijo necesitaba que confiara en ti.

Thiago no permitió que su propio sufrimiento alterara la respuesta.

—Eso no provocó que Davi empeorara.

—Te traté como si tú fueras el problema.

—Podemos hablar de eso más tarde. —Thiago volvió su atención hacia el niño mientras el equipo colocaba la camilla—. Ahora él necesita que el señor se quede al lado de su esposa y nos deje trabajar.

El hombre asintió, pero no pudo moverse de inmediato. Joana se acercó y lo condujo hasta la madre, diciéndole algo en un tono lo suficientemente bajo como para preservar la dignidad de ambos.

El traslado comenzó rápidamente. Gustavo se situó junto a la cabecera, Ravi controlaba la respiración y Aline se ocupaba de los accesos. Thiago mantuvo una de sus manos sobre la camilla hasta el último momento, pero tuvo que apartarse cuando se cerraron las puertas del ascensor.

El pasillo quedó extrañamente silencioso después de que el equipo desapareciera.

Quedaron envases abiertos, un soporte de suero vacío y el ruido de una bomba que alguien aún no había apagado. La habitación de Davi parecía más grande sin él, aunque los dibujos de las paredes, la capa verde y el mando de la fiesta intergaláctica seguían exactamente donde estaban.

Thiago entró en la habitación antes de que nadie pudiera hablar con él.

Yo lo acompañé.

Se acercó a la cama vacía, cogió la pequeña capa que Davi había llevado en la fiesta y se quedó sosteniendo la tela entre las manos. La corbata de aquel día tenía pequeños animales de colores, pero estaba torcida, y el pelo pelirrojo estaba revuelto de tanto pasarse los dedos por él.

—Aline está con él —dije mientras cerraba la puerta, manteniendo cierta distancia—. Gustavo y Ravi también.

—Lo sé —dijo Thiago, doblando la capa sin mirarme, aunque el movimiento le salió irregular—. No hay nada que pueda hacer ahora mismo en la UCI.

—Pues tendrás que esperar.

Soltó una risa breve, sin ningún atisbo de humor.

—Odio esperar.

Lo entendía. Esperar significaba reconocer que otras personas estaban actuando, que el resultado no dependía de nosotros y que ningún conocimiento podía garantizar lo que pasaría después.

—Yo también lo odio —admití mientras me acercaba unos pasos.

Thiago por fin me miró a los ojos.

—Al menos tú puedes entrar en un quirófano y fingir que controlas algo. —Tenía los ojos enrojecidos, aunque seguía intentando contener las lágrimas—. En oncología, a veces lo hacemos todo bien durante meses y luego una bacteria que nadie consigue identificar acaba con un niño en pocas horas.

—Eso no significa que hayas fallado.

—Le prometí que estaría con él durante todo el tratamiento.

—Y lo estás.

—Quizá no sea suficiente. —Thiago apretó la capa entre las manos, arrugando la tela—. Davi me preguntó, hace unos días, si me entristecería que él no mejorara. Le dije que nuestra única obligación era ir día a día. En ese momento me pareció una respuesta bonita.

—Sigue siendo cierta.

—No quiero respuestas verdaderas. —Su voz se elevó, dejando al descubierto la ira que su buen humor solía ocultar—. Quiero que sobreviva.

Me quedé en silencio.

Durante gran parte de mi vida, habría respondido con datos, probabilidades y posibles cursos de acción. Le habría recordado que Davi estaba en la UCI, que había antibióticos, ventilación y un equipo competente. Habría utilizado la información para intentar aliviar un dolor que no podía soportar presenciar.

En ese momento, sin embargo, comprendí que Thiago no necesitaba una explicación médica, sino que alguien se quedara a su lado mientras él admitía su miedo.

—Yo también quiero —respondí, sentándome en la silla junto a la cama vacía.

Thiago se quedó de pie unos segundos, como si no supiera qué hacer ante la ausencia de un intento de consuelo. Después,

colocó la manta sobre la cama y se sentó a mi lado, con los codos apoyados en las rodillas y las manos juntas delante de la cara.

—Mi primer paciente murió cuando aún era residente —comenzó, mirando al suelo—. Una niña de siete años con un tumor agresivo. Sabía que el pronóstico era malo, pero seguí creyendo que conseguiríamos más tiempo. Cuando murió, mi padre dijo que quizá aquello fuera una señal de que había elegido la especialidad equivocada.

La información me sorprendió.

—¿Por qué dijo eso?

—Porque pensaba que era demasiado emocional, demasiado gay y demasiado inadecuado para todo lo que él consideraba una vida respetable. —Thiago se frotó las manos, dejando que aflorara la amargura—. Durante años, intenté demostrar que podía soportarlo. Aprendí a reír, a organizar fiestas, a llevar corbatas ridículas y a hablar de la muerte sin permitir que nadie se diera cuenta de lo mucho que cada niño me afectaba.

—No hace falta que lo demuestres ahora.

—Tengo que hacerlo todos los días. —Desvió la mirada hacia la puerta cerrada—. Los padres entran en esta planta con miedo, y algunos buscan cualquier motivo para desconfiar. Mi voz, mi ropa, la persona con la que salgo e incluso la forma en que toco a un paciente se convierten en parte de la valoración. Si muestro demasiada emoción, soy poco profesional. Si la oculto, dicen que carezco de sensibilidad.

—No hace falta que seas impecable para ser competente.

Thiago soltó un suspiro profundo.

—Esa frase suena extraña viniendo de ti.

—Me estoy dando cuenta de muchas cosas demasiado tarde.

Apoyó la cabeza en las manos y los hombros comenzaron a temblar antes de que pudiera evitarlo. El primer llanto salió casi en silencio, acompañado de una inspiración brusca y del esfuerzo inútil por recuperar el control.

No lo toqué de inmediato.

Me quedé a su lado, dejándole decidir si deseaba que me acercara. Tras unos segundos, Thiago se inclinó hacia mí y apoyó la frente contra mi hombro. Le puse una mano en la espalda, sin ofrecerle palabras ni promesas que no pudiera cumplir.

Nos quedamos así durante un tiempo que no supe medir.

Su llanto no era dramático ni ruidoso. Era el agotamiento de alguien que había pasado muchos días ofreciendo esperanza, absorbiendo el miedo y sosteniendo a sus familias, mientras ocultaba su propia vulnerabilidad bajo corbatas de colores y comentarios rápidos.

Cuando se abrió la puerta, Daniel se quedó de pie en el pasillo.

Todavía llevaba la ropa de trabajo, con la cámara colgada del hombro y una pequeña bolsa en la mano. Probablemente había llegado trayendo la cena, como había hecho otras noches, sin imaginar lo que se iba a encontrar.

Thiago se alejó de mí inmediatamente y se pasó las manos por la cara.

—Daniel, yo…

—Beatriz me ha llamado. —Daniel cerró la puerta y dejó la bolsa sobre la mesa antes de acercarse. Sus ojos recorrieron la habitación, la cama vacía y la bata verde doblada—. ¿Cómo está Davi?

—En la UCI. —Thiago intentó enderezar la postura, pero la voz le falló—. Puede que sea sepsis. La tensión le ha bajado y quizá tengan que intubarlo.

Daniel asintió lentamente.

—Lo siento mucho.

—No digas eso como si ya hubiera muerto.

La respuesta sonó agresiva, y Thiago cerró los ojos de inmediato.

—Lo siento.

—No tienes por qué disculparte. —Daniel se detuvo frente a él sin intentar tocarlo antes de recibir permiso—. ¿Qué necesitas?

Thiago me miró a mí, luego a la puerta, como si buscara una respuesta médica a una pregunta emocional.

—No lo sé.

—Entonces puedo quedarme hasta que lo averigüe.

La sencillez de la frase provocó un cambio en su rostro.

Thiago asintió, y Daniel se sentó al otro lado, con una mano abierta sobre la cama. Tras unos segundos, Thiago puso su propia mano sobre la de él.

No hubo beso, ni declaración, ni ningún intento de convertir el momento en algo romántico. Solo había un hombre dispuesto a permanecer junto a la parte más dura de la vida de alguien que aún esperaba ser abandonado cuando dejara de ser divertido.

Mi teléfono vibró en el bolsillo.

Era un mensaje de Beatriz.

Beatriz:

Estoy en la UCI con Aline. A Davi le han intubado, pero la presión ha empezado a estabilizarse. ¿Está Thiago contigo?

Le respondí que sí y le dije que Daniel también había llegado.

Poco después, apareció otro mensaje.

Beatriz:

Quédate con él. Te avisaré cuando haya alguna novedad.

Leí la frase dos veces.

No porque necesitara permiso para quedarme, sino porque había algo significativo en el hecho de que Beatriz confiara en que yo pudiera ofrecer apoyo sin convertir la situación en una demostración de competencia.

Guardé el móvil.

—Le han intubado —le informé a Thiago, manteniendo la voz firme—. La presión ha empezado a responder a la medicación.

El oncólogo cerró los ojos y exhaló lentamente.

—Eso es bueno.

—Es una señal positiva —maticé, evitando dar una certeza que ninguno de los dos tenía.

Thiago asintió.

Daniel le estrechó la mano.

Las horas siguientes transcurrieron en aquella habitación. La madre de Davi subió rápidamente a buscar algunas cosas, pero Thiago no consiguió hablar con ella sin que se le quebrara la voz. El padre apareció poco después, se quedó de pie frente al médico y se disculpó de forma sencilla, sin discursos.

—Me había equivocado contigo —admitió sin levantar la vista —. Mi hijo confía en ti porque nunca has dejado de creer en él. Debería haberme dado cuenta antes.

Thiago respiró hondo.

—Lo que importa ahora es Davi.

—Para mí también es importante reconocer lo que hice.

El oncólogo asintió, pero no intentó convertir la conversación en una absolución. El padre regresó a la UCI, dejando tras de sí una reparación incompleta, pero sincera.

Cuando Beatriz entró en la habitación, ya eran más de las ocho de la noche.

Todavía llevaba puesta la bata, el pelo recogido de cualquier manera y el rostro reflejaba el agotamiento de las últimas horas. Sus ojos se cruzaron con los míos antes de buscar a Thiago.

—Davi se encuentra estable, dentro de lo grave que es su estado —informó mientras se acercaba—. La presión ha respondido, la saturación ha mejorado tras la intubación y Aline cree que el nuevo antibiótico ha empezado a surtir efecto.

Thiago se levantó de inmediato.

—¿Puedo verlo?

—Sí, pero solo unos minutos. Su madre está ahí.

Daniel también se levantó.

—Me quedaré esperando aquí.

Thiago le cogió la mano un instante antes de salir con Beatriz.

Me quedé en la habitación con Daniel, viendo cómo se cerraba la puerta.

—Gracias por quedarte con él —comentó Daniel mientras recogía la bolsa de comida que nadie había abierto.

—Él ha hecho lo mismo por Beatriz muchas veces.

—Thiago hace eso por todo el mundo. —Daniel miró la capa verde que había sobre la cama—. El problema es que no sabe qué hacer cuando alguien intenta quedarse por él.

—Hay gente que confunde necesitar a alguien con perder el control.

Daniel volvió su atención hacia mí.

—¿Te refieres a él?

—También de mí.

Una discreta sonrisa se dibujó en su rostro.

—Al menos lo reconoces.

Beatriz regresó unos minutos después, sola. Se acercó y me tocó el brazo, dejando que sus dedos permanecieran allí solo el tiempo necesario para que yo percibiera su intención.

—Se quedará en la UCI con sus padres. Daniel podrá ir a verlo más tarde.

—¿Cómo estás?

La pregunta pareció sorprenderla.

—Cansada.

—¿Solo eso?

Beatriz respiró hondo y miró la habitación vacía.

—Tengo miedo de que Davi no aguante. También estoy preocupada por Thiago, pero sé que no hay nada que pueda decir para aliviar eso.

—Entonces no hace falta decir nada.

Ella levantó la mirada hacia mí.

Durante unos segundos, permanecimos en silencio, rodeados de dibujos infantiles, de la luz blanca y de los objetos de un niño que luchaba por su vida unos pisos más abajo.

Beatriz se acercó y apoyó la cabeza contra mi pecho.

El gesto no encierraba ningún deseo ni buscaba definir nuestra relación. Era solo cansancio, miedo y la confianza suficiente para compartir el peso durante unos instantes.

Le rodeé la espalda con el brazo y me quedé inmóvil, dejando que ella decidiera cuándo se apartaría.

Aquella noche no fuimos al restaurante.

No hablamos de la cita que habíamos planeado ni de lo que pasaría entre nosotros después. Nos quedamos en el hospital, cerca de las personas a las que queríamos, esperando noticias que ninguno de los dos podía controlar.

Me había pasado la vida intentando aliviar el dolor con respuestas, decisiones y procedimientos.

Davi seguía en estado grave, Thiago seguía asustado y Beatriz aún arrastraba miedos que yo no podía disipar.

Aun así, por primera vez, no sentí que mi presencia fuera inútil solo porque no pudiera resolver nada.

A veces, quedarse era la única forma posible de cuidar.



Capítulo 19

Davi siguió intubado durante dos días más.

La infección empezó a responder a los antibióticos, la presión se mantuvo estable sin necesidad de dosis tan altas de medicación y los análisis mostraron por fin una ligera reducción de los marcadores inflamatorios. Ninguna de estas noticias permitía una tranquilidad total, pero ofrecían al equipo algo que, en el ámbito de la oncología pediátrica, a menudo había que construir a partir de cambios mínimos: la posibilidad de creer que el cuerpo del niño seguía luchando a nuestro lado.

Thiago casi no salió de la UCI durante ese periodo. Daniel aparecía a última hora de la tarde con comida, ropa limpia y la paciencia de quien comprendía que no recibiría atención constante. A veces, se limitaba a permanecer sentado en la sala de espera mientras Thiago trabajaba, sin exigirle que se dividiera entre el paciente y la relación que aún no se atrevían a definir. Yo los

observaba a los dos con una mezcla de ternura e incomodidad, porque había algo profundamente íntimo en ser amada por alguien que no intentaba competir con la parte más difícil de nuestra vida.

Leonardo también se mantuvo cerca.

No buscó excusas para interferir en el tratamiento de Davi ni convirtió la ayuda que ofrecía a Thiago en una demostración de cambio. Aparecía cuando podía, preguntaba si necesitábamos algo y, la mayor parte del tiempo, se limitaba a traer café, entablar una conversación con algún residente o permanecer en silencio cuando ninguno de nosotros tenía fuerzas para hablar.

La noche en que Davi empezó a despertar de la sedación, salí de la UCI poco después de las nueve, con el cansancio extendido por todo el cuerpo. Tenía los hombros tensos, me dolía la cabeza desde media tarde y el olor del hospital parecía haberse impregnado en la piel, en el pelo e incluso en el interior de la garganta. El pasillo seguía iluminado por la misma luz blanca de siempre, aunque el escaso movimiento del turno de noche hacía que todo pareciera más amplio y silencioso.

Me encontré con Thiago junto a la puerta de la UCI, observando a Davi a través del cristal. Daniel permanecía a su lado, con una de las manos apoyada discretamente en su espalda.

—Me ha apretado el dedo —me contó Thiago en cuanto me acerqué, y la sonrisa que se dibujó en su rostro aún denotaba agotamiento, pero ya no parecía solo una defensa—. Aline dijo que podría haber sido un reflejo, pero decidí ignorar esa parte porque soy el oncólogo responsable y tengo autoridad para interpretar los gestos según mis necesidades emocionales.

—Fue una respuesta al estímulo —le corregí mientras observaba a Davi moverse bajo la manta—. También intentó abrir los ojos cuando su madre habló.

Thiago respiró hondo y se le humedecieron los ojos.

—Eso significa que está volviendo en sí.

—Significa que está reaccionando bien a la reducción de la sedación. Todavía tenemos que esperar, pero es un avance importante.

Daniel le dio un ligero apretón en el hombro.

—Deberías irte a casa unas horas.

—No me iré hasta estar seguro de que se ha despertado.

—Thiago, llevas dos días durmiendo sentado y alimentándote como si el café fuera un grupo alimenticio. —Mantuve la voz firme, aunque sabía la resistencia con la que me encontraría. —Davi está bajo observación en la UCI, Aline sigue en el hospital y su madre está con él. Puedes descansar sin abandonarlo.

Abrió la boca para protestar, pero Daniel se le adelantó.

—Puedo llevártelo a casa y traerte de vuelta temprano. —Su mano permaneció sobre la espalda de Thiago, sin intentar guiarlo antes de recibir algún tipo de asentimiento. —También puedo quedarme contigo, por si no quieres pasar la noche solo.

La vulnerabilidad se reflejó en el rostro de mi amigo.

—Ahora mismo no soy una compañía agradable.

—No busco entretenimiento.

Thiago desvió la mirada hacia Davi y, durante unos segundos, pareció luchar contra la idea de confiar al paciente a su propio equipo y permitir que alguien lo cuidara. Al final, asintió.

—Quiero volver antes de las seis.

—Volveremos —prometió Daniel, acercándose lo justo para que sus hombros se rozaran.

Me despedí de ellos y me dirigí al vestuario. Tenía intención de cambiarme de ropa, volver a casa y dormir tantas horas como fuera posible, pero cuando saqué el móvil del bolsillo encontré un mensaje de Leonardo enviado hacía casi cuarenta minutos.

Leonardo:

Helena está con mi madre. Estoy terminando en el hospital. ¿Cómo está Davi?

Su madre había regresado de Portugal esa misma mañana y se había hecho cargo inmediatamente de parte del cuidado de su nieta. Leonardo me había contado lo de su llegada durante una breve charla en el pasillo, sin utilizar esa información para dar a entender que ahora tendría más tiempo para mí.

Le respondí sobre la reducción de la sedación y me quedé frente a la pantalla, sintiendo una necesidad que no tenía que ver solo con el cansancio o el deseo. Quería verlo fuera de los pasillos, lejos de los monitores y de la gente que necesitaba algo de nosotros. Quería estar cerca de él sin que una emergencia marcara el tiempo, sin que Helena llorara en la habitación de al lado y sin que el recuerdo de la noche que habíamos pasado juntos siguiera rodeado de dudas que nunca nos habíamos atrevido a aclarar.

Beatriz:

¿Ya has cenado?

La respuesta no se hizo esperar.

Leonardo: *Todavía no. Pensaba pedir algo cuando llegara a casa.*

Respiré hondo antes de escribir.

Beatriz:

Puedo pasarme por ahí. Pero no quiero comida de hospital.

Tardó casi un minuto en responder, e imaginé el cuidado con el que sopesaba cada palabra para no convertir mi invitación en algo más.

Leonardo:

Claro. Voy a cocinar.

Una discreta sonrisa se dibujó en mis labios.

Beatriz:

Eso suena a amenaza.

Leonardo:

Confía en mí.

La frase permaneció en la pantalla unos segundos, transmitiendo mucho más de lo que probablemente pretendía. Todavía no confiaba del todo, pero empezaba a desear que esa posibilidad existiera.

Cuando llegué al piso, Leonardo ya se había quitado la bata. Llevaba una camiseta oscura y unos pantalones cómodos, mientras el olor a ajo, mantequilla y alguna hierba fresca se extendía por la sala. La ausencia del portabebés, de los biberones sobre la encimera y de los pequeños ruidos de Helena cambiaba el ambiente, dejando patente hasta qué punto la niña había llegado a ocupar todos los espacios.

—¿De verdad ha aceptado tu madre quedarse con ella esta noche? —pregunté después de que Leonardo abriera la puerta y se apartara para dejarme entrar.

—Tuve que convencerla de que no se mudara definitivamente a la habitación de invitados. —Cerró la puerta y siguió mi mirada hacia la sala vacía—. Helena ya se ha dormido, ha tomado el biberón

y está perfectamente a salvo. Además, he recibido tres fotos y dos mensajes de voz en menos de una hora.

—Parece que el control es una característica familiar.

—Mi madre diría que es cuidado.

—Tú también lo decías.

Leonardo aceptó la provocación con una breve sonrisa.

—Estoy aprendiendo la diferencia.

Me quité los zapatos junto a la puerta y dejé el bolso sobre el sillón. Mi cuerpo se relajó un poco ante el silencio de la estancia, aunque la conciencia de su presencia se hacía más intensa a cada paso.

—¿Qué estás preparando?

—Pasta con setas.

—¿Sabes cocinar?

—Sé seguir instrucciones cuando están escritas con claridad.

—Eso no responde a la pregunta.

—Laura decía que cocinaba como si estuviera siguiendo un procedimiento.

Su nombre salió de forma espontánea, pero aun así me provocó una pequeña opresión en el pecho. Leonardo se dio cuenta, porque sus movimientos se ralentizaron mientras regresaba a la cocina.

—No hacía falta que evitaras hablar de ella —declaré antes de que el silencio convirtiera el recuerdo en incomodidad.

Se apoyó en la encimera y me miró.

—No quiero que sientas que Laura siempre estará entre nosotros.

—Lo estará. —La sinceridad me salió con más facilidad de lo que esperaba, aunque me provocara un dolor sutil—. No como una barrera, sino como parte de tu historia y de la vida de Helena. Fingir lo contrario sería imposible.

Leonardo bajó la mirada hacia la cacerola.

—Todavía no sé cómo hablar de ella sin dar la impresión de que te estoy pidiendo que comprendas todo lo que siento.

—No lo voy a entender todo. —Me acerqué a la encimera, manteniendo cierta distancia entre nosotros—. Tampoco quiero que conviertas el matrimonio en algo menor para que yo me sienta segura.

Permaneció en silencio durante unos segundos.

—Laura me enseñó a vivir de una forma menos reservada. —Leonardo hizo girar la cuchara entre los dedos, y la nostalgia suavizó sus rasgos—. Con ella, asistía a eventos, conocía a amigos, hacía planes y aceptaba que la gente supiera que estábamos juntos. Durante mucho tiempo, utilicé eso como prueba de que la relación era más sencilla. Ahora entiendo que fui yo quien lo hizo todo imposible contigo.

La sinceridad despertó un dolor antiguo, pero ya no parecía capaz de destruirme.

—Ella recibió una versión tuya que le pedí y que tú te negaste a ofrecerme.

—Sí.

—A veces, todavía me enfado por eso. —Apoyé las manos en la encimera fría, con la garganta cerrada por la emoción—. Después me siento una persona horrible porque Laura murió y no puede defenderse de un resentimiento que ni siquiera le pertenece.

Leonardo apagó el fuego y se volvió completamente hacia mí.

—Puedes enfadarte. La responsabilidad no era suya.

—¿Nunca le contaste lo nuestro?

—Solo le dije que me había liado con alguien en el hospital. No le conté la intensidad, ni cómo terminó. —La vergüenza se reflejó en la forma en que apretó la mandíbula—. Quería empezar otra vida sin tener que admitir lo que hice en la anterior.

—¿Se dio cuenta de algo?

—Más de lo que imaginaba. Teresa me contó que Laura te mencionó al principio de su matrimonio. Dijo que se dio cuenta de cómo evitaba a una pediatra durante un evento.

La información me impactó de forma inesperada. Durante años, había imaginado que Laura nunca había sabido de mi existencia y que me habían borrado por completo antes de que ella ocupara el lugar que yo había deseado.

—¿Sabía mi nombre?

—Probablemente.

Desvié la mirada hacia la ventana, donde las luces de la ciudad se reflejaban en el cristal.

—¿Se supone que eso debería hacerme sentir mejor?

—No lo sé. —Leonardo se acercó un poco, pero se detuvo antes de tocarme—. No quiero decidir cómo debes asimilar esta información.

Respiré hondo, dejando que la incomodidad se asentara sin exigir una respuesta inmediata.

—No he venido solo para hablar de Laura.

—¿Por qué has venido?

Le miré a los ojos y sentí cómo surgía el deseo junto con una confianza aún frágil, forjada no por la ausencia de miedo, sino por la certeza de que podría decir lo que necesitaba y ser escuchada.

—Porque pasé dos días creyendo que Davi podría morir y viendo cómo Thiago intentaba sostener a todos los que le rodeaban. Cuando por fin hubo una mejoría, me di cuenta de que no quería volver a un piso vacío. —Mi voz perdió parte de su firmeza, pero no aparté la mirada—. Quería estar contigo.

Leonardo respiró hondo, y la emoción se reflejó en su rostro antes de que pudiera contenerla.

—No quiero que te acerques solo porque estés vulnerable.

—Estoy vulnerable. —Di un paso hacia él y le toqué el centro del pecho; bajo la camiseta, su corazón latía acelerado—. Eso no significa que no sepa lo que estoy eligiendo.

Él cubrió mi mano con la suya.

—¿Estás segura?

—Estoy segura de que quiero esta noche. Aún no sé qué significa eso para el resto.

—Para mí, es suficiente.

Fui yo quien lo besó.

No había ni la ira ni la urgencia desesperada del primer reencuentro. La boca de Leonardo rozó la mía con cuidado, pero enseguida abrí los labios, invitándole a entrar. Nuestras lenguas se encontraron lentamente, profundizando el beso de forma densa y húmeda. Sus manos bajaron por mi cintura y me apretaron las caderas, con la firmeza suficiente para pegarme a su cuerpo, sintiendo el calor y la rigidez que ya no podía ocultar, pero sin tomar la iniciativa antes de que yo demostrara lo que deseaba.

El olor de la cena, el calor de la cocina y la ciudad iluminada allá afuera convertían aquel momento en algo sorprendentemente cotidiano. Quizá fuera esa normalidad lo que lo hacía más íntimo. Estábamos en una cocina, eligiéndonos el uno al otro sin necesidad de convertir esa decisión en una promesa eterna.

—La pasta se va a pasar —murmuré, jadeando, cuando los labios de Leonardo bajaron hacia mi cuello, chupándome ligeramente la piel y haciéndome jadear.

—Ya he apagado el fuego.

—¿Lo habías planeado?

Se apartó lo justo para mirarme a los ojos.

—Planeé la cena. El resto lo esperaba, pero no lo di por sentado.

La respuesta hizo que se me dibujara una sonrisa antes de volver a besarlo, ahora con más ansia, entrelazando los dedos en su pelo.

Caminamos hacia el dormitorio sin prisas, pero la tensión entre nosotros ya se hacía pesada. Leonardo encendió solo la lámpara de noche, dejando que la luz amarillenta suavizara el ambiente, y se detuvo frente a mí. Sus dedos rozaron el dobladillo de mi blusa, provocándome escalofríos por todo el cuerpo.

Me quitó la blusa lentamente. Cuando intentó llevar las manos al cierre del sujetador, le sujeté las muñecas y le obligué a esperar.

—No quiero que tengas miedo de tocarme.

—No es miedo a ti.

—Lo sé. —Deslicé sus manos por mi cintura desnuda, subiendo por el rastro de calor de mis costillas hasta que sus palmas cubrieron mis pechos por encima del encaje. Su tacto fue reverente, pero su pulgar rozó instintivamente mis pezones, arrancándome un suspiro. —Pero tener cuidado no significa dudar todo el tiempo. Puedes desearme sin convertirlo en violencia o control.

Leonardo acercó su frente a la mía, con su respiración agitada golpeándome la cara.

—Estoy intentando descubrir cómo hacerlo todo de otra manera.

—Pues escúchame.

Desabroché el sujetador y lo dejé caer, quedándome completamente al descubierto. Leonardo trazó la curva de mis pechos con las yemas de los dedos y, a continuación, se inclinó para besarlos, con su lengua caliente provocándome escalofríos que bajaron directamente hasta mi vientre.

Le mostré el ritmo, la presión y los lugares donde deseaba que me tocara. La confianza creció entre nosotros a través de gestos, respiraciones compartidas y gemidos ahogados. Cuando por fin nos tumbamos en la cama, la entrega fue absoluta.

Sus manos se deslizaron con firmeza por mis muslos, separándolos y apretando la parte interior, atrayéndome hacia el centro de su calor. Su piel contra la mía ardía. Rodamos por las sábanas, con los cuerpos descubriéndose en una maraña de piernas y brazos. En un momento estaba él encima, sosteniendo el peso sobre sus hombros tensos y sudorosos, mientras me llenaba, con los labios devorando mi cuello; al siguiente, yo tomaba el control, montándome sobre él, marcando la profundidad de cada movimiento, mientras las grandes manos de Leonardo me apretaban las caderas con una fuerza que me anclaba a la cama.

Le permití que me observara, me tocara y descubriera los cambios que los años habían producido en mi cuerpo. Había una cicatriz cerca de sus costillas que yo no conocía, unas líneas discretas alrededor de los ojos y una tensión que solo desaparecía cuando mis manos le arañaban la espalda, empujándolo más hacia dentro.

La intimidad no borró el pasado, pero tampoco quedó atrapada en él.

Cuando el placer se acercó, fuerte y arrollador, le sujeté la cara a Leonardo y mantuve nuestras miradas unidas. No tuve que pedirle que se quedara allí. Él ya estaba conmigo, los espasmos de su cuerpo respondiendo a los míos, entregándose con un gemido ronco contra mi boca, sin intentar convertir mi entrega en posesión.

Después, permanecimos tumbados uno al lado del otro, con la respiración entrecortada, los cuerpos brillantes de sudor y la habitación sumida en un silencio reconfortante. Leonardo trazaba movimientos lentos sobre mi brazo y mi pecho, en una caricia casi letárgica, pero no me acercaba más a él ni parecía dar por hecho que yo pasaría la noche allí.

—¿Todavía tienes hambre? —preguntó al cabo de un rato.

Se me escapó una risa ahogada.

—Mucho.

—Seguramente la pasta se habrá conservado.

—Estás recuperando tu confianza profesional.

—Solo en la cocina.

Me puse su camiseta antes de volver al salón, y Leonardo se puso unos pantalones cómodos. Comimos la pasta, ya tibia, en el sofá, compartiendo el mismo plato porque ninguno de los dos tenía ganas de poner la mesa. Hablamos de Davi, de la posibilidad de que le retiraran el tubo al día siguiente y de cómo Daniel se había mantenido al lado de Thiago sin exigirle que se lo tomara con más calma.

—Parece bueno para Thiago —comentó Leonardo mientras cogía una seta con el tenedor.

—Precisamente por eso Thiago está asustado.

—Daniel dijo que no sabe cómo aceptar que le cuiden.

—Ninguno de vosotros sabe.

Leonardo inclinó la cabeza, aceptando la crítica.

—¿Y tú sí?

Pensé en la vida que me había construido, en las noches en soledad y en cómo convertía la independencia en protección cada vez que alguien se acercaba.

—Yo tampoco mucho.

Dejó el plato sobre la mesa y me cogió la mano, acariciándome los nudillos con el pulgar.

—Podemos aprender sin tener que decidirlo todo hoy.

La frase no parecía un intento de convencerme de que me quedara. Era solo una posibilidad ofrecida con margen suficiente para que yo la rechazara.

—Me quedaré a dormir aquí —respondí, entrelazando mis dedos con los suyos—. Pero no porque Helena esté con su madre, ni porque eso nos convierta en algo definido.

—Entendido.

—Y mañana no quiero que actúes como si lo hubiéramos resuelto todo.

—No voy a actuar.

Me acerqué y lo besé de nuevo, sintiendo el sabor de la cena y de nuestro deseo, interrumpiendo la respuesta antes de que el exceso de prudencia volviera a irritarme.

Aquella noche, me quedé dormida junto a Leonardo sin sentir que ocupaba el lugar de otra mujer. Laura seguía presente en las fotografías, en la habitación de Helena, en las historias y en el hombre que aún aprendía a superar el duelo. No necesitaba borrarla para existir, del mismo modo que no necesitaba ignorar mi rabia ni fingir que cinco años de dolor habían desaparecido.

Cuando Leonardo me rodeó la cintura por detrás y me preguntó en un susurro contra mi cuello si me parecía bien su caricia, me acurruqué contra su pecho y dejé que mi cuerpo se relajara.

Aún no éramos una promesa. Tampoco nos reducíamos ya a un error del pasado. Éramos dos personas intentando descubrir si la

confianza podía nacer precisamente allí donde, durante tanto tiempo, solo había habido silencio.



Capítulo 20

El mensaje de Hannah llegó poco después de las siete de la mañana, cuando yo todavía estaba en la cocina preparando café y observando a Beatriz buscar sus zapatos por el salón.

Había pasado la noche conmigo, pero la mañana no traía consigo la misma tensión que había acompañado nuestro primer encuentro. No había prisa por escapar, ni culpa silenciosa, ni la necesidad de fingir que lo que había ocurrido pudiera reducirse a una decisión impulsiva. Mi hija seguía en casa de mi madre, protegida por una mujer que había enviado suficientes fotografías para documentar cada toma, cada cambio de pañal y cada movimiento involuntario durante el sueño. Beatriz llevaba puesta mi camiseta, tenía el pelo revuelto y su expresión aún mostraba rastros del cansancio acumulado durante el empeoramiento de Davi.

La normalidad de aquella imagen me despertaba una satisfacción que no tenía derecho a convertir en esperanza.

—Tus zapatos están junto al sillón —le dije mientras le ponía una taza delante.

—Estaba segura de que los había dejado junto a la puerta. —Beatriz cruzó el salón y encontró el par donde se lo había indicado; luego me lanzó una mirada recelosa—. ¿Has cambiado de sitio?

—Casi tropiezo cuando fui a por agua de madrugada.

—Así que tu obsesión por el orden sigue intacta.

—Estoy intentando conservar solo las características útiles.

Ella sonrió y se sentó frente a la encimera, rodeando la taza con ambas manos. El aroma del café se extendía por el piso, mezclado con su perfume y el aroma lejano de la masa que se había quedado olvidada dentro de la olla. Por primera vez desde que murió Laura, la cocina no parecía un escenario abandonado entre biberones y recuerdos. Había movimiento, calor y una presencia que no intentaba sustituir a nadie.

Mi teléfono vibró sobre la encimera.

Hannah Nakamura:

Tengo que hablar con vosotros, con Beatriz y contigo, antes de que empiecen las consultas. En mi despacho, a las ocho. No lleguéis tarde.

Leí el mensaje dos veces, aunque su objetividad no permitía ninguna interpretación reconfortante.

Beatriz se dio cuenta del cambio en mi expresión.

—¿Le ha pasado algo a Helena?

—No. —Le entregué el móvil, y la tranquilidad de la mañana se desvaneció a medida que Beatriz leía. —Hannah quiere hablar con nosotras a las ocho.

Los ojos de Beatriz permanecieron fijos en la pantalla durante unos segundos.

—Lo sabe.

—Probablemente.

—¿Cómo se ha enterado?

La pregunta no tenía tono acusatorio, pero mi cuerpo reaccionó como si tuviera que encontrar inmediatamente al responsable. La gala, los pasillos, la cena en el piso y la forma en que habíamos empezado a acercarnos ofrecían oportunidades suficientes para que cualquiera se diera cuenta. Además, no quería volver a tratar nuestra relación como un secreto que había que proteger con mentiras.

—No importa cómo se haya enterado —respondí mientras apagaba la cafetera—. Si Hannah ha preguntado, tenemos que decirle la verdad.

Beatriz dejó el teléfono sobre la encimera.

—Es fácil decirlo ahora. Tú ya te has labrado una carrera, ocupas un puesto consolidado y no estás a punto de competir por la jefatura de pediatría.

El recuerdo de la vacante me hizo tensarme. El proceso aún no se había anunciado oficialmente, pero Marcos comentó que la actual jefa dejaría el cargo en los próximos meses y que Beatriz figuraba entre los nombres que se barajaban. Cualquier sospecha de influencia podría perjudicarla incluso antes de que se abriera el proceso de selección.

—No participaré en ninguna decisión relacionada con tu carrera.

—Tú participas en reuniones clínicas, comisiones y evaluaciones que abarcan todos los sectores. La mera presencia de tu nombre podría utilizarse en mi contra. —Beatriz apartó la taza,

aunque apenas había bebido. —Y está nuestra antigua relación, de cuando yo era residente y tú ya formabas parte del cuerpo clínico.

La vergüenza surgió acompañada del recuerdo de encuentros a escondidas, horarios fijados por mí y la falsa convicción de que el secreto protegía su carrera.

—Asumiré la responsabilidad por ello.

—No puedes decidir por tu cuenta qué se va a contar. —Beatriz se levantó, sujetándose la camiseta a la altura de los muslos, mientras me miraba con una firmeza que no dejaba lugar a dudas—. Esta historia también es mía.

—Tienes razón.

La respuesta alivió en parte la tensión, pero no la preocupación que se reflejaba en su rostro.

—No quiero que Hannah conozca detalles íntimos ni que convierta lo que pasó entre nosotros en un interrogatorio sobre mi conducta durante la residencia.

—No lo permitiré.

—No puedes prometer lo que hará otra persona.

Me di cuenta del error antes de que ella tuviera que señalarlo de nuevo.

—Entonces me quedaré a tu lado durante la conversación y solo responderé por lo que me concierne. Tú decidirás qué quieres compartir sobre tu parte.

Beatriz me observó durante unos segundos, valorando si realmente comprendía la diferencia.

—Es lo que necesito.

Salimos del piso poco después, cada uno en su coche, porque Beatriz no quería llegar conmigo y dar pie a comentarios antes de que la situación se formalizara. La decisión era sensata, aunque una parte de mí sentía la antigua irritación ante la necesidad de ocultar

algo. Tuve que recordarme a mí mismo que la discreción no era lo mismo que la vergüenza y que, aquella mañana, proteger su carrera exigía cautela hasta que se establecieran las reglas.

La oficina de Hannah estaba en la última planta administrativa, rodeada de paredes de cristal esmerilado y una antesala demasiado silenciosa para ser un hospital. Marcos ya estaba sentado frente al escritorio cuando entramos. El director administrativo tenía una carpeta abierta sobre las piernas, mientras que Hannah permanecía de pie junto a la ventana, vestida con un conjunto gris y con el pelo oscuro recogido en un moño impecable.

Nos indicó las sillas sin ofrecernos ningún saludo prolongado.

—He recibido una notificación sobre la relación personal que mantenéis. —Hannah ocupó su asiento detrás del escritorio y apoyó las manos sobre un maletín cerrado—. Antes de que discutamos las implicaciones, necesito preguntaros directamente si mantenéis una relación en la actualidad.

Beatriz y yo intercambiamos una breve mirada.

—Nos estamos acercando —respondí, con cuidado de no definir por ella algo que aún no habíamos definido entre nosotras—. Ha habido intimidad, pero no hemos establecido formalmente una relación.

Hannah se volvió hacia Beatriz.

—¿Esta descripción se ajusta a lo que tú consideras cierto?

—Sí. —Mantuvo la postura erguida, aunque tenía las manos fuertemente entrelazadas sobre el regazo—. Estamos intentando averiguar si existe la posibilidad de construir algo, pero todavía no somos pareja oficialmente.

Marcos tomó nota.

—El informe también menciona que hubo una relación durante la estancia de la doctora Beatriz —explicó, manteniendo un tono neutro—. ¿Es eso cierto?

El silencio que siguió pareció oprimir la sala.

—Es cierto —admití, dividido entre la vergüenza y la necesidad de dejar de ocultarlo—. Yo ya formaba parte del equipo clínico, y Beatriz era residente de pediatría.

Hannah se quitó las gafas y me miró.

—¿Tenías autoridad directa sobre su evaluación?

—No era su supervisor oficial, pero participaba en casos multidisciplinares, reuniones y debates que podían influir en la percepción profesional de su trabajo. La diferencia de posición existía, aunque no hubiera una subordinación directa.

Beatriz respiró hondo antes de añadir:

—La relación fue consensuada, pero se mantuvo en secreto. Al principio acepté mantener el secreto y luego le pedí a Leonardo que asumiera lo que había. Él puso fin a todo antes de que eso ocurriera.

Hannah mantuvo la mirada fija en ella.

—¿Te sentiste presionada profesionalmente para mantener la relación o para aceptar la ruptura?

—No me presionaron para mantener la relación. —Beatriz eligió las palabras con cuidado, y sentí el peso de cada una de ellas —. Sin embargo, la diferencia de posición contribuyó a que Leonardo controlara los horarios, los lugares y la forma en que nos relacionábamos. Cuando terminó, utilizó mi carrera como justificación y tomó la decisión sin permitirme participar.

Se me oprimió el pecho, pero no la interrumpí.

—¿Hubo algún tipo de trato de favor en evaluaciones, escalas, procedimientos u oportunidades? —preguntó Marcos.

—No —respondió Beatriz—. Al contrario, Leonardo evitaba reconocer mi trabajo públicamente, probablemente por miedo a que alguien sospechara.

—Eso es cierto —confirmé mientras mantenía la mirada fija en Hannah—. La hice invisible para proteger mi reputación y utilicé el conflicto ético como excusa solo cuando quise terminar la relación. La mayor responsabilidad era mía, porque yo tenía más experiencia, autoridad y poder institucional.

Hannah permaneció en silencio durante unos segundos, y la decepción en su expresión parecía más difícil de soportar que cualquier reprimenda.

—Tenías la obligación de declarar el conflicto en aquel momento.

—Lo sé.

—No, doctor Leonardo. —Su voz siguió siendo baja, pero adquirió una firmeza que me impidió responder de forma automática —. Saberlo ahora no cambia el hecho de que un médico con experiencia mantuviera una relación secreta con una residente y decidiera por su cuenta cuándo debía terminar. El consentimiento no elimina la asimetría profesional.

—Estoy de acuerdo.

—Y el hecho de estar de acuerdo tampoco zanja el asunto.

Marcos abrió la carpeta sobre la mesa.

—El hospital tendrá que dejar constancia formal de la relación actual y evaluar si la relación anterior requiere un análisis por parte de la comisión de ética interna. No estamos hablando necesariamente de una infracción disciplinaria grave, ya que no hubo supervisión directa y no hay denuncia de coacción ni de favoritismo. Aun así, no podemos ignorar el conflicto.

Beatriz se puso más tensa.

—¿Podría esto interferir en la selección para la jefatura de Pediatría?

Hannah no intentó suavizar la respuesta.

—Puede suscitar dudas. Precisamente por eso necesitamos transparencia y medidas de protección. Leonardo deberá abstenerse de participar en cualquier comisión, reunión o decisión que implique su candidatura, su evaluación profesional, el presupuesto de pediatría o el nombramiento de los jefes.

—Lo haré de inmediato.

Beatriz se volvió hacia mí.

—Tú formas parte del comité que debate la ampliación del ala.

—Me mantendré al margen de las decisiones relacionadas con su cargo y limitaré mi participación a las cuestiones técnicas de la neurología.

—Una retirada total podría perjudicar al proyecto —reflexionó Marcos—. Lo más adecuado será presentar la declaración de conflicto de intereses y establecer una recusación en asuntos concretos.

Hannah se volvió a poner las gafas.

—También quiero que se comunique esta relación a Recursos Humanos y a la comisión de integridad. No se dará a conocer al equipo, pero no permanecerá en secreto dentro de la estructura administrativa.

Beatriz exhaló lentamente.

—¿Y si decidimos que no existe ninguna relación?

—La relación actual ya se ha producido y debe registrarse porque ocupáis puestos de influencia dentro del mismo hospital. Si no continúa, la declaración se actualizará —Hannah apoyó los brazos sobre la mesa y nos observó—. Mi objetivo no es controlar la vida personal de dos adultos. Es impedir que las decisiones privadas comprometan la carrera de Beatriz, la autoridad de Leonardo o la confianza del equipo.

Aquella frase daba en el clavo con el miedo que yo había tenido años atrás, pero la diferencia radicaba en la forma de afrontarlo. En aquella época, traté el conflicto como una sentencia y excluí a Beatriz de la decisión. Ahora existían procedimientos, conversaciones y límites capaces de protegernos a ambos sin borrar lo que sentíamos.

—Quiero dejar constancia de que no participaré en ninguna decisión que pueda beneficiarla o perjudicarla —declaré, sintiendo la necesidad de dejar mi postura muy clara—. Tampoco comentaré la candidatura con otros miembros de la comisión ni ofreceré valoraciones informales.

Beatriz me miró, y me di cuenta de que no quería que convirtiera aquello en un gesto de sacrificio.

—Eso es una obligación ética, no una prueba de amor —afirmó, manteniendo la voz controlada.

—Lo sé —le sostuve la mirada—. No espero que lo interpretes de otra manera.

Hannah siguió el intercambio con atención.

—Esa distinción será esencial de ahora en adelante. No podéis permitir que las decisiones profesionales se utilicen para compensar errores emocionales o demostrar un cambio. El hospital no es escenario para la redención de nadie.

La dureza de la observación me impactó, pero tenía razón.

—Entendido.

La reunión continuó con instrucciones formales, documentos y la decisión de que la comisión evaluaría únicamente el posible conflicto, sin suspender ninguna de nuestras funciones. Cuando salimos, el pasillo administrativo estaba vacío, y la luz de la mañana se colaba por las ventanas, revelando partículas de polvo en el aire y el movimiento lejano de la ciudad.

Beatriz se dirigió al ascensor sin decir nada. La acompañé, pero mantuve una distancia prudente hasta que se cerraron las puertas.

—¿Estás bien? —le pregunté mientras observaba su reflejo en el espejo.

—No lo sé —Beatriz cruzó los brazos y mantuvo la mirada fija en el panel—. Una parte de mí se siente aliviada porque ya no tenemos que ocultarlo. Otra parte teme que mi carrera pueda verse afectada de nuevo por una decisión que tú tomaste hace años.

El dolor que transmitía esa frase era justificado.

—Si la comisión me llama, asumiré todo lo que hice.

—No quiero que mientas para protegerme ni que te hagas el único responsable de una relación consentida. —Se volvió hacia mí y la emoción endureció su expresión—. Yo era adulta y tomé mis decisiones. La diferencia es que tú tenías más poder y lo usaste para controlar cómo acabaría todo.

—Eso es exactamente lo que diré.

—¿Y si eso perjudica tu posición?

—Entonces será una consecuencia que tendré que asumir.

Beatriz apretó los labios.

—No conviertas esto en heroísmo.

—No lo estoy intentando. —Mantuve las manos a los lados del cuerpo, a pesar de las ganas que tenía de tocarla—. Heroísmo sería imaginar que asumirlo ahora borra el pasado. No lo borra. Solo evita que vuelva a ocultarlo.

Las puertas se abrieron en la planta de pediatría, pero ella no salió de inmediato.

—Necesito que, de ahora en adelante, no hables de mi candidatura con nadie. Ni para elogiarme, ni para defenderme.

—No lo haré.

—Tampoco quiero descubrir que has rechazado alguna oportunidad o cambiado una decisión profesional por mi culpa sin hablarlo conmigo.

Esa exigencia anticipaba un error que aún podría repetir.

—Si alguna decisión afecta a lo que estamos construyendo, hablaré contigo antes de tomarla.

Beatriz asintió, aunque su confianza aún parecía cautelosa.

—De acuerdo.

—¿Eso cambia lo que pasó ayer?

Me miró durante unos segundos.

—No convierte la noche en un error. Solo recuerda que lo que hay entre nosotros no ocurre al margen del resto de nuestras vidas.

—Estoy de acuerdo.

Esta vez, la palabra no pareció molestarla.

Beatriz salió del ascensor y caminó por el pasillo de pediatría sin mirar atrás. Me quedé dentro de la cabina hasta que se cerraron las puertas, con el peso de la reunión instalado sobre los hombros.

Durante años, creí que ocultar nuestra relación era la única forma de proteger nuestras carreras y reputaciones. La verdad era que el secreto me había protegido principalmente a mí, mientras que Beatriz soportaba sola la inseguridad, la invisibilidad y las consecuencias de la ruptura.

La transparencia no lo simplificaba todo. Generaba registros, límites, valoraciones y riesgos que preferiría evitar. También me obligaba a aceptar que el cambio personal no me otorgaba ninguna autoridad sobre su futuro profesional.

En neurología, Caio me esperaba con los resultados de un paciente, y la rutina volvió a imponerse antes de que pudiera

reorganizar completamente mis pensamientos. Pasé la mañana entre evaluaciones, discusiones y una reunión del equipo en la que Mariana cuestionó un tratamiento farmacológico delante de todos.

Tenía razón.

Reconocí su observación, ajusté la prescripción y continué con la discusión sin convertir el desafío en una afrenta. El gesto pareció insignificante, pero me di cuenta de cómo los residentes se relajaron tras él.

A primera hora de la tarde, recibí los documentos de declaración de conflicto enviados por Marcos. Leí cada línea, señalé mi retirada de las decisiones relacionadas con la carrera de Beatriz y firmé electrónicamente sin buscar la forma de reducir el alcance de las medidas.

No envié ningún mensaje para contárselo.

Ella no necesitaba recibir informes sobre cada acción correcta, y yo no quería convertir una obligación en una herramienta para acercarnos.

Poco después, Beatriz apareció en la puerta de la consulta. Llevaba su propia tableta en las manos y una expresión menos rígida que por la mañana.

—He firmado la declaración —informó mientras permanecía junto a la entrada.

—Yo también.

—Hannah nos ha pedido que participemos por separado en las próximas entrevistas con la comisión.

—De acuerdo.

Beatriz dudó antes de entrar.

—No me ha gustado nada de lo que he oído hoy.

—Ni debería.

—Pero me ha gustado no tener que mentir.

Me acerqué lo justo para que se diera cuenta de que estaba allí, sin impedir que retrocediera.

—A mí tampoco.

Respiró hondo.

—Hoy no puedo cenar contigo. Tengo que revisar el proyecto de pediatría y quiero hacerlo sola.

—Lo entiendo.

—Quizá mañana podamos tomar un café.

La propuesta fue discreta y cautelosa, pero era su decisión.

—Mañana me viene bien.

Beatriz asintió y se marchó, llevándose consigo la promesa limitada de un café, nada más.

Aun así, cuando volví a los pruebas, me di cuenta de que mi pecho estaba menos oprimido.

Por primera vez, nuestra relación existía fuera de las habitaciones, de los mensajes y de los espacios donde nadie pudiera verla. No era una declaración pública ni una garantía de futuro, pero ya no dependía del silencio para sobrevivir.

La verdad no nos protegía de todas las consecuencias. Solo impedía que volviera a elegir yo solo cuáles de ellas tendría que soportar Beatriz.



Capítulo 21

La convocatoria del proceso de selección para la jefatura de Pediatría se anunció una mañana de lunes, durante una reunión que se suponía que iba a tratar únicamente del turno del próximo trimestre y de la ampliación de la planta infantil.

Hannah entró en la sala acompañada de Marcos, con un maletín azul bajo el brazo y esa expresión serena que siempre precedía a las decisiones capaces de alterar la rutina de todo el hospital. Alrededor de la mesa, los médicos seguían ordenando historias clínicas, terminando el café y comentando los casos de la madrugada hasta que ella ocupó la silla a la cabecera. El silencio se hizo sin necesidad de pedirlo.

—Como algunos ya sabéis, la doctora Regina dejará la dirección de pediatría a finales del mes que viene. —Hannah apoyó la carpeta ante sí y recorrió con la mirada los rostros que rodeaban

la mesa. —La vacante se cubrirá mediante un proceso interno, con análisis del currículum, presentación de un proyecto de gestión y una entrevista ante una comisión formada por miembros de la junta directiva y profesionales externos al sector.

La noticia no debería sorprenderme. Regina llevaba semanas hablando de su jubilación, y Marcos ya había mencionado de manera informal que mi nombre figuraba entre los candidatos. Aun así, sentí un nudo en el estómago al darme cuenta de que la posibilidad dejaba de ser una conversación vaga y pasaba a materializarse en documentos, plazos y evaluaciones.

El puesto de jefa era algo que deseaba.

No solo por el cargo o por el reconocimiento, sino porque había pasado los últimos años identificando problemas que nadie parecía tener tiempo para solucionar. Quería integrar la pediatría con la oncología, ampliar el apoyo psicológico a las familias, crear protocolos para niños con enfermedades crónicas y convertir el proyecto de la nueva ala en un cambio real en la forma en que el São Gabriel atendía a sus pacientes más jóvenes. Deseaba participar en las decisiones antes de que se presentaran como hechos consumados y formar un equipo en el que los residentes no tuvieran que elegir entre aprender y sobrevivir al cansancio.

Durante mucho tiempo, había creído que la ambición era un rasgo que debía ocultar para no parecer agresiva, desagradecida o difícil. Afortunadamente, había dejado de pensar así.

—El plazo de inscripción se abre hoy y permanecerá abierto durante diez días —prosiguió Hannah, mientras Marcos repartía una copia del reglamento—. La declaración de conflicto de intereses que afecte a cualquier candidato se tendrá en cuenta a la hora de formar el tribunal, pero no supondrá un impedimento automático para participar.

Esa observación hizo que algunas personas miraran en mi dirección.

El gesto fue discreto, pero lo percibí. Lívia bajó inmediatamente la mirada hacia el documento, Thiago mantuvo una expresión neutra y Camila Siqueira, que participaba en la reunión como representante de cardiología clínica en el proyecto de la nueva ala, se recostó en la silla, observándome con un interés imposible de interpretar.

La declaración entre Leonardo y yo seguía siendo de carácter interno, pero los hospitales no eran lugares donde los secretos duraran mucho tiempo. Puede que la gente no conociera los detalles, pero un baile en la gala, los cafés compartidos y el cuidadoso cambio en la forma en que nos tratábamos ofrecían material suficiente para las conjeturas.

Hannah zanjó el tema y dirigió el resto de la reunión como si no acabara de poner ante mí una oportunidad que llevaba años esperando y una amenaza capaz de echarla por tierra incluso antes de que se concretara.

Cuando todos empezaron a levantarse, Thiago se quedó a mi lado.

—Te vas a presentar —afirmó mientras recogía sus propios papeles, sin dejar lugar a dudas.

—Tengo la intención de hacerlo.

—No me ha gustado ese «tengo intención». Parece la palabra que usa alguien que está preparando una lista de razones para echarse atrás.

—No voy a rendirme. —Guardé el reglamento en la carpeta e intenté ignorar la tensión que me tensaba los hombros—. Solo tengo que valorar cómo gestionará la comisión la declaración.

Thiago se ajustó la corbata, que ese día tenía dibujados unos pequeños dinosaurios con batas de laboratorio.

—La comisión apartará a Leonardo de cualquier decisión relacionada contigo, tal y como ya se ha determinado. El resto

deberá evaluarse en función de tu trabajo.

—Sabes que no será tan sencillo.

—Nunca es sencillo para una mujer asumir un puesto de liderazgo, sobre todo cuando hay un hombre importante al que todos pueden recurrir para explicar su éxito. —El humor desapareció de su rostro, dando paso a la firmeza que reservaba para los momentos en los que yo necesitaba una verdad sin rodeos. —Si no fuera Leonardo, encontrarían otra justificación. Demasiado joven, demasiado emocional, demasiado cercana a las familias o demasiado ambiciosa. No ofrezcas tu ausencia como solución al prejuicio de los demás.

Esas palabras me acompañaron mientras salíamos de la sala.

—Voy a inscribirme —confirmé, cada vez más segura de mi decisión—. Solo quiero que ninguna de sus actitudes se utilice para cuestionar mi mérito.

—Entonces habla con Leonardo antes de que se active su instinto de neurocirujano salvador.

—Está intentando no hacerlo.

—Los hombres pueden intentar muchas cosas y aun así fracasar de forma espectacular.

Thiago se despidió junto al ascensor y se dirigió a oncología. Davi seguía ingresado, pero ya respiraba sin aparatos y había vuelto a quejarse de los chistes malos, lo que todos interpretábamos como una señal de recuperación. Yo me dirigí a pediatría con el reglamento pegado al pecho y una lista cada vez más larga de tareas relacionadas con la candidatura.

Pasé la mañana atendiendo a pacientes y revisando el proyecto de gestión durante los breves descansos entre consultas. A primera hora de la tarde, encontré un mensaje de Leonardo.

Leonardo:

Hannah ha anunciado la vacante de jefe. Supongo que se presentará como candidata.

La cautela de la frase me hizo respirar hondo antes de responder.

Beatriz:

Lo haré.

Tardó unos minutos en volver a escribir.

Leonardo:

Estás preparada y tienes el mejor proyecto que conozco para el sector. No comentaré tu candidatura con nadie y me mantendré al margen de cualquier decisión.

No había ninguna oferta para revisar documentos, hablar con la comisión o defender mi candidatura. El reconocimiento venía acompañado de la condición que yo misma había exigido, y esa combinación despertó en mí una gratitud que preferí no plasmar en un mensaje largo.

Beatriz:

Gracias. Es justo lo que necesito.

Su respuesta no fue más que una confirmación de que lo había entendido.

Durante unas horas, logré creer que el proceso se desarrollaría de forma profesional.

La ilusión se esfumó cerca de las cuatro de la tarde, cuando salí de la habitación de un niño y oí voces dentro de la pequeña sala

de descanso situada junto al control de enfermería. La puerta estaba entreabierta, y habría seguido por el pasillo si no hubiera oído mi nombre con claridad.

—No digo que no sea competente —comentó una voz femenina que reconocí como la de Camila—. Pero, ¿tenemos que fingir que su relación con uno de los médicos más influyentes del hospital no tendrá ningún efecto?

Me detuve antes de llegar a la puerta; un calor desagradable me subió por el cuello.

—A Leonardo se le ha prohibido formalmente participar en la selección —respondió otra médica—. Hannah no permitiría ninguna interferencia.

—La influencia no se limita a una comisión. Participa en decisiones estratégicas, es cercano a Samuel y tiene acceso directo a la dirección. Además, todos hemos visto cómo de repente ha empezado a elogiar su trabajo.

La palabra «de repente» me dio justo donde la antigua invisibilidad aún me dolía.

Durante años, Leonardo evitó reconocer mi trabajo para que nadie se diera cuenta de lo que había entre nosotros. En ese momento, cuando por fin decía la verdad, ese reconocimiento podía interpretarse como un trato de favor.

Entré en la cocina antes de que tuviera tiempo de decidir si debía seguir escuchando.

Camila estaba junto a la encimera con una taza en las manos, acompañada por una pediatra llamada Giovanna, que inmediatamente apartó la mirada. El espacio era estrecho, iluminado por luces frías, con olor a café recalentado y comida calentada en el microondas. Mi presencia pareció quitar el poco aire que había allí.

—No hace falta que paréis porque haya entrado —declaré, mientras cerraba la puerta tras de mí—. Me gustaría escuchar

exactamente qué parte de mi candidatura consideráis que es resultado de la influencia de Leonardo.

Camila dejó la taza sobre la encimera y recuperó la compostura rápidamente.

—No he cuestionado tu competencia.

—Has cuestionado si mi relación interferirá en el proceso y has utilizado sus elogios como prueba.

—Es una preocupación legítima.

—Sería legítima si Leonardo formara parte de la comisión, tuviera autoridad sobre mi evaluación o interfiriera en la selección. Ninguna de esas cosas va a suceder.

—La influencia institucional no desaparece solo porque alguien haya firmado un documento. —Camila cruzó los brazos, sosteniendo mi mirada. —Si consigues la plaza, siempre habrá quien diga que has tenido ayuda.

—¿Entonces la solución sería no presentarme?

—No he dicho eso.

—Pero has insinuado que cualquier resultado favorable será sospechoso por culpa del hombre con el que mantengo una relación. —Mantuve la voz controlada, aunque sentía que el corazón me latía con fuerza—. Curiosamente, nadie cuestionó si el matrimonio de Regina con un cirujano influyente influyó en los quince años que ocupó el cargo.

Giovanna se movió, incómoda.

—La situación es diferente porque vosotros empezasteis durante su residencia.

Esa observación hizo que la tensión aumentara.

—Una relación consensuada en la que existía una asimetría profesional que ya se ha declarado y que será evaluada por la comisión de integridad —respondí, mientras me obligaba a no dar

marcha atrás—. Leonardo no era mi supervisor, nunca me evaluó formalmente y no participó en decisiones que me beneficiaran. Al contrario, la relación me hizo invisible durante años.

Camila respiró hondo.

—No tengo nada en tu contra, Beatriz. Solo creo que debemos reconocer cómo se percibirá esto.

—Lo reconozco perfectamente. Lo que no voy a aceptar es que esa apariencia se trate como prueba de favoritismo antes de que se presente mi proyecto.

La puerta se abrió a mis espaldas.

Leonardo se quedó en la entrada, con un expediente en la mano y acompañado por Caio. Por la rigidez de su expresión, quedó claro que había oído lo suficiente de la conversación. Sus ojos me rozaron antes de posarse en Camila.

—Si hay alguna duda sobre mi conducta, pueden dirigírsela a mí —afirmó, y su tono bajo transmitía la autoridad que tantas veces había utilizado para zanjar discusiones.

Se me hizo un nudo en el estómago.

Era exactamente lo que temía.

—Leonardo, no —le supliqué mientras me volvía hacia él.

No apartó la mirada de Camila.

—Mi declaración de recusación está registrada. No he participado ni participaré en ninguna decisión relacionada con la carrera de Beatriz. Insinuar lo contrario sin pruebas...

—Ya basta. —La palabra salió con más firmeza de la que pretendía, interrumpiéndole delante de todos. Me acerqué hasta situarme entre él y las dos médicas. La ira se mezcló con el miedo a que cada frase suya confirmara la versión que yo intentaba rebatir. —No necesito que me defiendas.

La expresión de Leonardo cambió.

—Ella está cuestionando su integridad.

—Y yo estoy respondiendo.

—Beatriz...

—No. —Mantuve la mirada fija en él, aunque era consciente de que Caio, Camila y Renata nos observaban. —Cada vez que cruzas una sala para protegerme, les das exactamente el argumento que están buscando. Parece que necesito tu autoridad para respaldar mi trabajo.

La comprensión se reflejó en su rostro, acompañada de un malestar visible.

—No era mi intención.

—Lo sé, pero la intención no cambia el efecto.

El silencio hizo que la sala pareciera aún más pequeña.

Leonardo bajó la historia clínica y respiró hondo, luchando contra el impulso de continuar.

—Tienes razón. —Su voz perdió la rigidez y se dirigió a mí, no a Camila—. Perdona por entrometerme.

Esa confesión delante de todos me sorprendió.

Dio un paso atrás y miró a Caio.

—Vamos a terminar la evaluación del paciente.

Caio asintió, y los dos se alejaron por el pasillo sin que Leonardo intentara añadir una defensa, una mirada significativa o cualquier gesto que transformara la retirada en un sacrificio.

Me volví hacia Camila.

—Voy a presentar mi candidatura, mi currículum y un proyecto que llevo desarrollando desde antes de que Leonardo volviera al hospital. La comisión tendrá acceso a los registros del conflicto y podrá evaluar cada medida de protección. Si hay alguna

prueba de favoritismo, deberá presentarla formalmente. Si no la hay, espero que dejes de tratar una sospecha como si fuera un hecho.

Camila permaneció en silencio durante unos segundos.

—Entendido.

No hubo ninguna disculpa, pero tampoco la esperaba. Abrí la puerta y salí antes de que la emoción que me oprimía la garganta se hiciera evidente.

Caminé hasta la consulta, me encerré en el baño y apoyé las manos sobre el lavabo. El espejo me devolvió un rostro tenso, las mejillas enrojecidas y los ojos brillantes de una ira que traía consigo un dolor antiguo.

Sabía que eso iba a pasar.

Aun así, oír que mi mérito se vinculaba al hombre que durante años se había negado a reconocerlo me parecía una forma particular de injusticia. Cuando Leonardo me ocultaba, yo no existía. Ahora que me veía, su atención podía servir para menospreciar todo lo que había construido sin él.

Respiré lentamente hasta que el pecho dejó de parecerme demasiado oprimido.

No me rendiría.

Presenté mi candidatura esa misma tarde.

Adjunté el currículum, el proyecto preliminar y una declaración personal en la que reconocía el conflicto de intereses, las medidas adoptadas y mi conformidad con un tribunal independiente. Cuando hice clic para enviarlo, todavía me temblaban las manos, pero la decisión parecía más firme que por la mañana.

Leonardo me esperaba junto al jardín interior cuando terminé mi turno. No se acercó hasta que me detuve frente a él.

—¿Te ha dicho Caio dónde estaba? —le pregunté.

—No. He esperado aquí porque sabía que saldrías por este pasillo. Si no quieres hablar, me voy.

—Podemos hablar.

Nos sentamos en extremos opuestos del banco. El cielo del atardecer teñía el cristal de un tono anaranjado, y el sonido de la fuente llenaba el espacio entre nosotros.

—Me equivoqué —admitió Leonardo mientras mantenía las manos juntas—. Escuché lo que decía Camila y reaccioné como si la autoridad pudiera resolverlo.

—Era justo lo que ella necesitaba para demostrar que te entrometerías.

—Lo sé.

—No quiero pasarme la vida impidiéndote que intentes salvarme de cosas a las que puedo enfrentarme yo misma.

—No deberías tener que hacerlo. —Me miró a la cara, dejando que la vergüenza aflorara sin defensas—. Mi cambio no puede consistir solo en preguntarte qué quieres cuando estamos a solas. Tengo que respetar tus decisiones cuando no estoy de acuerdo con la forma en que decides protegerte.

La precisión de la frase atenuó parte de mi enfado.

—No quería que te callaras porque estuvieras de acuerdo con ella.

—No estaba de acuerdo.

—Quería que confiaras en que yo sería capaz de responder.

Leonardo asintió.

—La próxima vez, esperaré a que pidas ayuda.

—Quizá nunca te la pida.

—Entonces tendré que aceptarlo.

Observé su rostro, buscando el resentimiento que el antiguo Leonardo habría ocultado bajo una aceptación temporal. No lo encontré.

—He enviado la solicitud —le dije, sintiendo que la tensión se aliviaba un poco.

La satisfacción se reflejó en sus ojos, pero se contuvo de hacer cualquier elogio exagerado.

—Me alegro.

—¿Solo eso?

Se le dibujó una sonrisa discreta.

—Tengo muchas opiniones sobre tu competencia, pero me han aconsejado que no interfiera.

La respuesta me arrancó una risa ahogada.

—Puedes decir que estás orgulloso cuando estemos a solas.

—Estoy muy orgulloso.

Esa sinceridad me reconfortó el corazón, aunque sabía que los días siguientes serían difíciles.

Leonardo no me tocó la mano ni intentó convertir la conversación en una reconciliación. Se quedó a mi lado, mientras la luz se atenuaba sobre el jardín y el hospital seguía funcionando a nuestro alrededor.

No necesitaba que luchara por mí, sino que creyera en mi capacidad para luchar y se mantuviera lo suficientemente cerca como para que pudiera elegirlo cuando deseara compañía.

Aquella tarde, por fin empezó a comprender la diferencia.



Capítulo 22

La propuesta de São Paulo llegó tres días después de que Beatriz enviara su candidatura para la jefatura de pediatría.

Augusto llamó a primera hora de la mañana, mientras yo acompañaba a Caio durante la evaluación de un paciente que había presentado una pérdida repentina de fuerza en el brazo izquierdo. El pasillo de neurología estaba a rebosar: enfermeros actualizando recetas, residentes discutiendo resultados de pruebas frente a las pantallas y el ruido constante de los teléfonos mezclado con las voces que resonaban por la sala. Cuando apareció su nombre en el teléfono, pensé en ignorarlo hasta que terminara la consulta, pero una segunda llamada inmediata me indicó que no se trataba de una conversación trivial.

Le pedí a Caio que terminara el examen y me retiré a una sala vacía.

—El paciente con cavernoma recibió el alta de la UCI ayer —informó Augusto en cuanto contesté, prescindiendo de cualquier introducción—. Rafael gestionó bien el caso, y su participación en la planificación se mencionó en el informe.

—Se merecía ese reconocimiento.

—Estoy de acuerdo, pero no te llamo solo por eso. —Su voz perdió parte de su habitual prisa y adquirió un tono más mesurado —. El instituto va a crear una dirección clínica para el nuevo centro de neurocirugía. Quiero que la asumas.

La frase quedó en el aire durante unos segundos sin provocar una reacción inmediata. El aire acondicionado de la sala soplaba directamente sobre mi cara, trayendo el olor frío de un ambiente poco utilizado, mientras que los ruidos del pasillo parecían lejanos tras la puerta cerrada.

—¿Dirección clínica? —pregunté, aunque lo había entendido perfectamente.

—La dirección del centro, la formación del equipo, la investigación, la captación de casos internacionales y la participación en las cirugías más complejas. Tendrás autonomía para elegir a los coordinadores y definir los protocolos. El sueldo es casi el doble de lo que cobras en São Gabriel, además de la participación en los proyectos de investigación.

Durante años, esa habría sido la propuesta que había estado esperando.

No solo representaba prestigio o dinero. Era la oportunidad de crear un servicio completo según mis criterios, reunir a profesionales altamente especializados y participar en procedimientos que rara vez llegaban a Belo Horizonte. El puesto me situaría entre los principales nombres de la neurocirugía del país y me abriría caminos internacionales que había pasado gran parte de mi carrera intentando alcanzar.

Mi cuerpo reaccionó antes de que surgiera cualquier reflexión. Sentí cómo mi atención se agudizaba, mi corazón se aceleraba y una energía familiar ocupaba el lugar del cansancio, como siempre ocurría ante un reto profesional capaz de cambiarlo todo.

Entonces pensé en Helena, en el piso, en la rutina que empezábamos a construir y en cómo mi hija reconocía mi voz cuando entraba en la habitación. Me acordé de mi madre, que acababa de volver de un viaje y ya estaba reorganizando su vida para ayudarme. Por último, la imagen de Beatriz se apoderó de mi mente: ella en el proceso de selección para el puesto de jefa y en la conversación en la que le prometí no tomar ninguna decisión que pudiera afectar a lo que estábamos construyendo sin incluirla.

—Tengo que pensarlo —respondí mientras me acercaba a la estrecha ventana del salón—. No puedo aceptarlo ahora.

—No te estoy pidiendo que te mudes mañana. El centro empezará a funcionar a pleno rendimiento dentro de cuatro meses, y podemos organizar una transición.

—Helena tiene poco más de un mes.

—São Paulo cuenta con excelentes pediatras, niñeras y colegios cuando llegue el momento.

La facilidad con la que reorganizaba la vida de mi hija despertó en mí una irritación que probablemente debería haber dirigido hacia mí mismo, porque esa era exactamente la forma en que yo solía pensar.

—No se trata solo de encontrar servicios adecuados.

—¿Hay otra persona?

La pregunta directa hizo que se me tensaran los hombros.

—Mi vida personal no forma parte de la negociación.

—Sí lo es cuando es la única razón por la que dudas ante una oportunidad que habrías perseguido hace unos años. —Augusto

soltó un suspiro entrecortado—. No hace falta que me des detalles. Simplemente no eches a perder la propuesta por culpa o por miedo.

La palabra «culpa» tocó un punto sensible.

No rechazaría São Paulo para compensar la muerte de Laura, demostrar que era un buen padre o mostrarle a Beatriz que estaba cambiando. Tampoco debería aceptarla solo para demostrar que el duelo y la paternidad no habían mermado mi ambición.

—Envíame todo por escrito —le pedí mientras mantenía la mirada fija en el aparcamiento que se extendía a mis pies—. Quiero evaluar las condiciones, el plazo de transición y la posibilidad de seguir trabajando de alguna forma en Belo Horizonte.

—Puedo enviarlo hoy mismo. Necesito una respuesta preliminar en dos semanas.

—De acuerdo.

Colgué el teléfono y me quedé frente a la ventana con el teléfono aún en la mano.

Debería decírselo a Beatriz ese mismo día.

La conclusión surgió de inmediato, acompañada del recuerdo exacto de la promesa que le había hecho en el ascensor. Cualquier decisión que afectara a lo que estábamos construyendo se discutiría antes. La propuesta encajaba sin duda en esa definición, aunque yo aún no hubiera decidido si aceptarla o rechazarla.

Aun así, una parte de mí se resistía.

Beatriz se enfrentaba al proceso de selección para el puesto directivo, a los comentarios sobre favoritismo y a la necesidad de demostrar que su carrera no dependía de mí. Contárselo en ese momento podría hacer que interpretara la propuesta como una prueba, una amenaza o un intento de obligarla a plantearse un cambio antes incluso de saber si yo deseaba el puesto.

Quizá fuera mejor analizar primero todas las posibilidades.

Podría analizar el contrato, negociar estancias en Belo Horizonte y averiguar si existía un modelo híbrido que no exigiera un traslado inmediato. Cuando tuviera toda la información, hablaría con ella sin cargarle sobre los hombros un problema indefinido.

El razonamiento parecía prudente.

También se parecía peligrosamente a todos los argumentos que había utilizado en el pasado para decidir por mi cuenta.

La puerta se abrió y Caio apareció con la historia clínica del paciente.

—La exploración ha terminado. La fuerza ha empezado a mejorar, pero sigue habiendo pérdida de coordinación. He solicitado una resonancia magnética y he avisado al especialista vascular.

Guardé el teléfono y volví al trabajo.

—Has hecho lo correcto. También quiero una evaluación de fisioterapia hoy mismo.

Caio asintió, pero siguió observándome.

—¿Ha pasado algo?

—Me han hecho una oferta de trabajo.

—¿Es buena?

Pensé en el centro de São Paulo, en el sueldo y en la posibilidad de dirigir mi propio equipo.

—Muy buena.

—Entonces, ¿por qué pareces enfadado?

La pregunta me habría molestado unos meses antes, pero yo mismo había creado un ambiente en el que los residentes debían hablar cuando percibieran algo relevante. No podía exigir franqueza solo cuando me convenía.

—Porque una buena oportunidad también puede acarrear problemas.

Caio se ajustó la historia clínica contra el cuerpo.

—¿La vas a aceptar?

—Todavía no lo sé.

—Usted suele decidirlo rápidamente.

—Estoy intentando aprender a no confundir la rapidez con la certeza.

Asintió, aunque probablemente no lo entendiera del todo.

Pasé el resto de la mañana entre consultas y debates clínicos, pero la propuesta seguía ocupando parte de mi atención. En cada descanso, imaginaba posibles modelos. Podría trabajar tres días a la semana en São Paulo, mantener un equipo fijo en Belo Horizonte y viajar solo para cirugías específicas. Quizá asumir la dirección durante un periodo inicial y luego delegar parte de las funciones administrativas.

Todas las alternativas dependían de negociaciones que aún no había iniciado.

Poco después de comer, llegó el documento por correo electrónico. El contrato preliminar tenía casi cuarenta páginas, acompañado de una presentación del centro, un calendario de inauguración y previsiones de investigación. Leí rápidamente las condiciones y sentí cómo crecía mi entusiasmo profesional a medida que me daba cuenta de la envergadura del proyecto.

El puesto exigía estar la mayor parte del tiempo en São Paulo. La flexibilidad era menor de lo que Augusto había sugerido.

Cerré el archivo cuando alguien llamó a la puerta.

Beatriz entró con dos tazas de café y una carpeta con el proyecto de pediatría. Llevaba el pelo recogido en una coleta baja, y el cansancio bajo sus ojos delataba que se había pasado buena parte de la noche revisando documentos.

—He traído café porque necesito tu opinión sobre algo que no tiene que ver con mi candidatura —explicó mientras colocaba una de las tazas sobre la mesa—. Antes de que te preocupes, se trata de un protocolo clínico de la nueva ala, y Marcos ya ha autorizado tu participación.

Su cautela me arrancó una breve sonrisa.

—De acuerdo. Muéstrame.

Beatriz se sentó en la silla frente a mí y abrió la carpeta en una sección dedicada a pacientes pediátricos con enfermedades neurológicas crónicas. Quería crear un flujo integrado para niños con epilepsia, hidrocefalia, tumores y secuelas neurológicas, evitando que las familias tuvieran que ir de una consulta a otra sin coordinación.

Mientras explicaba el proyecto, sus ojos se iluminaban de una forma que siempre me había impresionado. Beatriz no hablaba solo de estructura, presupuesto o eficiencia. Pensaba en las madres que faltaban al trabajo, en los padres que no entendían las instrucciones, en los niños asustados ante diferentes profesionales y en los residentes que necesitaban aprender a ver a un paciente más allá de su propia especialidad.

Sería una jefa excelente.

Esa constatación vino acompañada de la imagen de una mudanza a São Paulo. No había motivo alguno para imaginar que Beatriz abandonaría la candidatura o el proyecto por mí, y yo nunca debería esperar eso. Si aceptaba la propuesta, nuestra relación se enfrentaría a la distancia, a los viajes y a decisiones que ninguno de los dos estábamos preparados para plantearnos.

—¿Leonardo? —Su voz interrumpió mis pensamientos—. ¿Me estás escuchando?

—Sí... Lo siento.

—Pareces ausente desde que he entrado.

Miré el contrato abierto en el ordenador, oculto únicamente por la ventana de la historia clínica.

Era el momento adecuado para contárselo.

Bastaba con decir que había recibido una oferta y que aún no sabía qué haría. Beatriz no exigiría una decisión inmediata. Solo me pediría que no la dejara al margen.

—Ha sido una mañana complicada —respondí, odiando esa mentira a medias en cuanto salió de mi boca—. Nos ha llegado un caso vascular y he tenido que reorganizar el equipo.

Beatriz me observó durante unos segundos, como si intuyera que había algo más, pero no insistió.

—Podemos dejarlo para otro momento.

—No. El protocolo está bien. —Volví a centrar mi atención en el documento y me obligué a participar en la discusión—. Solo añadiría una evaluación neuropsicológica antes del alta en los casos de hospitalización prolongada y contacto directo con fisioterapia.

Ella tomó algunas notas.

—También he pensado en involucrar a Miguel en los casos en los que la afección provoque cambios de comportamiento o dificultades de adaptación.

—Tiene sentido.

Continuamos durante casi media hora. Cuando terminó, Beatriz cerró la carpeta y se quedó sentada.

—¿Puedo preguntarte algo que no tiene que ver con el trabajo?

La tensión volvió a aparecer.

—Claro.

—¿Te arrepientes de lo que hay entre nosotros?

La pregunta me pilló por sorpresa.

—No.

—Entonces, ¿por qué parece que te estás alejando?

—No lo estoy haciendo.

—Hoy no me has mirado de verdad desde que entré. —Tocó el borde del vaso, manteniendo la voz controlada, aunque su vulnerabilidad era evidente—. Sé que no hemos definido nuestra relación, pero no quiero descubrir que el silencio ha vuelto a ser tu forma de organizarlo todo por tu cuenta.

La precisión de su observación hizo que la culpa se instalara bajo mis costillas.

Debería contárselo.

—No estoy organizando nada sobre nosotros —respondí, eligiendo una frase técnicamente cierta pero emocionalmente deshonesta—. Solo tengo algunos asuntos profesionales que resolver.

—¿Qué asuntos?

Dudé demasiado tiempo.

—Aún no están claras. Cuando lo estén, hablaremos.

La expresión de Beatriz cambió.

No había ira inmediata, solo un retroceso cauteloso.

—Esto parece como si ya se estuviera tomando una decisión sin mí.

—No hay ninguna decisión.

—Pero hay algo.

—Hay una oportunidad profesional. Todavía estoy recabando información.

—¿Y no puedes decirme cuál es?

La pregunta dejaba poco margen para seguir ocultándolo, pero el miedo a dar un paso tan grande antes de tener una alternativa organizada todavía parecía razonable.

—Prefiero entender el alcance antes de hablar de ello.

Beatriz se levantó despacio.

—Claro.

La frialdad de la respuesta me oprimió el pecho.

—No estoy intentando excluirte.

—Quizá no lo estés intentando. —Recogió el maletín y lo apretó contra su cuerpo—. Pero ya lo estás haciendo.

—Beatriz...

—Tengo que volver a pediatría. —Se dirigió a la puerta, pero se detuvo antes de salir—. No quiero participar solo cuando ya hayas organizado todas las opciones y hayas elegido las que consideras aceptables. Si algo puede afectar a lo que estamos construyendo, deberías saberlo antes de que se convierta en un plan.

—Todavía no es un plan.

—Entonces debería ser más fácil contármelo.

La puerta se cerró antes de que pudiera responder.

Me quedé sentado, sintiendo la vieja necesidad de correr tras ella, explicarle las cosas y disipar el malestar antes de que creciera. No lo hice, porque aún creía que una conversación incompleta podría generar más miedo que claridad.

También porque una parte de mí seguía convencida de que podría resolverlo todo por mi cuenta y presentarle a Beatriz una única solución.

A última hora de la tarde, llamé a Augusto.

—Quiero hablar de un modelo en el que me quede parte de la semana en Belo Horizonte —le dije en cuanto contestó—. No puedo

comprometerme a estar todo el tiempo en São Paulo.

—Eso reduce bastante la autoridad del cargo.

—Entonces cambia la estructura. Puedo dirigir protocolos, investigación y cirugías complejas, pero no voy a cambiar a mi hija en este momento.

—¿Y la otra persona?

—No forma parte de esta negociación.

—Sí que forma parte, aunque no menciones el nombre.

Hice caso omiso de ese comentario.

—Envía una propuesta con tres días presenciales alternos, participación a distancia en las reuniones administrativas y autonomía para formar un equipo local.

—Puedo intentarlo, pero puede que el consejo no lo acepte.

—Entonces no aceptaré el cargo.

La frase salió con firmeza, aunque aún no sabía si realmente estaba preparado para cumplirla.

Pasamos casi una hora discutiendo condiciones, viajes y responsabilidades. Cuando terminé, sentí la falsa tranquilidad de quien cree haber avanzado hacia una solución.

No me di cuenta de que Marcos seguía fuera de la sala.

Entró unos minutos después, con unos documentos de la dirección y una expresión pensativa.

—¿Estabas hablando con el Instituto Nacional? —preguntó mientras dejaba las carpetas sobre la mesa.

No había motivo para mentir.

—Sí.

—¿Sobre la junta directiva del nuevo centro?

Levanté la vista.

—¿Cómo lo sabes?

—Augusto llamó a Hannah para pedirle referencias institucionales antes de hablar contigo. —Marcos cruzó los brazos y se apoyó en el borde de la mesa—. Ella supuso que ya se lo habías contado a Beatriz.

Una sensación de incomodidad se extendió por mi pecho.

—Todavía no le he contado todos los detalles.

—Entonces quizá deberías hacerlo antes de que alguien se lo mencione delante de ella.

—Estoy negociando una fórmula que no requiera ningún cambio.

—¿Sabe ella que hay una oferta en São Paulo?

—Sabe que estoy valorando una oportunidad profesional.

Marcos me observó durante unos segundos, y su silencio transmitía más juicio que cualquier comentario.

—¿Te das cuenta de que estás repitiendo exactamente el mismo comportamiento que decías haber cambiado?

La irritación surgió de inmediato.

—No he tomado ninguna decisión.

—No hace falta que aceptes el puesto para excluir a alguien. Basta con llevar a cabo por tu cuenta una negociación que afecta al futuro de la relación y contarlo solo cuando hayas elegido las opciones que consideras viables.

—No quiero presionarla durante la candidatura.

—Esa es una decisión suya, no tuya.

Esa frase dio en el clavo en un punto que yo intentaba eludir.

—Quiero ofrecer una alternativa concreta, no un problema indefinido.

—Las personas que están en una relación no solo participan en las soluciones. También participan en la incertidumbre.

Desvié la mirada hacia el ordenador, donde seguía abierto el contrato.

—Todavía no somos exactamente una pareja.

—Entonces quizá deberías preguntarle cómo define ella lo que hay entre vosotros antes de utilizar la falta de una etiqueta como justificación para decidir por tu cuenta.

Marcos cogió una de las carpetas y se dirigió a la puerta.

—Hannah hablará contigo mañana sobre la referencia. Espero que Beatriz escuche la propuesta por ti antes de eso.

Salió, dejándome solo con una verdad que ya conocía desde esa misma mañana.

Cogí el teléfono y abrí la conversación con Beatriz. Le escribí que la oferta era un puesto de dirección clínica en São Paulo, que no la había aceptado y que estaba intentando negociar un modelo híbrido.

Antes de enviarla, me imaginé cómo se le parecería el mensaje después de que ella me hubiera preguntado directamente y solo hubiera recibido respuestas evasivas.

No era una información que debiera transmitirse por mensaje de texto.

Fui a pediatría, pero Lívia me informó de que Beatriz estaba en una reunión con la comisión de dirección y que después se dirigiría a una evaluación externa. No estaría disponible hasta última hora de la noche.

Podría esperar.

El problema era que, una vez más, el tiempo empezaba a jugar en mi contra.

A la mañana siguiente, asistí a una reunión administrativa para debatir la seguridad de los residentes. Beatriz estaba presente como representante de pediatría, sentada entre Thiago y Aline. Mantenía una actitud profesional y no miró en mi dirección más allá del saludo de rigor.

Marcos estaba repartiendo documentos cuando entró Hannah.

—Antes de empezar, necesito confirmar una información sobre la posible marcha del doctor Leonardo a São Paulo —comentó mientras organizaba las hojas que tenía delante—. El instituto ha solicitado referencias para una dirección clínica, y eso puede afectar a la planificación de los equipos.

El silencio que se hizo pareció vaciar la sala de aire.

Beatriz alzó la vista hacia mí.

La sorpresa en su rostro desapareció rápidamente, sustituida por un dolor que reconocí antes de que se pronunciara palabra alguna.

—¿Dirección clínica? —preguntó, manteniendo la voz tan controlada que se volvió aún más difícil de soportar.

Hannah se dio cuenta inmediatamente del error.

—Supuse que ya lo sabías.

Beatriz siguió mirándome.

—Él mencionó una posibilidad profesional. No dijo que implicara un traslado a São Paulo.

—Aún no lo he aceptado —expliqué, consciente de que todas las miradas se dirigían hacia nosotros—. Estoy negociando unas condiciones que me permitan quedarme en Belo Horizonte.

—Ya estás negociando.

La frase no era una pregunta.

—Sí.

El dolor dio paso a una expresión cerrada que yo conocía demasiado bien.

—Podemos hablar más tarde —sugerí, odiando que eso sonara exactamente igual que todas las veces que le había pedido que esperara hasta que tuviera claras mis decisiones.

Beatriz recogió la tableta de la mesa.

—No hace falta interrumpir la reunión. Al fin y al cabo, por lo que he entendido, la planificación de los equipos ya tiene que tener en cuenta una posibilidad que yo ni siquiera sabía cuál era.

Thiago le tocó discretamente el brazo, pero Beatriz apartó la mano con delicadeza.

Hannah intentó retomar el tema administrativo, reconociendo que la mención no significaba aceptación. La reunión continuó, pero yo casi no escuché el resto. Beatriz intervino cuando fue necesario, hizo observaciones sobre pediatría y mantuvo una actitud impecablemente profesional.

No volvió a mirarme.

Cuando todos empezaron a salir, me acerqué antes de que ella llegara a la puerta.

—Beatriz, por favor.

Se detuvo, pero no se dio la vuelta de inmediato.

—No he aceptado el puesto.

—Ese nunca fue el problema.

—Quería averiguar si había alguna forma de compaginarlo antes de preocuparte.

Por fin, me miró a los ojos.

—¿Todavía crees que puedes decidir lo que debo saber basándote en lo que te parece preocupante?

—Estaba intentando proteger tu candidatura.

—Mi candidatura no me impide participar en mi propia vida. —La voz se mantuvo baja, pero cada palabra transmitía una firmeza dolorosa—. Prometiste que hablarías conmigo antes de tomar cualquier decisión que afectara a lo que estamos construyendo. En lugar de eso, recibiste una propuesta, analizaste las condiciones, negociaste un modelo y esperaste hasta que te viniera bien contármelo.

—Tenía intención de hablar contigo ayer.

—Después de que te lo preguntara directamente y decidieras no responder.

No había justificación alguna capaz de cambiar eso.

—Tienes razón.

Beatriz soltó un suspiro tembloroso.

—No quiero que estés de acuerdo sin más. Quiero saber por qué sigues haciendo eso.

La pregunta me obligó a dejar de lado todos los argumentos profesionales.

—Porque sigo creyendo que, si organizo todas las posibilidades, consigo evitar que alguien se vaya antes de que yo presente una solución.

Su expresión se suavizó lo justo para revelar tristeza.

—Y, mientras intentas impedir que me vaya, sigues dejándome al margen.

Extendí la mano, pero me detuve antes de tocarla.

—Puedo arreglarlo.

—Ahora no. —Beatriz dio un paso atrás—. Necesito pensar sin que intentes reorganizar mi reacción.

Se alejó por el pasillo.

Esta vez, no la seguí.

Me quedé frente a la sala vacía mientras el peso del contrato, de las negociaciones y de la promesa incumplida se cernía sobre mí. No había aceptado São Paulo, no había comprado billetes ni había planeado la mudanza. Aun así, repetí el error fundamental del pasado.

Excluí a Beatriz de la incertidumbre porque creía que solo yo debía cargar con ella hasta encontrar una respuesta.

A eso lo llamaba «cuidado». Para ella, seguía siendo «control».

En ese momento, comprendí que cambiar algunas actitudes no significaba haber eliminado el comportamiento que las generaba. Aprendí a pedir permiso antes de tocarla, a dar un paso atrás cuando ella necesitaba espacio y a reconocer sus méritos sin exigir recompensa. Pero, ante una decisión lo suficientemente importante como para ponerlo todo en peligro, volví al lugar que mejor conocía.

Había intentado elegir por mi cuenta qué posibilidades merecían existir y, al hacerlo, había convertido una propuesta profesional en una herida que no solo tenía que ver con São Paulo, sino con todos los futuros que Beatriz nunca había tenido permiso para discutir conmigo.



Capítulo 23

Me pasé el resto del día intentando trabajar como si no hubiera descubierto, ante una sala llena de gente, que Leonardo estaba negociando un traslado a São Paulo sin considerar necesario contármelo.

La pediatría no permitía distracciones prolongadas. Elisa presentó una nueva anomalía en los análisis, un niño llegó a urgencias con sospecha de meningitis y Lívia necesitaba ayuda para hablar con los padres de un niño al que acababan de diagnosticar epilepsia. En cada consulta, me obligué a mantener la compostura, observando los síntomas, explicando los procedimientos y tomando decisiones con la claridad que los pacientes esperaban de mí.

Aun así, bastaba un pequeño silencio para que la frase de Hannah volviera a mi mente. La posible marcha del doctor Leonardo a São Paulo.

No era solo una propuesta. Ya había evaluado las condiciones, discutido su propia permanencia en Belo Horizonte e iniciado una negociación sobre las condiciones del puesto. Mientras tanto, se sentó frente a mí, escuchó mis planes para la nueva ala y respondió que tenía cuestiones profesionales aún sin resolver, como si yo fuera incapaz de asimilar la verdad antes de que él la organizara.

El error no estaba en plantearse São Paulo.

Sabía lo que significaba esa oportunidad. Leonardo se había labrado una carrera para llegar a un puesto como aquel, y sería injusto esperar que lo rechazara sin pensarlo solo porque estábamos empezando a descubrir si aún existía alguna posibilidad entre nosotros.

El problema era que me había alejado de nuevo de la incertidumbre.

Él seguía creyendo que yo solo debía conocer las decisiones una vez que hubieran sido analizadas, simplificadas y presentadas de una forma que él considerara manejable. Yo no era una compañera en sus dudas. Era alguien que recibiría el resultado cuando Leonardo lo considerara seguro.

Al terminar el turno, encontré tres mensajes suyos.

En la primera, me pedía que habláramos. En la segunda, decía que no iría a mi piso sin permiso. En la última, me informaba de que estaría en casa por si decidía ir a buscarlo.

No le respondí de inmediato.

Me cambié de ropa en el vestuario, me lavé la cara y me quedé unos minutos frente al espejo, observando a la mujer cansada que me devolvía la mirada. Debería irme a casa, darme una ducha y esperar a que la ira perdiera la intensidad suficiente como para no controlar la conversación. Thiago probablemente me recomendaría que durmiera antes de decidir nada. Isabela diría que las discusiones importantes no deberían tener lugar cuando una de las personas todavía sentía ganas de lanzar una historia clínica contra la pared.

Aun así, necesitaba escuchar a Leonardo explicarme por qué seguía excluyéndome mientras afirmaba haber cambiado.

Le envié un mensaje diciéndole que iría al piso.

Él solo respondió que estaría esperándome.

De camino, Belo Horizonte parecía más ruidosa de lo habitual. El tráfico avanzaba a paso de tortuga por las avenidas, las motos se colaban entre los coches y el cielo encapotado anunciaba una lluvia que aún no había empezado. Mantuve las manos firmes sobre el volante mientras intentaba organizar todo lo que tenía que decir, pero cada argumento acababa mezclándose con el recuerdo de su cuerpo, de las noches que habíamos pasado juntos y de la confianza que había empezado a depositar en él.

Era esa mezcla la que agravaba la herida.

Si Leonardo siguiera siendo solo el hombre que me había abandonado cinco años antes, no me sentiría traicionada por sus decisiones actuales. La decepción se debía a que había empezado a creer que realmente estaba aprendiendo a tenerme en cuenta.

Cuando se abrió la puerta del piso, todavía llevaba la ropa del hospital, aunque se había dejado la bata en algún sitio. La camisa oscura tenía las mangas remangadas, el pelo seguía revuelto y el cansancio acentuaba las ojeras. No intentó tocarme ni decirme ninguna frase cariñosa antes de que entrara.

—¿Helena está con su madre? —pregunté mientras dejaba el bolso sobre el sillón.

—Sí. —Leonardo cerró la puerta y se quedó junto a la entrada, manteniendo una distancia que no aliviaba la tensión. —Le pedí que se quedara con ella porque no sabía cómo acabaría esta conversación y no quería utilizar a mi hija para impedir que te fueras.

La consideración era acertada, pero llegó demasiado tarde para calmar mi enfado.

—Al menos reconoces que ya lo has hecho antes.

—Reconozco muchas cosas demasiado tarde.

—Eso ya no es suficiente.

Leonardo asintió y señaló el salón.

—Podemos sentarnos.

—No quiero sentarme. —Crucé los brazos, sintiendo un nudo en el pecho y la respiración entrecortada, a pesar de todo el esfuerzo por mantener la voz controlada—. Quiero entender por qué me preguntaste si podías besarme, si podías tocarme e incluso si quería coger a tu hija en brazos, pero decidiste que una propuesta capaz de cambiar tu vida no tenía por qué ser compartida.

El dolor se reflejó en su rostro.

—Debería habértelo contado en cuanto lo recibí.

—Pero no me lo contaste.

—No.

—En lugar de eso, negociaste.

—Intenté encontrar una forma que no exigiera un cambio definitivo.

—Esa no es la cuestión. —Aleje los brazos del cuerpo y di unos pasos por la sala, incapaz de permanecer quieto—. Sigues hablando como si el problema fuera São Paulo. No esperaba que rechazases la propuesta por mí, Leonardo. Esperaba que me considerases parte de la conversación.

—Te tuve en cuenta.

La respuesta aumentó mi irritación.

—Pensar en cómo mi reacción podría entorpecer tus planes no significa tenerme en cuenta.

—No fue eso.

—Entonces, ¿qué fue?

Leonardo se pasó la mano por la cara y respiró hondo.

—Sabía que la propuesta supondría un posible cambio justo cuando estabas a punto de optar al puesto de jefa. No quería que te sintieras presionada a elegir entre tu carrera y lo que hay entre nosotros.

—Y decidiste ahorrarme esa elección, haciéndolo todo tú solo.

—Yo no elegí nada.

—Elegiste negociar antes de contármelo. Elegiste qué condiciones serían aceptables, qué información recibiría y cuándo tendría acceso a ella. —Mi voz empezó a fallar y tuve que tragarme el nudo que se me formaba en la garganta—. Sigues creyendo que la inclusión solo se produce después de encontrar una solución.

Leonardo dio un paso hacia mí, pero detuvo el movimiento cuando mi cuerpo se puso rígido.

—Tenía miedo.

—Siempre tienes miedo cuando decides por mí.

—Sabía que, si te lo contaba sin tener una alternativa, podría perderte antes de descubrir si había alguna forma de llegar a un acuerdo.

La confesión debería haber despertado comprensión, pero solo hizo más evidente el patrón que se repetía.

—Así que preferiste arriesgarte a perderme haciendo exactamente lo mismo que me hizo marcharme la primera vez.

—No me di cuenta de que estaba repitiendo lo mismo hasta que Marcos me lo dijo.

La mención al director me trajo de vuelta la humillación de la reunión.

—Marcos se dio cuenta antes que tú.

—Sí.

—Hannah lo sabía. Augusto lo sabía. Quizá la mitad de la junta directiva sabía que te estaban barajando para São Paulo, y yo era la única que tenía que esperar porque tú aún no habías preparado la versión adecuada.

—Beatriz, me equivoqué.

—No quiero solo oír que te has equivocado. Quiero saber si eres capaz de cambiar cuando la decisión sea realmente difícil, porque pedir permiso para un beso es sencillo cuando ya deseas tocarme.

La frase pareció llegarle muy hondo. Leonardo apartó la mirada durante unos segundos, observando las luces de la ciudad a través de la ventana antes de volver a mirarme a los ojos.

—No sé si soy capaz de cambiar lo suficientemente rápido para ti.

Su sinceridad hizo que mi enfado se desvaneciera.

—No te he pedido que seas perfecto.

—Pero te mereces a alguien que no convierta cada incertidumbre en control. —Apretó las manos a los lados del cuerpo, mostrando el esfuerzo que le costaba no acercarse—. He aprendido algunas cosas, pero cuando sentí que podía perderte a ti y a la oportunidad al mismo tiempo, volví a hacer lo que siempre he hecho.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Contarlo todo. —Leonardo respiró hondo y me miró a los ojos. —El instituto quiere que asuma la dirección clínica dentro de cuatro meses. El puesto exige estar la mayor parte del tiempo en São Paulo. He negociado tres días alternos, trabajo a distancia y mantener mi base en Belo Horizonte, pero el consejo aún no ha respondido. No he aceptado, no voy a trasladar a Helena ahora y no quiero que renuncies a tu candidatura.

—Esto sigue pareciendo una solución que se presenta cuando ya está tomada.

—Porque empecé mal. —Se acercó lentamente, dándome tiempo para retroceder—. No sé cómo deshacer lo que he hecho, pero puedo dejar de fingir que la decisión no te afecta.

Mi cuerpo reaccionó ante su proximidad antes de que la razón pudiera impedírmelo. Su olor, la tensión en su voz y el dolor evidente en sus ojos despertaron en mí un deseo casi desesperado de acortar la distancia. Lo amaba, o quizá nunca había dejado de amarlo por completo, y esa constatación hacía imposible separar la ira del deseo.

—No utilices eso para convencerme —murmuré cuando Leonardo se detuvo frente a mí.

—No lo estoy intentando.

—Estás demasiado cerca.

—Puedo alejarme.

De hecho, empezó a retroceder, y fue precisamente esa obediencia la que rompió el poco control que aún me quedaba. Agarré la tela de su camisa, tirando de ella con violencia, y tomé su boca.

El contacto no me proporcionó alivio, sino una colisión hambrienta. Nuestras lenguas se encontraron en una disputa urgente, profunda y áspera. Su boca respondió con la misma intensidad brutal, mientras sus manos permanecieron suspendidas por un instante antes de descender con fuerza por mi cintura, agarrándome el culo con posesividad. Había rabia en cada movimiento, mezclada con la añoranza, el miedo y el deseo de encontrar en el cuerpo alguna respuesta que la conversación no ofrecía.

Leonardo interrumpió el beso solo para buscar mi mirada, con nuestros pechos jadeando al unísono.

—Esto no resuelve nada.

—Lo sé. —Volví a atraerlo hacia mí, incapaz de soportar la lucidez en ese momento—. No hables.

El siguiente beso fue aún más desesperado. Mis manos desabrocharon los botones de su camisa con tirones a ciegas, mientras las grandes manos de Leonardo recorrían mi espalda y me apretaban los muslos, levantándome del suelo. Envolví su cintura con las piernas y caminamos hasta el sofá sin interrumpir el contacto, tropezando por las prisas y la incapacidad de decidir si deseábamos acercarnos o hacernos daño con todo lo que aún no se había dicho.

Se dejó caer sentado, manteniéndome en su regazo. Mis caderas se movieron instintivamente contra él, en un contoneo impaciente en busca de la fricción exacta que adormeciera mi mente, haciéndole soltar un gemido ronco. Fue entonces cuando me sujetó la cara entre las manos, paralizando mis movimientos, intentando ralentizar el ritmo.

—No quiero que la delicadeza se utilice como una petición de perdón.

—No te estoy pidiendo perdón con esto. —Su respiración era tan acelerada como la mía, y sus ojos permanecían clavados en los míos—. Solo estoy evitando hacerte daño porque estamos enfadados.

—Ya estoy herida.

Aquella frase hizo que el deseo se mezclara con una tristeza que casi lo interrumpió todo.

Leonardo apoyó su frente contra la mía.

—Entonces podemos parar.

Debería haber aceptado.

En lugar de eso, lo besé de nuevo, invadiendo su boca con la lengua, exigiéndole que me devorara. Deslicé mis manos por su pecho desnudo, arañándole la piel, mientras él metía las manos por debajo de mi blusa. Sus dedos cálidos y callosos encontraron mis pechos, apretando la carne con una urgencia que me hizo jadear contra sus labios. La posesividad se impuso a cualquier atisbo de cautela.

La intimidad llegó cargada de la misma atracción letal que siempre había existido entre nosotros. El cambio de postura fue brusco, rodando por el sofá hasta que quedé aplastada bajo su pesado cuerpo, pero sin la seguridad de la noche anterior.

Leonardo me quitó las bragas con un movimiento firme, abriéndome los muslos, introduciendo su miembro en mi entrada y abriéndose paso. Cada fuerte embestida contra mi cuerpo parecía recordarnos lo mucho que nos deseábamos y, al mismo tiempo, lo mucho que aún éramos capaces de hacernos daño.

Leonardo siguió observándome mientras se movía sobre mí, preguntándome con sus ojos oscuros lo que yo ya no tenía palabras para responder. Dejé que me tocara, rodeé su cintura con mis piernas e intenté convertir esa entrega visceral en una forma de recuperar la confianza que había perdido aquella mañana.

No funcionó.

El placer llegó, arrebatador y casi doloroso en su intensidad, pero desapareció demasiado rápido, dejando tras de sí el mismo problema que existía antes. Permanecí unos instantes junto a él, sintiendo el peso y el sudor del cuerpo de Leonardo, mientras escuchaba cómo se calmaban nuestras respiraciones. La realidad regresaba con una claridad cruel al ambiente desordenado.

El sexo no cambiaba el hecho de que Leonardo hubiera negociado un futuro sin incluirme.

Me alejé y empecé a recoger la ropa esparcida por el suelo.

—Beatriz, espera. —Leonardo se sentó en el sofá y se pasó una mano por el pelo, con el rostro marcado por una preocupación que no lograba interpretar como consuelo.

—No.

—No quiero que te vayas así.

—Y yo no quería enterarme de tu posible traslado a São Paulo en una reunión administrativa. —Me puse la blusa y me abroché los botones con los dedos, que aún me temblaban—. Los dos nos estamos quedando sin lo que queríamos.

Se levantó, pero se mantuvo a distancia.

—Lo que pasó entre nosotros no fue un intento de manipularte.

—Lo sé. —Cogí los pantalones y me los puse sin mirarlo directamente. —Fui yo quien empezó. Quizá porque una parte de mí aún quería creer que, si nos deseábamos lo suficiente, todo lo demás encontraría su sitio.

—Podemos encontrarlo.

La esperanza en su voz aumentó mi dolor.

—No mientras tenga que averiguar qué decisiones has empezado a tomar.

—Voy a interrumpir la negociación.

Levanté la cara de inmediato.

—No lo hagas.

Leonardo se quedó inmóvil.

—Estás diciendo que el problema es que yo negocie sin ti.

—Exactamente. Y tu respuesta sigue siendo tomar otra decisión por tu cuenta para intentar corregir la primera. —Cogí el bolso que estaba sobre el sillón y respiré hondo; la garganta me

ardía—. No quiero que rechaces São Paulo para demostrar nada. Quiero que aprendas a hablar antes de elegir qué debes sacrificar.

—Pues habla conmigo ahora. —La súplica en su voz casi me hizo quedarme.

—Ahora no puedo. —Apreté el asa del bolso contra la mano, intentando evitar que la emoción acabara con el poco control que me quedaba—. Porque todavía siento tu cuerpo contra el mío y, aun así, sigo sintiéndome excluida de tu vida.

Leonardo cerró los ojos por un instante.

—Te quiero.

Esas palabras me golpearon con una violencia que ningún gesto físico había logrado producir.

Durante cinco años, me había imaginado cómo sería oírle admitirlo. En otros momentos, esa declaración lo habría significado todo. Aquella noche, sin embargo, surgió tras otra decisión tomada sin mí, cuando estaba a punto de cruzar la puerta.

—No digas eso ahora. —Mi voz se quebró y tuve que apartar la cara para recuperar el aliento—. No utilices el amor como una razón más para que me quede cuando aún no sabes cómo incluirme.

—No lo estoy usando.

—Quizá no te des cuenta de cuándo lo haces.

Caminé hasta la puerta, pero me detuve antes de abrirla. Había una última cosa que necesitaba decir, aunque eso rompiera algo entre nosotros.

—¿Sigues creyendo que puedes organizar el futuro tú solo y limitarte a avisarme cuando todo esté listo? —Me volví hacia él; las lágrimas por fin me abrasaban los ojos—. No importa cuántas veces me toques como si fuera indispensable. Sigues tratándome como a alguien a quien se puede dejar al margen de las decisiones.

—No eres prescindible.

—Pues deja de excluirme.

Leonardo no intentó detenerme cuando abrí la puerta.

—Necesito espacio —declaré, con la mano aún sobre el pomo —. No intentes buscarme a través de Helena, del hospital o de cualquier otra excusa.

La tristeza de su rostro se hizo más intensa, pero asintió.

—Lo respetaré.

Salí antes de que esa promesa me convenciera de quedarme.

En el ascensor, apoyé la espalda contra la pared espejada y cerré los ojos, sintiendo el cuerpo aún caliente por el encuentro, mientras que el pecho parecía frío y vacío. Lo deseaba, creía en parte en el cambio y quizá lo amaba de una forma que nunca había podido eliminar.

Nada de eso era suficiente.

El cuerpo podía ofrecer unos minutos de olvido, pero no lograba generar confianza en lugar de decisiones compartidas.

Cuando se abrieron las puertas del garaje, me sequé las lágrimas antes de dirigirme al coche.

Esta vez, no me marchaba porque Leonardo no me quisiera.

Me marchaba porque el amor sin inclusión seguía siendo solo otra forma de soledad.



Capítulo 24

La puerta se cerró detrás de Beatriz con un sonido suave, pero definitivo, y durante unos segundos permanecí inmóvil en el centro del salón, incapaz de aceptar que el piso pudiera volver al silencio tan rápidamente después de todo lo que había pasado entre nosotros.

El cuerpo aún conservaba su calor. La camisa seguía abierta, el sofá estaba desordenado y uno de los cojines se había caído al suelo en medio de las prisas con las que intentamos convertir el deseo en respuesta. El perfume de Beatriz seguía impregnando el ambiente, mezclado con el olor de la lluvia que por fin había empezado a caer fuera, golpeando contra las ventanas con una intensidad que hacía que la ciudad resultara casi invisible.

Nada a nuestro alrededor parecía encajar con su ausencia.

Podría ir tras ella.

La idea surgió acompañada de una urgencia familiar, la misma que durante años me había hecho confundir la acción con la solución. Podría alcanzar el ascensor, pedirle que esperara, explicarle de nuevo que no había aceptado lo de São Paulo y prometerle que interrumpiría cualquier negociación. También podría decirle que la amaba, que por fin había reconocido la magnitud de lo que sentía y que no soportaría perderla otra vez.

Todas esas cosas eran ciertas.

Ninguna de ellas me daba derecho a ignorar su petición de espacio.

Me acerqué a la puerta y apoyé la mano sobre la madera, sintiendo el impulso casi físico de abrirla. Beatriz acababa de decir que no quería que la buscara a través de Helena, del hospital o de cualquier excusa. También dejó claro que el problema no era solo la propuesta de São Paulo, sino la forma en que yo seguía convirtiendo el miedo en decisiones unilaterales.

Si la hubiera seguido en ese momento, habría vuelto a demostrar que mi sufrimiento tenía más importancia que el límite que ella había establecido.

Aparté la mano.

El movimiento pareció insignificante, pero me exigió un esfuerzo que ninguna cirugía me había exigido jamás.

Recogí la camisa del suelo, terminé de abrocharla y me senté en el sofá, aunque mi cuerpo seguía demasiado tenso para descansar. La declaración se me escapó en el peor momento posible. La quería, pero lo dije cuando Beatriz ya estaba herida, casi como si ese sentimiento debiera actuar como una barrera frente a la puerta.

No era mi intención manipularla.

La intención no cambiaba el efecto.

Cogí el teléfono y abrí nuestra conversación. El espacio en blanco parecía ofrecer innumerables posibilidades de error.

¿Te ha llegado bien?

Lo borré antes de escribirlo.

Podría parecer una preocupación legítima, pero también sería una forma de obligarla a responder.

No voy a aceptar lo de São Paulo.

Tampoco serviría. Beatriz acababa de decir que no quería que tomara otra decisión por mi cuenta para corregir la primera.

De verdad te quiero.

Las palabras permanecieron en la pantalla unos segundos antes de que las borrara. Repetir la declaración en ese momento convertiría el amor en insistencia.

Bloqueé el teléfono y lo dejé sobre la mesa.

La lluvia seguía golpeando los cristales, mientras el piso se oscurecía a mi alrededor. Tenía que ir a recoger a Helena a casa de mi madre, pero sabía que no estaba en condiciones de conducir de inmediato. Me costaba respirar, la tensión me oprimía el pecho y cada recuerdo de la discusión volvía con una claridad cruel.

Beatriz dijo que aún sentía mi cuerpo y, aun así, seguía excluida de mi vida.

Aquella frase me dolía, porque ponía de manifiesto la inutilidad de todo lo que había aprendido solo a nivel superficial. Preguntar antes de tocar, respetar la distancia y reconocer su trabajo eran cambios reales, pero yo seguía creyendo que las grandes decisiones debían ser organizadas por mí antes de ser compartidas.

Mi error no surgió de la falta de amor, sino de la convicción de que amar a alguien significaba eliminar de antemano todo lo que pudiera amenazarlo.

Durante años, lo llamé «protección». En la práctica, significaba controlar a qué riesgos se les permitiría enfrentarse a las personas de mi entorno.

El teléfono vibró sobre la mesa y mi cuerpo reaccionó con una esperanza que se desvaneció al ver el nombre de mi madre.

Contesté tras respirar hondo.

—¿Está bien Helena? —pregunté, odiando la rapidez con la que convertía cualquier llamada en una amenaza.

—Está durmiendo en mi regazo —la voz de mi madre sonó baja, probablemente para no despertar a su nieta—. ¿Vienes a recogerla hoy o quieres que se quede aquí?

Miré el reloj. Ya eran más de las diez y la lluvia complicaba el tráfico.

—¿Puedes quedarte con ella esta noche?

Hubo una breve pausa.

—¿Ha pasado algo?

Mi primera reacción fue responder que no, mantener la conversación y asumir las consecuencias yo solo. En lugar de eso, cerré los ojos y me obligué a admitirlo.

—Beatriz se ha ido.

Mi madre no me pidió detalles de inmediato.

—¿Estás seguro de que puedes quedarte solo?

—Sí.

—¿Has bebido?

—No.

—¿Vas a conducir?

—Tampoco.

Ella soltó un suspiro discreto, quizá de alivio.

—Entonces Helena se queda conmigo. Mañana temprano te la llevaré a casa o vendrás a recogerla cuando te encuentres mejor.

—Gracias.

—¿Quieres hablar?

La pregunta me provocó una incomodidad inmediata. Mi madre y yo siempre hablábamos de trabajo, de decisiones prácticas y de problemas que se podían resolver. Las emociones se trataban con el cuidado suficiente para que nunca se hicieran explícitas.

—No sé qué decir.

—Puedes empezar por lo que has hecho.

Su objetividad me sorprendió.

—Me han ofrecido dirigir un centro en São Paulo. No se lo conté a Beatriz mientras negociaba una forma de quedarme en Belo Horizonte.

—¿Por qué no se lo contaste?

—Porque ella opta a la jefatura de Pediatría y no quería presionarla.

—Eso es lo que te dijiste a ti mismo. —Mi madre mantuvo un tono sereno, sin absolverme—. ¿Cuál era el otro motivo?

Me pasé la mano por la cara.

—Tenía miedo de que se marchara antes de que yo le presentara una solución.

—Así que ocultaste información para controlar la reacción.

Esa precisión me resultaba familiar. Miguel, Marcos y Beatriz habían llegado a la misma conclusión por caminos diferentes.

—Sí.

—¿Ha roto contigo?

—Me pidió espacio.

—No es lo mismo.

—Lo parece.

—Tienes miedo. —Mi madre hizo una pausa y oí un pequeño ruido de Helena al otro lado de la línea—. Respeta lo que te ha pedido. No le envíes mensajes con alguna urgencia inventada y no rechaces el puesto solo para demostrar algo.

Levanté la cara, sorprendido.

—Beatriz dijo prácticamente lo mismo.

—Entonces quizá deberías empezar a escuchar a las mujeres que te rodean antes de que tengan que repetirlo todo varias veces.

A pesar del dolor, se me escapó una sonrisa breve y sin alegría.

—¿Tú también crees que debería seguir negociando?

—Creo que deberías dejar de tomar decisiones con el único fin de provocar una reacción concreta en ella. Analiza el puesto como profesional, como padre y como hombre. Después, cuando ella esté dispuesta a hablar, expón tus dudas, no una conclusión preestablecida.

La sencillez de ese consejo le dolió porque llegaba después del momento en el que más necesitaba haberlo comprendido por sí mismo.

—¿Y si ella no quiere hablar?

—Entonces aún tendrás que decidir quién quieres ser.

El cambio seguía siendo necesario, aunque no hubiera recompensa.

—Cuida de Helena por mí —le pedí, sintiendo un nudo en la garganta.

—Ya lo estoy haciendo. Ahora cuida de ti mismo sin convertir esto en otra emergencia.

Colgué el teléfono y me quedé un rato mirando la pantalla apagada. Mi madre llevaba años criticando mi necesidad de control, aunque a menudo había contribuido a ella al considerar la disciplina y el rendimiento como formas esenciales de seguridad. Quizá la llegada de Helena también estuviera cambiando algo en ella.

Me levanté y empecé a ordenar el salón. Doblé la manta, recogí el cojín y llevé los vasos de agua a la cocina. No toqué el lugar donde Beatriz había dejado el bolso ni el lado del sofá en el que había estado sentada. Esos detalles ya no existían, pero mi cuerpo seguía buscando señales de que ella volvería.

Cuando llegué a la habitación de invitados, encontré un pequeño pendiente junto al borde de la cama.

Lo sostuve entre los dedos y sentí un deseo inmediato de fotografiarlo, enviar un mensaje y utilizar el objeto como motivo legítimo para verla.

Me vino a la memoria su petición de espacio.

Metí el pendiente en un sobre y lo guardé en el cajón del recibidor. Cuando Beatriz quisiera hablar conmigo, se lo devolvería. Si eso nunca ocurriera, encontraría una forma neutra de enviárselo sin convertir el objeto en una invitación.

Aquella noche me pareció interminable.

Intenté dormir, pero la habitación estaba demasiado fría y silenciosa. Cada vez que cerraba los ojos, recordaba la expresión de Beatriz cuando Hannah mencionó São Paulo, la forma en que recogió la ropa después del sexo y el dolor en su voz al decir que el amor sin inclusión seguía siendo soledad.

No tuve pesadillas con la sala de partos. La ausencia de ellas casi me provocó culpa. En lugar de Laura, era Beatriz quien ocupaba mis pensamientos, y por un instante temí que eso significara que mi esposa empezaba a desaparecer. La idea perdió fuerza cuando me di cuenta de que los dos dolores no competían entre sí. Podía echar de

menos a Laura y sufrir por la posibilidad de perder a Beatriz sin que una mujer restara importancia a la otra.

Lo que no podía hacer era utilizar a ninguna de ellas para justificar mis decisiones.

Poco antes de las cuatro de la madrugada, envié un mensaje a Miguel pidiéndole una cita a la primera hora disponible. No me respondió hasta las seis y media, ofreciéndome una sesión a las ocho.

Cuando llegué al hospital, ya me había duchado, cambiado de ropa y recuperado un aspecto lo suficientemente profesional como para no suscitar preguntas inmediatas. Por dentro, sin embargo, me sentía como si no hubiera descansado. Me dolía la cabeza, los hombros seguían rígidos y una presión constante me oprimía el centro del pecho.

Miguel me recibió sin el cuaderno en las manos. Esperó a que me sentara y me miró a la cara antes de hablar.

—¿Qué ha pasado?

Le conté todo.

No reduje la discusión a la propuesta de São Paulo ni utilicé el miedo a perder a Beatriz como justificación. Describí la negociación, la respuesta evasiva cuando ella preguntó directamente, la revelación durante la reunión y la intimidad que siguió a la pelea.

Miguel permaneció en silencio hasta que terminé.

—¿Y qué quieres hacer ahora? —preguntó mientras se recostaba en el respaldo de la silla.

—Rechazar el puesto.

—¿Por qué?

—Porque él provocó todo esto.

—El cargo no le mintió a Beatriz.

La respuesta me irritó.

—Si lo rechazo, elimino el problema.

—Eliminas a São Paulo. El comportamiento sigue igual.

Desvié la mirada hacia la ventana mientras crecía la frustración.

—¿Entonces debo aceptarlo?

—No te estoy diciendo lo que debes hacer profesionalmente. Te estoy preguntando por qué tu primera reacción ante el dolor es tomar una decisión lo suficientemente importante como para obligar al mundo a cambiar.

Esas palabras me dejaron en silencio.

—Si te niegas ahora —prosiguió Miguel—, ¿hay una parte de ti que espera que Beatriz interprete esa elección como una prueba de amor?

—Quizá.

—¿Y si ella no vuelve?

La pregunta me llevó a una respuesta que no quería admitir.

—Podría resentirme por la decisión.

—Exacto. Un sacrificio hecho para lograr la reconciliación no es una reparación. Es una deuda aplazada.

Me pasé las manos por la cara.

—¿Qué debo hacer con la propuesta?

—Valora lo que tú deseas, lo que Helena necesita y lo que se puede negociar. Cuando Beatriz acepte hablar, inclúyela en la incertidumbre. No le presentes una solución ya preparada y no le exijas que participe antes de que esté preparada.

—Ella ha pedido espacio.

—Pues respétalo.

—¿Y si ese espacio hace que se dé cuenta de que no me quiere?

—Eso no está en tus manos.

—Lo sé.

—Lo sabes a nivel teórico. Pero aún no lo sabes a la hora de ponerlo en práctica.

Esa observación me impactó porque era cierta. Era capaz de repetir conceptos sobre autonomía y límites, pero ante la posibilidad real de perderla, seguía buscando una forma de influir en el resultado.

—Le dije que la quería —le conté, avergonzado del momento en que había surgido esa declaración—. Ella me pidió que no utilizara eso para hacer que se quedara.

—¿Lo estabas utilizando?

—No conscientemente.

—El amor puede ser verdadero y, aun así, funcionar como presión dependiendo de cuándo se ofrece —dijo Miguel, cruzando una pierna sobre la otra y manteniendo la voz serena—. Beatriz no solo cuestionó el sentimiento. Cuestionó si sabes amar sin controlar.

La respuesta dolía más que cualquier rechazo.

—No lo sé.

—Todavía no del todo. —Le corrigió sin suavizar demasiado el tono—. Pero ayer tuviste la oportunidad de demostrar algún cambio cuando ella se marchó.

—No la seguí.

—¿Le enviaste mensajes?

—No.

—¿Recurriste a Helena?

—Tampoco.

—Entonces respetaste un límite a pesar del dolor.

La idea no me tranquilizó.

—Parece poco.

—Es poco. —Miguel me miró fijamente—. Los cambios reales suelen empezar con cosas pequeñas y poco satisfactorias. Nadie te aplaude por dejar de invadir el espacio de otra persona.

Exhalé un suspiro profundo.

—¿Qué hago si me la encuentro en el hospital?

—Mantén una actitud profesional, no fuerces la conversación y no utilices a tus compañeros para averiguar cómo está. Si surge una necesidad clínica, habla del trabajo. Si ella quiere hablar de nuestra relación, deja que sea ella quien lleve la iniciativa.

—¿Y el pendiente que se dejó en mi piso?

Miguel casi sonrió.

—Guárdalo hasta que haya una forma neutral de devolvérselo. No conviertas una simple joya en una emergencia emocional.

Salí de la consulta con unas indicaciones demasiado sencillas para la intensidad de lo que sentía.

En el pasillo, me encontré con Samuel cerca de la cafetería. Llevaba dos vasos y me ofreció uno sin preguntarme si lo quería.

—Tienes muy mal aspecto —comentó mientras nos dirigíamos a una zona menos concurrida.

—¿Todos han elegido esta forma de saludar?

—Es eficaz.

Acepté el café, aunque tenía el estómago revuelto.

—Beatriz ha roto conmigo.

Samuel se detuvo.

—¿Habíais hecho oficial algo?

—No.

—Entonces, ¿qué es exactamente lo que ha terminado?

La pregunta me irritó.

—La posibilidad.

—Eso suena dramático incluso para ti.

Le expliqué brevemente lo que había pasado, evitando detalles íntimos que no venían al caso. Samuel escuchó sin interrumpir y dio un sorbo de café antes de responder.

—Tiene razón.

—Empiezo a darme cuenta de que nadie tiene intención de consolarme.

—Puedo consolarte y, aun así, decir que ella tiene razón. —Samuel se apoyó contra la pared, manteniendo una expresión seria —. No tenías por qué decidir lo de São Paulo con Beatriz, pero sí tenías que contárselo antes de convertir esa posibilidad en una negociación.

—Lo sé.

—Entonces no vayas tras ella solo porque estés sufriendo.

—No lo haré.

La irritación dio paso a una preocupación legítima.

—Mi madre se quedó con Helena durante la noche. Iré a recogerla más tarde.

—Genial. Cuida de tu hija, haz tu trabajo y deja que Beatriz descubra lo que quiere sin que la presionen.

—¿Y si decide que se ha acabado?

Samuel me miró con una serenidad casi cruel.

—Entonces habrá terminado.

Aquella frase me provocó un dolor seco, pero también una claridad que tenía que aceptar.

Durante el resto del día, solo vi a Beatriz una vez.

Cruzaba el pasillo de radiología junto a Aline, con los informes en la mano y discutiendo un caso. Nuestras miradas se cruzaron durante menos de un segundo. Su expresión se mantuvo profesional, aunque el cansancio era evidente.

No me acerqué. Tampoco le pedí a Aline que me contara cómo estaba Beatriz después. Seguí caminando hacia neurología, sintiendo cada paso como una elección consciente de respetar algo que mi cuerpo deseaba desafiar.

Al terminar el turno, fui a recoger a Helena.

Mi madre me recibió con mi nieta en brazos y una expresión que evaluó de inmediato mi noche de sueño escaso. No hizo preguntas. Solo me entregó a la bebé y me dejó acunarla contra mi pecho.

Helena reconoció mi voz y se inquietó antes de relajarse. Ese gesto despertó en mí una ternura mezclada con culpa. Durante la discusión, me aseguré de que ella no estuviera en el piso, pero aun así su vida se vería afectada por cualquier decisión que tomara sobre São Paulo, mi carrera y mis relaciones.

—No voy a utilizarte para recuperar a Beatriz —murmuré mientras le acariciaba la espalda—. Tampoco voy a fingir que lo que decida no va a cambiar tu vida.

Mi madre lo oyó, pero no dijo nada.

Volví a casa con Helena y pasé la noche cuidándola. Le preparé el biberón, esperé a que eructara y me quedé junto a la

cuna hasta que se durmió. El piso aún conservaba rastros de Beatriz, aunque lo había ordenado todo.

No le envié ningún mensaje.

No rechacé la propuesta.

No intenté buscar una solución.

Por primera vez, me enfrenté a una posible pérdida sin actuar para impedir de inmediato lo que aún no había sucedido.

El dolor seguía presente, acompañado de la certeza de que podría haber destruido aquello que más deseaba reconstruir. Aun así, respetar a Beatriz significaba aceptar que ella tenía que decidir si mi cambio era suficiente, si había llegado demasiado tarde o si, sencillamente, no quería seguir adelante.

No podía utilizar el amor para exigir otra oportunidad.

Tampoco podía utilizar el sufrimiento para convertir su elección en una crueldad.

Si Beatriz volvía, tendría que ser porque creyera que podíamos construir algo diferente.

Si no volvía, yo seguiría teniendo que convertirme en un hombre capaz de compartir decisiones, respetar los límites y cuidar de mi hija sin convertir el miedo en control.

El cambio no podía depender de una recompensa.

Aquella noche, por fin empecé a comprender el verdadero precio de esa verdad.



Capítulo 25

Los días siguientes a la marcha de Leonardo no tuvieron la delicadeza de esperar a que yo comprendiera lo que sentía.

El Hospital São Gabriel siguió funcionando con la misma indiferencia que las instituciones que acogen cientos de historias al mismo tiempo. Los niños enfermaban, las familias necesitaban explicaciones, los residentes comentaban sus dudas en voz alta y la comisión responsable de la dirección de pediatría fijaba nuevos plazos como si mi corazón no estuviera dividido entre la rabia, la nostalgia y la incómoda sensación de haberme visto obligada a abandonar algo que aún deseaba.

Leonardo respetó el espacio que le pedí.

No me envió mensajes, no apareció en pediatría con ningún caso que pudiera ser tratado por otro médico y no utilizó a Helena como excusa para preguntarme cómo estaba. Cuando nuestros caminos se cruzaban, se limitaba a un saludo profesional y seguía

adelante, incluso cuando el breve contacto visual entre nosotros revelaba que la distancia también le suponía un esfuerzo.

Debería sentirme aliviada. En cambio, su ausencia ocupaba los pasillos de formas inesperadas. Me daba cuenta cuando una voz masculina se oía cerca de los ascensores, cuando alguien mencionaba la neurología o cuando llegaba un niño acompañado de un padre que llevaba un portabebés. También echaba de menos los breves mensajes al final del turno, los cafés que me dejaba sin cobrar y la forma en que Leonardo había empezado a aprender que estar presente no significaba acaparar todos los espacios.

La nostalgia no atenuaba el motivo de la separación. Era precisamente eso lo que lo hacía todo más difícil.

Aquella mañana, llegué a la sala de médicos de pediatría poco después de las seis, cargando con el proyecto de gestión, una carpeta de documentos y una noche de sueño escaso oculta bajo el corrector. La presentación ante el tribunal tendría lugar en cuatro días, y aún tenía que revisar los indicadores de atención, ultimar el calendario de la nueva ala y preparar respuestas sobre el presupuesto, los conflictos de intereses y la integración entre especialidades.

Thiago ya estaba en la sala, aunque su turno no empezaba hasta las siete. Estaba de pie junto a la cafetera, con una corbata azul con pequeños cohetes y sosteniendo dos tazas, mientras que Daniel ocupaba la silla junto a la ventana con el portátil abierto sobre las piernas.

—¿Habéis pasado la noche aquí? —pregunté mientras dejaba las carpetas sobre la mesa.

—Me pasé parte de la noche aquí. Daniel apareció a las cinco con café y una energía matutina casi insoportable. —Thiago me acercó una de las tazas y apoyó la cadera contra la encimera. —Davi tuvo un poco de fiebre, pero los análisis siguen mejorando. Aline cree que fue una reacción a una transfusión, no una nueva infección.

—¿Está despierto?

—Se quejó de que los dibujos animados de la tele eran para niños pequeños, lo que considero una excelente señal neurológica y un ataque directo a la programación del hospital.

Daniel levantó la vista del ordenador.

—También preguntó si podrá participar en la presentación de la nueva ala.

—Todavía no podrá salir de oncología, pero estamos organizando una retransmisión. —Thiago se ajustó la corbata, y la satisfacción suavizó el cansancio de su rostro. —Quiere dar un discurso como comandante de la estación espacial.

—Por supuesto.

Cogí el café y me senté frente a las carpetas. El calor de la taza me calentó las manos, pero no logró aliviar la tensión acumulada en los hombros.

Thiago echó un vistazo a los documentos.

—¿Lo has revisado esta madrugada?

—Solo los indicadores de reingreso y la propuesta de integración con la psicología.

—Beatriz, tu presentación está lista.

—Podría estar mejor.

—Todo puede mejorarse hasta que uno se desmaye sobre una hoja de cálculo. —Acercó la silla que tenía delante de mí y se sentó, dejando que el tono de broma se atenuara un poco. —No hace falta que demuestres que te mereces el puesto trabajando hasta que el cuerpo no pueda más.

—Tengo que estar preparada para cualquier pregunta.

—¿Especialmente sobre Leonardo?

La pregunta no tenía mala intención, pero mi cuerpo se tensó.

Daniel cerró el portátil.

—Puedo ir a por algo de comer y dejaros hablar.

—No hace falta que salgas —respondí antes de que se levantara—. Mi vida ya ha pasado por suficientes departamentos del hospital. No voy a fingir que no lo sabes.

Daniel se quedó sentado, pero desvió la mirada hacia la pantalla, ofreciéndonos la privacidad que era posible en aquella pequeña sala.

—La comisión te preguntará sobre el conflicto —continué mientras abría una de las carpetas—. Tengo que demostrar que mi candidatura no ha sufrido ninguna interferencia.

—No la ha recibido —afirmó Thiago, apoyando los brazos sobre la mesa—. Leonardo se ha mantenido al margen de todo lo relacionado con su selección.

—Sé que firmó la declaración.

—No me refiero solo al documento. —Thiago dudó unos segundos, como si estuviera sopesando si debía compartir una información que no le pertenecía—. Samuel comentó que Leonardo pidió retirarse por completo de las reuniones en las que se debatiría su proyecto, incluso de los temas clínicos en los que podría permanecer con restricciones parciales.

Alcé la vista.

—Hannah no exigió eso.

—No. Marcos también explicó que la ausencia total no era necesaria, pero Leonardo insistió en que cualquier presencia podría suscitar dudas sobre su mérito.

La noticia me provocó una reacción contradictoria. Una parte de mí reconoció esa precaución. Otra parte sintió la irritación habitual ante la posibilidad de que él hubiera tomado una decisión importante sin hablar conmigo.

—Debería habérmelo contado.

—Tú le pediste espacio y también que no hablara de la candidatura. —Thiago mantuvo un tono prudente, sin convertir la información en una defensa de Leonardo—. Quizá entendió que contártelo podría parecer otra forma de buscar reconocimiento.

Esa observación me dejó en silencio.

Leonardo hizo exactamente lo que le pedí. Se distanció, no utilizó la decisión como prueba de amor y no me envió un informe sobre su propia conducta. Aun así, una parte de mí deseaba haberlo sabido.

Era injusto querer silencio y, al mismo tiempo, sufrir cuando no se rompía.

—¿Eso ha perjudicado su trabajo? —pregunté sin apartar la mirada de la carpeta.

—Samuel dijo que tuvo que reorganizar algunas evaluaciones multidisciplinares. Nada grave —Thiago me tocó la mano por encima de la mesa—. No hace falta que conviertas esto en una razón para volver. Solo tienes que reconocer que él sigue intentándolo, incluso cuando tú no estás mirando.

Esas palabras tocaron una fibra demasiado sensible.

—Lo reconozco.

—Y sigues dolida.

—Las dos cosas pueden coexistir.

—Sí. —Thiago me apretó los dedos antes de apartarse—. Pero no dejes que el dolor convierta cualquier actitud correcta en una prueba más en su contra.

Daniel levantó discretamente la vista, pero no intervino. Había algo reconfortante en la forma en que permanecía cerca de Thiago sin acaparar todas las conversaciones.

Estaba a punto de responder cuando la alarma interna de urgencias sonó por los altavoces. El mensaje anunciaba un accidente con una furgoneta de transporte hospitalario a pocas manzanas del São Gabriel, en el que se habían visto implicados empleados que regresaban de una intervención externa y otros vehículos afectados por la colisión.

El ambiente cambió de inmediato.

Thiago se levantó, Daniel guardó el portátil y yo cerré las carpetas sin preocuparme por el orden. El hospital contaba con protocolos para accidentes con múltiples víctimas, pero saber que había empleados entre los heridos convertía la urgencia en algo personal incluso antes de conocer sus nombres.

—Tengo que ir a urgencias —avisé mientras me recogía el pelo con la goma elástica que llevaba en la muñeca.

—Voy a comprobar si hay niños afectados y luego me dirijo a oncología —respondió Thiago, quitándose la corbata y guardándola en el bolsillo de la bata para que no le estorbara—. —Daniel, no te quedes en los pasillos.

—Esperaré en la cafetería y no me meteré en nada.

Salimos juntos.

Cuando llegamos, ya se estaba reorganizando el servicio de urgencias. Las camillas se alineaban cerca de la entrada, los equipos se distribuían según los colores de clasificación y Joana permanecía en el centro del bullicio con una pizarra en las manos, dando instrucciones a enfermeros y técnicos. Gustavo se había hecho cargo de la coordinación médica. Llevaba la bata quirúrgica, los guantes sujetos al bolsillo y una expresión tan concentrada que parecía haber eliminado cualquier rasgo de su personalidad que existiera fuera de las situaciones de crisis.

—Tenemos ocho víctimas de camino, tres empleados del hospital y cinco civiles —anunció mientras nos acercábamos—. Dos niños, ambos conscientes. Beatriz se encarga de uno de ellos,

Thiago queda disponible para el segundo y luego vuelve a oncología. Se ha llamado a Samuel y a Camila. Ravi prepara dos salas para posibles intubaciones.

—¿Quiénes son los empleados? —preguntó Joana mientras recibía información actualizada por la radio.

Gustavo echó un vistazo rápido a la pantalla que Diego le había entregado.

El cambio en su rostro duró menos de un segundo, pero yo lo percibí.

—Fernanda Costa, un conductor del servicio de transporte y una técnica de Traumatología.

El nombre de la fisioterapeuta hizo que Joana levantara la vista. Fernanda era una de las mujeres con las que Gustavo había tenido una relación antes de la advertencia de Hannah. La conocía de las consultas pediátricas y sabía que, tras la ruptura, ella había solicitado cambios en sus turnos para evitar encontrarse con él. La posibilidad de recibirla herida parecía haber traspasado la coraza profesional del jefe de urgencias, aunque no permitiera que eso alterara sus órdenes.

—¿Cómo está Fernanda? —preguntó Joana, manteniendo un tono estrictamente profesional.

—Traumatismo torácico y posible fractura de pelvis. Está consciente, pero la presión arterial ha empezado a bajar durante el traslado. —Gustavo se volvió hacia Diego—. En cuanto llegue, sala uno. Samuel se encarga de la evaluación cardiovascular, André se ocupa de la pelvis y Ravi se mantiene preparado. Yo coordino hasta que todos estén en sus puestos.

Joana se acercó lo justo para bajar la voz.

—No hace falta que la atiendas directamente.

—Tengo que coordinar la urgencia.

—Coordinar no significa quedarte junto a su camilla si no eres capaz de separar las cosas.

Gustavo apretó la mandíbula.

—Puedo hacerlo.

—Pues demuéstralo siguiendo el protocolo, no fingiendo que no sientes nada.

El sonido de las primeras sirenas interrumpió la conversación.

Las puertas se abrieron y el caos cobró vida con cuerpos, voces y sangre. El primer niño era un chico de siete años con un corte profundo en la frente y signos de conmoción cerebral. La segunda, una niña de once años, presentaba dolor abdominal y dificultad para respirar tras haber sido golpeada por el cinturón de seguridad durante la colisión. Me encargué de la evaluación de la niña mientras Thiago se ocupaba del niño, y durante los minutos siguientes todo lo demás desapareció ante la lógica de la atención médica.

La niña se llamaba Luana y viajaba con su madre, que había llegado en otra ambulancia. Tenía la piel pálida, la frecuencia cardíaca elevada y presentaba un dolor intenso en el lado izquierdo del abdomen. Solicité una ecografía a pie de cama y avisé a Eduardo Farias, por si se trataba de una lesión en el bazo.

Mientras Ravi ajustaba el oxígeno, oí entrar a Fernanda en la sala contigua.

—Tensión de ochenta por cincuenta, frecuencia de ciento treinta —informó uno de los socorristas—. Dolor pélvico intenso y disminución del soplo a la derecha.

—Prepara un drenaje torácico —ordenó Gustavo, y la firmeza de su voz no revelaba ningún vínculo personal—. Samuel, acceso central. André, estabilizador pélvico ahora mismo.

Fernanda gimió y, por un instante, oí su nombre en la voz de Gustavo de una forma diferente.

—Mírame. —Se acercó lo suficiente para permanecer en su campo de visión, sin dejar de examinar el tórax con las manos. —Estás en el São Gabriel. El equipo está contigo.

—¿Gustavo? —La voz de Fernanda sonó débil, acompañada de una respiración dolorosa.

—Estoy aquí como tu médico. Necesito que sigas despierta.

Distinguirlo pareció costarle un esfuerzo.

Volví mi atención hacia Luana. La ecografía mostraba líquido libre, y Eduardo llegó unos segundos después, coincidiendo en la necesidad de una intervención quirúrgica. Le expliqué a la niña que la llevaríamos al quirófano, mientras ella me agarraba la mano y preguntaba una y otra vez por su madre.

—A ella también la están atendiendo —respondí, sin soltar sus dedos—. En cuanto tengamos noticias, alguien te lo dirá. Ahora tenemos que ocuparnos de esa herida que tienes dentro de la barriga.

—¿Me voy a morir?

La pregunta me oprimió el pecho.

—Te llevamos a quirófano porque queremos evitar que eso suceda. —Mantuve mi rostro cerca del suyo, permitiéndole mirarme a los ojos a pesar del ajetreo a nuestro alrededor—. El doctor Eduardo se quedará contigo, y yo te acompañaré hasta la entrada.

Luana asintió, llorando en silencio, mientras la camilla empezaba a moverse.

En el pasillo, casi chocamos con Leonardo.

Había llegado de neurología acompañado de Caio, probablemente llamado por una víctima con traumatismo craneal. Durante unos segundos, nuestras miradas se cruzaron, y todo lo que existía entre nosotros amenazó con romper la concentración que necesitaba mantener.

Leonardo fue el primero en volver a la profesionalidad.

—¿Hay compromiso neurológico? —preguntó mientras caminaba junto a la camilla, sin intentar convertir el encuentro en algo personal.

—El niño está consciente, sin déficit focal, pero será trasladado a cirugía abdominal por una probable lesión esplénica.

—Puedo revisar la tomografía antes de la intervención si hay tiempo.

—Hazlo. Eduardo ya está preparando el quirófano.

Asintió y se volvió hacia Luana.

—Me llamo Leonardo. Voy a evaluar las imágenes de su cabeza para asegurarme de que esté a salvo durante la cirugía. La doctora Beatriz seguirá a su lado.

No intentó hacerse cargo del caso ni hablar por mí. Simplemente ocupó el lugar necesario, respetando mi forma de actuar.

Nos dirigimos al quirófano, y la tomografía no mostró ninguna lesión intracraneal. Leonardo explicó el resultado rápidamente, le deseó buena suerte a Luana y se alejó sin intentar entablar más conversación.

La ausencia de cualquier intento de acercamiento me dolió de una forma que no estaba preparada para admitir.

La cirugía comenzó poco después. Volví a urgencias para atender a los demás pacientes y encontré a Fernanda estabilizada, con el drenaje torácico funcionando y la pelvis inmovilizada. La presión había mejorado, pero necesitaría cirugía ortopédica.

Gustavo permanecía cerca del puesto, quitándose los guantes con movimientos rígidos. Tenía sangre seca en el antebrazo y una palidez poco habitual bajo la piel.

Joana se acercó a él.

—Está estable.

—Lo sé.

—André se ha hecho cargo.

—También lo sé.

—Pues sal de la sala antes de que estar cerca se convierta en una obligación.

Gustavo miró hacia la puerta, donde estaban preparando a Fernanda para el quirófano.

—Me ha llamado por mi nombre.

—Porque se despertó herida y se encontró con alguien conocido.

—Y yo le dije que estaba allí como médico.

—Eso era lo que tenías que decir. —Joana mantuvo la voz firme, pero su expresión perdió parte de su dureza—. Ahora tienes que dejar que otras personas la cuiden.

Gustavo se pasó la mano por la cabeza rapada y soltó un suspiro tembloroso.

—Si hubiera muerto…

—No murió.

—Podría haber muerto creyendo que la traté como a alguien prescindible.

La confesión salió en voz baja, casi ahogada por el ruido que la rodeaba.

Joana se quedó frente a él sin ofrecerle perdón.

—Entonces, cuando se haya recuperado y quiera hablar, escúchala. No conviertas el accidente en una excusa para exigir perdón.

Esas palabras podrían haber ido dirigidas a Leonardo. También podrían haber ido dirigidas a mí.

Gustavo asintió y se alejó para lavarse la sangre de los brazos, pareciendo más pequeño sin esa arrogancia que solía ocupar todo el espacio.

La sala de urgencias siguió en plena actividad durante horas, pero todas las víctimas seguían con vida al concluir las primeras intervenciones. Luana perdió parte del bazo, pero la cirugía fue un éxito. Fernanda pasó a Traumatología con un pronóstico cautelosamente favorable. Al niño atendido por Thiago le pusieron puntos y permaneció en observación.

Cuando el ajetreo amainó, me senté en la sala de médicos con las manos aún temblorosas por el cansancio. La adrenalina se disipó poco a poco, dejando tras de sí el dolor de pies, la tensión en el cuello y el peso de las preguntas que no podíamos responder con certeza.

Isabela entró con una botella de agua y la puso delante de mí.

—Bebe antes de que pida que te ingresen por deshidratación y falta de criterio.

—No eres médica.

—Soy lo suficientemente médica como para reconocer a alguien que ha pasado ocho horas ignorando sus necesidades básicas.

Abrí la botella y me bebí casi la mitad.

—Luana está estable.

—Ya lo sabía. También supe que Leonardo participó en la evaluación sin intentar hacerse cargo de su caso ni convertir el pasillo en una escena dramática.

Le lancé una mirada cansada.

—Las noticias siguen circulando rápido.

—Thiago habla mucho cuando está preocupado.

La puerta se abrió de nuevo y Sofía entró tras acompañar a una de las víctimas civiles. Se sentó a mi lado y se quitó los zapatos unos segundos, masajeándose los pies.

—La comisión ha confirmado tu entrevista para pasado mañana —comentó mientras apoyaba la cabeza contra la pared—. Hannah me ha pedido que te entregue la nueva composición del tribunal.

Me tendió un sobre.

Lo abrí y repasé los nombres. Había dos profesionales externos, Hannah, Marcos y una representante del personal de enfermería. Ningún médico con vínculo directo con Leonardo participaría.

Al final del documento, una nota informaba de que él se había retirado voluntariamente de todas las discusiones técnicas relacionadas con la candidatura y la ampliación de pediatría durante el proceso.

La confirmación formal me provocó un lento opresión en el pecho.

—No tenía por qué retirarse de todo —murmuré mientras pasaba el dedo por la línea.

—Quizá sabía que cualquier presencia suya podría utilizarse en tu contra —respondió Sofía, mientras se ponía los zapatos—. También pidió que la decisión no se comunicara como un gesto a su favor.

Alcé la vista.

—¿Cómo lo sabes?

—Hannah lo comentó porque tenía que justificar la reorganización de las reuniones. No creo que Leonardo quisiera que

la información llegara hasta ti.

Isabela cruzó los brazos junto a la puerta.

—Lo cual, irónicamente, hace que su actitud resulte un poco más digna de lo que habría sido si hubiera enviado un informe detallado acompañado de flores.

—No quiero que lo defendáis.

—No lo estamos defendiendo. —Sofía me puso una mano sobre el hombro, ofreciéndome un contacto firme y breve—. Lo que decimos es que puedes seguir sintiéndote dolida y, aun así, reconocer que él respetó tu candidatura.

Cerré los ojos durante unos segundos.

La nostalgia, la rabia y la admiración coexistían al mismo tiempo, ocupando diferentes partes de mí sin ninguna intención de ordenarse. Leonardo había seguido cambiando mientras yo no estaba a su lado, y eso era exactamente lo que tenía que pasar para que su transformación fuera real.

Aun así, no sabía si eso bastaría.

—Tengo que terminar una presentación —declaré mientras cerraba el sobre y me obligaba a volver a lo que podía controlar.

Isabela se acercó a la mesa.

—Te vamos a ayudar.

—No hace falta.

—Eso no era una pregunta. —Acercó una silla y abrió una de las carpetas—. Revisaré la parte visual porque tus gráficos parecen haber sido creados por alguien que odia los colores.

Sofía cogió el cronograma.

—Yo puedo analizar la integración con obstetricia y el seguimiento de los recién nacidos de riesgo.

Thiago apareció en la puerta unos minutos después, todavía con el pijama que llevaba en urgencias.

—Daniel traerá comida para todos, y yo revisaré la oncología.

Observé a los tres alrededor de la mesa y sentí que algo dentro de mí cedía. Había pasado años construyendo una independencia tan rígida que, a menudo, confundía la ayuda con la incapacidad. Aquella noche, sin embargo, permitir que mis amigos participaran no restaba mérito a mi trabajo ni convertía el proyecto en algo menos mío.

Quizá yo también necesitaba aprender que compartir no era perder el control.

Trabajamos hasta casi medianoche. Cuando salí del hospital, la ciudad estaba húmeda por la lluvia y el aparcamiento prácticamente vacío. Caminé hasta el coche llevando el proyecto revisado y el sobre de la comisión pegados al pecho.

A lo lejos, vi a Leonardo cruzar el aparcamiento con Helena en la sillita de bebé. Mi primera reacción fue detenerme, pero él aún no me había visto. Su madre caminaba a su lado, diciéndole algo mientras le ajustaba el bolso a la niña.

Leonardo se inclinó hacia Helena y sonrió. El gesto fue pequeño, íntimo y completamente ajeno a mi presencia.

Podía acercarme o volver al coche y mantener la distancia que había pedido.

Decidí quedarme unos segundos observando, no como alguien excluida de aquella vida, sino como una mujer que intentaba decidir si deseaba volver a formar parte de ella.

Después me dirigí a mi coche sin llamarla por su nombre.

Aún no estaba preparada. Sin embargo, por primera vez desde que había salido del piso, la distancia ya no parecía una puerta cerrada para siempre.

Parecía simplemente el espacio necesario para descubrir si el cambio de Leonardo podía existir sin mi vigilancia y si yo tendría el valor de reconocerlo cuando por fin estuviera lista para mirar.



Capítulo 26

La convocatoria de la comisión de integridad llegó a las siete y veinte de la mañana, justo cuando terminaba de dar de comer a Helena antes de irme al hospital.

El correo electrónico era breve, formal y no contenía más información que la hora, la sala y la petición de que llevara todos los documentos relacionados con mi actividad profesional durante el tiempo que Beatriz estuvo en la residencia. Aun así, no necesité más detalles para comprender lo que había pasado. Alguien había presentado una denuncia.

Helena seguía en mis brazos, chupando el biberón con los ojos casi cerrados, mientras yo leía el mensaje por segunda vez. El piso estaba iluminado por una mañana gris, y el sonido lejano del tráfico atravesaba las ventanas junto con el discreto ruido del esterilizador sobre la encimera. Mi hija se movía contra mi pecho sin

darse cuenta de que una parte de mi vida, construida mucho antes de su nacimiento, exigía por fin una respuesta formal.

Mi primera reacción fue profesional y automática. Pensé en los documentos que tendría que reunir, en los antiguos turnos de guardia, en las actas de las reuniones, en las fichas de evaluación y en los registros de casos compartidos durante la residencia de Beatriz. También consideré qué palabras serían más adecuadas para describir la ausencia de subordinación directa, la inexistencia de favoritismo y el carácter consensuado de la relación.

Todo eso era cierto. También sería una forma eficaz de reducir la historia a lo que se pudiera defender.

Miré a Helena y me di cuenta de que mi mano apretaba el biberón con demasiada fuerza. Aflojé los dedos, ajusté el cuerpecito contra mi brazo e intenté respirar sin convertir la citación en una amenaza mayor de lo que era.

—Tu padre va a tener que explicar algunas cosas que durante mucho tiempo ha fingido que no existían. —Le acaricié la mano con el pulgar, observando cómo sus dedos se cerraban alrededor de mi piel—. Esta vez, no podrá limitarse a elegir la versión más cómoda.

Helena siguió mamando.

Cuando llegó la niñera, le di las instrucciones de la mañana y me fui al hospital antes de lo necesario. El trayecto hasta el São Gabriel me pareció demasiado corto, aunque el tráfico era lento y las avenidas estaban congestionadas. En cada semáforo, recordaba alguna escena de la residencia: Beatriz entrando en el dormitorio tras un turno de guardia, la forma en que escondíamos los mensajes, las citas organizadas según mis horarios y la incomodidad que surgía cuando ella me pedía que dejáramos de actuar como si nuestra relación fuera algo vergonzoso.

Siempre le respondía que estaba protegiendo su carrera. En realidad, protegía mi posición, mi reputación y la imagen de control que necesitaba mantener ante todos.

Caio me esperaba en el servicio de neurología con los resultados de un paciente, pero se dio cuenta enseguida de que mi atención no estaba allí.

—¿Ha pasado algo? —preguntó mientras me entregaba la tableta.

—Me han convocado la comisión de integridad.

Su expresión cambió.

—¿Por el error en la prescripción?

—No. Por una relación que tuve hace tiempo con una residente.

Caio tardó unos segundos en comprenderlo.

—¿La doctora Beatriz?

No respondí, pero el silencio bastó.

Apartó la mirada, mostrando la incomodidad de quien ha recibido una información que no sabía si debía conocer.

—¿Necesitas que reorganice los casos de esta mañana?

—Te encargarás de las decisiones multidisciplinares y realizarás las evaluaciones iniciales con Mariana. Si surge alguna urgencia neurológica, llámame.

—De acuerdo.

Caio se quedó junto a la mesa.

—Doctor, ¿puedo preguntarle algo?

—Claro.

—¿Cree usted que la denuncia puede perjudicar su candidatura?

La pregunta revelaba un temor que también me acompañaba desde que recibí el correo electrónico.

—Espero que no. —Me ajusté el maletín bajo el brazo, con los hombros endurecidos por la tensión—. La comisión tiene que separar mi conducta de la competencia de Beatriz.

—¿Y lo conseguirá?

—No lo sé.

Caio asintió, pero antes de alejarse añadió:

—Es la mejor médica que he visto trabajar con niños.

El comentario fue sencillo y espontáneo. No venía de mí, ni de Thiago, ni de nadie a quien se pudiera acusar de protegerla. Caio conocía a Beatriz a través de casos compartidos, urgencias y decisiones clínicas.

—Lo sé —respondí, sintiendo el peso de aquellas palabras—. Precisamente por eso no puedo permitir que utilicen mi historia para menospreciar todo lo que ella ha construido.

La reunión tendría lugar a las diez.

Pasé las dos horas siguientes recopilando documentos con la ayuda del departamento administrativo. Encontré evaluaciones antiguas de la residencia, turnos de supervisión y actas de reuniones clínicas. Mi nombre aparecía en debates sobre casos, pero no en ningún informe formal sobre el rendimiento de Beatriz. No había concesiones de becas, cambios de guardia, oportunidades ni procedimientos atribuidos directamente a mí.

También encontré registros que revelaban algo menos agradable. En al menos tres reuniones, omití mencionar contribuciones importantes de Beatriz en casos multidisciplinares. En una de ellas, presenté una hipótesis basada en una observación suya sin mencionar el nombre de la residente que había identificado el signo clínico inicial. En aquel momento, justifiqué la omisión como una forma de evitar sospechas. Allí, ante los documentos, pude ver el efecto con claridad.

No favorecí a Beatriz. La borré.

Samuel entró en la sala mientras yo examinaba una de las actas.

—Hannah me ha pedido que acompañe a sus pacientes hasta el final de la reunión. —Cerró la puerta y se acercó a la mesa—. La denuncia también ha llegado a la comisión responsable de la dirección de pediatría.

Mi mano se detuvo sobre el papel.

—¿Quién ha presentado la denuncia?

—No lo saben. Fue anónima y menciona favoritismo, ocultación de una relación y una posible interferencia actual en la selección.

—No ha habido favoritismo.

—Lo sé.

—¿Lo sabe Beatriz?

Samuel dudó.

—Hannah la ha llamado aparte. Su entrevista será después de la tuya.

El miedo se apoderó de mi pecho.

—No debería tener que pasar por esto otra vez.

—No debería, pero no se la puede ahorrar por tu culpa. —Samuel mantuvo la voz firme, impidiéndome que convirtiera la preocupación en otro intento más de controlar el proceso—. Beatriz responderá por lo que vivió. Tú responderás por lo que hiciste.

El recuerdo de la discusión sobre São Paulo me vino inmediatamente a la mente.

—No voy a hablar por ella.

—Estupendo. Tampoco intentes asumir una culpa mayor de la real solo para parecer noble. Eso puede perjudicarla tanto como negarlo.

—La relación fue consentida.

—Pues dilo. —Samuel señaló los documentos—. Pero no utilices el consentimiento para fingir que no existía una diferencia de poder.

—No lo haré.

Él observó las actas esparcidas.

—¿Has encontrado algo?

Le entregué el documento en el que había omitido la participación de Beatriz.

Samuel recorrió las líneas con la vista y cerró la carpeta lentamente.

—Eso no parece un trato de favor.

—Parece más bien lo contrario.

—¿Lo vas a presentar?

La respuesta vino acompañada de una sensación de malestar físico, como si mi cuerpo intentara impedir una decisión que podría destruir parte de la reputación que me había labrado a lo largo de los años.

—Lo haré.

Samuel asintió.

—Entonces di toda la verdad, no solo la parte con la que puedas demostrar que no has cometido una infracción formal.

La comisión ocupaba una amplia sala en el área administrativa. Hannah estaba a la cabecera de la mesa, acompañada por Marcos, una representante legal, un médico independiente y una profesional de recursos humanos. Había una grabadora sobre la mesa, carpetas ordenadas delante de cada persona y una silla vacía esperándome.

El ambiente no tenía nada que ver con la informalidad de los pasillos o de las conversaciones clínicas. Las persianas estaban parcialmente cerradas, el aire acondicionado enfriaba la sala y el discreto sonido de la grabadora parecía demasiado alto en medio del silencio.

Me senté y coloqué los documentos delante de mí.

La representante legal comenzó la reunión leyendo la denuncia. El texto afirmaba que yo había mantenido una relación secreta con una residente, que podría haber influido en las evaluaciones y las oportunidades, y que la actual candidatura de Beatriz al puesto de jefa debía suspenderse hasta que se aclarara la situación.

Cada frase parecía redactada para convertir la duda en sospecha.

—Doctor Leonardo —comenzó el médico independiente—, ¿confirma que mantuvo una relación íntima con la doctora Beatriz durante el periodo de residencia?

—Lo confirmo.

—¿Era usted su supervisor directo?

—No.

—¿Participó en evaluaciones formales?

—No. —Abrí la carpeta y le entregué los expedientes correspondientes. —Mi nombre no aparece en ninguna evaluación, selección de prácticas, cambio de turno ni concesión de oportunidades relacionadas con ella.

La representante legal consultó los documentos.

—¿Hubo algún trato de favor informal?

—No.

—¿Puede afirmarlo con certeza?

—Puedo afirmar que no ofrecí oportunidades, procedimientos, notas ni beneficios. —Respiré hondo, sintiendo que había llegado el momento de concluir la respuesta de forma defendible. —Pero eso no significa que mi conducta haya sido neutral o correcta.

Hannah levantó la vista.

—Explícalo.

Le entregué las actas que había separado.

—En algunas reuniones, dejé de reconocer públicamente las aportaciones de Beatriz, porque temía que cualquier elogio despertara sospechas sobre nuestra relación. En una de ellas, presenté una hipótesis basada en una observación suya, sin atribuirle el mérito. No la favorecí. En ciertos momentos, perjudicé su visibilidad para proteger mi reputación.

El silencio que se hizo fue más pesado que cualquier acusación.

Marcos revisó los documentos.

—¿Ella estaba al corriente de esas omisiones?

—No sé si se dio cuenta de todas, pero ya he dicho que se sentía invisible durante ese periodo.

—¿Por qué mantuvo la relación en secreto? —preguntó la representante de recursos humanos.

—Porque yo ocupaba un puesto superior, sabía que existía un conflicto ético y no quería afrontar las consecuencias institucionales. Al principio, le dije a Beatriz que el secreto protegería su carrera. Cuando me pidió que hiciéramos pública la relación, puse fin a todo por mi cuenta y utilicé esa misma carrera como justificación.

—¿La relación fue consentida? —preguntó el médico independiente.

—Sí. A Beatriz nunca se la presionó para que continuara ni para que iniciara ningún contacto. —Mantuve las manos sobre la

mesa, procurando con cuidado no utilizar esa verdad como absolución—. Sin embargo, el consentimiento no eliminaba la diferencia de posición. Yo controlaba los horarios, los lugares y la forma en que se desarrollaba la relación porque tenía más poder institucional y experiencia.

Hannah se quitó las gafas.

—¿La doctora Beatriz afirmó que se sintió coaccionada?

—No puedo responder por ella.

La respuesta pareció sorprender a algunos miembros.

—¿Puede decir cómo interpretaba usted la situación en aquel momento? —insistió la representante legal.

—Me decía a mí mismo que ella aceptaba porque era adulta y porque la relación era consensuada. Hoy comprendo que aceptar no significa que la estructura fuera igualitaria. Cuando Beatriz intentó modificar las condiciones, puse fin a la relación en lugar de negociar.

—¿Hubo represalias laborales tras la ruptura?

—No modifiqué los turnos, las evaluaciones ni las oportunidades. También evité trabajar directamente con ella siempre que fue posible, lo que puede haber creado otra forma de aislamiento.

Marcos apoyó los brazos sobre la mesa.

—¿Por qué está aportando elementos que no figuran en la denuncia y que podrían ampliar su responsabilidad?

Miré los documentos que tenía delante.

—Porque sería fácil limitarme a demostrar que no firmé evaluaciones ni concedí beneficios. Eso me permitiría salir de esta sala técnicamente protegido, mientras que la experiencia de Beatriz seguiría reduciéndose a lo que se puede documentar. La denuncia cuestiona el fondo de su caso. Para responder correctamente, debo

reconocer que, cuando mi conducta interfirió en su carrera, fue restándole visibilidad a su trabajo, en lugar de favorecerlo.

La frase pareció cambiar el ambiente.

Hannah permaneció en silencio unos segundos antes de preguntar:

—¿Reconoce que incumplió la obligación de declarar un conflicto de intereses?

—Lo reconozco.

—¿Acepta que el hospital considere la posibilidad de imponerle una amonestación formal y restricciones temporales en las comisiones?

—Lo acepto.

—¿Aunque eso afecte a la propuesta de São Paulo?

El nombre del instituto presente en aquella sala aportó otro matiz a la conversación.

—El informe profesional debe incluir cualquier sanción que se considere relevante. No pediré que la omitan.

La representante jurídica formuló nuevas preguntas sobre la relación actual, la declaración firmada, mi apartamiento de las decisiones relacionadas con la dirección y la negociación con São Paulo. Respondí sin involucrar a Beatriz más de lo necesario y dejé claro que ella no participaría en ninguna de mis decisiones profesionales.

La reunión duró casi dos horas.

Cuando terminó, Hannah me pidió que me quedara mientras los demás miembros abandonaban la sala. Marcos recogió parte de los documentos, pero también se quedó.

—La comisión emitirá su dictamen en un plazo de cuarenta y ocho horas —informó Hannah mientras cerraba el maletín—. No hemos encontrado pruebas de favoritismo ni de coacción, pero la

omisión de la relación y la asimetría exigirán una respuesta institucional.

—Entiendo.

—Hiciste lo correcto al presentar las actas —añadió Marcos—. Aunque también has complicado tu propia defensa.

—Lo sé.

Hannah me miró con una expresión difícil de interpretar.

—No confundas la honestidad tardía con una reparación completa.

—No las confundo.

—Beatriz podría reaccionar mal al enterarse de lo que has presentado. Es posible que algunas de esas omisiones sean nuevas para ella.

Esa posibilidad me oprimió el pecho.

—No voy a buscarla.

—No es eso lo que he dicho. —Hannah se recostó en la silla.

Marcos cerró la última carpeta.

—La comisión de la dirección seguirá adelante con el proceso. La candidatura de Beatriz no se suspenderá, pero tendrá que prestar declaración para demostrar que no ha habido favoritismo.

—Eso es injusto.

—Es la consecuencia de la situación que habéis ocultado —respondió Hannah, sin crueldad alguna—. La mayor injusticia sería descartar la candidatura antes de escucharla.

Salí de la sala sintiéndome el cuerpo pesado, como si hubiera pasado horas en una sala de operaciones. El pasillo administrativo estaba vacío, y la luz del mediodía atravesaba las ventanas con intensidad, haciendo que todo se viera excesivamente nítido.

Beatriz esperaba cerca del ascensor.

Llevaba un conjunto azul oscuro debajo de la bata y sostenía una carpeta contra el pecho. Llevaba el pelo recogido, su rostro se mantenía sereno y sus ojos se cruzaron con los míos solo por un instante antes de apartarse.

Quería decirle que lo sentía mucho, contarle lo de la entrega de las actas, que había aceptado la invisibilidad impuesta y que había intentado proteger su candidatura.

La necesidad de mantener la distancia seguía ahí. Me detuve a una distancia respetuosa.

—La comisión la llamará ahora —le informé, manteniendo un tono profesional—. No he hablado en tu nombre ni he descrito tus sentimientos. Solo he confirmado la relación, la diferencia de postura y mi conducta.

Beatriz apretó la carpeta.

—¿Ha hablado de las reuniones en las que no reconoció mi trabajo?

La pregunta indicaba que Hannah probablemente se lo había contado antes de entrar.

—Sí, lo mencioné.

Una antigua punzada de dolor le atravesó el rostro.

—No sabía que hubiera actas.

—Hay tres actas. Quizá haya otras situaciones que no estén documentadas.

—¿Por qué lo has presentado?

—Porque la denuncia dice que te favorecí. Tenía que demostrar que, cuando intervine, hice justo lo contrario.

Beatriz respiró hondo y, por un instante, pensé que la ira se le escaparía de las manos.

—¿Te das cuenta de lo que supone descubrir ahora que algunas de mis ideas se han presentado como si fueran tuyas?

—Entiendo que quizá no comprenda del todo las consecuencias.

—No, no lo entiendes. —La voz salió baja, pero cargada de una emoción que me hizo tensar los hombros—. Me pasé años creyendo que tenía que trabajar el doble porque quizá no era tan buena como pensaba. Ahora descubro que has quitado mi nombre de cosas que te ayudarían a labrarte una reputación.

—Tienes razón.

—No hagas eso. —Beatriz entrecerró los ojos, luchando por contener las lágrimas—. No utilices el hecho de que estoy de acuerdo como una forma de acallar mi enfado.

—No estoy intentando calmarla. —Mantuve las manos a los lados del cuerpo, aunque deseaba acercarme a ella—. Puedes sentir todo lo que necesites. No debería haber hecho eso.

Ella desvió la mirada hacia las puertas del ascensor.

—La comisión nos espera.

—Lo sé.

—¿Esto perjudicará a São Paulo?

—Podría perjudicarla.

Beatriz volvió a mirarme a los ojos.

—Y aun así lo contaste.

—No porque quisiera demostrarte nada. Lo conté porque era verdad y porque tu carrera no podía seguir siendo juzgada a partir de una versión incompleta.

Su expresión cambió por un instante, pero el resentimiento permaneció.

—No sé si eso hace que todo sea mejor o peor.

—No hace falta que lo decidas ahora.

Las puertas se abrieron y Beatriz entró en el ascensor sin responder. Antes de que se cerraran, nuestras miradas se cruzaron de nuevo.

No había perdón.

Tampoco se percibía la misma distancia absoluta que en los días anteriores.

Me quedé en el pasillo después de que ella desapareciera, sintiendo la necesidad de saber qué pasaría dentro de la sala. No busqué a Hannah, a Marcos ni a nadie que pudiera contármelo. Volví a neurología y me concentré en los pacientes, aunque una parte de mí seguía en la planta administrativa.

Al final del día, recibí un mensaje de Augusto.

Augusto:

El consejo se ha enterado de la investigación interna. Tenemos que suspender la negociación hasta que se emita el dictamen.

Leí la frase sin sorpresa.

La propuesta de São Paulo empezaba a escapárseme, pero la pérdida no me provocó la indignación que esperaba. Seguía deseando el puesto, el centro y las cirugías. También sabía que ocultar la verdad para conservar esa oportunidad me convertiría exactamente en el hombre que intentaba dejar de ser.

Guardé el teléfono.

Poco después, me encontré con Caio frente a la gasolinera.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó, en voz baja.

—Asumí lo que hice.

—¿Y ahora qué?

—Ahora la comisión decidirá las consecuencias.

Él asintió.

—¿La doctora Beatriz seguirá en la selección?

—Sí.

Un discreto alivio se dibujó en su rostro.

—Entonces, al menos, la denuncia no ha conseguido apartarla.

La observación era cierta, aunque nada estaba garantizado.

Aquella noche, fui a recoger a Helena a casa de mi madre y volví al piso. Mientras preparaba el biberón, encontré el sobre con el pendiente de Beatriz dentro del cajón. Lo sostuve durante unos segundos, pensando en cómo aquel objeto parecía pertenecer a otra vida, cuando el mayor problema entre nosotros era la propuesta de São Paulo.

No le envié ningún mensaje.

Guardé el sobre de nuevo y cogí a mi hija en brazos.

—Hoy he contado la verdad sobre algo que quizá me cueste parte de mi carrera. —Le ofrecí el biberón mientras observaba cómo se le cerraban los ojos—. Eso no me convierte en un héroe. Solo significa que he dejado de exigir que otras personas paguen el precio de mi silencio.

Helena siguió mamando, ajena al peso de aquellas palabras.

El dictamen podría acarrear amonestaciones, restricciones y la pérdida de la propuesta de São Paulo. Beatriz quizá nunca me perdonara por las omisiones que acababa de descubrir. Aun así, por primera vez, no deseaba dar marcha atrás y elegir una versión más conveniente.

La verdad no lo arreglaba todo. Pero, al menos, dejaba de construir el futuro sobre otra mentira más.



Capítulo 27

Entré en la sala de la comisión pocos minutos después de que Leonardo saliera, con la sensación de que el pasado acababa de adquirir una forma más concreta que todos los recuerdos que llevaba años intentando reorganizar.

Hasta aquella mañana, sabía que Leonardo me había ocultado para proteger su propia reputación. También era consciente de que había evitado reconocer mi trabajo ante otras personas y de que, durante la residencia, a menudo me había hecho creer que cualquier cercanía profesional podría despertar sospechas. Lo que no imaginaba era que algunas de mis aportaciones se habían registrado sin mi nombre, se habían incorporado a debates dirigidos por él y se habían conservado en actas que contribuyeron a fortalecer una carrera de la que yo había desaparecido.

Este descubrimiento no restaba mérito a mi competencia. Aun así, tocaba precisamente esa inseguridad que me llevó años superar.

Durante mucho tiempo, me pregunté si mis ideas eran realmente buenas, si los diagnósticos que identificaba se debían a mi capacidad o si Leonardo simplemente me permitía creer que contribuía cuando estábamos a solas. Finalmente descubrí que algunas de esas ideas habían sido lo suficientemente importantes como para quedar registradas, solo que sin ninguna referencia a mí.

La sala estaba fría, y la luz blanca del techo hacía que cada rostro se viera con excesiva nitidez. Hannah ocupaba la cabecera, acompañada por Marcos, una representante legal, el médico independiente y la responsable de recursos humanos. Sobre la mesa, las carpetas que había dejado Leonardo permanecían abiertas, revelando copias de actas, turnos y fichas de evaluación.

Me senté en la silla que me indicaron y apoyé mi carpeta sobre el regazo para evitar que se percataran del discreto temblor de mis manos.

—Doctora Beatriz, esta entrevista quedará grabada y formará parte del análisis sobre la relación mantenida durante su residencia y el posible conflicto actual —explicó la representante legal mientras ponía en marcha la grabadora—. ¿Se siente capaz de responder?

—Sí. —Mi voz sonó firme, aunque todavía tenía la garganta oprimida por la conversación en el pasillo.

La primera parte de la entrevista se centró en hechos objetivos. Confirmé que la relación había sido consentida, que Leonardo no era mi supervisor directo y que nunca había alterado oficialmente mis notas, guardias u oportunidades. También expliqué que no me sentí coaccionada para iniciar o mantener la relación, pero que la diferencia de posición influía en todas las condiciones en las que esta se desarrollaba.

—¿De qué manera? —preguntó el médico independiente, apoyando las manos sobre la mesa.

—Leonardo elegía cuándo y dónde nos veíamos, qué compañeros podían vernos y cuánto espacio tendría la relación fuera

de esos momentos. —Respiré lentamente antes de continuar, negándome a suavizar la experiencia solo porque él finalmente hubiera asumido parte de la responsabilidad. —Al principio, acepté el secreto, porque yo también temía las repercusiones profesionales. Con el tiempo, empecé a pedirle que habláramos sobre una forma de hacer pública la relación o, al menos, de compartir las decisiones. Él respondió poniendo fin a todo por su cuenta.

—¿Hubo alguna amenaza profesional durante la ruptura?

—No hubo ninguna amenaza explícita. Decía que estaba protegiendo mi carrera y que lo entendería en el futuro. Eso no hizo que la decisión fuera menos unilateral.

Hannah no me quitaba los ojos de encima, sin intentar interferir.

La representante legal abrió una de las actas.

—El doctor Leonardo ha presentado documentos en los que las contribuciones que ahora se le atribuyen a usted no figuraban a su nombre. ¿Tenía conocimiento de estas omisiones?

—Sabía que él evitaba reconocer mi trabajo en público, pero desconocía la existencia de esos registros concretos.

—¿Considera que eso perjudicó su carrera?

La pregunta exigía cautela. Podría convertir cada frustración profesional en una consecuencia de la actuación de Leonardo, del mismo modo que él podría haber utilizado la ausencia de pruebas formales para negar cualquier perjuicio. Ninguna de las dos respuestas sería cierta.

—No puedo cuantificar el efecto completo. —Apoyé las manos sobre el maletín y mantuve la mirada fija en la comisión—. Mi carrera siguió adelante, terminé la residencia, me labré una reputación y conseguí oportunidades sin su ayuda. Sin embargo, el hecho de que me borraran de debates importantes influyó en la

forma en que veía mi propio trabajo y puede que me haya privado de reconocimientos que deberían haber sido míos.

Marcos tomó nota.

—¿Alguna vez se benefició de esa relación?

—No.

—¿Ni siquiera de manera informal?

—No. En algunas ocasiones, Leonardo se mostró más estricto conmigo para evitar sospechas. También se mantenía al margen de los casos en los que mi participación pudiera llamar la atención.

—¿Entonces no considera que se le haya favorecido?

—No lo considero así. Tampoco acepto que la ausencia de favoritismo convierta la relación en una estructura profesionalmente adecuada. Había asimetría, secretismo y control, incluso sin beneficios ni coacción.

El silencio tras la respuesta no fue hostil. Pareció solo la pausa necesaria para que se asimilaran las distinciones.

La entrevista continuó centrándose en el presente. Confirmé el acercamiento, la declaración formal de conflicto y la exclusión de Leonardo de las decisiones relacionadas con la dirección. Cuando me preguntaron si él había influido en mi proyecto, entregué versiones fechadas que demostraban que la propuesta de integración pediátrica existía antes de su regreso al São Gabriel.

—¿Revisó el doctor Leonardo alguna parte de la candidatura? —preguntó Hannah.

—No. Discutimos un protocolo clínico relacionado con pacientes neurológicos después de que Marcos autorizara su participación, pero el contenido no se utilizó en la selección sin el análisis de otros especialistas.

—¿Se siente usted presionada a mantener la relación por culpa de su hija, del duelo o de posibles repercusiones

profesionales?

La imagen de Helena surgió acompañada de la ternura y la cautela que aún no sabía cómo organizar del todo.

—No. Me gusta la niña, pero dejé claro que eso no me convierte en responsable de ella. Leonardo ha respetado ese límite hasta ahora. En cuanto a la relación, estamos distanciados por un asunto personal que no tiene nada que ver con la selección.

La responsable de recursos humanos levantó la vista.

—¿Quiere explicarlo?

—No lo considero relevante para el análisis institucional.

Hannah asintió antes de que alguien insistiera.

—Esa respuesta es suficiente.

Al cabo de casi una hora, la comisión me pidió que esperara fuera. Salí con los hombros tensos y la sensación de haber abierto cajones que llevaban demasiado tiempo cerrados. No me sentía aliviada. La verdad no funcionaba como anestesia y, en algunos momentos, hacía que el dolor fuera más intenso.

Thiago me esperaba al final del pasillo. Llevaba una corbata verde con pequeñas campanillas doradas y sostenía dos tazas de café. Daniel permanecía unos pasos más atrás, hablando por teléfono, pero colgó al verme.

—Tienes cara de quien quiere demandar a toda una institución —comentó Thiago mientras me entregaba una de las tazas—. Me pareció oportuno traer cafeína antes de que elijas a tus objetivos.

Acepté el café y me apoyé contra la pared.

—He descubierto que algunas de mis ideas han aparecido en actas sin mi nombre.

El buen humor se esfumó de inmediato.

—¿Te lo ha contado Leonardo?

—Él entregó los documentos.

Thiago respiró hondo y la indignación le endureció el rostro.

—Eso no lo exime de culpa.

—Lo sé.

—Tampoco borra el hecho de que lo haya hecho.

—Eso también lo sé. —Me llevé la taza a los labios, aunque el café estaba demasiado caliente—. El problema es que una parte de mí reconoce que podría haberlo ocultado y haber protegido su propia carrera. Otra parte quiere retroceder cinco años y gritarle al hombre que consideraba aceptable borrarme de su vida.

Daniel se acercó y se quedó junto a Thiago, sin intervenir de inmediato en la conversación.

—Las dos partes tienen razón —afirmó él, tras unos segundos —. Admitirlo ahora es mejor que seguir mintiendo, pero eso no hace que el daño sea menor.

La objetividad me proporcionó un consuelo que los elogios vacíos no me habrían ofrecido.

—La comisión tomará una decisión en cuarenta y ocho horas —expliqué mientras observaba las puertas cerradas—. Mi candidatura sigue en pie, pero no sé cómo afectará esto al resultado.

Thiago me tocó el brazo.

—Llegarás a la entrevista con el mejor proyecto y con documentación que demuestra que lo has elaborado sin él.

—Aún habrá gente que dirá que la junta directiva intentó compensarlo.

—La gente dice cualquier cosa cuando tiene que explicar el éxito de una mujer sin reconocer su competencia. —Se acercó un

poco más, manteniendo la voz baja—. No les des el poder de convertir tu victoria en culpa antes de que ocurra.

Quería creer que el proyecto sería suficiente.

La presentación tuvo lugar dos días después.

Entré en la sala del tribunal con un traje azul marino, el pelo recogido y la sensación de llevar años de trabajo en las páginas proyectadas a mis espaldas. Hannah y Marcos iban acompañados por una directora de pediatría de otro hospital, una directora de enfermería y un especialista en salud pública. No participaba nadie vinculado directamente con Leonardo.

Durante cuarenta minutos, presenté la propuesta de integración entre pediatría, oncología, psicología y otras especialidades; mostré indicadores de reingresos, costes evitables y fallos en la continuidad de la atención. También hablé de familias que recibían diagnósticos sin el apoyo suficiente, de residentes agotados y de niños obligados a repetir la misma historia en servicios que no se comunicaban entre sí.

Las preguntas fueron difíciles.

Me preguntaron por el presupuesto, el plazo de implementación, la resistencia del equipo y la posibilidad de que yo separara las decisiones administrativas de los vínculos personales. No eludí este último tema.

—La independencia de un responsable no se demuestra evitando las relaciones humanas, sino creando procesos transparentes que impidan que los intereses personales determinen los resultados—, respondí, sin apartar la mirada del tribunal. —Mi conflicto de intereses ha quedado declarado, las restricciones se han registrado y aceptaré una auditoría sobre cualquier decisión que implique a Leonardo o a la neurología. No espero que se confíe en mí basándose únicamente en mi palabra. Quiero una estructura que no dependa de ella.

Cuando me fui, no sabía si había convencido a todos. Lo único de lo que estaba segura era de que no rebajaba mis ambiciones para parecer menos amenazante.

La respuesta llegó a última hora de aquella tarde.

Estaba en oncología, ayudando a Thiago a preparar a Davi para que tocara la campana que marcaba el final de esa etapa del tratamiento. El niño seguía delgado, aún necesitaba seguimiento y no estaba completamente libre de riesgos, pero había recuperado las fuerzas suficientes para caminar por el pasillo de la mano de su madre. El padre se quedaba al otro lado, visiblemente emocionado.

Thiago estaba ajustando la corbata de cascabeles cuando mi teléfono vibró. Abrí el correo electrónico y tuve que leerlo dos veces.

La comisión había concluido que no hubo favoritismo en la selección y había aprobado su nombramiento como jefa de Pediatría.

El resto del texto mencionaba los méritos del proyecto, la experiencia clínica y las restricciones en materia de conflictos de intereses ya establecidas, pero mis ojos permanecieron fijos en la primera frase.

—¿Beatriz? —Thiago se acercó, observándome a la cara—. ¿Qué ha pasado?

Le entregué el teléfono.

Él lo leyó, esbozó una sonrisa y me envolvió en un abrazo tan rápido que casi tiró al suelo la corona de papel que habíamos preparado para Davi.

—Ya lo sabía —Thiago me apretó los hombros antes de apartarse, con los ojos brillantes de orgullo—. La nueva jefa de Pediatría sigue teniendo las mismas dificultades para aceptar las buenas noticias.

La madre de Davi lo oyó y empezó a aplaudir. Otros profesionales se acercaron y, en pocos segundos, la noticia se extendió por el pasillo. Joana apareció con una amplia sonrisa, Isabela se asomó diciendo que por fin alguien arreglaría la decoración de las salas y Gustavo llegó con una capa improvisada sobre la bata, alegando que lo habían convocado para una ceremonia oficial.

—No quiero robarle el momento a Davi —protesté, notando que me ardían las mejillas ante tanta atención.

—Puedes celebrarlo después. Ahora me toca a mí. —El chico señaló la campana colgada en la pared, mostrando una impaciencia que hizo reír a todos.

Thiago se arrodilló ante él.

—Comandante, esta misión ha sido difícil, pero su tripulación está lista para celebrar la victoria.

Davi sujetó la cuerda.

Antes de tocarla, miró a su padre.

—¿Puede el doctor Thiago quedarse a mi lado?

El hombre mantuvo la mirada fija en el oncólogo durante unos segundos. Luego asintió y se apartó lo suficiente para dejar espacio.

—Debería quedarse.

Thiago se colocó junto al niño, y Davi tiró de la cuerda, haciendo que el sonido de la campana resonara por toda la planta.

Los aplausos no se hicieron esperar.

La madre lloraba, el padre rodeó con los brazos los hombros de su hijo y Thiago intentó sonreír, mientras las lágrimas se le acumulaban en los ojos.

Observé aquella escena mientras una profunda emoción se extendía por mi pecho.

Davi no estaba a salvo de todos los riesgos, al igual que mi nombramiento no borraba las dudas, los comentarios y el pasado. Aun así, algunas victorias merecían existir sin verse empañadas por el miedo a lo que vendría después.

Hannah apareció en el pasillo cuando terminó la celebración.

—Enhorabuena, doctora Beatriz. —Me entregó una copia impresa de la resolución—. El nombramiento se anunciará oficialmente mañana.

—Gracias.

—La comisión también ha concluido el análisis sobre Leonardo. No se ha demostrado que hubiera favoritismo ni coacción, pero recibirá una amonestación formal por no haber declarado el conflicto de intereses y quedará apartado de determinadas comisiones durante seis meses.

La noticia me provocó una mezcla de alivio y dolor.

—¿Y la propuesta de São Paulo?

—El instituto decidirá cómo gestionar la amonestación. Autorizó el envío íntegro del dictamen.

Miré el documento que tenía en las manos.

—¿Sabe que me han elegido?

—Todavía no. Le pedí que esperara al anuncio oficial para no crear otra situación delicada.

Quizá la antigua Beatriz hubiera querido que él lo supiera de inmediato, que reconociera el logro y viera que había llegado hasta allí a pesar de todo. La mujer en la que me había convertido comprendía que esa victoria no tenía por qué empezar por su mirada.

Aun así, quería contárselo. No para pedirle aprobación, sino porque una parte de mí todavía deseaba compartir con Leonardo las cosas importantes.

Guardé ese deseo sin convertirlo en una acción inmediata.

Aquella noche, salí del hospital acompañada por Thiago y Daniel. Davi seguía rodeado de su familia, la campana aún parecía resonar en mi memoria y el nombramiento pesaba dentro del bolso como algo precioso y difícil de creer.

Había conseguido el puesto de jefa.

Leonardo asumió su propia responsabilidad sin borrar mi dolor.

Ninguna de esas cosas resolvía por completo el pasado, pero demostraba que podían producirse cambios reales sin depender de la perfección.

Mientras caminaba hacia el aparcamiento, comprendí que ya no tenía que elegir entre reconocer el esfuerzo de Leonardo y mantener el enfado por lo que había hecho. Podía hacer ambas cosas.

La pregunta que quedaba por responder no era si él estaba cambiando, sino si yo sería capaz de confiar en que ese cambio continuaría cuando el miedo volviera a exigir el control.



Capítulo 28

El dictamen de la comisión de integridad llegó poco después de las seis de la tarde, cuando terminaba de revisar las pruebas de un paciente ingresado desde hacía tres días en neurología.

La sala de médicos estaba casi vacía. Caio discutía un alta con Mariana en el control de enfermería, el pasillo empezaba a adquirir el ritmo más lento del turno de noche y una llovizna cubría las ventanas con pequeñas gotas que deformaban las luces de la ciudad. Ya conocía el contenido principal del documento, porque Hannah me había explicado que no había indicios de favoritismo ni de coacción, pero la lectura formal hacía que las consecuencias resultaran más concretas.

Recibiría una amonestación por no haber comunicado el conflicto de intereses y quedaría apartado durante seis meses de las comisiones relacionadas con la formación de residentes, la integridad institucional y la designación de cargos de responsabilidad. El

dictamen también señalaba que había presentado voluntariamente documentos que permitían ampliar el análisis de mi propia conducta, aunque dejaba claro que esa colaboración tardía no eximía de responsabilidad por lo ocurrido.

Leí cada página sin buscar un vicio de forma, una palabra que pudiera rebatir o una interpretación que pudiera reducir la sanción.

En otra ocasión, habría entregado el documento a los abogados incluso antes de llegar al último párrafo. Habría argumentado que no existía una subordinación directa, que la relación había sido consensuada y que ningún paciente ni ningún resultado institucional había sufrido un perjuicio demostrado. Técnicamente, habría argumentos suficientes para intentar atenuar la amonestación.

Nada de eso cambiaría la verdad fundamental. Sabía que existía un conflicto, elegí ocultarlo y controlar las condiciones de la relación porque tenía más poder para hacerlo.

Firmé el acuse de recibo del dictamen y archivé el expediente. Pocos minutos después, mi teléfono vibró con un mensaje de Augusto.

Augusto:

El consejo ha analizado el documento. Seguimos interesados en ti, pero tenemos que hablar sobre las condiciones del cargo directivo.

Sabía que esa conversación se produciría. El instituto podría interpretar la advertencia como un riesgo para su reputación, reducir la autonomía ofrecida o renunciar por completo a la contratación. La posibilidad de perder el puesto aún me dolía, aunque ya no me parecía una catástrofe capaz de justificar cualquier decisión.

Antes de devolver la llamada, encontré un nuevo mensaje, esta vez de mi madre.

Mamá:

Tu hija está bien alimentada, limpia y tratando de quitarme el collar. También he oído que la doctora Beatriz ha sido elegida para el puesto de directora. ¿Ya lo sabías?

Me quedé inmóvil frente a la pantalla.

Hannah había pedido a todos que esperaran el anuncio oficial, y nadie en el hospital me había mencionado el resultado directamente. Aun así, los hospitales tenían sus propios canales para difundir las buenas noticias, sobre todo cuando Joana, Gustavo y Thiago participaban en la celebración.

Beatriz lo había conseguido.

Una profunda satisfacción se extendió por mi pecho, acompañada del recuerdo de todo lo que ese logro representaba. Ella había desarrollado el proyecto antes de mi regreso, había hecho frente a las sospechas provocadas por nuestra historia y había demostrado ante la comisión una competencia que nunca había dependido de mí. El puesto de jefa le pertenecía a ella, no como compensación por el pasado, sino como reconocimiento por años de trabajo.

Mi primer impulso fue llamar por teléfono. Quería oír la voz de Beatriz, decirle que estaba orgulloso y preguntarle cómo se había sentido al recibir la noticia. También deseaba contarle lo del dictamen y asegurarle que la comisión había confirmado la ausencia de favoritismo, como si mi palabra pudiera añadir legitimidad a una victoria que ella había conseguido por sí sola.

La solicitud de espacio seguía pendiente. Además, el anuncio aún no era oficial.

Solo le contesté a mi madre.

Leonardo:

Me acabo de enterar. No se lo digas a nadie antes de que lo comunique el hospital.

Me envió una foto de Helena sosteniendo el collar y una breve respuesta.

Mamá:

Estás aprendiendo a no convertir cada emoción en acción. Es extraño, pero prometedor.

Guardé el móvil antes de que el impulso de escribirle a Beatriz se volviera demasiado difícil de contener.

Augusto contestó mi llamada al primer tono.

—¿Has recibido el informe? —preguntó, sin preámbulos.

—Sí.

—El consejo no considera que la advertencia sea suficiente para retirar la propuesta, pero existe preocupación por las repercusiones. La junta directiva exige autoridad moral sobre los equipos, los residentes y los protocolos. Algunos miembros creen que la sanción debilita su posición.

Su franqueza no me ofendió.

—Es una preocupación legítima.

El silencio al otro lado reveló que esperaba resistencia.

—También creemos que su colaboración con la investigación y la ausencia de favoritismo juegan a su favor —prosiguió Augusto—. La propuesta sigue en pie, pero queremos incluir una cláusula de seguimiento ético durante el primer año.

—Eso no será necesario.

—Leonardo, no lo interpretes como un castigo adicional. Es una medida de protección para el instituto.

—No estoy rechazando la cláusula. Estoy rechazando a la junta directiva.

La frase salió con más tranquilidad de lo que imaginaba.

Augusto tardó unos segundos en responder.

—¿Estás diciendo que no aceptas el cargo?

—Sí.

—¿Por la advertencia?

—No solo por eso. El modelo exige una presencia mayoritaria en São Paulo, un cambio que no considero adecuado para Helena en este momento, y una responsabilidad administrativa que me alejaría del trabajo clínico y de la estructura que estoy reconstruyendo en São Gabriel.

—Llevas media carrera persiguiendo un puesto como este.

—Lo sé.

—Entonces es por Beatriz.

La irritación afloró, pero no dejé que condicionara mi respuesta.

—Beatriz no ha participado en esta decisión y no sabe que estamos hablando. No voy a utilizar su nombre para justificar una elección profesional que debe ser mía.

—Eso suena como una forma sofisticada de decir que lo rechazas por ella.

Me acerqué a la ventana y observé cómo la lluvia resbalaba por el cristal.

—Lo rechazo porque no quiero mudarme, porque mi hija necesita estabilidad y porque me he dado cuenta de que no quiero dirigir un centro si eso significa abandonar por completo la práctica y

al equipo que he construido aquí. La relación con Beatriz forma parte de mi vida, pero no es moneda de cambio.

Augusto soltó un suspiro de frustración.

—El consejo no mantendrá la propuesta indefinidamente.

—No hace falta que la mantenga.

Decir eso me causó un dolor real. Podía imaginarme el centro en funcionamiento, las investigaciones, el equipo y las cirugías que quizá nunca llegara a realizar. Rechazarla no significaba que la oportunidad hubiera perdido valor, solo que había dejado de ser la única vía posible para mi éxito.

—Sigo interesado en colaborar —continué mientras abría el documento con las previsiones del instituto—. Podemos crear una colaboración entre el centro y el São Gabriel. Investigaciones conjuntas, formación de equipos, análisis remoto de casos y períodos programados para cirugías específicas en São Paulo.

—Eso es muy diferente a dirigir el centro.

—Sí. Rafael ha demostrado que está preparado para asumir más responsabilidades. También podéis contratar a un director administrativo y mantener el liderazgo técnico repartido.

—Estás ofreciendo una alternativa que reduce considerablemente tu poder.

Esa observación habría sonado como una provocación en cualquier otro momento.

—Quizá el poder ya no sea el único criterio.

Augusto guardó silencio.

—Envíame la propuesta por escrito —pidió al fin—. No te prometo que el consejo la acepte.

—No espero que la acepten solo porque la haya sugerido.

Cuando terminé, me quedé unos minutos frente a la ventana. No sentí un alivio inmediato ni la gran certeza de haber elegido correctamente. Había pérdida, duda y una parte de mí que aún se preguntaba qué podría pasar si aceptara el cargo de director.

La decisión no tenía por qué parecer fácil para ser verdadera.

Volví a la mesa y empecé a elaborar la propuesta de colaboración. Incluí un programa de intercambio de residentes, reuniones semanales para debatir casos complejos, una base de datos compartida de investigaciones y períodos trimestrales en los que yo participaría en cirugías en São Paulo. El modelo permitiría el crecimiento profesional sin alejar a Helena de Belo Horizonte ni convertirme en una presencia ocasional en su vida. Tampoco exigía ninguna elección por parte de Beatriz. Ella podría seguir al frente del departamento, poner fin definitivamente a lo que había entre nosotros o decidir, algún día, que deseaba volver. Mi carrera no se utilizaría como sacrificio para provocar ninguna de esas respuestas.

Cuando terminé la primera versión, el anuncio oficial del hospital apareció en el correo electrónico institucional.

La Dra. Beatriz Müller es nombrada jefa de Pediatría del Hospital São Gabriel.

El mensaje presentaba un resumen del proyecto, destacaba la integración entre especialidades y mencionaba la transparencia del proceso de selección. No había ninguna referencia a mí, a nuestra relación ni a la denuncia. Era como debía ser.

Leí su nombre varias veces. Después abrí nuestra conversación. Escribí un mensaje de enhorabuena, lo releí y lo borré. Me parecía demasiado breve para todo lo que quería decir y, al mismo tiempo, intrusivo teniendo en cuenta el espacio que ella había pedido.

Podría no enviar nada.

Sin embargo, el silencio también había sido un arma entre nosotros durante demasiado tiempo. Necesitaba encontrar una forma de reconocer su logro sin exigirle a Beatriz que se ocupara de mis emociones ni que respondiera antes de estar preparada.

Miguel sugirió, durante la última sesión, que escribiera sin necesidad de enviarlo. Aquella noche, por primera vez, la idea me pareció útil.

Saqué una hoja del bloc que guardaba en el cajón y empecé una carta.

No escribí sobre São Paulo de inmediato. Tampoco le dije que la quería en las primeras líneas ni intenté reconstruir toda nuestra historia. Empecé por el cargo.

Conté que el nombramiento no me había sorprendido, aunque me llenaba de orgullo. Reconocí que Beatriz había creado el proyecto sin mí, había defendido la candidatura a pesar de las sospechas y se había ganado un espacio que debería haberse reconocido mucho antes. Escribí que mi alejamiento de las comisiones no era un favor, sino una obligación necesaria para que nadie utilizara mi nombre en contra de su mérito.

Después, hablé de la propuesta del instituto. Expliqué que había rechazado la dirección y había propuesto una colaboración, pero dejé claro que la decisión no era una petición de reconciliación. No quería que Beatriz se sintiera responsable del cargo perdido ni que interpretara la elección como un sacrificio que exigiera alguna respuesta.

Escribí sobre el miedo que me llevó a ocultar la negociación, admitiendo que seguía intentando proteger las relaciones eliminando de antemano la incertidumbre. También reconocí que esa forma de amar seguía excluyendo a la persona a la que decía querer preservar.

Cuando llegué al final, surgieron las palabras más difíciles.

Te quiero, pero por fin comprendo que ese sentimiento no me da derecho a tu presencia. No rechacé São Paulo para traerte de vuelta, del mismo modo que no asumí mis errores para ganarme tu perdón. Tomé esas decisiones porque necesito ser capaz de vivir con el hombre en el que me estoy convirtiendo, aunque tú nunca vuelvas a elegirlo.

Volví a leer la carta y sentí un nudo en la garganta.

Existía el riesgo de que todo siguiera pareciendo un intento de demostrar un cambio. Cualquier comunicación podía conllevar ese peso. Por eso, añadí que no tenía por qué responder, ni quedar conmigo, ni decidir nada tras leerla. También escribí que seguiría respetando la distancia y que la carta no era una emergencia encubierta.

Doblé la hoja, la metí en un sobre y la guardé en la carpeta junto al pendiente que Beatriz había dejado en el piso.

No se la entregaría esa noche. Quizá nunca se la entregara. El mero hecho de escribir ya me había obligado a ordenar la verdad sin lanzársela encima de inmediato.

Cuando salí del hospital, la lluvia había amainado. Fui a buscar a Helena a casa de mi madre y me encontré a Teresa sentada en el salón, sosteniendo a su nieta mientras ambas miraban un libro infantil abierto.

Había llegado aquella tarde para quedarse unos días en Belo Horizonte. Su rostro aún reflejaba la tristeza que parecía haberse convertido en parte de sus rasgos, pero esbozó una sonrisa al verme.

—A su hija le gustan las páginas brillantes —comentó mientras dejaba que Helena tocara el libro con la mano abierta—. Todavía no entiende nada, pero tiene opiniones muy firmes.

—Es algo que viene de familia.

Mi madre salió de la cocina con dos tazas de té y me lanzó una mirada elocuente.

—Teresa ya sabe lo de que Beatriz va a ser jefa y de tu decisión de no irte a São Paulo.

—Las noticias vuelan en esta familia.

—Tú lo comunicaste al instituto desde el teléfono de mi despacho —respondió mi madre, sin mostrar ningún remordimiento —. No es que lo estuviera ocultando precisamente.

Teresa me miró a la cara.

—¿Lo rechazaste por culpa de ella?

La pregunta era la misma que la de Augusto, pero no me molestó.

—No. Beatriz es una de las razones por las que no quiero alejarme de Belo Horizonte, pero no tomé la decisión para convencerla de que volviera.

—¿Seguís separados?

—Ella me pidió un poco de espacio.

Teresa pasó la mano por la manta de Helena.

—Laura solía decir que tú convertías cualquier elección en una ecuación con una única respuesta correcta.

El recuerdo le despertó un dolor sutil.

—Tenía razón.

—También decía que algún día alguien te obligaría a descubrir que las personas no obedecen a una planificación quirúrgica. —Una sonrisa triste se dibujó en su rostro—. Creo que le gustaba imaginar que sería ella.

Me senté en el sillón frente a ellas dos.

—Siento como si seguir adelante fuera otra cosa que Laura no pudo elegir.

Teresa permaneció unos segundos en silencio.

—Mi hija no tuvo el futuro que se merecía. Nada puede arreglar eso. —Me miró a los ojos, permitiendo que el dolor existiera sin convertir la frase en una acusación—. Pero su infelicidad no le devuelve nada a ella. Solo entrega a la muerte más partes de vuestras vidas.

Miré a Helena, que sostenía el dedo de su abuela.

—Beatriz tiene miedo de sustituir a Laura.

—Pues no le pidas que la sustituya —dijo Teresa, ajustando a la bebé en sus brazos—. Deja que ocupe solo el lugar que desee, si es que algún día quiere ocupar alguno. Laura seguirá siendo la madre de Helena. Eso no impide que otra persona la quiera.

La sencillez de la respuesta me oprimió el pecho.

—Quizá Beatriz no vuelva.

—Entonces seguirá teniendo que cuidar de Helena, honrar a Laura y vivir de una forma que no destruya a las personas que la rodean. —Teresa inclinó la cabeza—. Un cambio que depende de recibir amor a cambio no es más que una negociación.

Esa frase se parecía a todo lo que Miguel intentaba enseñarme.

Cogí a mi hija en brazos y sentí cómo su pequeño cuerpo se acurrucaba contra mi pecho.

Aquella noche, llevé a Helena a casa, le preparé el biberón y me quedé junto a la cuna hasta que se durmió. La carta seguía guardada junto al pendiente de Beatriz, esperando una oportunidad que quizá nunca llegara.

Había rechazado un puesto directivo que había deseado durante años, seguía queriendo a Beatriz y temía que esa distancia

se convirtiera en definitiva. Ninguna de esas verdades tenía por qué dar lugar a una acción inmediata.

Por primera vez, empezaba a comprender que amar a alguien también significaba permitir que existiera fuera del futuro que yo había planeado. Incluso cuando ese futuro seguía siendo todo lo que deseaba.



Capítulo 29

La carta llegó dos días después de mi nombramiento oficial como jefa de Pediatría.

No me la entregó Leonardo.

Encontré el sobre encima de mi mesa, junto a un pequeño paquete envuelto en papel blanco y una nota escrita por Hannah en la que me informaba de que él había dejado los objetos en la dirección para que yo decidiera si deseaba recibirlos. La elección de ese procedimiento parecía excesivamente formal, pero también revelaba un cuidado que ya no podía interpretar como una estrategia. Leonardo no apareció en pediatría, no buscó a Thiago y no utilizó mi logro como excusa para acercarse a mí.

Dentro del paquete estaba el pendiente que había perdido en su piso.

El hallazgo me trajo de vuelta la noche de la discusión, el calor de su cuerpo, la ropa esparcida por el salón y el vacío que quedó después. Durante días, me imaginé cuándo me daría cuenta de que me faltaba el pendiente. No esperaba que me lo devolviera sin un mensaje, una invitación o un intento de convertir un objeto olvidado en una emergencia emocional.

Me quedé sentada frente a la mesa, sosteniendo el pendiente entre los dedos mientras el ajetreo del hospital continuaba más allá de la puerta. La dirección cambió mi rutina de forma inmediata. Había reuniones, conflictos de turnos, solicitudes de presupuesto y decisiones que antes me llegaban ya preparadas. En ese momento, cada problema parecía dirigirse a mí incluso antes de que tuviera tiempo de celebrar el logro.

Estaba feliz. También estaba asustada. Durante años, había deseado ocupar ese puesto e imaginaba que me sentiría completamente preparada cuando llegara la oportunidad. La realidad era diferente. Tenía experiencia, visión y conocimientos, pero ninguno de ellos eliminaba la responsabilidad de dirigir a personas que no siempre estarían de acuerdo conmigo, gestionar recursos limitados y decidir qué necesidades se atenderían primero.

Quizá nadie estuviera realmente preparado para las cosas que más deseaba.

Abrí la carta.

Leonardo empezó hablando del liderazgo. No intentó atribuirse ningún mérito en la victoria ni convirtió su propia retirada de las comisiones en un gesto de generosidad. Reconoció que solo había cumplido con una obligación ética y que mi proyecto ya existía antes de su regreso. Dijo que estaba orgulloso, pero dejó claro que ese orgullo no confería legitimidad al logro, porque este no necesitaba su aprobación.

Seguí leyendo con una opresión cada vez mayor en el pecho.

Me contó que había rechazado el puesto directivo en São Paulo y que había presentado una propuesta de colaboración entre los institutos. Antes de que la información pudiera despertar un sentimiento de culpa, escribió que la decisión no se había tomado para traerme de vuelta. Explicó su deseo de seguir presente en la vida de Helena, continuar con el trabajo clínico y labrarse una carrera que no dependiera de abandonar todo lo que le rodeaba cada vez que surgiera una oportunidad mayor. También admitió que aún deseaba el puesto.

La sinceridad de esa parte me conmovió más que una afirmación de que no había perdido nada. Leonardo no convertía el rechazo en una elección fácil ni en un sacrificio romántico. Reconocía lo que dejaba atrás y aceptaba que la decisión seguía siendo suya.

En las últimas líneas, escribió que me quería. No había ninguna petición de volver, ninguna promesa de perfección ni ninguna frase que sugiriera que sus actos merecieran una recompensa. Solo la admisión de que, por fin, comprendía que el amor no daba derecho a la presencia de nadie.

Doblé la carta y permanecí un rato con las manos sobre el papel.

La rabia no desapareció.

Todavía recordaba las actas en las que no figuraba mi nombre, la forma en que descubrió la propuesta de São Paulo y todos los años en los que Leonardo confundió el control con la protección. También sabía que una sucesión de actitudes correctas no garantizaba que nunca volviera a repetir ese comportamiento.

Sin embargo, empezaba a entender que confiar en alguien no significaba creer que nunca se equivocaría.

Significaba observar qué haría tras el error.

Leonardo no había intentado acorralarme, presionarme ni utilizar su propio dolor para reducir mi distanciamiento. Asumió la advertencia, rechazó lo de São Paulo sin convertir la decisión en

moneda de cambio y seguía ocupándose de Helena, de los residentes y del trabajo sin utilizarme como público.

El cambio se producía incluso cuando yo no miraba.

Thiago entró en la sala poco después, llevando dos cafés y una carpeta con los resultados de las pruebas. Se detuvo al ver el sobre abierto sobre la mesa y arqueó una ceja.

—¿Te ha escrito?

—Sí.

—¿Tengo que odiar la carta por solidaridad o puedo preguntar si era buena?

La pregunta me arrancó una sonrisa cansada.

—Ha sido sincera.

Thiago puso uno de los vasos delante de mí y se sentó.

—Eso parece peligroso.

—Mucho.

—¿Quieres volver?

Pasé los dedos por el borde del sobre.

—Sí.

La respuesta salió antes de que el miedo pudiera reorganizarla.

Thiago no sonrió de inmediato.

—Entonces, ¿por qué parece que vas a llorar?

—Porque quererlo no borra todo lo que ha pasado.

—No debería borrarlo. —Apoyó los brazos sobre la mesa y mantuvo la mirada fija en mi rostro—. La reconciliación no es una absolución retroactiva. Puedes volver atrás y seguir exigiéndole que rinda cuentas por sus errores.

—¿Y si estoy confundiendo el cambio con la culpa?

—Fíjate en lo que hizo cuando no sabía si volverías.

La respuesta ya estaba ante mí.

—Siguió cambiando.

—Entonces quizá no sea culpa, sino una elección.

Cerré los ojos unos segundos, con la emoción oprimiéndome la garganta.

—Tengo miedo de convertirme en el responsable de Helena.

—Ya has dejado claro que no lo aceptas.

—Y él lo ha respetado.

—Pues sigue marcando límites. —Thiago me tocó la mano—. No hace falta que entres en sus vidas como madre, esposa o solución. Puedes entrar simplemente como Beatriz y descubrir el resto con el tiempo.

La palabra *«entrar»* se me quedó grabada durante todo el día.

Esperé hasta que terminó mi turno, no porque aún tuviera que decidirme, sino porque quería buscarlo después de cumplir con mis responsabilidades, sin que la reconciliación se convirtiera en un impulso provocado por el cansancio o el miedo.

Le envié un mensaje poco después de las ocho.

Beatriz:

¿Estás en casa?

La respuesta llegó unos minutos después.

Leonardo:

Sí. Helena acaba de dormirse.

Beatriz:

¿Podemos hablar?

Esta vez tardó un poco más en responder.

Leonardo:

Sí, *podemos. ¿Quieres que vaya a verte?*

Beatriz:

No. Voy para allá.

De camino, noté las manos sudorosas sobre el volante y una tensión constante en el estómago. La ciudad estaba iluminada, el tráfico empezaba a disminuir y una brisa fría se colaba por la pequeña rendija de la ventanilla. Conocía el camino hasta el piso, pero aquella noche me parecía que caminaba hacia algo completamente nuevo.

Leonardo abrió la puerta vestido con una camiseta oscura y unos pantalones cómodos. Su rostro reflejaba sorpresa, cansancio y una esperanza que intentó controlar en cuanto me vio.

—Helena está durmiendo —me dijo mientras se apartaba para dejarme entrar—. Mi madre la trajo a última hora de la tarde.

—No he venido por ella.

—Lo sé.

Cerró la puerta, pero no intentó acercarse.

El piso estaba en silencio, iluminado únicamente por las luces del salón y por una lámpara cerca del pasillo. Había un libro infantil sobre el sofá, una manta doblada y el álbum de Laura cerrado sobre

la mesa. La presencia de las dos seguía allí, sin convertir el ambiente en un lugar donde yo no pudiera existir.

Saqué la carta del bolso.

—La he leído.

Leonardo asintió.

—No hacía falta que respondieras.

—Lo sé.

—Tampoco tenías por qué venir.

—Eso también lo sé. —Dejé el sobre encima de la mesa y mantuve la mirada fija en él—. He venido porque quería.

La esperanza se reflejó en su rostro, pero Leonardo permaneció inmóvil.

—¿Qué quieres decir?

Respiré hondo.

—Que sigo dolida. Que no he olvidado São Paulo, las actas ni la forma en que rompiste conmigo hace años. Tampoco creo que una carta y unas cuantas decisiones acertadas puedan borrar el patrón que has construido a lo largo de toda tu vida.

—No lo borran.

—Pero creo que estás cambiando. —Al decir eso, mi voz se volvió más baja—. No porque hayas rechazado el cargo, hayas aceptado la amonestación o te hayas distanciado de mi candidatura. Lo creo porque has seguido haciéndolo sin saber si volvería.

Leonardo cerró los ojos por un instante, como si necesitara controlar una emoción demasiado fuerte.

—Beatriz...

—Aún no he terminado.

Él asintió y esperó.

—No quiero volver como recompensa por el cambio. Tampoco quiero que interpretes mi presencia como un perdón total o una garantía de que nunca más me alejaré. —Apreté los dedos alrededor del asa del bolso, intentando mantener la firmeza. —Quiero volver a intentarlo, pero de una forma en la que participe en las dudas, en las decisiones y en las partes malas. No solo en las soluciones que tú elijas presentar.

—Eso es lo que quiero.

—No me basta con que lo desees. Necesito que seas capaz de hacerlo.

Leonardo respiró hondo y dio un paso hacia mí.

—No puedo prometer que nunca volveré a intentar controlar algo cuando tenga miedo. Ese comportamiento lleva demasiado tiempo en mí como para desaparecer solo porque por fin lo haya reconocido. —Esa sinceridad me provocó un nudo en el pecho. —Puedo prometer que no lo tomaré como una medida de protección cuando ocurra. Te escucharé cuando me lo señales, asumiré el error e intentaré corregirlo antes de convertirlo todo en otra decisión unilateral.

—¿Y si yo también me equivoco?

—Entonces no usaré tu error para justificar los míos.

La respuesta era sencilla, pero rebosaba la madurez suficiente para disipar parte de la tensión que aún me atenazaba.

—No quiero que rechaces oportunidades por mi culpa.

—No las he rechazado por ti.

—Ahora lo sé. —Me acerqué, acortando la distancia entre nosotros—. Tampoco quiero que me ocultes cuando eches de menos São Paulo o te arrepientas de alguna parte de la decisión.

—Te lo diré.

—¿Aunque la conversación sea difícil?

—Sobre todo en ese caso.

Me detuve frente a él.

—Dijiste que me querías.

Leonardo mantuvo las manos a los lados del cuerpo.

—Te quiero.

—No lo digas solo porque crees que necesito oírlo.

—No creo que lo necesites. —Su voz se volvió más baja—. Te lo digo porque es verdad y porque no quiero volver a usar el silencio para controlar lo que tú puedas saber.

La emoción me quemaba detrás de los ojos.

—Yo también te quiero.

Leonardo exhaló como si hubiera estado conteniendo la respiración desde que entré. Aun así, no me tocó.

—¿Puedo abrazarte?

La pregunta me hizo sonreír entre lágrimas.

—Claro.

Me rodeó lentamente, manteniendo los brazos firmes alrededor de mi cuerpo sin apretar hasta el punto de impedirme moverme. Apoyé la cara en su pecho y escuché su corazón acelerado bajo la camiseta, mientras su mano recorría mi espalda con una delicadeza que ya no parecía culpa ni miedo.

Nos quedamos así un rato.

Ninguno de los dos necesitaba correr al dormitorio ni convertir la reconciliación en una prueba física. Aun así, el deseo surgió de forma natural, intenso e innegable, mezclado con el alivio, la añoranza y la intimidad que se había creado durante la conversación.

Levanté la cara.

—Quiero quedarme.

—¿Estás segura?

—Estoy segura de que quiero quedarme esta noche. Mañana seguiremos teniendo cosas que resolver.

—Está bien.

Le besé.

El contacto fue lento al principio, como si nuestros cuerpos también necesitaran comprender que no estábamos intentando huir de una discusión. Leonardo me sujetó la cara entre las manos y respondió con delicadeza, dejando que el beso fuera ganando intensidad a medida que me acercaba. No había ira, ni urgencia, ni la necesidad de demostrar que aún nos deseábamos.

Había elección.

Caminamos hasta el dormitorio en silencio, interrumpiendo el beso solo cuando él necesitaba observar mi expresión. Pero la calma inicial pronto dio paso a una reverencia profunda y palpable. Nos quitamos la ropa sin prisas, dejando que la cercanía se manifestara en los pequeños gestos. Leonardo me tumbó sobre las sábanas con una lentitud deliberada, con sus ojos oscuros fijos en mi cuerpo desnudo, no solo mirándolo, sino adorando cada centímetro.

Se inclinó y el contacto comenzó con pura devoción. Su boca descendió por mi cuello, trazando mi piel con besos cálidos y húmedos, hasta llegar a mis pechos. Jadeé cuando su lengua rodeó mis pezones, provocándolos antes de succionarlos con una presión firme y húmeda. Sus grandes manos me apretaron la cintura, descendiendo por mi vientre mientras su boca seguía torturándome deliciosamente en la parte superior, arrancándome el primer gemido sordo de la garganta.

—¿Estás bien? —preguntó con voz ronca, observando cómo mi pecho subía y bajaba rápidamente.

—Vale. —Le sujeté la nuca, enredando mis dedos entre su cabello—. No hace falta que preguntes a cada movimiento. Solo tienes que seguir prestando atención.

Leonardo asintió. Su mirada se oscureció y continuó su descenso.

Sus manos me sujetaron la parte interior de los muslos, separándolos con firmeza. Sentí su aliento cálido contra mi intimidad incluso antes del primer contacto. Cuando la lengua de Leonardo por fin me encontró, una descarga eléctrica me recorrió la columna vertebral. No había prisa; solo había una entrega torturante. Me saboreó lentamente, lamiéndome, explorando cada pliegue con la boca y la lengua, bebiendo mi humedad como si fuera lo más preciado del mundo. Mis caderas se arquearon instintivamente contra su rostro. La succión rítmica y precisa en mi clítoris hizo que todo mi cuerpo temblara, exigiendo todo lo que él tenía para dar.

Cuando estaba a punto de perder la razón, subió por mi cuerpo, con su amplio pecho reluciente de sudor.

Leonardo se arrodilló entre mis piernas, deslizando las manos hacia abajo, agarrándome el culo con fuerza, apretando mi carne mientras levantaba mis caderas del colchón para recibirlo. Su penetración fue lenta, llenándome centímetro a centímetro, poniendo a prueba nuestra conexión hasta estar completamente dentro de mí.

La intimidad fue cruda, física y profundamente emocional. Hablábamos entre besos, marcábamos el ritmo y cambiábamos de postura, dejando que la intensidad fuera en aumento. Cada una de sus embestidas se volvía más densa y pesada, con el sonido de nuestras pieles chocando marcando el ritmo de una rendición total. Cuando el miedo amenazaba con invadir mi mente, buscaba sus ojos y me daba cuenta de que Leonardo seguía allí, no como el hombre que exigía una respuesta, sino como alguien dispuesto a escuchar y a sentir cada reacción de mi cuerpo.

Cuando el placer estalló dentro de mí, una ola incontrolable que apretó las paredes de mi intimidad a su alrededor, le agarré por los hombros y dejé que la emoción me invadiera. Leonardo clavó los dedos en mis muslos, soltando un gemido grave y gutural contra mi cuello, y descargó su propio clímax con unas embestidas finales y arrolladoras.

Apoyó la frente contra la mía y permaneció cerca, con el cuerpo pesado sobre el mío, siguiendo mi respiración hasta que me relajé por completo.

Después, se tumbó a mi lado sin intentar retenerme.

Me acerqué por voluntad propia.

—Esto no lo resuelve todo —murmuré mientras apoyaba la cabeza sobre su pecho, escuchando su corazón aún acelerado.

—Lo sé.

—Mañana seguiré enfadada por algunas cosas.

—Puedes seguirlo estando.

—Y no quiero que estés de acuerdo conmigo solo para evitar el conflicto.

Su mano recorrió mi brazo con una caricia lenta y reconfortante.

—En eso no estoy de acuerdo. Preferiría que solo estuvieras un poco molesta.

Se me escapó una risita.

—Mejor así.

Permanecimos un rato en silencio, escuchando los pequeños ruidos del piso y la respiración lejana de Helena a través del vigilabebés. Cuando la pequeña empezó a quejarse, Leonardo se levantó sin dudarlo.

—Voy a ocuparme de ella.

—Lo sé.

Se puso los pantalones y se detuvo junto a la puerta, mirándome con una promesa silenciosa de que nuestra elección apenas estaba recomenzando.

—¿Quieres quedarte aquí o venir conmigo?

La decisión estaba en mis manos.

—Me voy contigo, pero solo para ver si estás bien.

—Vale.

Encontramos a Helena despierta en la cuna, moviendo los brazos y emitiendo pequeños sonidos de descontento. Leonardo la cogió, le miró el pañal y preparó el biberón, mientras yo me quedaba junto a la puerta.

No di nada por sentado. Tampoco tuve que huir.

Cuando se sentó en el sillón con su hija en brazos, me acerqué y le toqué suavemente la manita que asomaba por debajo de la mantita. Helena cerró los dedos sobre mi dedo índice.

El dolor de antaño seguía ahí, pero ya no lo ocupaba todo.

Laura seguía siendo la madre de aquella niña. Yo era Beatriz, una mujer que había elegido amar a las dos personas que tenía delante sin borrar a quien había venido antes y sin aceptar un lugar construido por obligación.

Leonardo levantó la vista.

—¿Estás bien?

Asentí.

—Sí.

Aquella noche, no prometimos matrimonio, eternidad ni una familia perfecta.

Solo nos comprometimos a seguir hablando antes de tomar decisiones, a reconocer los errores y a permitir que el otro existiera plenamente dentro de la relación.

Quizá no fuera tan grandioso como las promesas que había imaginado años antes.

Aun así, cuando volví a la cama junto a Leonardo y él me preguntó si podía abrazarme, comprendí que aquella pequeña elección encierraba mucho más futuro que cualquier certeza que él pudiera haber decidido por sí solo.



Capítulo 30

Un año después de volver al Hospital São Gabriel cargando con una maleta, una hija recién nacida y una cantidad de dolor que aún no lograba nombrar, atravesé el mismo vestíbulo cogido de la mano de Helena mientras ella intentaba escapar hacia los globos que colgaban en la entrada de la nueva ala pediátrica.

La niña había aprendido a caminar apoyándose en los muebles unas semanas antes, pero aún se negaba a dar más de dos o tres pasos sin agarrarse a algo. Aquella mañana, parecía decidida a ignorar todas las limitaciones solo porque el pasillo estaba lleno de colores, gente conocida y objetos brillantes que llamaban su atención.

—Despacio. —Me incliné para evitar que tropezara con su propio vestido. Sus pequeños dedos apretaron los míos con una

confianza que aún me emocionaba. —No tienes por qué inaugurar toda el ala tú sola.

Helena me miró y dejó escapar un sonido que quizá pretendía ser una respuesta. Llevaba el pelo oscuro recogido en dos pequeños moños con lazos amarillos elegidos por Beatriz, y el vestido blanco lucía flores azules bordadas cerca del dobladillo. Se parecía cada vez más a Laura, sobre todo cuando sonreía, pero había gestos que le eran propios, forjados a lo largo de los meses en los que había aprendido a reconocer voces, brazos y lugares seguros.

Teresa caminaba al otro lado, sujetando el pequeño bolso de su nieta y observando cada movimiento con una emoción que no intentaba ocultar. Mi madre venía justo detrás, acompañada por Joana, que había insistido en revisar la decoración de la ceremonia como si la inauguración fuera también una operación de emergencia.

—Se va a caer si sigue mirando solo los globos —advirtió Teresa mientras mantenía una de sus manos cerca de la espalda de Helena.

—Los niños se caen —respondió Joana, aunque también permanecía lista para sujetarla—. El problema es cuando tres adultos ansiosos convierten cada paso en una negociación diplomática.

—Eran cuatro adultos —corrigió mi madre mientras se ajustaba el cuello del vestido—. Tú también tienes la mano extendida.

Joana retiró el brazo de inmediato.

—Un reflejo profesional.

El vestíbulo de la nueva ala ocupaba parte de la primera planta y conectaba con el servicio de oncología a través de un pasillo decorado con dibujos hechos por los propios niños. Las paredes eran de colores suaves, había sillones cómodos para las familias, pequeñas zonas de lectura y salas destinadas a la atención psicológica, la fisioterapia y las reuniones entre especialidades. Nada

parecía excesivamente infantil o artificial. Beatriz había rechazado desde el principio cualquier proyecto que convirtiera el espacio en un parque de atracciones, incapaz de reconocer que los niños enfermos también necesitaban privacidad, silencio y dignidad.

Ella supervisó cada detalle.

Durante el último año, vi cómo la mujer a la que amaba asumía un cargo directivo rodeado de tantos retos como para llenar varias vidas. Beatriz reorganizó los turnos, se enfrentó a la resistencia de los profesionales más veteranos, creó reuniones multidisciplinares y aprendió que liderar significaba tomar decisiones que no siempre agradarían a quienes la rodeaban. En algunos momentos, llegaba al piso agotada e irritada, convencida de que la dirección exigía resultados imposibles con recursos inexistentes. En otros, se pasaba horas contando cómo un protocolo había funcionado o cómo una familia había conseguido por fin recibir una atención integral.

Aprendí a escuchar sin convertir cada queja en un problema que había que resolver.

No siempre lo conseguía.

A veces, seguía proponiendo una solución antes de que ella terminara de explicar, reorganizaba mentalmente la agenda de los dos o intentaba anticipar dificultades que Beatriz solo quería compartir. La diferencia era que ahora me daba cuenta cuando repetía ese comportamiento, y ella ya no tenía que tragarse la irritación hasta que se convirtiera en distanciamiento.

Discutíamos. Algunos días, discutíamos mucho. Después, retomábamos la conversación.

No había perfección en la relación que habíamos construido. Había repetición, corrección y una disposición diaria a no tratar ningún conflicto como una amenaza de abandono.

—Tu padre te está mirando como si acabaras de someterte a una operación cerebral —comentó Gustavo al acercarse a Helena.

Llevaba un traje oscuro, aunque la corbata había sido sustituida por una pieza de colores diseñada por los niños de oncología. —Solo está caminando con ayuda.

—Sigue hablando y te invitarán a demostrar tus habilidades motoras en otro pasillo —respondí mientras sujetaba con más fuerza la mano de mi hija.

Gustavo sonrió y se agachó ante ella.

—Ven con el tío Gustavo. Soy mucho más interesante que tu padre.

Helena le miró a la cara y luego se escondió detrás de mi pierna.

Joana cruzó los brazos.

—Hasta una niña de un año sabe reconocer una mala elección.

—Se siente intimidada por mi presencia.

—Está protegiendo sus propios juguetes.

La relación entre ambos seguía marcada por una tensión que todos percibían y nadie comentaba directamente. Tras el accidente de Fernanda, Gustavo había empezado a replantearse parte de su conducta. No se había convertido en un hombre completamente diferente, y Joana se empeñaba en recordarle que dejar de involucrarse con sus subordinadas era lo mínimo que se esperaba de cualquier jefe. Aun así, empezó a participar en las reuniones de dirección, asumió públicamente la responsabilidad por los problemas causados y comenzó una terapia después de que un helicóptero de rescate le provocara una reacción que ni siquiera él pudo ocultar.

Joana lo observaba con menos hostilidad. Eso no significaba que estuviera dispuesta a facilitarle nada.

—Gustavo, el equipo de urgencias tiene que revisar la salida lateral antes de la inauguración oficial —le informó mientras le

entregaba una carpeta.

—Pensaba que hoy era un día de celebración.

—En tu caso, la responsabilidad es la forma más adecuada de celebrarlo.

Cogió el documento, me lanzó una mirada resignada y se alejó por el pasillo.

Thiago apareció poco después, acompañado por Daniel. El oncólogo llevaba un traje azul con un broche en forma de estrella en la solapa, mientras que Daniel llevaba una cámara y una pequeña caja envuelta. Habían hecho oficial su relación unos meses antes, después de que Thiago pasara semanas insistiendo en que no necesitaba una etiqueta, pero que quería saber si podía dejar un cepillo de dientes en el piso.

Davi caminaba entre los dos.

El niño seguía en seguimiento y regresaba periódicamente para hacerse pruebas, pero había recuperado el pelo, parte del peso y toda su capacidad para quejarse. Llevaba una camiseta verde y llevaba consigo una pequeña campana dorada destinada a la ceremonia.

—Ha llegado la comandante —anunció Thiago mientras señalaba a Helena—. Tenemos que discutir por qué no lleva el uniforme espacial.

—Ha rechazado el traje —expliqué al ver que Helena se acercaba a él tras reconocer la voz.

Thiago se agachó y abrió los brazos.

—Ven a ver a tu médico favorito.

—Tú nunca has sido su médico —le recordó Beatriz al aparecer detrás de él.

Mi cuerpo ya reaccionaba ante su presencia antes de que mis ojos la vieran.

Beatriz llevaba un vestido azul marino de corte sencillo, con mangas cortas y la cintura marcada por un cinturón discreto. Llevaba el pelo rubio suelto sobre los hombros y un pequeño broche con el símbolo de la pediatría prendido cerca del escote. Se le notaba el cansancio en el rostro, fruto de semanas preparando la inauguración, pero también una satisfacción que le iluminaba los ojos y suavizaba cada movimiento.

Se acercó primero a Helena.

—Mi niña está preciosa. —Beatriz se agachó y le arregló uno de los lazos, y enseguida sintió una manita sobre su cara.

La expresión de Helena aún despertaba algo profundo en mí, pero había aprendido a no convertir el cariño de Beatriz en una conclusión automática. Se había ganado poco a poco su lugar en la vida de Helena, sin asumir responsabilidades que me correspondían a mí y sin intentar sustituir a Laura. Algunos días, participaba en los baños, las comidas y las noches difíciles. Otros días, tenía que volver a su propio piso o pasar horas en el hospital, y yo seguía siendo responsable de la rutina de mi hija sin considerar su ausencia como un fallo.

No vivíamos juntos de forma definitiva.

Beatriz pasaba más noches en mi casa que en la suya, pero conservaba el piso y una parte de su vida que no quería abandonar antes de tener claro cómo construiríamos el futuro. En el pasado, habría interpretado aquello como resistencia o falta de compromiso.

En aquel momento, comprendí que algunas personas necesitaban mantener sus propios espacios para poder elegir de verdad cuándo acercarse.

—Intentó correr tras los globos —le conté mientras Beatriz se levantaba.

—¿Y tú se lo permitiste?

—Evité que se cayera.

—Entonces, intentaste evitarlo.

—Son conceptos diferentes.

Ella arqueó una ceja, y la sonrisa que se le dibujó a continuación me trajo de vuelta todas las facetas de su personalidad que había aprendido a reconocer: la médica firme, la jefa exigente, la mujer que no me permitía ocultar el control tras palabras más bonitas y la persona que aún era capaz de reírse cuando mis esfuerzos fracasaban.

—¿Estás nerviosa? —le pregunté mientras le tocaba discretamente la mano.

Beatriz miró hacia el vestíbulo, donde empleados, familiares, patrocinadores y periodistas empezaban a ocupar sus asientos frente al pequeño escenario.

—Mucho. —Entrelazó sus dedos con los míos, sin preocuparse de quién nos observaba—. Llevo un año esperando este día y ahora estoy intentando recordar si he revisado los datos de la presentación.

—Los has revisado seis veces.

—Siete.

—Entonces no hace falta que los revises otra vez.

—Necesito oír que todo está bien, no una evaluación estadística sobre la probabilidad de error.

Esa corrección me hizo apretar sus dedos.

—Todo está bien. La planta está lista, el equipo está preparado y tú has hecho un trabajo extraordinario.

Beatriz respiró hondo y apoyó su hombro contra el mío durante unos segundos.

—Mejor.

La ceremonia comenzó poco después.

Hannah subió al escenario junto a Marcos y habló sobre la trayectoria del proyecto, los profesionales implicados y la necesidad de construir una medicina que tuviera en cuenta a las familias, no solo los diagnósticos. Después, le pasó el micrófono a Beatriz.

Caminó hasta el centro del escenario entre los aplausos que resonaban por todo el vestíbulo.

La observé frente a pacientes, comisiones y equipos enteros, pero había algo diferente aquella mañana. Beatriz no necesitaba defender su propio mérito ni demostrar que ocupaba el cargo por razones ajenas a mí. Se encontraba ante un espacio construido a partir de su visión, rodeada de profesionales que habían aprendido a respetar su liderazgo y de familias que conocían el efecto de sus decisiones.

—Cuando empezamos este proyecto, no solo queríamos abrir nuevas salas —declaró mientras recorría con la mirada al público—. Queríamos evitar que un niño fuera dividido entre servicios que no se comunicaban entre sí, que una familia tuviera que repetir el mismo dolor ante diferentes profesionales y que un diagnóstico borrara todo lo que existía antes de él. Esta ala se construyó para integrar la atención, la escucha y el conocimiento, porque ningún niño debería reducirse a la enfermedad que lo ha traído al hospital.

Thiago permaneció junto a Davi, secándose discretamente una lágrima mientras Daniel tomaba fotos.

Gustavo fingía ajustarse la corbata para ocultar cualquier emoción.

Joana no intentaba ocultarlo.

Cuando terminó el discurso, Davi subió al escenario para tocar la campana de la inauguración. El sonido resonó por todo el vestíbulo y fue acompañado por los aplausos, las luces y pequeños papeles de colores lanzados desde la planta superior.

Helena me soltó la mano.

Por un instante, pensé que había perdido el equilibrio, pero se mantuvo de pie, observando a Beatriz a pocos metros de distancia. El ruido, la gente y los colores parecían haberla paralizado, mientras Beatriz se agachaba frente al escenario y extendía los brazos.

—Ven, Helena.

Mi hija se inclinó hacia delante.

Di un paso para sujetarla, pero Teresa me tocó el brazo.

—Déjala.

El miedo surgió de forma automática. Helena podría caerse, asustarse o golpearse la cabeza contra el suelo. Todo mi cuerpo se preparó para evitar el peligro antes de que ocurriera.

Entonces miré a Beatriz.

Ella seguía agachada, con los brazos abiertos y una sonrisa tranquila, sin llamar a mi hija con prisa ni convertir los pasos en una obligación.

Helena avanzó.

El primer paso fue inestable, seguido de otro un poco más firme. Movió los brazos para encontrar el equilibrio y siguió adelante, recorriendo la pequeña distancia mientras todos a su alrededor empezaban a darse cuenta de lo que estaba pasando.

El vestíbulo pareció quedarse en silencio.

Mi hija dio cuatro pasos antes de tropezar con sus propios pies. Beatriz la sujetó.

Los aplausos volvieron a estallar, esta vez acompañados de risas y de una emoción que me oprimió la garganta. Helena se aferró al cuello de Beatriz, asustada durante unos segundos, hasta que Beatriz le besó la frente y le dijo que todo iba bien.

Teresa lloraba a mi lado y mi madre también.

Me quedé inmóvil, con el corazón latiéndome con fuerza mientras observaba a las dos.

Helena había dado los primeros pasos hacia Beatriz. No porque yo la hubiera guiado, se lo hubiera pedido o hubiera organizado ese momento.

Simplemente porque había deseado alcanzarla.

Me acerqué y rodeé a las dos con un brazo.

—Lo has conseguido —le susurré a mi hija, aunque mi voz apenas salía.

—Lo ha conseguido porque tú no has corrido a impedírselo —comentó Beatriz mientras me entregaba a Helena.

—Casi corrí.

—Me di cuenta.

—Estoy aprendiendo.

Beatriz me acarició la cara.

—Lo sé.

La celebración se prolongó durante más de una hora. Helena pasó de unos brazos a otros, Davi presentó al grupo como si hubiera asistido a todas las reuniones y Thiago dejó que Daniel le hiciera fotos delante del panel sin exigir la aprobación previa de cada imagen. Samuel apareció acompañado de Sofía, y la cercanía entre ambos ya no se consideraba un secreto, aunque los dos seguían insistiendo en que solo cenaban juntos de vez en cuando.

Cuando el bullicio empezó a disminuir, llevé a Beatriz al jardín interior.

La fuente seguía en el mismo lugar donde le pedí perdón por primera vez, pero los árboles habían crecido y se habían instalado nuevos bancos junto a las ventanas. El sol de la tarde atravesaba el techo de cristal, derramando luz sobre las plantas y creando un silencio alejado del resto de la ceremonia.

Llevaba un maletín bajo el brazo. Beatriz se dio cuenta.

—¿Qué es eso?

—Algo que quiero enseñarte, no una decisión tomada.

La cautela con la que lo expresé hizo que una sonrisa se dibujara en sus labios.

Nos sentamos en el banco y coloqué la carpeta entre nosotros. Dentro había plantas, fotografías y algunas propuestas para una casa en un barrio cercano al hospital. El terreno contaba con un jardín, espacio suficiente para que Helena jugara y una habitación que podría transformarse en despacho o biblioteca.

Beatriz hojeó las imágenes sin decir nada.

—¿Lo has comprado?

—No.

Levantó la vista.

—¿Has hecho una oferta?

—Tampoco.

—Entonces, ¿qué es exactamente lo que estamos viendo?

—Una posibilidad. —Apoyé las manos sobre las rodillas, sintiendo un nerviosismo que ninguna operación ni comisión había logrado provocarme—. La casa está cerca de São Gabriel, tiene espacio para Helena y se puede reformar. He pensado en que vivamos juntos, pero no quiero que lo interpretes como una propuesta en firme ni como una expectativa de que dejes tu piso de inmediato.

Beatriz volvió a examinar los planos.

—¿Ya has contratado a un arquitecto?

—Solo he pedido un estudio inicial.

Ella arqueó una ceja.

—Eso parece peligrosamente parecido a organizarlo todo por tu cuenta.

—Por eso lo he traído antes de visitar la propiedad.

La respuesta le arrancó una risa ahogada.

—Estás mejorando.

—Poco a poco.

Abrí otra página, donde había notas incompletas y espacios en blanco.

—No he traído un anillo de compromiso y no te voy a pedir matrimonio hoy. Tampoco quiero decidir cuántas habitaciones habrá, dónde estaría tu despacho o cuándo nos mudaríamos. Primero quiero saber si todavía quieres construir algo conmigo.

Beatriz se quedó en silencio, observando las plantas y luego el jardín que nos rodeaba. Se me encogió el pecho, pero no intenté llenar la espera con argumentos.

Ella puso su mano sobre la mía.

—Sí, quiero.

Me pareció que el aire volvía a mis pulmones.

—Pero no voy a vender mi piso antes de vivir en la casa unos meses.

—Está bien.

—También quiero un despacho independiente y una biblioteca más grande que esta.

—Podemos cambiarlo.

—Y la elección de la decoración no dependerá solo de ti por el mero hecho de que te gusten las líneas rectas y los colores neutros.

—No estoy de acuerdo con esa valoración de mi gusto.

Beatriz sonrió.

—Ya hemos empezado con mal pie.

Me incliné y la besé, dejando que el contacto fuera ligero, íntimo y libre de cualquier promesa más allá de aquella conversación.

—Vamos a visitarlo juntos —sugerí cuando nos separamos.

—Juntos.

Su buscapersonas sonó antes de que pudiera añadir nada más.

Beatriz sacó el buscapersonas del bolsillo y leyó el mensaje. Su expresión cambió de inmediato.

—Accidente en la avenida. Dos niños de camino a urgencias.

Mi teléfono vibró casi al mismo tiempo, llamando a Neurología por una posible lesión craneal.

Cerramos el maletín.

No había frustración por la interrupción. El hospital formaba parte de quienes éramos, pero ya no necesitaba arrasar con todo lo que nos rodeaba para acaparar nuestra atención.

—Teresa está con Helena —recordó Beatriz mientras nos levantábamos.

—Mi madre y Joana también.

—Entonces está más protegida de lo que cualquier niña necesita.

Nos cogimos de la mano durante el camino de vuelta al vestíbulo, soltándonos solo cuando las puertas de urgencias quedaron a la vista. Beatriz se recogió el pelo mientras caminaba, y yo me quité la chaqueta a medida que mi cuerpo recuperaba la concentración habitual ante la urgencia.

Antes de cruzar las puertas, me agarró del brazo.

—Leonardo.

Me volví hacia ella.

—Después vamos a ver la casa.

—Después decidiremos juntos si nos gusta.

Beatriz asintió.

—Exacto.

Entramos en la oficina codo con codo.

Un año antes, había vuelto a São Gabriel convencida de que tenía que controlarlo todo para evitar nuevas pérdidas. Aquel día, sabía que ningún plan acabaría con el miedo, ninguna promesa garantizaría el futuro y ningún amor sobreviviría si una persona decidiera por las dos.

Helena se sentía segura con las mujeres que formaban parte de su historia.

Laura seguía presente en las cartas, en el álbum, en los ojos de nuestra hija y en la vida que nos había enseñado a no dar por sentada.

Beatriz estaba a mi lado porque había elegido quedarse, no porque yo la hubiera convencido, salvado o le hubiera buscado un lugar.

El futuro seguía siendo incierto. Por primera vez, eso no me asustaba. No necesitaba conocer cada respuesta antes de dar el siguiente paso. Solo tenía que asegurarme de que, cuando llegara ese momento, ninguno de nosotros caminara solo.



Epílogo

Dieciocho meses después...

Lo primero que oí aquella mañana fue la voz de Helena al otro lado del pasillo.

—¡Bia!

Lo segundo vino de la pequeña cuna junto a nuestra cama, donde Lucas empezaba a moverse bajo la manta, emitiendo esos sonidos impacientes que ya había aprendido a reconocer como el aviso de que nos quedaban menos de cinco minutos antes de que la queja se convirtiera en llanto.

Abrí los ojos lentamente y me quedé unos segundos observando a mi hijo. Con cuatro meses, Lucas todavía parecía demasiado pequeño para ocupar el inmenso espacio que se había ganado en nuestras vidas. Tenía el pelo oscuro de Leonardo, mis ojos claros y una expresión seria que hacía que Thiago insistiera en

que habíamos traído al mundo una versión reducida y ligeramente más simpática de su padre.

Alargué la mano hacia la cuna y le acaricié la barriguita por encima del pelele.

—Sé que estás despierto. También sé que tu padre prometió encargarse del primer biberón.

Como si hubiera estado esperando que lo mencionáramos, Leonardo apareció en la puerta con Helena en la cadera y un biberón en la mano. Llevaba solo unos pantalones de pijama y una camiseta oscura, con el pelo completamente revuelto y una expresión de cansancio que se había convertido en parte de nuestra rutina desde el nacimiento de Lucas.

—Me encargo de ello. —Leonardo entró en la habitación mientras Helena sostenía un cepillo para el pelo y mostraba una indignación que parecía incompatible con su tamaño. —El problema es que tu hija ha abierto un segundo frente de emergencia.

—Nuestra hija —le corregí mientras me sentaba y cogía a Lucas en brazos.

—Nuestra hija ha decidido que no estoy capacitado para peinarle el pelo.

Helena lo señaló.

—Papá tira.

—He rozado un nudo con el cepillo.

—¡Ay!

Tuve que contener la sonrisa mientras Leonardo dejaba el biberón sobre la mesa e intentaba discutir con una niña de dos años y medio como si estuviera ante una comisión hospitalaria.

—No sirve de nada explicarle la técnica a ella. —Acuné a Lucas contra mi pecho y sentí cómo su pequeño cuerpo se relajaba al reconocer mi olor—. Has perdido el caso.

Leonardo soltó un suspiro de resignación y me entregó el cepillo.

—Pues resuélvelo mientras le doy de comer a tu hijo.

—Nuestro hijo —le corregí de nuevo.

Se detuvo frente a mí y arqueó una ceja.

—Lo estás haciendo a propósito.

—Estoy aprovechándolo mientras funcione.

Leonardo se inclinó y me besó en la frente antes de coger a Lucas de mis brazos. Ese gesto aún me provocaba algo por dentro. No porque dudara de su capacidad para cuidar de un bebé, sino porque me recordaba al hombre que conocí cuando Helena solo tenía unas semanas, asustado ante cada llanto y convencido de que cualquier cambio podía presagiar una tragedia.

En aquel momento, acunaba a su hijo contra su brazo, comprobaba la temperatura del biberón sin consultar ninguna aplicación y seguía discutiendo con Helena al mismo tiempo.

Nuestra familia no se parecía en nada a lo que había imaginado durante la residencia. Quizá fuera precisamente por eso por lo que la quería tanto.

Agradecimientos

Antes que nada, doy gracias a Dios.

A Él le corresponde todo el honor, toda la gloria y toda la gratitud por este nuevo libro. Gracias por permitirme transformar sentimientos en historias, por sostener mi camino, por renovar mi creatividad y por seguir abriendo caminos que, a menudo, yo misma aún no consigo ver en su totalidad.

«Receta para el desastre» nació rodeada de emociones que siempre me atraen como autora: segundas oportunidades, amores sin resolver, duelo, culpa, familia, miedo y la posibilidad de reconstruir aquello que parecía definitivamente roto.

Leonardo y Beatriz arrastran una historia que comenzó mucho antes de las primeras páginas de este libro. Ya se han amado, ya se han hecho daño y han aprendido de la forma más dolorosa que amar a alguien no siempre significa saber permanecer a su lado.

Cuando Leonardo regresa al Hospital São Gabriel, viudo y con Helena en brazos, no solo se encuentra con la mujer a la que abandonó cinco años antes. También se encuentra con todas las consecuencias de las decisiones que tomó, y Beatriz tiene que enfrentarse a algo quizá aún más difícil: darse cuenta de que el hombre que le rompió el corazón puede que no sea exactamente el mismo que ha vuelto.

Esta historia habla mucho del perdón, pero no de un perdón fácil ni obligatorio. Habla del cambio, de la responsabilidad y de comprender que pedir una segunda oportunidad es muy diferente a merecerla. También habla de la familia. De aquella que perdemos,

de la que permanece y de aquella que, a veces, surge de una forma completamente diferente a la que imaginamos.

Helena ocupa un lugar muy especial en esta historia porque llega al mundo rodeada de una inmensa ausencia y, sin saberlo, empieza a conectar a personas que aún están intentando aprender a lidiar con sus propias heridas. Ella no está ahí para sustituir a nadie ni para obligar a dos adultos a permanecer juntos. Simplemente ama de esa forma sencilla en que los niños saben amar y, en ese proceso, acaba recordándoles a Leonardo y Beatriz que aún hay vida después del dolor.

A todos los lectores que han llegado hasta estas páginas, mi más sincero agradecimiento.

Gracias por elegir otra de mis historias, por acompañarme en el Hospital São Gabriel, por conocer a sus médicos, enfermeros, pacientes, enredos y romances y, sobre todo, por permitir que estos personajes ocupen un pequeño espacio en vuestras vidas.

Cada lanzamiento existe mucho antes de llegar a Amazon. Nace de las ideas, atraviesa noches de escritura, revisiones, dudas, cambios e innumerables decisiones. Pero solo cuando leéis, comentáis, recomendáis, enviáis mensajes y os involucráis con los personajes es cuando la historia cobra vida de verdad.

Mi cariño especial va dirigido a las lectoras que me acompañan por WhatsApp y que siempre están ahí, apoyándome, animándome y convirtiendo cada lanzamiento en una experiencia compartida: Cláudia García, Priscilla Gonçalves, Camila Perna, Daniela Bispo, Amélia Luize, Glaucia María, Elisandra, Ilza Mendes, Cella, Francine, Elaine Wacholz, Ticyanne Brito Macêdo Moreira, Ana Luísa, Ana Alice, Juliana Lélis, Fran Barbosa, María Cristina Andrômeda, Cleusa Santana, Thaty e Ivana Sandez. Gracias por los mensajes, por el cariño, por el apoyo, por las lecturas, por las conversaciones y por cada vez que ayudáis a que mis historias lleguen a nuevas personas.

Es muy especial saber que, al otro lado de la pantalla, hay mujeres esperando a los personajes, debatiendo sobre los capítulos, eligiendo a sus favoritos, sufriendo conmigo y celebrando cada nueva historia.

Vosotras formáis parte de esto.

A Rosi, mi amiga, compañera y presencia indispensable entre bastidores, gracias por compartir conmigo tantos procesos, decisiones, preocupaciones y logros. Por estar ahí cuando todo va bien y, sobre todo, cuando nada parece ir bien. Tener a alguien con quien compartir lo que ocurre entre bastidores hace que cada proyecto sea más llevadero.

A mi familia, gracias por seguir siendo mi punto de equilibrio en medio de una rutina que parece volverse cada vez más intensa. Por comprender los horarios imposibles, los días en los que mi cabeza está atrapada dentro de una historia y todas las locuras que acompañan la vida de quien decidió convertir los sueños en trabajo.

A Gabriel, gracias por acompañarme, por apoyar mis proyectos y por comprender que mi mente está casi siempre dividida entre el mundo real y algún universo que aún estoy construyendo. Gracias por tu colaboración, por tu paciencia y por estar a mi lado mientras tantos planes dejan de ser solo ideas y empiezan a tomar forma.

A mi Aurora, mi luz, mi mayor recordatorio de que hay vida más allá de las páginas. Eres una de las principales razones por las que sigo soñando a lo grande. Espero que algún día mires todo esto y comprendas que los sueños exigen valor, trabajo, perseverancia y fe, pero que, sí, pueden dejar de existir solo en nuestra imaginación.

Y vuelvo a dar gracias a Dios.

Por el don de escribir.

Por la oportunidad de vivir de lo que amo.

Por las historias que siguen surgiendo.

Por las personas que Él pone en mi camino.

Por las puertas que se abren.

Por las que se cierran cuando no deberían cruzarse.

Y por cada lector que transforma las palabras escritas en silencio en algo mucho más grande.

Que nunca olvide de dónde viene todo.

Y que siga teniendo el valor de escribir todas las historias que aún hay dentro de mí.

Con cariño,

Jéssica Macedo

Sobre la autora

Jéssica Macedo, escritora y emprendedora brasileña, está rompiendo barreras y conquistando al público nacional e internacional con sus historias envolventes y sus personajes cautivadores. Considerada una de las mayores revelaciones de la literatura contemporánea brasileña, ahora es oficialmente la autora brasileña más leída en Kindle Unlimited, según Amazon. Con libros que abarcan el romance, la fantasía y el suspense, Jéssica ha destacado por su capacidad para crear historias que cautivan a lectores de diferentes edades, lo que se refleja en su creciente número de seguidores y en su reconocimiento como una de las «Forbes Under 30». Este hito refleja el impacto de su obra, consolidando su lugar entre los grandes nombres de la literatura digital.

Con una trayectoria notable, Jéssica se dio a conocer por obras como «Rejeitada no Altar» y «Virgen Prometida»; sin embargo, cuenta con casi 300 obras, publicadas en seis idiomas. Esta posición refleja el éxito de Jéssica en Brasil y en otros países, consolidándola como una autora independiente de gran impacto.

Reconocida tanto por el público joven como por el adulto, Jéssica no solo ha conquistado Brasil, sino que ha ido ampliando su público a nivel mundial a través de la autoedición y ya figura entre las autoras más vendidas en mercados de gran visibilidad como España, Francia, Italia y Alemania. Según datos recientes de Amazon, Jéssica es la autora brasileña más leída en Kindle Unlimited, una posición que marca una nueva era para la literatura nacional en el extranjero.

Sigue más información sobre otros libros de la autora en las redes sociales.

Facebook - http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/ http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram - www.instagram.com/autorajessicamacedo/www.instagram.com/auto

rajessicamacedo/

Página de la autora en Amazon - https://amzn.to/2MevtwY https://amzn.to/2MevtwY



Lee también



Enlace=> https://amzn.eu/d/03xeGlw5

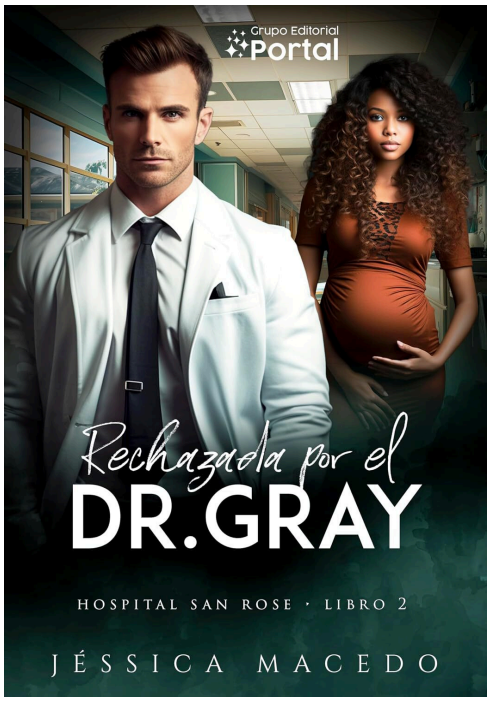
Lo dejé todo tras una gran decepción, abandoné mi vida y todas las comodidades que me proporcionaba la fortuna familiar para salvar a soldados en el campo de batalla. Me alejé, me aislé y me convertí en un hombre aún más frío de lo que ya era.

Pasaron los años hasta que mi padre me llamó para que volviera. Estaba mayor, necesitaba jubilarse y quería que yo me hiciera cargo de los negocios de la familia. **Me convertiría en el director general del hospital y volvería a ejercer mi profesión como cirujano cardiotorácico.** Sin embargo, el pasado que me había hecho marchar era el mismo que volvería a atormentarme.

Cristal Castilho era todo lo que quería evitar; tras nuestra ruptura, ella hizo que perdiera la fe en las personas y que me cerrara en mí mismo para siempre. Deseaba no volver a verla jamás, hasta que ingresó en el hospital con un grave problema cardíaco, removió mi pasado y puso mi vida patas arriba.

La odiaba, pero descubrí que teníamos una hija en común y que yo solo conocía la mitad de la historia. Yo era el culpable de todo lo que había pasado; cometí errores que podrían ser irreparables al confiar en quien no debía, pero para poder redimirme, tendría que salvarla.

Aviso: «El dueño de mi corazón», libro 1 de «Los hermanos Vaughn», es una novela independiente. Al tratar sobre parejas diferentes, cada libro de la serie se puede leer por separado, pero el siguiente contiene spoilers del anterior.



Enlace=> https://amzn.eu/d/0eGSNw76

Guapo, arrogante y lo suficientemente rico como para comportarse como si fuera el dueño del mundo, el doctor Gray era odiado por la enfermera Yasmin Jackson.

Ivan Gray es un prestigioso neurocirujano y heredero del hospital San Rose, soltero empedernido y coleccionista de oraciones; a diferencia de su hermano gemelo, nunca se había planteado tener una relación.

Yasmin Jackson es una enfermera dedicada que trabaja en uno de los hospitales más grandes de Miami. Es amable y querida por el equipo y los pacientes, pero detestaba tener que lidiar con el arrogante heredero del hospital. No quería que la arrastraran a un cóctel elegante para inversores, pero su supervisora insistió en que la acompañara. Tras unas copas de más, saltaron chispas entre ella y el doctor Gray.

Al día siguiente, prefirieron creer que no había pasado nada, pero resultó imposible ante un embarazo accidental. Iván decidió no creerla y rechazar la posibilidad de que el bebé fuera suyo.